

ADRIANA LASSEL

AQUELLA CASA NUESTRA



Derechos reservados 2014

©Adriana Lassel

Prohibida su reproducción por cualquier
medio sin autorización de la autora

Inscripción Registro Intelectual: 245.798

ISBN: 978-956-358-176-8

Imagen de portada, Publicdomainarchive.com/ Matt
Hobbs

Editado por: www.escritores.cl

Impreso en Chile / Printed in Chile

En memoria de mis padres.

A toda mi familia.

En recuerdo de nuestra casa, para que no caiga en las
brumas del olvido.

*«La vida no es lo que se ha vivido sino lo que uno se acuerda y
cómo se acuerda»*

Gabriel García Márquez

No diré que la idea surgió de pronto como si la gracia divina me hubiese tocado el alma. No. Daniel me pedía que contara la historia de nuestra casa y yo sonreía escéptica: “¿Qué se puede decir de nuestras vidas, tan comunes y corrientes?”. Pero la sugerencia, como una gota de agua, fue poco a poco penetrando en mí, horadando mi tiempo presente, trastornando mi sentir actual. Reconocí que colocar soportes a un tiempo que se va ayuda a retener la vida. A dar luz al vacío del pasado.

La silueta de la vieja casona dejó de ser un fantasma. Volvió, tal como la conocimos en su juventud y esplendor, acogedora como una madre nodriza. Ella fue el centro de nuestras vidas y, al igual que nosotros, fue cargándose de años, mostrando con sus grietas que sus muros ya no soportaban los espasmos de la tierra.

La quisimos y, como sucede a veces en las historias de amor, un día la abandonamos. Cada uno de nosotros por su propia razón. Recuerdo la primera vez que escapé de ella, pensando no volver más. Tenía doce años y recién descubría lo que significaba la injusticia. Un sábado por la mañana, de vuelta del colegio, busqué a mi mamá llamándola, para contarle el epílogo de la fea historia que vivía desde hacía algunas semanas. Mi mamá no me escuchó, me rechazó sin oírme. Yo tenía doce años y el golpe fue duro.

Sali corriendo a la calle, buscando anularme, desaparecer en las sombras de otro lugar. Me lancé por Avenida Matta hacia oriente, pasé como un fantasma frente a mi colegio y al ir alejándome de mi barrio empecé a caminar con paso más tranquilo y seguro. Enfilé por Vicuña Mackenna hacia la plaza Italia, atravesé el puente sobre el río Mapocho y entré a la histórica y popular barriada de Recoleta. Algo me tiraba hacia esa calle que en mi infancia había recorrido muchas veces de la mano de un adulto. Reconocí la iglesia Recoleta Franciscana que mantenía en el barrio un aire del pasado santiaguino; pasé frente al Cerro Blanco, cantera del antiguo puente de Cal y Canto y, hacia el

mediodía, me acerqué a la casa de una prima de mi madre, la tía Julieta. Ella y sus hijas me recibieron asombradas pero no preguntaron por qué estaba allí. Quizás pensaron que añoraba el barrio de mi niñez y la escuela adonde había cursado mi segunda preparatoria.

Antes del anochecer me acompañaron hasta la parada de la micro que iba en dirección de mi casa. Como si me hubieran programado mentalmente bajé donde debía y me dirigí hacia la calle Chiloé. Creo que hasta allí llegaba mi capacidad de iniciativa, no hubiese sabido ir a otro lugar. Arrimada a la acera del frente, observé que las puertas estaban abiertas y la casa llena de luces y de gente. Posiblemente no avancé bastante rápido porque uno de mis hermanos me divisó y atravesando la calle vino hacia mí, “¿dónde estabas?”, preguntó “te hemos buscado todo el día”. La casa me recuperó con benevolencia. Me acostaron y pronto me dormí.

Yo había vuelto al barrio de mi infancia, allí donde se desarrollaron mis años inocentes, entre calles que la ciudad había trazado hacia el norte, con casas que se acercaban a los agrestes faldeos del cerro San Cristobal y que se alejaban del río Mapocho.

Por la Avenida Chile, donde habíamos vivido, apenas si pasaba algún auto, levantando una fina polvareda y el barrio, tranquilo y plácido, tenía el aire de la región semicampestre que había sido a principios del siglo XX. Es allí donde de niña -trenzas negras y grandes ojos- yo salía a la calle a jugar lanzando un pequeño balón a la pared o dibujando sobre la acera, con una tiza, el juego del luche sobre el que saltaba durante horas. Conocía a los vecinos que volvían a sus casas, al que se gritaba siempre con su mujer y al carabinero que, al pasar, me sonreía y me cerraba un ojo.

A los seis años mi madre me llevó con ella a su escuela, a la que íbamos en un cabriolé tirado por caballos; se trataba de un transporte colectivo, pintado con vistosos colores, que posiblemente llegaba al final de una época, porque no recuerdo haber visto algo semejante ni años más tarde ni en otros lados de la ciudad.

Así, pues, mi mamá fue mi primera maestra haciendo de mí la pregonera que anunciaba a las demás niñas, con

mi presencia, que la “señorita” ya estaba en la escuela. El segundo año lo cursé en la escuela de la tía Julieta, en la calle Maipo. Fue a esta calle y a la casa de esta tía, entre todos los barrios y todas las calles de la ciudad de Santiago, adonde me llevaron mis piernas cuando tuve mi primera rebelión frente a la crueldad de la vida.

Luego vino el cambio. Mi primera mudanza de casa, de la que tengo recuerdo. Nos fuimos a la calle Chiloé, en el sureño barrio de Avenida Matta, que es atravesada por las conocidas calles de Santa Rosa, San Francisco, San Diego, entre otras. Chiloé era paralela a estas calles y la continuación de Serrano, la que partía del templo levantado a fines del siglo XVIII por los padres franciscanos. A diferencia de las calles mencionadas, por Chiloé no pasaba transporte colectivo y no había comercio. Había surgido en una avanzada de la ciudad hacia el sur sobre terrenos, otrora parcelas o chacras. Sin abolengo histórico, la calle se acomodó entre amplias casonas de numerosas habitaciones y extenso patio interior. Era una calle residencial, arbolada, donde se habían instalado familias de clase media y alta.

Por sobre todas las imágenes acumuladas en mi larga vida ninguna es tan nitida como la lejana y persistente visión que tengo de la casona de mi infancia y juventud.

Con la casa de la calle Chiloé comienza la crónica de mi vida familiar. Estábamos cerca del centro de la ciudad, donde mi padre tenía su oficina de Contador General y a pocas cuadras de la casa de su madre y hermanas. En el mismo sector y algo más dispersos vivían los familiares de mi mamá. Nuestra casona nos otorgó un nuevo rango social. Cuando nos mudamos, yo tenía nueve años.

Entonces, el cuidado y la ternura pasaron al dominio de las tías paternas, que vivían a pocas cuadras. Imperceptiblemente, como piezas movidas sobre un tablero de ajedrez o como sombras chinas deslizándose sobre un muro blanco, mi mamá fue alejándose de mí. Quizás desde entonces fue creciendo en mí la pena que estalló un día, cuando salí escapando, a mis doce años.

Años atrás, cuando mis padres habían ido a conocer la casa, me llevaron con ellos. Calle Chiloé, 1156. Tenía una amplia fachada de color amarillento, como plátano maduro,

con una franja marrón en la parte inferior. La superficie de la pared no era lisa, sino rugosa y cortada en todo su ancho por diversos trazos rectangulares que le daban un aire geométrico y elegante; en un nicho, en lo alto de la pared, había una cabeza esculpida cuyos rasgos recordaban a las imágenes de Cristóbal Colón. “Seguro que la casa se construyó para el cuarto centenario del Descubrimiento”, dijo mi padre. A un lado de la fachada estaba la cortina férrea de un garaje, luego dos ventanas anchas adornadas con balustradas y entre ellas, una amplia puerta de madera, un corto zaguán y la mampara de entrada.

El dueño de casa nos fue mostrando la intimidad del lugar. Vastas habitaciones, de techo alto; un comedor que comunicaba con la cocina por medio de una ventanita. Más adentro, desde el hall, después de subir dos peldaños y pasar por una puerta se llegaba al interior de la casa cuyo centro era el patio. A su izquierda y separados por un corredor estaban los aposentos interiores: la cocina, el repostero, la habitación de la empleada y un angosto retrete, con su ducha al fondo.

Fue con ese patio que la casa terminó de seducir a mis padres. Vimos una parra que protegía, como un verde techo de hojas de vid, a dos hombres jóvenes que se quedaron sentados en sus sillas, saludándonos apenas. El padre explicó: “están tristes, todos estamos tristes de dejar esta casa”. El suelo era de tierra y más al fondo había un gran palto y unos escuálidos árboles frutales.

Todavía recuerdo la frase de ese hombre: todos estamos tristes de dejar esta casa. ¿Por qué partían?, ¿por qué nos dejaban el lugar?, ¿a quiénes reemplazábamos en esta casa que ya tenía cincuenta años?

Mi mamá hizo embaldosar el suelo. Nunca vi florecer los árboles porque desaparecieron pero, durante años, gustamos de la uva blanca y rosada que una parra, orgullosa de sus altas columnas, lucía en apretados racimos durante el verano. Las flores tuvieron su lugar en maceteros de cemento contruidos a lo largo de la pared del fondo y, también, a la derecha de la parra. Luego venía un espacio que con el tiempo irá cambiando de rostro. En esos años, fue el rincón campesino de la casa con un gallinero lleno de

ruidosos volátiles, para el enorme contento de mi mamá.

Sin embargo, todo este trabajo, toda esta entrega no la retuvo en casa y después de jubilada no supo negarse al llamado de la enseñanza. Las escuelas eran su actividad, su preocupación. ¿Por cuántas escuelas pasó? No lo sé. Yo conocí la 213, de El Salto donde hice mi primera preparatoria y la 64, donde la festejaron al jubilarse con treinta y cinco años de profesión. Pero, ya lo he dicho, volvió a la querencia. Se levantaba temprano y partía a la Escuela 49 de Los Lirios, en la provincia de O'Higgins, a cien kilómetros de Santiago. Sé que allí le habían otorgado una casa, donde posiblemente pasaba parte de la semana. A su regreso, cansada, se metía a la cama a leer los diarios del día y a tomar una taza de té que le servía Ofelia. Para llamar a Ofelia, que tenía su reino al fondo de la casa, utilizaba una gran campana de bronce que guardaba no sé de cuál escuela.

El recuerdo de la soledad en que yo me refugiaba en la habitación, con el hall a oscuras y Ofelia y sus hijas en sus aposentos, me hizo guardar durante décadas un doloroso rencor hacia mi madre. Pero hace poco encontré una foto suya, tomada en Los Lirios, donde está al lado de un alumno, sonriendo. Al fondo, una modesta escuela de campo. Lo que vi es una sonriente señora de cabeza blanca, una empecinada profesora, con su mano en el brazo de un niño de unos diez años, feliz de respirar el aire puro del campo, con los álamos cercanos y la montaña al fondo. Ese mensaje de ultratumba que mi madre me envió a través de esta foto me estremeció. Con los ojos húmedos contemplé la foto, comprendiendo, al cabo de tantos años, por qué mi madre no quiso renunciar a ser ella misma y volvió a sus alumnos y a su escuela.

La emoción fue aún mayor con otro recuerdo de años más tarde. Era un viernes por la noche. Entré a la habitación de mis padres, la más grande de la casa, con ventana a la calle. "Papá", dije, "unos compañeros de clase hacen una fiesta mañana", "¿a qué hora?", "de siete adelante". La severidad del rostro de mi padre me desarmaba completamente confirmando mi amarga sensación de que dentro de mi casa mi personalidad se inhibía completamente. Era una niña frente a la autoridad absoluta. "No puedes ir; no tienes

ningún hermano que te acompañe“, sentenció mi papá. Durante años, sin acompañante yo sólo podía ir a las fiestas de las vecinas, las Mardones y las Bernal. Alejarme y volver tarde no era posible si no estaba conmigo alguno de mis hermanos, y justamente este fin de semana no podía contar con ninguno. Mi mamá, que parecía estar leyendo algo muy interesante preguntó, sin dejar el diario: “¿Y si yo la acompaño?”. Mi padre respondió “en ese caso no hay ningún problema“.

Los días sábados, las escuelas y los liceos sólo tenían clases por la mañana. Generalmente, entre el trabajo y la casa, los caminos de mi madre estaban llenos de virajes con tantas reuniones o cosas que hacer después de las clases. Pero ese día se vino directamente a casa, almorzó y se acostó, recomendándome: “más tarde me despiertas con una taza de té y vamos“. La dejé dormir y cuando le llevé el té, con el tiempo justo para prepararse y salir, viéndola tan cansada y que estaba tan bien al calor de su cama le dije “déjelo, mamá, no vamos, no importa“, “¿de veras no te importa?”. Realmente no me importaba. Ir a una fiesta estudiantil acompañada de la mamá, no era exactamente la imagen de joven independiente que yo quería dar. Le confirmé: “no, no me importa“. Creo que se sintió aliviada.

Pero una familia se desgrana en días, meses y años de múltiples imágenes. No sólo recuerdo la severidad de mi padre sino también su ternura y solicitud que expresaba con mil gestos y hechos. De mi madre guardo un mosaico de imágenes y quizás las más emotivas son aquellas que vienen de la memoria de sus nietos. De mí se alejó en mi infancia y la reencontré en mis años de la Universidad, poco tiempo, en realidad, para lo que me quedaba en Chile.

...

¿En qué momento del camino se encontraron?
¿Cuándo surgió esa familia, de la que formo parte? ¿Dónde anduvieron antes de que llegaran a la casona de Chiloé? Como tantas otras familias chilenas, la nuestra se formó con el éxodo a la capital. En nuestro caso, el éxodo del padre. Pero, en realidad, la migración ya había comenzado con el abuelo, ese gran desconocido, ese hombre hecho leyenda por

lo poco que sabemos de él. En una ocasión, por casualidad, vi su imagen en una foto amarillenta encontrada dentro de una caja llena de viejos papeles de la tía Pinina. El hombre, de rostro claro y serio, con barba y cabellos trigueños, montado a caballo, miraba de frente a la cámara. ¡Oh, tía, exclamé, era buen mozo el abuelito, ¿me regala la foto? Pero ella, con un seco “no”, metió la foto otra vez en la caja.

La familia paterna era originaria de la ciudad de Los Ángeles, en la región del Bío Bío, a 510 kilómetros al sur de Santiago. Fundada en 1739 no tendría más que algunos miles de habitantes a fines del siglo XIX.

En los años mozos del abuelo la joven república chilena realizaba un avance militar para ocupar y pacificar la región de la Araucanía o país de los Mapuche, llamado por los españoles “araucanos”. Esta zona fronteriza, que se extendía por más de cien kilómetros, desde el río Bío Bío hasta el río Toltén, constituía un espacio donde la convivencia pacífica alternaba con encuentros bélicos. Allí dos pueblos de culturas diferentes, el nativo mapuche y el chileno, blanco y mestizo se unían en contactos físicos, en préstamos culturales y en tratos comerciales. La frontera araucana, en un ambiente de desorganización social y poca presencia de la autoridad central del país era, inevitablemente, una zona de violencia. Allí se adentraban colonos chilenos que iban despojando a los indígenas los cuales ya vencidos y debilitados, oponían una débil resistencia.

Hacia el año 1883 termina la ocupación de la Araucanía y se completa la unidad territorial del país con esa vasta y prometedor zona, que ya era, por ley, la provincia de Arauco. En efecto, el presidente don Manuel Montt había firmado esta ley, estipulando que se debía proteger a los indígenas y promover su pronta civilización. Hasta el día de hoy el pueblo Mapuche reclama la devolución de sus tierras usurpadas y el respeto a su identidad.

Con ley o sin ley a esta frontera acudían comerciantes, empleados, soldados dados de baja, gente de clase media y muchos hijos de buena familia. Al igual que en San Francisco se iba atrás el oro, a la Araucanía se iba atrás las tierras, que en esta zona llana, cercana a la costa, era excelente para la agricultura y la crianza de animales.

A esta bella región de Chile, a estas tierras situadas al sur de Los Angeles donde las lluvias inacabables y

persistentes dan al paisaje una rica y verde vegetación, a esta zona naciente y salvaje donde todo estaba por hacer llegó un día don Vicente, con las ilusiones y las energías propias de la juventud. ¿Partió solo o con su mujer, que también era angelina, a pescar en río revuelto o partió arrimado al alero de un posible pariente, Ricardo Silva Arriagada que junto a dos hermanos más participó en la ocupación de La Araucanía? Este militar de prestigio, que había participado en la Guerra del Pacífico, coronel en aquel entonces y Gobernador de Los Angeles al retirarse del ejército pudo haber ayudado al abuelo. Suponiendo que fueran parientes pudo, pues, cederle en Carahue unas tierras que llegaban hasta el río Imperial.

Las condiciones de su llegada a Carahue pertenecen al misterio con que mis mayores envolvieron esta historia. Cuando yo era joven no busqué saber más, porque el deseo de conocer nuestros orígenes llega, generalmente, cuando ya se ha hecho gran parte de la vida y sucede que entonces ya no queda a nadie a quien interrogar.

Cierto que la migración de la que surgió el pueblo chileno había comenzado ya en tiempos de la conquista. Según uno de los estudiosos del origen de las familias chilenas el español portador del apellido de la familia paterna vendría de Vigo, Galicia. Mi padre prefería la hipótesis de que el antepasado procedería del país vasco. Por cierto, nadie hablaba de donde era la mujer que aportaría su sangre indígena.

Como sea, fue entre tierras y ciudades sureñas que los portadores de la semilla sembraron, con mujeres de una y otra raza, las raíces de nuestro árbol familiar. Fue en Carahue, en el corazón de la Araucanía donde nació mi padre, sus hermanos y hermanas. Este hermoso pueblo a orillas de un ancho río fue fundado en 1541 por el conquistador Pedro de Valdivia, el mismo que había fundado Santiago y que morirá a manos de los Mapuche, en una batalla donde fue derrotado. El conquistador, soñando grandes proyectos para esta ciudad la llamó La Imperial, en homenaje al emperador de España. Medio siglo más tarde, cuando los conquistadores de la primera hora, habían partido o habían dejado la vida en esta zona de feroz resistencia, los españoles

decidieron mantenerse al norte del río Bío Bío y esta zona pasó a ser la frontera araucana. La Imperial fue abandonada en 1600 y olvidada. En 1810 los chilenos se independizaron de la colonia española. En 1882 el general Gregorio Urrutia refunda la ciudad con el nombre mapuche de Carahue, palabra mapudungún que significa “la ciudad que fue”. Cuando el abuelo llega allí, Carahue estaba destinada a ser una ciudad de futuro y se necesitaba la sangre vigorosa de gente joven que diera nueva vida a las tierras que habían pertenecido al cacique Jacinto Toro.

...

Un día, entre los días de mi infancia, escuché a mi padre recitar un corto poema en la lengua de los Mapuche. Estábamos en el comedor, sentados a la mesa. A la cabecera, de un lado mi padre, al otro lado, mi madre. Y los hijos, nosotros seis, tres de cada lado. Eran los años en que todavía estábamos todos juntos.

Mi hermano mayor preguntó: -¿Cómo es ese poema que usted sabe, papá?

Yo, sentada a la derecha de él, lo miré con grandes ojos, esperando.

El lo tomó con buen humor y recitó algo, una corta estrofa que imitaba, según explicó, el gorjeo de las aves. Cuando terminó, puso su mano sobre la mía, como lo hacía a menudo y me sonrió. No sé hasta dónde la cultura indígena había impregnado a mi padre, aunque él afirmara, fuerte y seguro, que en su familia no había mezcla.

Mi mamá, la santiaguina, parecía estar lejos de ahí. Quizás su escucha o su comentario o su sonrisa ya se habían gastado. Yo, la menor, llegué a la vida cuando la rueda del tiempo ya se había llevado muchos hechos, encuentros, nacimientos, mudanzas, escuelas; muchos gestos y palabras; muchas risas y llantos, mucho de todo que mis ojos no alcanzaron a ver. Sólo sé, que mi padre, como Pablo Neruda, fue un niño de la frontera.

Carahue no quiso que el colono de Los Angeles echara raíces en su tierra. La vida se le hizo difícil y el hombre se volvió agrio. Tuvo fama de caprichoso y de mal carácter.

Le oí decir a mi padre que cuando el abuelo regresaba del trabajo la casa enmudecía. Es la imagen que se formó en mí, como si lo hubiese vivido: un hombre airado, quitándose el sombrero con mal gesto, sentándose a la mesa de madera gruesa, sin mantel, quedándose allí, sin hablar. Luego vino la partida, el escape. Carahue fue realmente para la familia “la ciudad que fue”.

Ni mi papá, ni mis tías nos transmitieron cómo era esa casa, como eran sus muebles, cómo se entendían los padres; no nos dijeron qué hacían cuando la lluvia se desataba sobre el techo. Porque la lluvia y las botas, sí, eso resurge de mi memoria: don Vicente dice a su hijo: “Popito, ¿te atreves a ir?” y mi padre toma sus botas y responde: “sí, papá, yo iré”. Un breve diálogo, con una ligera emoción en la voz de mi padre, al recordar. Y yo me digo, ese hombre al que su familia política le reprochaba su mal carácter, era de todas maneras, tierno con su hijo.

Se trasladaron a la ciudad de Temuco, a 56 kilómetros al este. En esa época, cincuenta y seis kilómetros eran dos o tres jornadas de viaje, pero Temuco era una ciudad abierta al futuro, ciudad naciente y, como dice Volodia Teitelboim en su biografía sobre Neruda, pueblo adonde “llegaba gente a instalarse en el hueco que dejaba la selva recién talada y los indígenas expulsados y ya se había tendido la línea del ferrocarril”.

La familia llegó a comienzos del siglo XX y mi papá, como Neruda, fue a la escuela pública. A falta de recuerdos suyos, dejados en mi memoria, transcribo lo que dijo Neruda de su escuela: “los compañeros tenían apellidos alemanes, ingleses, franceses, noruegos, sefarditas y naturalmente chilenos, o más bien españoles. Sin embargo, dicha sociedad naciente presentaba sus particularidades: en ese momento inicial era un mundo sin castas. Todos éramos iguales. La cristalización de las clases vino con posteridad, cuando algunos empezaron a enriquecerse.” (Volodia Teitelboim: “Neruda”). Se instalan en una casa de madera, puerta y dos ventanas, en una calle con acera y postes para la luz. Están dentro de la ciudad y el abuelo trabaja en una bodega de Frutos del País. Hasta conozco el nombre del propietario: Osvaldo Bustos, que tiene que haber sido de los que, como decía Neruda, empezaron a enriquecerse.

El pueblo tiene sus calles bien trazadas y por ellas

transitaban jinetes a caballo y carretas tiradas por bueyes. La lluvia era una invitada constante. Chile empezaba a crecer hacia el sur en un ambiente de película norteamericana del oeste.

En esta parte de la historia la película se quemó. Se hizo un blanco entre esa vida que comenzaba a evolucionar en el nuevo lugar de residencia y la partida de mi padre a Santiago, donde estudió, trabajó y luego llevó a la familia a la capital. El abuelo ya no figura en el reparto. Mi padre pasa a ser el héroe, con esa fuerza hercúlea de hacer llegar a su gente a la gran ciudad. Cortó sus lazos con la región que lo vio nacer mientras que Carahue crecía. Sólo una vez, mi padre, muchos años más tarde, irá a posar sobre ella una mirada nostálgica. Se hizo santiaguino por adopción y por amor al lugar. Su infancia, su adolescencia fueron guardados en el rincón más profundo de su corazón, allí, donde las imágenes de una naturaleza arisca y hermosa, junto a un río de aguas mansas y azules se confundían con el rostro ya borroso de un padre tierno e irascible. ¿Qué fue de él?, ¿A dónde pasó el abuelo? Los que podrían haber hablado decretaron el secreto de familia y sólo hace pocos años he sabido lo que sucedió. No contaré algo que ellos quisieron llevarse a la tumba.

...

Se conocieron cuando ambos estudiaban en el Instituto de Comercio. Mi madre recibió su título y lo dejó de lado, su vocación era enseñar, ser maestra de escuela. Mi padre fue contador toda su vida, con una oficina en la calle Nueva York a unos doscientos metros de la Alameda. La placa en cobre colocada en la puerta de su oficina escribía, debajo de su nombre: Contador General. Allí lo ví, por años y años, en el trascurso de toda una vida, a la cabeza de un pequeño grupo de empleados, contadores afanados en llevar los libros de pequeños tenderos de barrios o tiendas importantes del Centro.

Comenzaron su relación, pues, a la edad de los sueños y de la fuerza. Mi padre decía de ella: “era delgadita y risueña, unas castañuelas”. Mi mamá aseguraba que, de

volver a empezar, lo escogería entre mil. Tal como la recuerdo, no la imagino con otro hombre y si bien llegaron hasta ella huellas físicas de una ascendencia sanguínea proveniente de la intrépida Andalucía, su espíritu aventurero sólo se manifestó en su gusto por viajar y por ir de escuela en escuela. Mi padre, por el contrario, sedentario empedernido, era un hombre tranquilo y amador de las mujeres, lo que se llama popularmente un picado de la araña, característica muy propia del hombre chileno. Pero él era más romántico que activo, más idealista que emprendedor, un amador del sexo opuesto al que sabía apreciar con sus risueños ojos color de avellana.

En esos años, la segunda década del siglo XX, Santiago crecía vertiginosamente, con una migración interna de la que mi padre y su familia formaron parte y una emigración de extranjeros donde destacan los españoles y los árabes de Medio Oriente, además de ingleses, franceses e italianos. La capital ya era una coqueta ciudad de quinientos mil habitantes.

La familia materna no se interesaba mucho en buscar sus orígenes. Cinco hermanas, todas buenas mozas en su juventud y un hermano que indudablemente tenía los rasgos de un español andaluz. La foto de la abuela adornaba el escritorio de la casa de Chiloé, una señora seria e imponente y en una foto del abuelo se ve un hombre de aire bonachón, espesa barba y bigotes negros que mira al fotógrafo con una mirada inquisitiva, como diciéndole: "¿ya, terminó?". Quizás vivía apurado, porque presentía que su vida sería corta: murió a los cuarenta y cuatro años de edad.

Mis padres eran muy diferentes. Imagino que esta diferencia influyó para que el proyecto "casa" no se concretizara hasta años después. O quizás no querían ataduras, precursores de una mentalidad liberal que no vendría sino medio siglo después.

Ambos tenían carácter y tenacidad. Pero sus objetivos, al conocerse, disparaban en direcciones contrarias como si fueran dos fuegos artificiales lanzados por el aire, uno a la derecha y el otro a la izquierda. Supongo que a mi papá le tomó mucha energía ocuparse de su familia al llevarlos

a Santiago. Conocí la devoción y el cariño con que ésta le respondió. Habían dejado atrás la ciudad pionera, donde todos tenían derecho a hacerse un lugar bajo el sol, todos menos los Mapuche y otros pueblos indígenas de la región. Ahora había que estudiar y mantener el rango de buena familia que tenían en la ciudad matriz: Los Angeles.

En cuanto a ella: su adolescencia recién terminaba cuando su padre murió. Había sido su princesa, su regalona y por él había sacado su título de Contador Comercial. Pero ahora decide realizar su deseo de ser maestra primaria. Tantea algunos cursos de formación, va a un liceo nocturno y cuando ya había sido madre dos veces recibe el más ingrato de los nombramientos, quizás porque algún funcionario del Ministerio de Educación quería hacerla desistir de sus continuas demandas. Fue nombrada a un pueblo perdido, en una región montañosa a 355 kilómetros al norte de Santiago. Pero ella se fué. Partió a Ramadilla. Muchos años más tarde, cuando ya estábamos en la casa de Chiloé, quiso ver de nuevo ese pueblo entrañable y me llevó con ella.

...

La casa de Chiloé tenía vocación de abuela. En su época de mayor esplendor la recuerdo vibrando con las carreras de los nietos por el hall o salón, en los domingos de visitas familiares y en las grandes fiestas de cumpleaños y año nuevo. Con el tiempo, son ellos que vivirán en la gran casa ignorando cómo había sido cuando la familia llegó allí.

Los primeros hijos en desprenderse del regazo materno fueron los dos mayores, no sin cierto desgarró, debo reconocerlo. César, el mayor, se sintió maduro a los veintiún años para lanzarse fuera del nido y se casó con Olga, una bonita chiquilla de dieciséis. Mi padre guardaba su ceño fruncido y a mi madre no le gustaba nada la familia de la novia. Como sea, pronto fueron abuelos del primero de una serie de veintinueve nietos que dejarían como descendencia.

En ese entonces yo avanzaba en la vida sobre mis diez años y el mundo era para mí el colegio y las cuatro

compañeras con las que formábamos un grupito de buenas alumnas. Quizás la menos buena era yo, que tropezaba siempre con la nota de labores por mi incurable tendencia a distraerme y dejar de trabajar en el momento en que se leía un libro para hacernos bordar en silencio.

Cada sábado se leían las notas semanales en el Salón de Actos del colegio. Aquel sábado, recuerdo, llegué atrasada y entré al salón tratando de no hacer ruido, pero sor Eva, la profesora de labores alcanzó a verme y me lanzó una de sus miradas matadoras, con los labios fruncidos. Me sentí culpable, bajé los ojos y subí en puntillas las gradas de madera, ubicadas a ambos lados de la sala rectangular y donde nos sentábamos las alumnas. Me instalé cerca de mis amigas que ya en pie estaban cantando la Canción Nacional:

“y tu campo de flores bordado

Es la copia feliz del Edén”

-¿De dónde venís?

-Fui a hacer pipí.

Una niña por atrás me golpeó con el pie, la miré y me mostró con el gesto a sor Eva. Doblada por la furia de sus ojos me puse decidida a cantar.

“...te promete un futuro esplendor.

Dulce patria.....”

“¿Por qué sor Eva me tendrá tanta pica?, ¡No es mi culpa si no llego a bordar bien!”. Y sin embargo, yo adoraba ir a su taller; desde que nos ponían en fila, a la salida de nuestra sala de clases para ir al taller, ya estaba pensando en esas vidas de santos que la Yolanda iba a leer, porque casi siempre era ella que leía por su voz fuerte y porque bordaba rápido y bien, recuperando así el tiempo. Nunca tenía que rehacer, como yo, ni tampoco ensuciaba el género. Yo iba con cuidado metiendo la aguja donde estaba la línea del lápiz y el bordado iba saliendo parejito y de repente ¡pum! ya hay una o dos puntadas más larga o más corta y sor Eva sobre mi hombro, diciéndome “rehaga esas dos puntadas, niña poco habilidosa”, y después ni sé cuándo paraba de bordar, porque la Yolanda iba leyendo esas palabras complicadas que me fascinaban, y ponía atención y poquito a poquito me iba quedando como si ya no estuviera allí...

“Desde los veinte años vivía Onofre en el desierto de Tebaida. Su caverna estaba en lo alto de un monte, de roca enrojecida y calva, sin un tojo o musgo que suavizase la aspereza. De seguro en otro tiempo había servido de abrigo a salteadores sarracenos, porque la vasta losa que ante ella se extendía en terrado, estaba cerrada y defendida por un muro de piedras sueltas, ennegrecidas por el humo de las hogueras y con saeteras como las de una ciudadela. Rudas escaleras socavadas en el peñascal, bajaban tumultuosamente a un valle donde un hilo de agua cayendo de peña en peña había formado un huerto de yerbas silvestres; tamariscos, tres altas palmeras y hasta una mimosa que en las primaveras florecía y perfumaba el yermo. Más allá, después de grandes peñascos de pórvido comenzaban las arenas, las inmensas arenas arábigas, ondulando hasta el Mar Rojo, lisas, fulvas, como la piel de un león”.

¡Qué maravilla esa cascada de palabras que me transportaban a un mundo de colores, de valles y de peñas, a un mundo de arenas ondulando hasta el Mar Rojo! La lectura fue mi primer puente hacia el mundo del conocimiento y de la imaginación y el primer incentivo a querer, también yo, escribir. Por esos años, los niños de mi generación adorábamos leer El Peneca con sus historietas de Salambó; Simba, el Niño de los Elefantes o sus novelas de piratas o filibusteros como Sandokán, el tigre de la Malasia. Pero sor Eva no apreciaba mis ensueños infantiles y su nota, generalmente, me impedía acceder a cualquier escarapela con las que se premiaba nuestra actividad semanal. Con la blanca se premiaba la excelencia en las cuatro evaluaciones: es decir, siete en conducta, siete en aplicación, siete en religión, y siete en labores. Con la celeste, alguna profesora había dado un seis; con la roja, alguien había dado un cinco. No tener escarapela significaba no figurar entre las mejores alumnas y es a lo que me condenaba sor Eva. Loti, mi mejor amiga, me reprochaba: “es porque te llevas pajaroneando en clase de labores”.

Por cierto, en ese entonces mi mayor preocupación era llevar al colegio el gran cordel que mi mamá guardaba en el garaje. Loti me decía, el día sábado “te presto mi escarapela un ratito, por la calle, pero no te olvidís mañana

del cordel“. El domingo, después de la misa, podíamos jugar en el colegio toda la mañana ya sea a “ las naciones “ o bien al cordel. Lo que las chiquillas amigas no sabían era el trabajo que yo pasaba para conseguir el cordel: esperar que mi mamá durmiera la siesta, entrar a su pieza en cuatro patas, abrir su cartera respirando apenas, sacar las llaves e ir al garaje que había perdido hacía años su función de guardar autos para no ser más que un simple depósito de todos los cachibaches que mi mamá encontraba en la casa y que luego guardaba con llave. Mi mamá era campeona para creerse san Pedro: todos los muebles de la casa estaban con llave. Cuando, veinte años después llegué de China con mi marido y mis dos hijos, Fethi se ofreció para limpiar el garaje y, entre otras cosas, encontró allí una bandeja de huevos, con todos sus huevos enteros que, al romperlos... ¡estaban vacíos!

...

Si de la guerra civil española no supe nada porque en ese entonces mi única preocupación era tomar la mamadera y escuchar el tic tic del reloj que había en casa de mi abuelita materna, las primeras noticias que tuve de la Segunda Guerra Mundial me llegaron por medio de la ola de refugiados que Europa lanzaba hacia el continente americano, donde, por cierto, no había guerra. Con mis padres fui al Estadio Nacional y regalamos fruta a unos alemanes que estaban allí, en tránsito, mientras que se les daba alojamiento.

Fue por esos días en que lo único que contaba para nosotras era el colegio y los domingos del cordel, que conocimos a las niñas que María Auxiliadora (nuestro establecimiento se llamaba Liceo María Auxiliadora) acogía en su seno. Ese domingo, recuerdo, fui la primera del grupo en llegar a la capilla del colegio. No había nadie todavía y el lugar sólo albergaba las sombras de la fría mañana. Me fui, entonces, al interior del colegio donde ya había niñas jugando en el patio. Este, el de las preparatorias, estaba separado del patio de las grandes por una baja muralla. Los bordeaban hileras de naranjos y a ambos lados de las escalinatas

que subían a los corredores había matas de jazmines. La primera en llegar fue la María Angélica, la hija del italiano. La parte inferior de sus ojos formaban un pliegue que daba a su mirada un aire constante de fruncimiento, de mirar como a través del sol o hacia la lejanía. Se acercó sonriendo y empezamos a conversar mientras esperábamos. Luego llegaron la María Cristina y la Loti. Con la María Cristina no nos queríamos, sólo nuestros ojos lo sabían y entre nosotras había una lucha callada por ser la mejor amiga de Loti. En la capilla encontramos a las niñas rubias, las rusitas o alemanas que llegaron de la guerra. ¡Qué lindas eran! La primera vez que las vi me quedé paralizada, no podía parar de mirarlas, con ese pelo tan claro, casi blanco y los ojos celestes, como de ángeles. Las pusieron al lado de nosotras; Sor Rosa, nuestra profesora jefe debía encargarse de ellas. Ese día oficiaba la misa el padre Guido Tinto: “Yo pecador me confieso a Dios/ Todopoderoso / a la Bienaventurada Virgen María...”

-¿Dónde dejaste el cordel?

-Aquí a mi lado, en el bolsón.

-Este padre es re'lento, no vamos a salir nunca.

-¿Viste las cabritas que vienen de la guerra?

-Sí, que serias son, deben de aburrirse a morir sin entender ni jota.

-Seguro que sus padres murieron allá; cerca de la casa de una prima llegó una familia entera, hay grandes y niños, pero estas pobres están solas.

Shhh !, sor Rosa pone el índice sobre sus labios.

“Por mi culpa, por mi culpa
Por mi grandísima culpa”.

De pronto sentí una vibración de la madera bajo mis rodillas; cuando fui a comprender que era un temblor ya había gente corriendo hacia las puertas. Nunca entendía porqué los temblores producían tanto miedo. Mi hermana y mi papá salían corriendo, aterrorizados, en cambio mi mamá y los hermanos nos quedábamos más serenos.

Las niñas rubias se juntaron como una piña y la más pequeña empezó a llorar. Fui hacia ellas, tomé de la mano a la chiquita y a otra y las hice salir, tranquilizándolas. En el corredor, mis compañeras, alrededor de sor Rosa, hablaban

y contaban sus emociones mientras la monja, toda roja, no dejaba de reír. Me acerqué a ellas con mi atado de rucias y la monja al verme con las niñas europeas exclamó: “¡Ay, Dios mío, me había olvidado de estos angelitos!”. Sólo ahora las niñas me soltaron la mano, dejándome una sensación de felicidad por la confianza que en unos pocos minutos me habían otorgado.

-¿Tú las ayudaste a salir de la capilla? me preguntó la monja, ¡qué buena fuiste!

Luego llegó el importante momento de ir a saltar. Fui sacando de a poco el cordel del bolsón ante los gritos de alegría de las otras y de Loti, que me besó. No hay cordel más grande en todo el patio, el mío es el rey de todos. Dejo que jueguen las que quieran, hay cuatro, cinco niñas saltando y otras que vienen a mirar.

Sor Rosa me llama desde el corredor:

-¿Y de quién es ese tremendo cordel, oye?

-Mío, sor Rosita

-¡Qué largo!

Estoy orgullosa y feliz.

-Mira, Andrea, ¿Por qué no puedes nunca sacar buena nota en labores? Tendrías escarapelas como tus amigas.

-No sé, sor Rosa, yo trabajo...

-Tú, hácele empeño y yo hablaré con sor Eva, ¿ya?, anda, anda a jugar.

...

Entre otras amigas que tuve en aquellos años estaba la Virginia, una niña flaquita con unas cortas trenzas que le salían detrás de las orejas. Había pasado a ser alumna externa a causa de su mala salud, pues, como nos explicaba sor Rosa “tiene que comer en su casa”. Virginia me intrigaba por haber pertenecido a la calidad de alumnas con las que nunca hablábamos; las internas tenían su fila aparte y cuando sonaba la campana se iban a su patio, al cual tampoco teníamos acceso. Pasó, pues, a ser niña tratable y la pusieron justo a mi lado, en el banco de la izquierda. Miré su cara redondita y morena y le dije ¡hola! Sus ojos se achicaron al sonreirme.

Un día la Virginia me dijo “acompañame a mi casa y te cuento una historia”. Como ese día Loti no había ido a clases y no me gustaba volver a casa sola, le respondí:

-¿A dónde vivís?

-En Eleuterio Ramírez pasado Victoria.

-Es muy lejos, te acompaño la mitad, no más.

-Si la historia no ha terminado, ¿me acompañai hasta mi casa?

-¿A qué le tenís miedo?

-A todo, la calle está llena de peligros para el alma; debemos alejarnos del diablo, la carne y el mundo.

-Bueno, te acompaño, no me cuesta nada.

Pero me quedé intrigada con su respuesta, como que no la entendí bien. Me preguntó que qué historia prefería, si “Príncipe y mendigo”, “La isla del tesoro” o “Peter Pan”. Le respondí que tenía el libro sobre Peter Pan, que prefería la historia del príncipe y el mendigo. Entonces, mi Sherezade infantil comenzó a contar, pero yo la interrumpí: “¿qué querís decir con la carne y el mundo?”. Respondió:

-¿No hai oído cuando las monjas nos dicen que caminemos recogidas por la calle, que no tengamos amistad con niños hombres y que no vayamos a espectáculos profanos? Eso es el mundo.

-Entonces, ¿no puedo jugar con mi hermano Leonidas?

-Tontita, el hermano es diferente.

-A mí me encanta jugar con él. Subimos arriba del tejado y él encumbra volantines, y si yo le pelo naranjas él me pasa un ratito el hilo. ¡qué rico sentir el volantín a través del hilo!, es como sentir palpitar algo vivo, y lo voy tirando suavemente para que no se vaya de picada.

Virginia se rie:

-Juegas como un hombre, dice, y sigue con su historia.

Al doblar por Santa Elvira vimos la cordillera al fondo, toda blanca, con sus cimas ocultas por la niebla.

-Está blanquita hasta abajo -digo.

-Parece pintada de puro linda que es...

La calle se alargaba tranquila, clara, silenciosa, con su doble hilera de acacias; sólo un quiltro andaba por ahí

olfateando el suelo. Un vientecito suave me acariciaba las piernas y los árboles murmuraban bajito mientras la Virginia seguía con su cuento.

-Apurémonos, no se haga tarde -digo.

-Tiremos por esta calle y acertamos camino.

La otra calle era más angosta y los árboles y las piedras de huevillos la oscurecían un poco. Ahí vamos, por la mitad, cuando Virginia pega un grito llevándose una mano a la cara. En la pared hay dibujado una especie de cañón y en su extremo, como gotas de agua, mientras del cañón cuelgan unas bolsas. El otro dibujo no llego a entenderlo.

-No mirís -me chilla la otra y saca una goma de su estuche. Yo me quedé con su bolsón mientras que ella empezaba a borrar. Voy mirando el otro dibujo y de pronto: ooohhh! exclamo, pero justo ahí viene un hombre que nos ha visto y furioso nos grita: "chiquillas degeneradas, cochinas, ¿no les da verguenza?". Echamos a correr y el hombre detrás de nosotras, insultándonos.

Corrimos, corrimos hasta que nos metimos por un callejón adonde daba la alta pared de una escuela. Ya nadie nos seguía. Corrimos hasta el fondo, por la vereda llena de pasto crecido. Al final, con el corazón pataleándome en el pecho me senté sobre un viejo tarro oxidado que había ahí. Otra vez la Virginia a gritar: "¡Sale de ahí, Andrea, estai sentada sobre una animita". Doy un salto y exclamé "lo hice sin querer", "pero te sentaste sobre una animita -me repitió la otra- reza para que el pobre muerto no te venga a penar".

Aconjogada, con un miedo horrible de que el muerto viniera a penarme, cedí, sin embargo, a las lágrimas de Virginia que me rogaba que la acompañara a su casa. Salimos otra vez a Santa Elvira, nos tomamos de la mano y nos fuimos rápido a su casa. El cuento de Sherezade había sido olvidado bajo la emoción de lo recién sucedido y el peso de la superstición.

...

Poco tiempo quedó mi hermana en la casa de

Chiloé. Tres o cuatro años a lo más. En el Pedagógico, donde estudiaba Historia, se había fijado en uno de sus compañeros, un joven serio y buen mozo que se interesaba más en la guerra que había golpeado a los viejos continentes y, en especial, en el papel de la Unión Soviética, que en los cursos teóricos de la Universidad. Desde luego, su primera preocupación era observar la sociedad chilena.

La vida política chilena yo la conocía por fragmentos de conversaciones que oía o por actuaciones mías en la inconsciencia de mi corta edad, como por ejemplo, ser una incondicional admiradora en unas elecciones presidenciales, de Pedro Aguirre Cerda, por quien yo había gritado, a mis tres o cuatro años, brazo en alto: “¡Viva Aguirre!”.

También llegaban a casa los nombres de algunas personalidades, entre ellas los comunistas Pablo Neruda, poeta y político y César Godoy Urrutia, profesor y diputado por los cuales mi mamá manifestaba gran admiración. Mi papá, católico practicante y conservador, sonreía entre burlón e indiferente, frente a los entusiasmos de su mujer por la izquierda chilena, en especial por el partido comunista.

Pero no sonrió sino que se opuso resueltamente a aceptar la relación de mi hermana con un marxista. Fui una observadora callada de las lágrimas y llantos que ella derramó, en casa de las tías, en busca talvez de algún consuelo y ayuda. Estas, por los fuertes lazos afectivos que las unían a nuestro padre, fueron quizás las que lograron ablandar su decisión y, finalmente, aceptar que un comunista entrara en la familia. Mi cuñado no era comunista sino troskista. Sus ideas y su activa vida política lo llevarán a la cárcel cuando, veinticinco años después, Augusto Pinochet derrocó la democracia con un golpe militar. Si bien salvó la vida tuvo que partir al exilio con su mujer y su familia.

Por aquellos años en que yo era niña y mi hermana recién titulada luchaba por casarse con el escogido de su corazón, el mundo ya había entrado en la guerra fría. La oposición entre los dos imperios del momento, el de la Unión Soviética y el de Estados Unidos se reflejaba en la política doméstica con la feroz represión de que fueron víctimas los comunistas y los movimientos de los obreros mineros del carbón, bajo el gobierno de G. González Videla,

marioneta de las consignas que agentes de Estados Unidos le transmitían. Esta tendencia ideológica maniqueísta que presentaba el planeta dividido en buenos y malos fue una ola que se derramó por todos los países americanos; años después, ya joven adulta, tuve ocasión de vivirlo en carne propia. Empezando a trabajar, en forma paralela a mis estudios universitarios, sin ninguna necesidad, debo decirlo sino sólo por sentirme adulta y por ganar yo misma mis pesos para el bolsillo, trabajando pues como dactilógrafa de una mujer rica y de edad, ésta me licenció inmediatamente cuando le dije que mis simpatías en la próxima elección presidencial iban al candidato Salvador Allende, socialista apoyado por el partido comunista. Peor me pasó con una esteticista que dejó a mitad su trabajo y me hizo salir ipso facto de su salón al oírme decir que estaba de paso por Chile, porque vivía en Cuba.

...

A más de mil kilómetros de la capital, donde el continente se acaba y Chile se desmiembra en islas y archipiélagos, aparece la gran isla de Chiloé, creada, según la mitología de la región como consecuencia del combate que Ten Ten Vilu, la serpiente del bien entabló contra Cai Cai Vilu, la serpiente del mal cuando ésta quiso destruir la vida terrestre al provocar la subida de los mares. La inundación chilota la vine a conocer años después, cuando me interesé en estudiar todas las leyendas del diluvio o subida de las aguas que cuentan las tradiciones americanas.

Cai Cai Vilu, pues, el mal personificado en serpiente, hacía subir las aguas afin de terminar con la vida animal y vegetal sobre la tierra. Se le oponía la serpiente del bien que hacía, entonces, subir los cerros. El combate de larga duración terminó con la derrota del mal y los cerros se convirtieron en islas y los valles quedaron sumergidos bajo el mar.

A uno de estos cerros, el más grande convertido en isla, llegamos con mi mamá para visitar a mi hermana, su esposo y su bebé, Nahuel. Habíamos bajado por la larga franja de Chile hasta la ciudad de Puerto Montt, adonde llegamos de noche. Posiblemente en aquellos tiempos no se reservaba hotel o, en todo caso, a mi madre no se le

ocurrió, pues recuerdo que golpeamos a las puertas de más de uno hasta que conseguimos, tarde en la noche, el tan deseado refugio. Seguimos viaje en barco donde tuve la oportunidad de encontrar al primer escritor que conocí en mi vida: Benjamín Subercaseaux.

Estábamos a bordo, contemplando la vasta superficie azul del Canal de Chacao cuando mi mamá lo vió. Con su facilidad de palabra que la llevaba a conversar con cualquier desconocido, le dirigió la palabra y en un momento le dijo que yo adoraba leer. No recuerdo lo que conversamos, sólo recuerdo esta frase: “ya ves, los escritores somos personas comunes y corrientes”. Lo miré hacia arriba –no sé si era alto, pero a mí no me había llegado todavía el estirón de la adolescencia– y vi en los ojos verdes de ese rostro bien hecho toda la profundidad de mundos desconocidos, adiviné ensueños, sentimientos y sensaciones exquisitos que negaban completamente lo que acababa de decir. No, ese hombre no era una persona común y corriente.

La ciudad de Ancud la guardo en mi memoria envuelta en el mágico halo de su especificidad. Ciudad de viento y sol, se extendía agarrada a las faldas de colinas, en la altura de una de las cuales estaba la casa de mi hermana. Chiloé quedó fiel a la corona española por más de dos décadas desde que existiera la República de Chile. Al mismo tiempo es tierra de los indígenas Huilliches y cuna de una población mestiza de fabulosa imaginación. Por los mares chilotes se deja ver el barco fantasma que, todo iluminado y rápido, navega bajo el mando de los brujos, seres que dominan la fantasía isleña. Una deidad hermosa sale de noche a bailar a orillas del mar y quizás no lejos puede aparecer un monstruo marino o el enorme caballo que lleva a los brujos a sus diferentes desplazamientos. Comparten el imaginario colectivo isleño sirenas que seducen a los hombres para llevárselos al fondo del mar o la feísima Trauco, encarnación del vicio y la perversidad.

Nada de esto vimos nosotras en ese viaje, pero conocimos la alegría del encuentro familiar y el encanto de mi segundo sobrino. En otra ocasión, mi madre enfilará hacia el norte del país, hacia Ramadilla, llevándome con ella y contagiándome su gusto por viajar.

...

La habitación que yo había compartido con mi hermana estaba aún a oscuras cuando ella entró. La lluvia golpeaba el tejado y ensombrecía la casa. Mi mamá me preguntó: “¿te da miedo viajar con este tiempo?”. Le respondí que no, extrañada: no sabía adónde íbamos ni cuánto duraría ese viaje.

Después de viajar muchas horas en bus llegamos a La Serena. La ciudad era hermosa, con anchas avenidas. Nos dirigimos a una residencial cuyas habitaciones daban a un amplio patio. Desde alguna parte se oía una voz de mujer cantando una hermosa canción en francés. La belleza del lugar y de la música me dieron una sensación de bienestar y alegría. La canción se llamaba «la vie en rose», lo sabría mucho después porque mi memoria guardó toda la eternidad de ese instante, con los colores del jardín, el aire tibio y agradable, la entonación melódica de la canción y la muda y tranquila satisfacción de mi mamá.

Nos dijeron que era una vieja ciudad y que había todavía una palmera de la época de los conquistadores. Hijos de un Mundo Nuevo, los chilenos llamamos ciudad vieja aquella que fue fundada y construida en tiempos de los conquistadores españoles lo que no nos lleva más allá del siglo XVI. Nos fuimos, pues, a ver la palmera y a visitar algunas construcciones coloniales.

La Serena es un lugar de paso. Estamos ahora en una estación de buses cuyas lámparas buscan expulsar las últimas sombras de la noche. Está lleno de gente que espera, como nosotras, y que van subiendo a los buses a medida que éstos se instalan para partir. Por fin llega el que irá hacia Ovalle, nuestro destino, y partimos cuando el día ya luce su claridad. En Ovalle nos esperaba una mujer, todavía joven y sus dos hijas, que nos saludaron sin grandes efusiones, pero con una sincera cordialidad. Por los gestos respetuosos hacia mi madre, me parece que se trataba de una antigua alumna.

Una de las hijas es mayor que yo y la otra, menor. Imitando la hospitalidad de la madre me invitan a salir, a conocer el barrio. Los hombres jóvenes de la calle comercial

nos sonrien y nos dicen piropos. Me halaga que nos llamen bonitas y me quedo enganchada en unos ojos celestes, luminosos como un cielo de verano. Es en Ovalle que sentí brotar en mí la adolescencia.

De Ovalle partimos a Combarbalá, nuestra tercera parada. La señora que nos recibió y su familia se contaban entre las amistadas más cercanas que tuvo mi madre en sus años profesoriales de Ramadilla. Nos encontramos en una buena casa de pueblo, con unos desayunos pantagruélicos que aun mi papá, que desayunaba abundante no logró superar. Creo que en esa casa mi mamá removi6 recuerdos y se impregnó de nostalgia. Comprendo que ella pensaría en esa joven que era entonces, la que trajo al mundo a dos de sus hijos, posiblemente en esta misma casa.

Era necesario que la escritura me hiciera recrear el pasado para que, deslizándome hoy en sus sentimientos comprendiera la emoción que sentiría al encontrarse en Combarbalá.

El viaje continuó con la subida a Ramadilla, que es una larga calle trazada en la falda de un cerro, a 1550 metros sobre el nivel del mar. Este último trazo antes de llegar a nuestro destino final lo hicimos montadas a caballo, pertenecientes a la familia González, los amigos de Combarbalá. Alguien nos acompañaba montado sobre un burro.

El paisaje era árido y pedregoso lo que nos hacía subir lentamente, pero la montaña se acercaba poco a poco. En una época anterior a los españoles los habitantes de este lugar habían dejado vestigios de su paso por la tierra trazando dibujos sobre la piedra. No recuerdo cuánto tiempo duró esta travesía, pero imagino que no mucho, porque sino Ramadilla estaría aislada del mundo.

Es en este pueblo de una sola calle, en este símbolo de la resistencia humana para permanecer y querer los más increíbles lugares del mundo donde mi mamá realizó sus primeros años de maestra. Allí era, junto al cura y a algún representante de Carabineros la autoridad del pueblo. La historia familiar dice que se destacó como una mujer de coraje y sociabilidad, siendo respetada por niños y adultos. Así se comprende la alegría con que nos recibió la

gente, invitándonos a sus casas ya sea las que sus huertos descendían hacia un riachuelo o aquellas cuyos jardines topaban con la falda de la montaña.

Detrás de mi mamá se vino Ofelia, una de sus antiguas alumnas, quien con sus tres hijas pasará a ocupar la parte interior de la casa de Chiloé. En alguna ocasión, siendo pequeña, cuando no había nadie en la casa, por la tarde, me acercaba hasta su habitación donde, al calor de un brasero, Ofelia contaba algún cuento a sus hijas. No faltaban los temas de cuevas tenebrosas de la montaña; de gente perdida en paisajes inhóspitos; del diablo tentando al ser humano y de fantasmas de muertos perturbando la existencia de los vivos.

Esta buena mujer cuyo recuerdo acompaña toda mi adolescencia, debe haber sentido veneración por mi mamá en los primeros tiempos de vivir con nosotros, pero no sé si con los años, el rigor de su situación social no habrá enfriado sus sentimientos, viendo en ella sólo a la patrona. Porque, aunque la maestra y directora de escuela tenía sensibilidad para comprender a las clases modestas, ella misma no escapaba a la mentalidad chilena de dividir la sociedad en estratos sociales y dentro de la misma clase media a la que pertenecíamos, diferenciar sutiles líneas de separación. No era igual el profesor secundario que el profesor de escuela; no era lo mismo vivir en Renca que vivir en la Avenida Providencia; no era lo mismo ser blanco y rubio que tener rasgos indígenas.

Las fronteras sociales en el juicio o prejuicio de la gente, en esos años de mediados del siglo XX era rígidas, pero también movedizas. Cuando la calle Chiloé fue siendo ocupada por pequeñas empresas artesanales y fue perdiendo su rango residencial, algunas familias de las viejas casonas emigraron al este de la ciudad, a los llamados “barrios altos”.

Pero, cuando nosotros llegamos en 1944, nuestra calle era un agradable lugar para vivir. Por otra parte, mi mamá que había conocido diversas escuelas rurales ya tenía un puesto en Santiago. Andariega por gusto, maestra por vocación sus recuerdos estaban marcados por alguna anécdota que se destacara en cada lugar: Olivarbajo, en cuyo

río casi se le ahogan dos de sus hijos; Ramadilla donde se interpuso entre dos hombres que se peleaban con cuchillo y que se separaron al verla, por respeto por ella. Chile era la montaña, los álamos, los fundos de trigos o de viñas y esperar, junto a su hijo menor, en la puerta de la escuela, la micro que la llevaría al pueblo cercano para hacer sus compras.

...

Mi período de pubertad, antes de saltar a la adolescencia, giró en torno al mundo del colegio; sólo la llegada del verano me liberaba de este capullo, con los fabulosos veraneos que pasábamos en Melocotón, Valparaíso o Quilpue, donde mi mamá, con todos sus hijos y algunos sobrinos seguía siendo la maestra que se ocupaba de niños.

Cuando pasamos a ser las mayores de las preparatorias nos creíamos ya grandes y nos sentíamos orgullosas de ser antiguas en el colegio. Llegaron niñas nuevas, como la Clarita con la que me hice amiga de inmediato. Era más bajita que nosotras, pero nunca había visto otra niña que le fuera tan bien el delantal negro, ni siquiera a la María Cristina que siempre se cuidaba de abotonarlo y de no apretar mucho el cinturón. La Loti era flaquita y la María Angélica poco espigada, pero la Clarita tenía algo de soldadito de plomo, con lo derechita que era. Desde el primer momento me sentí fascinada por ella.

Llegó otra niña que hablaba haciendo sonar las “s”, decían que llegaba de España. Era muy seria y le encantaba jugar a la pelota; Conmigo nunca habló, fue a integrarse a otros grupos de alumnas. A Loti le dijeron: “ahí está tu compatriota” y ella respondió: “¿Porqué? ¡Yo soy chilena! son mis padres los catalanes”. Es verdad que la mamá de Loti hablaba con frases secas y cortas, no tenía el acento cantarín del español chileno.

Otra niña venía de Bolivia. No se metía mucho con nadie y a mí me parecía que nos miraba a todas en menos, sería por su eterna sonrisa y sus ojos grandes y serenos. Cuando fue la única que respondió en una clase de geografía

de Chile y sor Mercedes nos retó: “¿no les da vergüenza?, una extranjera conoce Chile mejor que ustedes”, todas la miramos, pero Silvia quedó como una esfinge, ni un gesto en su cara, ni un movimiento en su cuerpo. Nos dijeron que su padre, escritor, había huido de su país.

Sor Mercedes decía que yo redactaba bien y me ponía buenas notas en lectura y redacción. Aquel día, al terminar de leer nos dijo: “hagan un resumen de este cuento”. Me puse contenta, ese era mi fuerte, pero vi que la Clarita no escribía y ya no pude seguir con mi trabajo, “si me pilla la monja tanto peor, pero la voy a ayudar”, me dije y empecé a carraspear y moverme en el asiento hasta que me vió y comprendió. Me mandó un papelito que cayó justo a mis pies. Lo recogí y lo abrí, ¡qué linda letra tenía!, pero había dos palabras que no entendí, “... al agua... y ... ¿qué más?”, es decir que no llegaba a saber lo que preguntaba. Me dió vergüenza al responderle que no sabía y también de mi letra, como patas de gallo, así que agregué: “P.S. perdona la letra”. Después, al terminar la clase vino a juntarse conmigo y nos fuimos juntas a la casa. Nos tomamos de la mano y me sentí feliz y tímida a su lado. La Loti me miró de lejos y después se fue abrazada con la María Cristina. Con ella nunca me pasó de sentir esa emoción al tomarnos de la mano.

Silvia, la boliviana, me preguntó:

-¿Te fue bien en la prueba de religión?

-Claro, si en lo único que soy tontona es en labores.

Apuesto que tu prueba será la mejor.

-No lo sé...

-¿Por qué?

-Puse que no era justo que la tierra se la diera Dios a Abraham y sus descendientes si ya estaban ahí los canoneos, los amorreos y otros pueblos.

-¿Qué...?

-¿Por qué tomar una tierra que ya era de otros?

- Ni idea... ¡pero sor Mercedes te tiene una buena barra!

-Estudio, eso es todo, pero no me quiere, como tampoco a tí; sólo quiere a las rubias o blancas, como la Leticia, la Loti y la María Angélica, pero no a las morenas de pelo negro como nosotras.

-¡No es verdad!
-¿No te hai fijado lo racistas que son estas monjas italianas?
-¿Qué es racista?
-Que se creen superiores, miran en menos a los que no son de su país.
-¡Qué cosas decís! Sabís más...
Por primera vez la vi sonreír de verdad.
-Mi papá me enseña...
-Yo creía que tú nos mirabas en menos.
-Yo me defiando, no más.

Silvia fue la primera exiliada que conocí en mi vida. Posiblemente su padre huía de alguna dictadura, situación que Chile vino a conocer en la década de los setenta cuando la junta militar encabezada por Pinochet derribó al gobierno legítimo del socialista Salvador Allende. Por primera vez los chilenos supieron lo que era salir del país, por centenares de miles, para partir a otros horizontes, evitando así la muerte, la tortura, la desaparición o la cárcel.

...

El patio estaba silencioso y desierto. Todo el colegio estaba callado, bajo la presión de un cielo gris y cercano. Las alumnas nos atarábamos sobre nuestros cuadernos cuando de pronto escuchamos pasos rápidos que iban acercándose hasta llegar a nuestra sala de clases. Era sor Alicia. Habló en voz baja con sor Mercedes y después se dirigió a nosotras: Las niñas que el año pasado participaron en las actividades para la fiesta de la Madre Superiora, vengan a mi oficina durante el recreo.

Un revuelo de exclamaciones se elevó entre nosotras. Algunas se alegraron y aplaudieron.

Sor Alicia era profesora de historia en las humanidades, pero se encargaba cada año de preparar los actos para celebrar el cumpleaños de la Madre o las festividades religiosas. Durante semanas organizaba el coro, los solos de cantos y las recitaciones. Ella también dirigía la pieza de teatro con que terminaba la fiesta. Estas piezas me fascinaban: eran diálogos como los que tenían el alma con el cuerpo o

el ermitaño con un clérigo o bien dos pastores. Lo que me gustaba era todo el aparato teatral que se producía: ángeles volando en el escenario o la aparición del demonio, con sus cachos en la cabeza y el tridente en la mano despidiendo un insoportable olor a azufre que colmaba la sala entera.

Ya no pude seguir escribiendo, lo único que quería era participar en la fiesta, pero ¿cómo conseguirlo?, ¿cómo decirle que adoraba el teatro y que me pusiera a prueba?

-Andrea, ¿terminó de copiar los verbos?

Sor Mercedes me mira seriamente. Tomé el lápiz y seguí copiando lo que estaba escrito en el pizarrón. Ya sé lo que haré, me dije, le pediré a sor Rosita que me ayude, que hable con sor Alicia.

Sor Mercedes empieza a caminar entre los bancos; la miro de reojo y veo que deja un papel doblado sobre el cuaderno de Alicia, igual que nosotras ella también mandaba ¡recaditos! La niña tomó el papel y lo leyó; la monja, ya de vuelta, pasa mirándola pero Leticia se vuelve hacia otro lado y cubre su cara con la mano izquierda para no verla pasar. ¡Qué juegos tienen estas dos! Observo a las demás y me encuentro con la mirada de Silvia. Me las muestra con un gesto de sus ojos y parece decirme de lejos “¿viste?”.

Luego, al salir de la sala de clases las que actuarán en la fiesta empiezan a juntarse para ir donde sor Alicia cuya oficina queda en el corredor, frente al patio de las grandes. María Cristina me dice:

-¿Querís venir?

-Me gustaría.

- Pero, ¿qué vai a hacer? ni pa' diablo sirves;

-¿Por qué no?, puedo hacerlo mejor que tú.

Y me voy corriendo a buscar a sor Rosa, quien me dice “pero, por qué no se lo pediste a sor Mercedes, ella es tu profesora ahora”. No quise decirle que no hablaba con nosotras, que hacía sus clases y se iba y que además mandaba papelitos a una niña. Al final, la buena monjita me acompaña. Llegamos a una oficina donde hay dos mesas y varios estantes con cuadernos y libros. Sor Alicia es flaca, morena y tiene unos ojillos vivos y llenos de burla; en ningún momento deja su trabajo mientras sor Rosa le habla; me doy cuenta que es mucho mayor que mi profesora y que

la trata con superioridad. Me mira y al final dice: “Podemos probarla, quédate con las otras”.

De felicidad salto, hago piruetas, bailo.

-¿Cómo dijo que se llamaba? -pregunta la monja- ¿Andrea?, se equivocaron sus padres, debieron llamarla “payaso”. Y de payaso me deja, en un Paso de Lope de Rueda. Todavía no vestía el traje de payaso, pero era como si lo sintiera en mi cuerpo. Tenía que entrar al escenario caminando rápidamente, con los pies algo salidos para afuera. Me llevaba todo el día aprendiendo el texto, lo repetía donde estuviera. Frente a Clarita estaba orgullosa, ella era un as en matemáticas, pero ¡yo hacía teatro! Loti se lucía conmigo, como si yo fuera una gran artista. A María Cristina le dijo: “tú no eres más que comparsa en tu pieza y ella es la principal en la suya”.

Pero sor Mercedes bajó a la Sala de Actos donde estábamos ensayando. A su lado estaba Leticia, con los ojos rojos, parecía haber llorado. Su pelo, rubio y corto, se veía más tieso que nunca. Sor Mercedes llevó a un lado a sor Alicia. Esta mueve la cabeza, resistiéndose, discuten y al final vuelven las dos al escenario. Sor Alicia me llamó y me dijo:

-Andrea, se acabó. No puedes seguir.

-¿Por qué sor Alicia?, ¿No lo hago bien?

-No es eso, pero tienes que irte.

-¿Por qué?, no quiero irme, sor Alicia.

-No discutas más, ya está decidido. No sigues con el papel.

Sor Mercedes se acerca: “Andrea, vuelva a la sala de clases. Leticia hará su papel”.

Lloré, no quería irme. Yolanda me tomó por el brazo y, suavemente, me dijo “Ya Andrea, sube”. Me debato, pero viene sor Mercedes y me obligó a subir; arriba, me dió un poco de agua y me dijo “ya, váyase a su clase”.

Lloré tanto que por la noche, media dormida, seguía con la respiración entrecortada por un llanto seco y adolorido.

No podía impedirlo, sabía que estaban ensayando y quería ir a ver. Ya sabía adonde caía el diablo cuando desaparecía. En el escenario habían tres tablones que, cuando

el diablo iba a desaparecer los movían y él caía a una pieza de abajo, sobre colchones. Bajé y allí me fui, calladamente, sin que nadie me viera. Desde la oscuridad las oía repetir y recitar los textos de las piezas de teatro. Por entre las rendijas de las tablas seguía los movimientos de Leticia, llena de resentimiento y amargura. Sor Alicia dijo: “está bien, pueden volver a sus clases”, y todas van saliendo hasta que el ruido de la puerta suena. Lentamente, con desgano, voy saliendo de mi escondite cuando apercibo una persona sobre el escenario. Me escondo nuevamente. Alguien se acerca a un rincón donde enciende una luz amarillenta. Reconozco a Leticia. Nos quedamos unos minutos así hasta que la puerta del Salón de Actos vuelve a abrirse y en silencio una persona va acercándose a Leticia. A la débil luz la reconozco: ¡es sor Mercedes! Leticia va a su encuentro y se abrazan murmurando. Asombrada me quedo en mi rincón sin moverme y aún cuando ellas se van no me animo a reaccionar: ¡cómo una monja puede actuar así!

Sor Berta es la portera del colegio, una monja vieja y de pocas palabras; es apenas tan alta como yo, pero los años pesaban sobre su espalda doblada.

Me miró con sus frios ojos azules, pero no me dijo nada aunque llegaba con minutos de retraso. Me dirigí al largo corredor que bordeaba el patio de las preparatorias y me fui buscando a las amigas. Al final las diviso conversando cerca de un naranjo. Están Clarita, Loti, las dos Marías y Silvia, que ahora andaba siempre con nosotras. Me fui corriendo y se los conté, que ellas se abrazaban, que Leticia le sacó el velo, riendo, y que la monja tiene el pelo largo. Les repito que se abrazaban, pero de pronto me callo al ver sus rostros. La primera en reaccionar fue María Angélica que me grita:

-¡Eres una mentirosa!, ¡cochina mentirosa!

María Cristina me lanza:

-No es la primera vez que venís con tus historias sucias, ¿te acordái cuando hablaste de esos dibujos sobre las paredes?

-Eso es verdad, si la Virginia estudiara todavía con nosotras les podría confirmar lo que yo dije.

Nadie hablaba, no me creían. La campana sonó y nos fuimos a la sala de clase. Le repito a Loti:

-Todo lo que conté de la monja y Leticia es verdad.
-¡Las cosas que andai viendo!
-¿Me creís?
-Claro, ¿Por qué no?

...

La hermana Directora estaba sentada trás su escritorio, seria, tiesa. Mi papá, pálido, hablaba con dificultad:

-Le ruego... le ruego que me diga claramente, ¿de qué se trata? ¿qué hizo, qué dijo mi hija?

-Calumnias indignas... las madres de sus compañeras están escandalizadas. No puede seguir en esta santa casa, no es su lugar. Debe retirarla.

Y entonces mi papá, siempre tan sereno, tan seguro de sí mismo, mi papá empieza a rogar:

-¿Dónde la voy a llevar en mitad del año escolar? ¡Déjela terminar el curso, que llegue hasta el final, por favor, el año próximo irá a otra parte!

Yo me pongo a llorar, no porque me echan ni porque no me creen, lloro de ver a mi papá humillarse frente a esa momia con velo negro que se alza como una justiciera, sin saber lo que pasa en su "santa casa". "Está bien, se quedará, pero con la condición de no hablar más con sus compañeras y menos con esas a quienes escandalizó. Y no tiene derecho a asistir a las fiestas, a ninguna".

En la calle, severo, mi padre me preguntó:

-Lo que usted dijo, ¿es mentira o verdad?

-Es la pura verdad, hablé de lo que ví y oí, no inventé nada.

Mi madre me llamó a un lado y quiso saber todo con detalles. Al terminar me miró un instante y luego se fue a su pieza. No los oí conversar.

Las niñas están frente a mí y nadie me habla. Para ellas ahora es un juego provocarme, a ver si me atrevo a acercarme y hablar. Clarita se ríe y su risa me duele como si algo caliente me bajara por el pecho. Loti no me mira, es como si yo no existiera. Me da la espalda y dice "vamos a jugar", pero María Cristina no puede renunciar al goce de verme sola, rechazada por las otras. Se acerca y me dice:

-¿Querís jugar con nosotras, cochina?-, y se aleja riendo.

Mi papá me había dicho esa mañana que tendría que aprender, aún siendo tan joven, a mantenerme fuerte y digna en mi soledad, sin que me afectara la malevolencia de la gente. Yo sería fuerte si sólo no me hablaran, pero la burla, ¡la risa!... los ojos se me empañaron, me sentí impotente cuando alguien se paró a mi lado: “No llores, Andrea”. Era Silvia que me sonreía con su hermoso rostro de bronce. Por primera vez comprendí que era más noble y fuerte que todas nosotras. ¿Sería porque era extranjera que no le importaba ir contra la prohibición de hablarme?, o ¿porque sabía que dije la verdad?

-Yo lo sabía hace tiempo, pero no lo voy contando por ahí.

Su presencia me alivia el dolor. Yo también soy, como ella, una exiliada.

Llegó el cumpleaños de la Madre Superiora. Antes de la fiesta se hará la entrega especial de escarapelas. Las monjas, esa semana, habían dado buenas notas, pero yo no me hacía ilusiones, sabía que hasta el final del año tendría mala nota en conducta.

Me dijeron que tenía que estar presente y luego partir a la casa. Desde mi sitio vi a la Madre Superiora colocar ella misma las escarapelas blancas en el pecho de las mejores alumnas. Las escarapelas celeste las colocaba la Hermana Superiora y las roja las entregaba en la mano sor Alicia. Escuché mi nombre sin creerlo. Alguien me golpeó por atrás y reaccioné, ¡sí, tenía la escarapela roja! Me fui caminando hacia las tres monjas, sentadas como la trinidad en el proscenio del Salón de Actos. La Hermana Directora se acercó al oído de la Madre y ésta me miró con su permanente sonrisa inexpresiva. Al llegar frente a ella me dijo:

-Rogaré al Señor para que sea más buena.

Me pareció que sus palabras retumbaban en todo el salón, me pareció que todas sabían que era mala, que calumnié a mi profesora y a mi compañera en venganza porque me sacaron de la obra de teatro. Sor Alicia alargó la mano con la cinta roja. Yo tenía deseos de escapar de ahí, ¿qué más perdía con irme?, salir corriendo sin recibir

la maldita escarapela. Sor Alicia dijo suavemente: “Tome la escarapela, Andrea”. Me asombró su voz y la miré. Sus ojillos, siempre tan burlones tenían ahora compasión. El llanto se me agolpó en la garganta y de miedo de ponerme a llorar, tomé el trapito rojo y volví a mi sitio. Al terminar la ceremonia de las notas y antes de que empezara la fiesta salí, sin despedirme de nadie; afuera me encontré con sor Alicia que iba a guardar los libros de clases y las cajas de las escarapelas.

-¿Así que este otro año no estarás aquí?

- No, sor Alicia...

-No serás alumna mía, ¡lástima! eres inteligente y con talento para el teatro.

-...

-Sor Mercedes también se irá.

-¿Se va?

-La trasladaron a Linares... una especie de castigo.

-¿Castigo?, entonces, ¿me creen?

-Digamos que queda la duda. La verdad absoluta no existe, niñita. Además no es pecado, cuando se vive lejos del mundo, anidar la ternura en un rincón del corazón. Jesús mismo amó, todo El era amor. Pero los secretos de la vida no hay que tocarlos con manos sucias.

Y me dejó frente a la portería mientras ella seguía con paso rápido a su oficina. Me fui corriendo a la casa sabiendo que mi mamá, ese día, no iba a la escuela. La busqué encontrándola en el baño, lavando ropa.

-¡Mamá!, tengo la escarapela roja y es verdad que sor Mercedes quiere a la Leticia, la misma sor Alicia...

Mi madre se levanta y me golpea con una toalla mojada diciendo: “cállate, mentirosa, lo hiciste por venganza, sale de aquí”.

-Mamá, mamá -grito llorando.

Salí corriendo a la calle y corrí hasta que el corazón me saltaba en el pecho. Tomé por la Avenida Matta hacia oriente, pasé como un fantasma frente a mi colegio y al ir alejándome de mi barrio empecé a caminar con paso más tranquilo, caminé durante horas y horas.

Ya adolescente me convertí en la habitante solitaria de una casa enorme que se oscurecía al caer la tarde y por cuyo tejado se perseguían ruidosamente los gatos del barrio. Si no me acompañaban los gatos, el silencio provocaba la desorientación de un ratoncito que roía sin cesar buscando una salida a mi pieza. Yo me quedaba tranquila porque el ruido venía de detrás del piano y el animal no podía llegar hasta mí.

El dormitorio me parecía grande y alto; en todo caso, ahí tenían cabida todas mis cosas: el piano, la bicicleta, los diversos muebles. Una gran mesa me servía de escritorio en el que hacía mis tareas, leía y en un tiempo traté de escribir una increíble novela ubicada en la Italia del siglo XIX. Sobre el velador tronaba la radio que era mi ventana al mundo. Entonces no existía la tele y la imaginación reemplazaba a la imagen. Con la misma avidez que hoy seguimos las series televisivas, la gente escuchaba las radionovelas. Hubo un Doroteo Marti que hacía estremecer las fibras emotivas de los radioescuchas. Una de sus seriales se llamaba “El loco del bosque” y la anunciaba con una truculenta voz sobre un fondo de música de Sibelius. Mi papá buscaba prohibirme aquellas que abundaban en violencia, sangre o sexo, prohibiciones que creaban en mí el miedo y me hacían vivir una vida secreta, porque de todas maneras yo hacía lo que consideraba injusto o equivocado.

Mis horas solitarias fueron pocas al lado de todos los intensos momentos de vida familiar: fiestas, salidas, veraneos durante las grandes vacaciones y los inolvidables viajes con mi mamá que contrastan con el recuerdo de ausencia que tengo de ella. Esas andanzas por La Serena, Combarbalá, Ancud o Punta Arenas fueron mi primer contacto físico con nuestra larga tierra.

En uno de esos días de mi existencia juvenil escuché a un periodista decir que, según el último censo los chilenos éramos tres millones 350 mil personas distribuidos a lo largo de la angosta faja, aunque con gran concentración

en la region central. “Somos como una isla”, decía nuestra profesora de Historia y Geografía, los “elementos naturales nos separan de nuestros vecinos y estamos tan lejos del resto de los otros países que los Incas llamaban a nuestro territorio la tierra del fin del mundo”.

Aquel año de 1952, como en años anteriores, mis padres, mis sobrinos y yo fuimos a celebrar las fiestas patrias en el Parque Cousiño. Mis sobrinos eran los hijos del hermano mayor, César, que había regresado con su mujer a vivir a la casa antes de que el matrimonio se trizara en mil pedazos y los niños quedaran en Chiloé. Posiblemente fue él quien subió al tejado a poner la bandera nacional que todas las casas lucían por esas fechas. Luego desapareció, so pretexto que tenía un trabajo con el tío Alfonso, que tenía una cantera de arena cerca de Santiago.

Nunca averigué cómo mi hermano, de trabajar con el tío Alfonso pasó después, ya contador, a ser el hombre importante de la oficina de nuestro padre. Los recuerdos de la infancia son como parcelas de tiempos desconectados unos con otros. El olvido o el desconocimiento de los hechos no permiten hacer una relación cronológica. En mis recuerdos de infancia el tío Alfonso era un hombre rico con el que trabajaba César. En mis recuerdos de adolescente el tío era un distinguido señor de ojos celestes y pocos cabellos blancos, sin un centavo, que venía a menudo a almorzar a la casa.

Aquella mañana de septiembre mi papá se vistió con uno de sus impecables ternos de tres piezas, pantalones, chaleco y paletó; arregló la corbata humita con un gesto rápido y seguro, miró hacia mi madre y poniéndose el sombrero preguntó: “¿estamos listos?”. Ella se puso un sobretodo negro sobre su vestido y poniendo la cartera en su brazo llamó a Daniel y Gandhi, tomándolos de la mano a cada uno. Fernando, el mayor se fue al lado de su abuelo.

Las llamadas Fiestas Patrias o que la gente llama simplemente “el dieciocho” es una celebración que viene desde el comienzo de la independencia, hacia 1811. Nosotros no asistíamos a la gran misa de la Catedral, el Te Deum, pero no nos perdíamos, por nada del mundo, la parada militar del Parque Cousiño que quedaba a unas diez cuadras de

la casa y hasta podíamos ir a pie en caso de que las micros fueran llenas.

Eso del gusto por las paradas y las marchas militares era algo que calaba hondo en algunos hombres de la familia. Recuerdo que muchos años más tarde, en uno de mis viajes a Chile fui invitada con mis hijos a casa de mi hermano César. Este, queriendo agradar al menor, que tenía entonces diez años, puso un disco de marchas ejecutadas por bandas militares: tarala,larala,larala,lara, canturreaba mi hermano, moviéndose con gallardos movimientos militares. Viendo el desinterés del niño empezó a explicarle la importancia del acontecimiento que la música celebraba: “el triunfo de Yungay”, ¿sabes?, fue una batalla famosa que... El niño que había nacido y crecido en Argel y que no tenía ni idea de la historia de Chile, continuaba impasible. Entonces mi hermano, en un gesto de cólera, me preguntó: “¿Qué niños son estos que no vibran con las marchas militares?”.

Estábamos pues, en la puerta de calle para ir hacia Avenida Matta a tomar la micro cuando justo en eso apareció Ignacio que notoriamente venía a nuestra casa. Balbució algo como que quería ver a Octavio, otro de mis hermanos, para invitarnos a una fiesta que habría en San Miguel, su barrio. Yo sabía que eso no era más que un pretexto, él venía por mí. Ignacio era estudiante de arquitectura, como Octavio, pero no eran compañeros y entre ellos no había una gran amistad. Era el menor de cinco hijos, dos mujeres y tres varones y creo no equivocarme al decir que fue el único que llegó a la universidad. Su casa era pequeña y modesta y a veces su ropa mostraba que era herencia del hermano mayor.

Con Ignacio nos conocíamos desde hacía tres años, en los tiempos en que los limones iban creciendo sobre mi cuerpo, pero solo hacía unos meses que vivíamos una secreta relación sentimental. El había descubierto el amor; yo saboreaba el placer de ser amada. Me gustaban sus finas manos blancas, hechas para acariciar y pintar pero algo en su seria personalidad me desagradaba. Era poco dado a reír y bromear. No conocía el arte de seducir a los demás ni de esconderse tras gestos o palabras superficiales. Quizás le faltaba más sonrisa y menos tango.

Nos hablábamos por teléfono, me escribía cartas; de repente aparecía por Chiloé o me lo encontraba a la salida de mis clases de piano. En realidad, podía aparecer en cualquier momento, en cualquier esquina. Yo lo recibía con toda naturalidad, como si tuviéramos cita. Nuestros campos de andanzas eran las calles o el parque Cousiño. Nuestros amores, románticos y platónicos. Jamás pasó más allá de estrecharme entre sus brazos o de besarnos en algún oscuro rincón de la calle Serrano.

Mirándome apenas y conversando con mi mamá, nos acompañó hasta la parada de micros y al despedirse tuvo cuidado de entregarme una carta, antes de ayudar a los dos pequeños a subir al transporte colectivo.

El parque, después del desfile militar, se convertía en una fiesta de fondas y ramadas que despedían apetitosos olores de carne asada sobre las brasas. Estas parrilladas se acompañaban de empanadas y ensaladas de tomate con cebollas. La chicha y el vino iban alegremente de un vaso a otro y pronto fueron apareciendo las parejas a zapatear las cuecas, o bailar las tonadas.

A mis padres les gustaba esta alegría y este ambiente y nos deteníamos en alguna parte a comer, pero no recuerdo haberlos visto bailar en ninguna ramada. Ellos tenían una gracia infinita para la cueca: mi padre, sin zapatear demasiado iba poco a poco acorralando a su pareja; mi madre, elegante y sonriente se tomaba la falda con su mano izquierda y en la derecha sostenía un pañuelo blanco. Pero su arte no era para las ramadas, sino para las fiestas de la casa de Chiloé.

De regreso, en casa, pude por fin leer la carta de Ignacio.

Santiago, 8 de septiembre de 1952.

Andrea, querida mía:

Sé muy bien que “una simple tarjeta puede a veces tener un significado tan grande que puede ser el mejor reemplazante para las toscas palabras”.

“Tu vois, je n’ai pas oublié”.

Pero sucede que a veces hay también necesidad de exteriorizar

algo que se dilata cada vez más aquí adentro y que nos amenaza: "¡vas a reventar!".

No voy a criticar tu frase que es lo más bello que he leído de una chiquilla; Todo lo que de tí emana es bello. No obstante, palabras como esas dejan un no sé qué de angustia, porque conteniendo un significado completo, éste se nos escapa sumiéndonos en la duda.

¿Quién eres para mí?: comenzaste gustando mucho. Estaba entonces lleno de axiomas que yo mismo me había formulado. Me era evidente que jamás llegaría siquiera a agradarte. ¡Eramos tan diferentes! Comparaba tu vida con la mía. ¡Oh! Tu vida, tan serena y sin dificultades, tan normal. Todo siempre consistió para ti en cumplir tus deberes escolares y... vivir, simplemente vivir.

No, eso no es malo, es mejor. Por eso es que en ti no hay complicaciones: todo lo ves con absoluta claridad ¡Sea bendito Dios si así sucediera siempre! Aquello es lo que te presta ante mis ojos esa belleza espiritual en la que ni tú misma has reparado. Habiendo sido completamente sana tu educación, vas en pos de ser una mujer, una verdadera mujer ¡Ese equilibrio es el que envidia en ti! Tu padre te ha sabido educar. En el camino lo irás viendo Todo y lo comprenderás Todo y llevarás los ojos bien abiertos porque para eso te han templado la retina y ésta no vibrará sino ante lo bello y lo transmitirá al cerebro y rechazará lo malo, lo sucio, relegándolo al olvido.

Tú me quieres y yo te quiero. No deseo otra cosa, ¡Construyamos con este amor, Andrea! No nos veremos pero seremos "tous deux ensemble" los que ejecutemos nuestros actos. Se duplicará así nuestra fe y no obraremos nunca mal por no responsabilizar al otro de ello.

Sólo espero tu respuesta (...Tú dijiste a propósito de tu única carta: "esperando no sea la última"...) respuesta que guardaré para abrigar mi alma en las crudas soledades del invierno. ¿No te he contado?, pensamos ir en grupo a la cordillera este invierno. ¡Cuanto purifica el alma ese aire sano y ese frío que no hace daño...! Creo que me puse poeta al pie de esas majestuosas y blancas montañas" que nos llenan de recogimiento. Solo la belleza de la montaña es comparable a la belleza que he descubierto en ti. Recuerda siempre que por sobre todo deseo tu felicidad y bienestar, que es lo que ampliamente mereces. Cuando dejes de quererme házmelo saber. Me doldrá mucho pero mayor será el dolor si me lo callaras.

Te quiero. Ignacio.

En este momento he escuchado: “La Serenata de Shubert”, un poema de Manuel Gutiérrez Najera. Me ha gustado mucho. Creo que a tí también te gustaría. Es una audición a las once de la noche. Escúchala alguna vez. En Radio Bulnes.

Se equivocaba Ignacio al juzgar mi vida “serena y sin dificultades, tan normal”. Ahora comprendo que él no vio como la fumarola iba creciendo en mí y que vendría a encenderse en mis años universitarios. Yo lo recibía serenamente porque su presencia no me hacía saltar de alegría; tampoco me molestaba. Creo que lo quería. Lo quería a veces, como en esa noche del baile de San Miguel. Pero en realidad yo vivía una vida interior a la cual él no tenía acceso. Esa es la clave del desamor: dos personas que no se conocen. Tampoco yo, a mis disconformes dieciséis años no supe ver la belleza de sus sentimientos. Mis dieciséis años que buscaban algo sin saber qué; mis dieciséis ignorantes años, porque tenía razón el tío Enrique: yo no sabía nada de nada.

Sólo sabía que sufría de una enorme ausencia que no compensó totalmente el inmenso cariño y solicitud de la tía Pinina. Recuerdo una mañana que amanecí enferma. Como todos los días mi papá vino a despertarme. A mi mamá generalmente la sentía moverse por el hall, por el comedor, pero no la veía partir. Le dije a mi papá que tenía un fuerte dolor de estómago. El hizo lo de otras veces: llamó por teléfono a la tía. Media hora después ella llegó, dinámica, elegante, cariñosa y ya supe que alguien se ocupaba de mí, aunque tenía que pasar por sus horribles remedios naturalistas, como el té con cebolla.

Las tías paternas eran cuatro, pero una, al casarse, se había separado del tronco familiar y vivía aparte. Las otras tres vivían con la abuelita, que conocí apenas y que aparece en mis recuerdos como una señora delgada, vestida de negro hasta los tobillos, peinada con un moño en la nuca y que sonreía dulcemente al mirarme. La abuelita pasó por la existencia con la suavidad de una brisa de primavera; su destino lo dejó en manos de su marido, primero y de sus hijos, sobre todo mi papá, después.

Entre las paredes de la casa de Chiloé la vida fluía, como fluye el curso de un río, impetuoso y agitado al descender la montaña o bien manso y tranquilo al correr entre valles. En la intimidad de las piezas o en el patio, la cocina o el comedor todo sentimiento humano tenía su expresión: una sonora carcajada o un grito de cólera; un murmullo de adultos o un chillido infantil. Hasta el silencio era elocuente. El aire que allí existía era intemporal. Me parecía que vivíamos en un tiempo congelado, en el umbral de la eternidad y que la vida era un largo camino por delante. Yo, la adolescente, olvidaba que hubo un matrimonio que se hizo y se deshizo y que el resultado eran los sobrinos que estaban en la casa; olvidaba que mi hermana al casarse había partido lejos, allí donde fuimos a verla con mi mamá; que un hermano se había casado, pero, ¿cuándo Manuelito, cuándo te fuiste de la casa? Y que el otro, el menor de los varones, mi compañero de juegos, había ingresado a la Escuela de Carabineros.

En la casa de los silencios y las carreras de niños sólo quedábamos el estudiante de arquitectura, mis padres, yo y los niños-cometas que venían, estaban y partían. Me parecía que era el comienzo del tiempo, porque todo lo anterior era el preludeo a mi adolescencia.

...

Por aquellos años era en la casa de las tías donde el tiempo llegaba a su final. Nadie allí miraba nervioso el reloj al comienzo del día, porque ningún trabajo les esperaba. Dos de ellas, Mirtala y Pinina, mi madrina, habían sido profesoras, pero en los años de que hablo nadie salía temprano. Ni siquiera a misa. Ciertamente, hubo también un hombre, el tío Félix con el que mi madrina cortó su tardío celibato. El reumatismo del tío lo llevó del bastón a la inmovilidad de la silla de ruedas. En un altílo o pieza del fondo, a la que llevaban unas escaleras de madera, estaba el cuarto de Aurora que se ocupaba de todo el trabajo doméstico. Aurora también había llegado del norte, de Combarbalá, después de la brecha que había abierto mi mamá, al traer consigo a Ofelia.

La armonía con que vivían las tías y su arte para no ser contaminadas con los males del mundo exterior, hacía del lugar un remanso de paz al que la familia acudía con enorme gusto. Por cierto, el camino había sido largo antes de llegar a la casa de la calle Santa Elvira; por cierto, tuvieron sus historias, como la de los pretendientes rechazados, pero lo que recuerdo es aquello que vi cuando el final de su tiempo coincidió con mi infancia y adolescencia. Las tías, para mí, no tenían edad y no imaginaba que un día hubieran vivido de otra manera que la que les conocía. Su cariño y su ternura arroparon mi vida juvenil. Recuerdo la fiesta que me hacían cada vez que llegaba a verlas y eso era, por lo menos, una vez por semana, y cuando la primavera alargaba los días dándonos más horas de vida activa yo tomaba mi bicicleta y llegaba golpeando sonoramente a la puerta para hacerlas salir y exhibirme, frente a sus risas y exclamaciones, con mis acrobacias y monerías sobre la bici.

Los jueves era el día que recibían a almorzar. El comedor tenía una puerta que daba al pasillo y una ventana que se abría sobre un minúsculo espacio de luz, lleno de plantas y flores, que podríamos llamar "patio". La mesa estaba puesta con el bonito mantel de los jueves. Ese día los invitados éramos el tío Enrique, mi papá y yo. Sobre el mantel, los pancitos calientes hechos en casa, queso, peure, una botella de vino, y en el centro, un hermoso ramo de flores. Aurora nos sirve una cazuela de ave.

El tío me interroga sobre mis estudios, sobre los programas de historia y literatura. Me molesta su examen, su aire suficiente y le respondo con arrogancia. Mi tía Pinina le dice "es muy buena alumna y el próximo año termina el Liceo". El continúa interrogando y al final dice "No te creas una intelectual porque eres buena alumna; a tu edad no se sabe nada de nada". Después de esta sentencia sin réplica se vuelve hacia las tías y habla de otra cosa. Al terminar la comida el tío se disculpa "tengo una cita a las tres" y se va. Nombrado ministro de Justicia en 1945 y conocido abogado, el tío era el orgullo de la familia. Era el menor de los siete hermanos, pero fue el primero en morir.

Mi papá ha permacecido callado y serio todo el

tiempo, cosa que no pasa desapercibido a sus hermanas. Comprendiendo que lo miraban, interrogativas, se dirige a mi madrina: “Te fijas en el orzuelo que tiene Andrea en el ojo? Creo que tendrías que llevarla al doctor, le sale uno tras otro...” La tía responde que ya lo había notado y que se ocupará de eso y luego agrega: ¿Qué pasa, Próspero, tienes problemas? Hondo suspiro, una pausa y finalmente mi padre responde:

-César se separa de su mujer. Los niños están en nuestra casa.

Si el techo se hubiera caído sobre sus cabezas no habría causado tanta impresión. En un país como Chile donde, durante todo el siglo XX no existió el divorcio y solo vino a aceptarse en 2004 al entrar en vigencia la nueva Ley sobre el matrimonio, la separación de la pareja significaba crisis familiar y emocional. Ni la Iglesia ni la tradición chilena lo aceptaban y mi familia paterna era un buen ejemplo del catolicismo y del provincialismo que impregnaba a gran parte de la sociedad. Claro que, como en cualquier otro país, sucedía que la unión fracasara y que los cónyuges partieran cada uno por su lado. Podía suceder entonces que acudieran a un abogado para establecer la nulidad del matrimonio, truco legalista que buscaba suplantar a la ley que no existía.

Por supuesto que las tías lo lamentan, aunque César no era de los que las visitaba a menudo. Alguien preguntó a mi papá:

-¿Y qué dice la Lidia?

Mi mamá tampoco era asidua de la casa de las tías, entre otras cosas por las ínfulas de buena familia de que hacían gala las Iturriaga. Entre mis dos familias había ciertos grados de diferencia en el escalafón social, pero posiblemente, más que esto eran diferencias ideológicas que las separaban.

-Ella lo ha tomado con más sangre fría que yo -respondió mi papá. Ya dijo que los niños quedarían en nuestra casa y, además, culpa a su hijo de “machista”.

Entre mis tías y mi madre había diferentes maneras

de ver la vida; así pues no me extrañó el gesto de reprobación de mi madrina. Mi mamá adoraba a su hijo mayor, pero reconocía que el buen mozo de su hijo tenía un carácter autoritario e impulsivo. Lo que más sentía en esta ruptura era el hecho de que tres niños quedarían sin hogar. Más que la apariencia, era el hecho humano que la afectaba. Todas mis tías maternas eran mujeres metidas de lleno en el vivir cotidiano de la gente chilena. Dos de ellas eran matronas, como lo había sido la abuelita Zoila que me trajo a la vida en su propia casa, el día en que el mundo hispánico rememoraba la llegada de Colón a una luminosa isla del Caribe y el año en que Fred Astaire cantaba y bailaba con Ginger Rogers la canción *cheek to cheek*.

...

Y la casa vió llegar a la segunda generación de Iturriaga. Tal como la recuerdo en esos años, cuando tenía todavía su fachada original y aún después, cuando su rostro lució un maquillaje de pretendida modernidad, la casa era como un barco encallado entre las acacias. El movimiento lo daban los que allí residían y los que entraban y salían en un ir y quedarse o en un ir y volver, de tal manera que la casa-barco siempre tenía el puente tendido hacia el mundo exterior.

Los que iban y volvían eran los tres sobrinos, los hijos de Olga y César. La casa de su infancia cobra en sus recuerdos de hoy un aire señorial con sus dos grandes ventanas, balustrada en la parte inferior y arco de medio círculo en la parte superior. La puerta de entrada, también con su arco de medio círculo, se mantenía siempre abierta dejando el paso a una magnífica mampara. Penetrando por ella, a la izquierda está el "escritorio" desde donde Fernando ve el dormitorio de los abuelos y, sentado en su sillón como todos los domingos, ve ahora al abuelo leyendo *El Mercurio*. El sabe que pronto los llevará a pasear, sea al cerro San Cristobal, sea al Santa Lucía. El niño lo observa con cariño, guardando esa imagen de paz y señorío. Eran tiempos en Chile y en el mundo en que la vieja generación no se sentía separada de los jóvenes por un foso cultural,

que si no te avivas quedas reducido al estado de simple dinosaurio.

Para ellos los abuelos eran la gente más importante que los rodeaba, excepto, por supuesto la mamá. Sobre la mesa del escritorio hay una gran foto de Fernando bebé. El niño observa ese rostro sonriente y en un instante, como un relámpago, siente la felicidad de tener a su madre junto a él, pero un segundo después la realidad lo devuelve al vacío actual. Con un impulso de impotencia abre los brazos y golpea, sin querer, la mesa inclinada donde el tío Octavio dibujaba un plano. El golpe ha dado vuelta un tintero y el líquido negro se desparrama sobre la cartulina. El abuelo ha levantado la cabeza y al ver el rostro asustado del nieto se acerca, viendo la tinta caer gota a gota sobre el suelo: “¿Qué has hecho, muchacho?”, “no fue adrede, abuelito”. “Anda a buscar un trapo para limpiar esto, antes que venga tu tío. Luego llama a tus hermanos y saldremos”.

Poco después llega mi otro hermano, Manuel, con sus hijos Inés, Humberto y Alfredo, anunciando que su mujer llegaría más tarde, que se había quedado arreglando la casa. La abuelita que se ha asomado al hall al escuchar las voces y ruidos de niños, refunfuña:

-Claro, la princesa llegará cuando esté todo listo.

Manuel se acerca a ella sonriendo, como si no hubiera oído nada: “Ya pues, viejita, no proteste”. El padre anuncia “me voy con esta pandilla al cerro” y sale al tiempo que Octavio aparece también en el hall y se detiene un momento a conversar con su hermano. Mi padre dice a los seis niños “ya caminen, caminen” y se los lleva al Santa Lucía, alcanzando a escuchar, desde la calle, el grito que ha lanzado su hijo desde el escritorio.

...

El cerro Santa Lucía queda en pleno centro de Santiago; de 69 metros de altura constituye un hermoso paseo con caminos para automóviles, senderos y escaleras para peatones, jardines, fuentes de agua, una ermita, miradores,

un museo y todo lo que constituye un parque urbano, de gran afluencia de gente los fines de semana.

Desde nuestra casa, yendo hacia Avenida Matta y doblando luego a la derecha, se llegaba a la calle San Francisco donde se podía tomar el transporte que en diez a quince minutos nos llevaba a la Alameda. Al bajar ya se veía la hermosa silueta del cerro.

Podemos decir que a los pies de este montículo nació la ciudad de Santiago. El día que el conquistador Pedro de Valdivia se apoderó del cerro, la iglesia católica celebraba a Santa Lucía de Siracusa; dejando de lado la apelación mapuche de "Huelén", Valdivia, como todos los vencedores, despojó al lugar de su nombre original para bautizarlo como Santa Lucía. Entonces no era más que una altura llena de piedras y vegetación silvestre que los españoles utilizaron como mirador. La zona era un extenso valle de clima agradable, atravesado por un río. Valdivia fundó allí la capital de la futura colonia, el 12 de febrero de 1541.

Es con el Chile independiente que el cerro se transformará en un paseo, gracias a los trabajos que en 1872 y 1874, emprendió el Intendente Benjamín Vicuña Mackenna, inspirado al parecer en el paisajismo francés. Con el tiempo, nuevas obras y nuevas esculturas han terminado de dar al paseo el carácter que posee hoy.

...

Mi padre era un hombre de rutina que se alejaba poco del perímetro central de la ciudad. Ir al cerro Santa Lucía los domingos por la mañana, a la vermut de un cine de centro, con su mujer, por la tarde y ocuparse de su oficina durante la semana, era el transcurso regular de su vida. Ciertamente, después de la oficina podía también matar el tiempo con un espectáculo de teatro frívolo o con alguna película. Según las malas lenguas iría acompañado, aunque pienso que las más de las veces iba solo. Mi padre era poco sociable, le gustaba estar solo. El gran misterio para nosotros era lo que hacía los sábados por la noche, después del té que tomaba con las tías a las cinco de la tarde. Si no me equivoco, estas

escapadas eran simples partidas de naipe que jugaba con algunos amigos.

En verano prefería subir al San Cristóbal. Esta era una excursión mayor, que pedía más tiempo, porque después de subir en funicular, arriba, había que caminar bastante. Lo hizo con sus hijos y lo siguió haciendo con los nietos. Desde lo alto de los dos cerros contempló, durante una vida, como la ciudad fue, poco a poco, cambiando. Para subir al Santa Lucía tomaba por las amplias escaleras de la entrada y luego los senderos que lo llevaban a la terraza de la cima. El repetía a sus nietos, lo mismo que me decía a mí, cuando era niña. “el día que no pueda subir a pie hasta arriba quiere decir que ya habré envejecido”. No sé cuándo dejó de subir hasta la terraza del Santa Lucía. Ignoro, también, cuándo el tiempo le anunció que ya había envejecido o acaso vió llegar la vejez al sentir que el cuerpo se transformaba, solapadamente. Como nos sucede a todos, por lo demás.

Ese domingo de la tinta china desparramada sobre la cartulina se sentó en un banco, con su diario El Mercurio bajo el brazo y dejó que los niños se dispersaran a jugar. Pero no abrió el diario y permaneció un buen momento pensativo mirando las alturas nevadas de la cordillera de los Andes.

Cuando hacia las dos de la tarde regresó a Chiloé con sus seis nietos ya sabía cómo calmar la cólera de Octavio. Este, en efecto, no bien los vió llegar se dirigió a Fernando amenazante: “¿Cómo pudiste hacerme eso?, ¿Por qué desparramaste el tintero sobre mi proyecto?”.

Mi padre intervino:

-Escucha, Octavio, he pensado lo siguiente: ¿Puedes construir un taller en el fondo del patio? Tendrías allí tu mesa, tu música, tus libros y todo cerrado con llave para que ningún niño entre. ¿Puedes hacerlo?

Un brillo iluminó los ojos oscuros de mi hermano que pasó rápidamente del enojo al buen humor. Levantando los hombros, en un gesto típico suyo, respondió sonriendo:

-¡Puchas, papá! ¿Cómo no voy a ser capi si dentro de un año termino con las clases, en la Escuela?

-Asunto arreglado -dijo mi padre- hazme un presupuesto y veremos.

Mi mamá que escuchaba interesada agregó:

-¡Pero mi gallinero no se toca!

-No, señora, su gallinero no lo tocaré. Y ahora ¿podemos comer? Tengo fútbol esta tarde.

-Esperemos todavía a la Estela -concluyó mi mamá.

Octavio estaba demasiado contento para enojarse, como lo hacía otros domingos, por los retrasos de la tía. Esperamos un poco hasta que, toda sonriente, apareció la hermana menor de mi mamá, seguida por sus cinco hijos en fila india.

Eliana, la mujer de Manuel y yo estábamos poniendo la mesa cuando mi madre nos dijo: “agreguen una mesa para los niños”. En el marco de la puerta del comedor apareció la tía, con el balanceo típico que le producían sus pies enfermos y al verme dijo, marcando bien las dos sílabas: “arroz, arroz”. Era su manera de saludarme. ¿Reminiscencias, tal vez, de palabras que yo pronunciara en mis primeros intentos de atrapar el lenguaje? Me acerqué, contenta, a saludarla.

Después de comer, el comedor y el hall fueron poco a poco vaciándose de la gente. Mis padres fueron a echarse una siesta. La tía Estela se fue con sus cinco hijos a pasar la tarde en el cine Matta, que proyectaba una serie de películas de barrio, con mucho tiroteo y mucho cow boys. Octavio desapareció. Manuel se fue al escritorio a buscar algún libro en la biblioteca y Eliana, a quien llamábamos Nani, entró al interior de la casa, donde la oí conversando con la Ofelia.

Entonces me fui a mi pieza. De pronto sentí la presencia de alguien detrás de mí. Era Manuel. Curioso, sus ojos chispeantes de inteligencia y buen humor, miraban el libro que yo tenía entre las manos: “Manual de composición

literaria”, “¿Qué haces leyendo a Barros Arana?”, me preguntó. “Busco a ver si habla de la técnica de la novela”. “Es un viejo chisme del siglo XIX, no te servirá de nada. Escribe más bien sobre lo que vives”.

No era la primera vez que se interesaba en mí. Creo que de toda la familia era el único que tomaba en serio mis inquietudes literarias. Su carácter generoso, su sensibilidad, lo llevaban a querer romper mi soledad de adolescente. Sumergida en mi propio mundo yo tenía la impresión de que no tenía ningún interés hablar de mis sentimientos, de mis dolores secretos o de mis sueños. Por eso le respondí:

-¡No me interesa hablar de mí! ¡No me interesa la lírica! Quiero contar historias, quiero hablar de la gente y ¿qué conozco de la vida?, ¿qué es lo que vivo si no sé más que ir de la casa al liceo y del liceo a la casa?

-Tienes tus amigas, tus bailes, tu piano...

-Cierto. Soy feliz con la música, me encanta bailar. Pero a veces me siento asfixiada con la vida que llevo. Entonces sueño de espacios, de mar, de puertos, de países lejanos. Aspiro a otra vida, una vida libre.

-Insatisfecha y rebelde, como era yo a tu edad. Yo escribía poemas y también tenía sueños, soñaba con una compañera de estudios.

-Moraima.

-Sí, ya te lo había dicho... Mira, si quieres, una de estas noches, un sábado, por ejemplo, podemos salir con la Nani y algún amigo. ¿A dónde quieres ir?

-¡A un Night Club!

-De acuerdo por el night club. Puedes también acompañarme en mis salidas por la campaña de Allende.

Ese año, el partido socialista presentaba como candidato a la presidencia a Salvador Allende, uno de sus fundadores en 1933. Este grupo surgió en Chile

para representar al sector obrero y oponerse a los dos tradicionales partidos de la política del país, el Liberal y el Conservador. Aunque los comunistas apoyaban también esta candidatura, pocas chances tenía el candidato socialista frente a los liberales, conservadores y los radicales. En efecto, meses más tarde será elegido presidente Carlos Ibañez del Campo. Allende obtendrá un 5,44% de votos y tendrá que esperar hasta 1970 para ser elegido presidente de la república. Todo un camino que debía recorrer la izquierda chilena hasta llegar a imponerse democráticamente, por las urnas. Período de situación económica y social precaria, dependiente del precio del cobre, que constituía el 60% de las exportaciones del país. Las huelgas se sucedían unas tras otras, mientras que los socialistas, comunistas y otros grupos de izquierda se movilizaban.

En mi familia eran socialistas el tío Enrique y mi hermano Manuel. De todos, el decididamente marxista era mi cuñado WASHINGTON. Yo sentía por él una gran admiración y le confiaba mis inquietudes de adolescente, con él hasta me aventuré a decirle, una vez, que me sentía como si estuviera en la cima de una colina y que pronto desplegaría mis alas y volaría sobre el mundo. Me respondió: "Sí, puede hacerlo, tiene la capacidad, pero mi íntima convicción es que vivimos en un mundo hecho para el que es hombre y obrero". Rudo golpe para mi personalidad de burguesita sin ninguna aspiración a cambiar de sexo.

...

En esos años convivíamos en la casa los que quedábamos de la primera generación, Octavio y yo y la nueva hornada de los tres sobrinos que el carrusel de la vida los llevaba a estar y desaparecer, volver y desaparecer. Mi memoria me parece un puzzle en que me veo sola y me veo con ellos. Así, recuerdo que un día nos encontrábamos con Ignacio en el hall, enfrascados en no sé qué conversación cuando, molesta por las ruidosas carreras del pequeño Daniel le grité que no jugara más. El niño, que se tomaba por un tren, se anunciaba piteando fuertemente, paraba, recomenzaba de a poco, lanzaba humo, empezaba a ir

rápido, todo eso pasando entre nosotros dos de un extremo a otro del salón. Ignacio, seriamente me dijo: "¿Has visto un tren que no haga ruido?". Claro, en aquel entonces los trenes eran sonido, movimiento y humo.

La desunión de sus padres marcó sus jóvenes años. En Fernando, que ya tenía ocho años, la separación lo llevó a la rebeldía que se agudizó con la adolescencia y no se calmó hasta que decidió dejar todo atrás y salir del país.

"Soy Fernando, el nieto mayor. Dicen que cuando nació los abuelos y los tíos se llenaron de alegría. Fui el bienvenido. Tenían que haberme llamado Benvenuto o Félix, aunque en realidad mi primer nombre, Próspero, anuncia felicidad y éxito. Próspero, como mi padre y como mi abuelito, según la tradición chilena: el primer hijo perpetúa el nombre del linaje.

La casa de Chiloé fue mi solar, mi refugio, mi equilibrio, mi quiebre a mi otra vida. Doy gracias al cielo de que hayan existido los abuelitos, los dueños de esa casa. Recuerdo sus voces, sus gestos, el abuelito colocando sobre la mesa, una al lado de la otra, moneditas de a peso para hacerme comer. Por cada cucharada de comida él hacía avanzar una monedita. La abuelita, al otro extremo de la mesa, tomando la cáscara del melón y pasándosela por la cara. El abuelito me mira sonriendo y me dice "no te preocupes, no está loca. Lo hace para cuidar su piel, ¿no ves como la tiene tersa, como una chiquilla?". La abuelita era hermosa con su cabello blanco y sus dientes de perlas, su orgullo. Con su tez de un color moreno claro y sus facciones finas era la imagen de la reina árabe o sultana de las historias que me contaba el abuelito. Ella era también gritona y cuando se enojaba con el tío lo llamaba "caballo de invierno". Nunca supe porqué.

La tía Andrea era jovencita, unos años más que yo. Recuerdo las grandes risas que agarrábamos por juegos que nos eran propios, como cuando íbamos al cine y nos íbamos caminando por la calle Arturo Prat. Por ahí pasaban los carros, que hoy llaman tranvías o tranway y que se movían con un ruido ensordecedor de hierros. Cuando el carro pasaba a nuestro lado la tía y yo gritábamos a todo pulmón y después nos moríamos de la risa. Sucedió una vez que al volver a la casa no había nadie para abrirnos la puerta. La tía me dijo "te voy a decir un secreto. ¿Ves arriba de las ventanas, esas ventanitas pequeñas? Esos tragaluces

están siempre abiertos y por ahí se puede entrar. Sube, empuja la ventanita y pasa al otro lado”.

En efecto, los grandes ventanales que quedaban a ambos costados de la entrada principal, eran altos y como la apertura culminaba en un arco de semicírculo, la ventana rectangular era seguida por un tragaluz o ventanita de dos puertas que se amoldaba a la forma del arco. Que estuvieran siempre semiabiertas es un signo de que en ese barrio no había ladrones o que en los tiempos de los abuelos reinaba sobre la tierra la paz y la confianza que yo no conocí. Esas ventanitas y las balustradas desaparecieron con la fachada moderna. Las ventanas fueron más bajas y rectangulares.

Bajo su apariencia de hombre severo, el tío era bueno con nosotros y nos protegía. Cuando volvía de la Universidad, hambriento, se hacía un café con leche y un sándwich de palta; si yo andaba por ahí cerca, me llamaba con un gesto de su mano y me daba un pedazo.

El abuelito le dijo que hiciera un taller; él lo convenció para construir una especie de departamento. “Los gastos serán poco más”, le dijo “y si quiere cambiamos la fachada de la casa y le damos un aire moderno”. El abuelito terminó por aceptar algo en lo que no había ni siquiera pensado. Recuerdo que lo vi acercarse a su esposa y decirle, con un aire entre serio y asombrado: “éste va a ser el rico de la familia”. No se equivocó.

Entonces comenzaron los trabajos de construcción en los que el tío me permitía estar con él y servirle de ayudante. “Agárrate bien, no te vái a caer” me recomendaba cuando me subía a los tabiques de madera, sintiendo la emoción del peligro y el olor de la madera. En ese trabajo aprendí el nombre de los instrumentos y el uso que tenían, como garlopa, formón, serrucho. La vida me llevó a ser actor, pero nunca me olvidé de esos instrumentos que conocí cuando era niño mientras el tío construía esas agradables y cálidas habitaciones que pasaron a ser su reino intocable”.

Es cierto que ese departamento era tibio con un sol que se introducía, generoso, por todos los rincones contrastando con el ténpano del interior de la casa. Octavio lo construyó en altura dejando abajo un espacio que respetó el gallinero y permitía poner algunas sillas para sentarse al sol.

Adentro de la casa, el imponente hall era de doble altura con unos ventanales corridos por donde entraba la luz. En ciertas noches de luna el hall podía tener un aire plateado y misterioso. Pero esa noche en que Danielito estaba solo en su pieza la noche era oscura y la casa le parecía un tenebroso castillo. Sus hermanos estaban, uno donde la madre y el otro donde el padre. Daniel tenía miedo de hacerse pipí en la cama y decidió ir corriendo donde el tío. Este, medio dormido, lo puso de pie sobre la ventana para que orinara hacia el patio. El niño tenía miedo por la noche cuando sus hermanos no estaban. Yo le contaba cuentos de Las Mil y una Noches que a mi vez había escuchado a mi padre: Aladino y la lámpara maravillosa; Simbad, el Marino; Alí Baba y los cuarenta ladrones. ¡Toda la magia del lejano mundo oriental!

Pero el niño se despertaba a media noche y salía corriendo donde el tío. Después de unos días cuando sus hermanos regresaron los abuelos le dijeron que no se quedaría más solo. ¡Al fin y al cabo era el pequeñito de la familia! y el más juguetón que pasaba el día corriendo por la casa con gran disgusto de la tía Nani que estaba esos días en Chiloé con Manuel y su hija Inesita. “Quédate tranquilo, chiquillo -le decía- haces tonterías y después le echas la culpa a mi hija”. Por eso ese día, cuando él comenzó a gritar y correr por el patio ella no le hizo ningún caso. Tampoco Ofelia. Fue como en el cuento de Pedrito cuando gritaba “que viene el lobo” y nadie se inquietó, porque ya antes se había burlado de la gente con ese mismo grito.

En un lado del patio unos maestros contratados por el tío para confeccionar muebles, calentaban la cola para pegar. El niño se acercó a ellos en el momento en que uno de los hombres echaba más viruta al caldero. Este se encendió elevando una llama que agarró el mameluco de Daniel. El niño sintió en sus piernas el agudo dolor del lengüetazo del fuego. Desesperado echó a correr, mientras sus ropas se encendían, pero en un momento nadie se percató hasta que uno de los hombres lo vio abriendo la llave del agua que había al lado de la artesa y corrió para auxiliarlo.

Eliana, a quien decían la Nani, estaba en el baño lavando y a Ofelia no le perturbaban los gritos de los niños. Daniel se sintió culpable como si hubiera hecho una tontería más. Se cambió de pantalones y se fue a la escuela, donde hacía su primer año de preparatorias. Cuando regresaba a la casa vio en el medio de la calle a la abuelita que corría hacia la escuela: “me dijeron que te quemaste”. Daniel se asusta y a pesar del ardor de las piernas dice que no es nada. “Muestra a ver”. Al ver las piernas enrojecidas por la quemadura, le tira las orejas, le da un buen reto por ser tan desordenado y se lo lleva de inmediato a Urgencias del hospital Arriarán que felizmente estaba a dos pasos. El niño debió pasar varios meses en cama, con curaciones que le hacían ya sea la tía Pepa o bien la tía Toya, hermanas de mi mamá. Ellas llegaban, como las expertas en sanidad de la familia, bromeando con el niño, hablando con naturalidad con todo el mundo y con un eterno cigarrillo en sus dedos.

Cuando en el hospital quisieron hacerle un injerto, la abuelita se opuso resueltamente y llamó a su hijo Leonidas, oficial de Carabineros para que intercediera con el Policlínico del Ministerio de Defensa.

Daniel se siente feliz con tantos cuidados, sobre todo que ahora duerme al lado de la habitación del tío Octavio, en su departamento, adonde llega el abuelito para traerle El Peneca y El Billiken y a donde sube Gandhi, a pesar de la dificultad que le producen sus aparatos ortopédicos. A veces los dos se asoman a la ventana y ven la cocina y el repostero a través de la galería de vidrios. Los ojos de los nietos guardarán la imagen de la abuelita haciendo mermeladas o conservas de tomates o arreglando los alimentos que se guardaban en sacos, como el arroz, las lentejas y otros y llamando luego, desde abajo, a Gandhi cuando debían partir a la escuela.

...

Quilpué es una bonita ciudad de casas coquetas y calles arboladas. Hasta ella llega el aire marino, impregnado de sol, que muestra que la región pertenece a la periferia de Valparaíso. Su centro comercial es animado y acercándonos

a la estación vemos el metro de Valparaíso que se detiene unos minutos para continuar hacia Limache. La línea del tren va formando con las diversas estaciones un verde y resplandeciente collar. En el medio queda Quilpué, unida así a Viña del Mar y al puerto. La actual estación ferroviaria es una construcción levantada en 2004 después que la antigua estación fuera derribada.

En aquel tiempo esa vieja estación era nuestro paseo de la tarde. No la estación misma sino la terraza exterior con sus árboles frondosos y sus altas palmeras. Eramos un grupo bullicioso de hermanos, primos, sobrinos, la cuñada Olga con sus niños pequeños y alguna vez mi mamá que nos acompañaba. En lo alto de algunos árboles los altoparlantes difundían los ritmos de entonces, el rock and roll, Bill Haley, The Platters, pero también las zambas, los boleros con Lucho Gatica y los inevitables tangos.

Mi cuerpo había dejado de ser un junco y acababa de brotar en diversidad de formas. Nos incorporábamos a la gente, con el derecho de ser veraneantes y bailábamos alegres. ¡Yo adoraba bailar! El jefe de la banda era Manuel quien, para las fiestas de elegir la reina de Quilpué encabezó el grupo familiar anunciando, a modo de parodia, que nuestra candidata era “la Andrea ¡Viva la Andrea!”. Nadie le hizo caso, Quilpué era una sociedad bien estructurada y la reina elegida fue una linda quilpueína de ojos verdes. Tiempo después, mi hermano Leonidas, flamante oficial de Carabineros, se casaría con ella. Se llamaba, se llama Silvia.

Así, pues, pasábamos ese verano en una bonita escuela a la salida de Quilpué. Todo comenzaba días antes de salir de Chiloé al preparar y juntar todo lo que se llevaría para el veraneo: colchones, ropa de cama, ollas, servicio, es decir, nos esperaban salas vacías que había que convertirlas en habitaciones y comedor. Todo eso por arte de mi mamá que, como directora de escuela, tenía derecho a que le asignaran un establecimiento educacional para el verano.

Partíamos en un camión prestado por el tío Alfonso, el marido de la tía Pepa. Salíamos de madrugada, los niños

acostados sobre los colchones. Tomábamos los antiguos caminos de las cuestas, subíamos cerros, bajábamos cerros, atravesábamos valles, subíamos otro cerro hasta que alguien, encumbrado arriba del camión gritaba “allá está el mar”. Entonces gritábamos, cantábamos, el veraneo comenzaba. Descendíamos por el camino que va a Viña del Mar y llegábamos al mediodía a Quilpué. Todo el mundo debía atarearse para darle a esa escuela un aire de casa.

La radio transmitía la música y mi mamá canturreaba el tango “Desde el alma”, “alma si tanto te han herido/ por qué te niegas al olvido?...”. Ofelia ya estaba instalada en la cocina “¿dónde están las chiquillas, Ofelia?”. “Las mandé a veranear a Combarbalá, con mi hermana”. A cada lado de sus sienes ha colocado rebanaditas de papa, untadas en vinagre, para calmar su dolor de cabeza.

Los viernes llegaba mi papá cargado de regalos, revistas y bombones. Un verdadero viejito Pacual, ¿sería para disculparse de su vida de soltero, durante la semana, en Santiago? El domingo tomábamos el trencito y nos íbamos a una playa de Viña del Mar, sea Recreo o Las Salinas. En casa, perdón, en la escuela, mi madre y la Ofelia hacían las humitas que les tomaba toda la mañana para satisfacer a ese batallón.

Pero nuestro estrellado y azul cielo quilpueíno no duró todo el verano. Como dice el refrán, el gozo cayó al pozo. Gandhi, nuestro hermoso sobrino de bucles dorados se enfermó. Cualquier niño puede sufrir de diarrea y aún de gastroenteritis, como ha dicho el médico; pero lo que no sabíamos es que el virus de la poliomeilitis ya realizaba, en su pequeño cuerpo, su trabajo destructor. Recuerdo el día en que lo vi desplomarse, repentinamente, en el patio. Iba corriendo, como cualquier niño sano y de pronto se desplomó. Como golpeado por un rayo. Su mamá lo recogió, espantada, al ver esos brazos y esas piernas que caían sin fuerza, sin vida.

De un hospital local pasa en Santiago al hospital Arriarán y al Calvo Mackenna. Después de un largo tiempo de hospitalización, el niño regresó a Chiloé, sin sus

bucles dorados, pálido, habiendo recuperado los brazos y con aparatos ortopédicos en las dos piernas. Una de ellas crecerá normalmente y la otra, delgada como una rama, le iba a la zaga. El niño quedará cojo.

Los padres ya están separados y es la abuelita quien cargará con él en brazos para llevarlo al hospital; quien lo guardará a su lado, en la cocina, haciéndolo comer “para que te engorde la pata”.

...

Se acercaba “el 25”... No era la navidad, que en nuestra casa no significaba más que los regalos en los zapatos de los niños y el buen almuerzo del medio día. Los chilenos llamamos a las fiestas patrias “el 18”, porque se festeja el 18 de septiembre. Nosotros, en familia, llamábamos “el 25” al cumpleaños de nuestro padre. Las otras grandes fiestas tradicionales eran el cumpleaños de la mamá y el año nuevo. Pero estas celebraciones tenían derecho a que se las llamara con su fecha completa. De los doce meses del año, sólo el 25 de junio era singular. Visto desde el día de hoy, había en esta ocasión una especie de culto: el respeto, la admiración al patriarca, al paterfamilias de los romanos, al muley elbeit de los árabes.

Antes de que llegara el gran día comenzaban los preparativos. El gallinero crecía con la presencia de algunos pavos que respondían al concierto matutino del gallo con sus agudos graznidos. Iban llegando las cajas de bebidas que enviaba don Horacio Castro, cliente y amigo de mi papá y los chuicos de vino que mis hermanos debían embotellar. Todo a guardarse en el garage, hasta el día señalado en que se abrirían las compuertas, dando paso al caudal generoso de vino, Bilz y otras bebidas.

Los preparativos, también, de las tortas y otros manjares que mi mamá, secundada por Ofelia y otras mujeres hacían con anticipación. La cocina, el repostero eran invadidos por la gens femina. Los niños, como moscas alrededor de la miel, esperando el instante en que pudieran meter el dedo en algún manjar. Mi mamá gritándoles que

se alejaron y llamándome “ya pues princesa, ven a ayudar”. Lo de princesa era una ironía, un reproche.

En realidad, yo tenía diversas tareas: ir a comprar aquello que faltaba a la última hora, limpiar la vasija, el servicio. Sobre todo me ocupaba del interior de la casa, preparar la habitación de los padres, poner las cubrecamas de raso dorado y de larga falda, desocupar la mesita rectangular generalmente llena de libros y cachivaches, colocar flores. Mi tarea también era poner la mesa junto con Nani, la esposa de Manuel. Con ánimo alegre, en ambiente ya de fiesta, abríamos la puerta que unía el comedor con la habitación contigua, creando así un enorme espacio de comensales, donde había diversas categorías: la mesa grande, de los invitados importantes en el comedor y la mesa del “pellejo” para familiares jóvenes y chiquillería, en la habitación.

Y cuando la fiesta iba empezando, mi mamá corriendo a vestirse a la sala del baño, confusa y sonriendo lindamente, porque iban llegando los primeros invitados, los puntuales don Humberto Calvo, inspector general de educación, su mujer Lupita y el hijo, un gran mocetón rubio que parecía salido de una ópera de Wagner. Se llamaba Lohengrín.

El hall llenándose poco a poco, los invitados llegando con regalos que mi papá recibía con dignidad y amistosa sonrisa. Luego yo los colocaba sobre su cama: corbatas, pañuelos, perfumes, libros, cinturones de cuero, camisas. Y sobre la mesita, yo colocaba los regalos delicados: recuerdo la ponchera rosada con su docena de vasitos, y el reloj de pie, de vidrio y adornos dorados.

Llegaban las tías paternas, con sus cónyuges, el tío Félix y el tío Manuel; las tías maternas con sus cónyuges, el tío Alfonso y el tío Alejandro; los primos, las primas. Los amigos de mi papá, don Horacio Castro, Pepe Barahora y la famosa y nunca bien ponderada familia Canales, con Carlos a la cabeza, quien a la hora de los postres abriría el espectáculo cantando, en solo, las tradicionales melodías chilenas. Estaban, desde luego, todos mis hermanos y sus

familias, el mayor con su segunda esposa, Sara, su segunda esposa Sara, antiguo amor y futura madre de cuatro hijos que el viento alejará de la calle Chiloé. César llegaba con unos músicos que se colocaban en el ángulo del salón donde estaba la mesita alta con el teléfono negro. Allí, después de la comida, animarían el baile que se prolongaría hasta la amanecida.

Antes de pasar al comedor se van formando grupos, las señoras se sientan en los sofás, Octavio, gran aficionado a la música, escoge melodías suaves que sirvan de fondo musical. Él prefería la música norteamericana, los blues, boogie-woogie, The Platters. Algunos hombres traen a la conversación la actualidad mundial: consecuencias de la muerte de Stalin, hace algunos años y la cruzada anticomunista de Estados Unidos. Wáshington comenta con Manuel la invasión de Guatemala por un ejército equipado y sostenido por Estados Unidos y la destitución del presidente Arbenz. Nani se acerca y sonriendo les dice que dejen esos temas para otro día. En otro grupo, mi serio primo Franklin se refiere al golpe de estado de Strossner, en Paraguay. No sé nada de eso, pero me acerco a escuchar. No me hacen mucho caso. En un momento el tío Enrique me dice que estoy muy buena moza esa noche. Me da la impresión de que con las mujeres no se habla de temas serios.

Después de la comida llega el momento de las prestaciones artísticas de los nietos, de los cantos y los discursos. No dejaba de ser imponente el hecho de pararse en los escalones que, a través de una puerta, llevaban al pasillo interior: ese era el escenario de los "artistas". Me acuerdo de haber sentido un dolor de estómago cuando, de niña, yo debía hacer mi numerito. Ahora son mis sobrinos que cantan o recitan al abuelito. El "trac" podía aparecer en esos pequeños actores como cuando Fernando, que iba a declamar, siente un nudo en la garganta y se larga a llorar. Los invitados tenían aplausos y comprensión para todos. Ellos también quieren participar y vienen los cantos y los discursos. ¡Ah! ¡Qué gran herencia dejaron los antepasados con eso de la elocuencia de los chilenos!. Cada uno alaba al

festejado, cada uno habla de sus valores y virtudes. Pero no hay mayor orador que el tío Enrique que recuerda la odisea del hermano mayor, no el verdadero hermano mayor, Humberto, a quien se ve rara vez, sino el segundo, que se ocupó de la familia: los trajo a Santiago, los hizo estudiar y luego creó, junto a la mejor de las mujeres, la más linda de las familias. La emoción se apodera de todos, los pañuelos salen a secar las lágrimas. El tío no desmiente su fama de gran orador.

Luego se pasa al hall y los dueños de casa abren el baile. ¿Una cueca o un vals? No lo recuerdo. Yo bailaba tangos con mi hermano César y zambas con Leonidas. A Manuel no le gustaba bailar. Se ponía de lado a mirarnos algo burlón, un cigarrillo o una copa en la mano, conversando con alguien.

¡Ah, qué tiempos aquellos cuando la casa de Chiloé era el centro de tales acontecimientos!

...

Son los últimos días de septiembre y el aire ya ha roto la corteza del frío. Abrí las ventanas del escritorio. Angélica, mi vecina y compañera de clases debe venir a preparar conmigo la tarea de inglés. Yo soy fuerte en inglés, ella en francés. Aguardando su llegada me asomo a la ventana y miro hacia la vereda del frente. Justo va pasando por ahí el rubio que trabaja en la zapatería de la esquina. Me envía lánguidas miradas de enamorado, como otras veces, pero no atraviesa la calle. Esas miradas de gente que no hace más que pasar ya las conozco desde hace algunos años. Santiago está lleno de lánguidas o viciosas miradas que no dejan huella, como pasos sobre las dunas que el viento borraría.

Pero hay también los que tienen instintos predatorios como el cuñado de una tía que viéndome un día sola en casa empezó a trajinarme debajo de la falda. Cuando Ofelia apareció en la puerta del hall me soltó. ¡Quién diría que ella vigilaba desde lejos al inoportuno visitante!

Por esta ventana abierta del escritorio vi pasar un día a

mi hermano Manuel. “Anda inmediatamente a mi casa, a Nani ya le llegaron los dolores”. Manuel corría a buscar a la tía Pepa, que vivía en la calle Nataliel, no muy lejos de Chiloé. Acudí a acompañar a mi cuñada; luego la tía Pepa, como lo hizo la abuelita Zoila en su tiempo, ayudó a que un nuevo miembro de la familia se presentara a todos con un enérgico grito.

En otra ocasión se pararon frente a la ventana mi hermano César y mi primo Sergio. “¿Qué estudias, Andreíta?”, “Preparo una tarea sobre Victor Hugo para la clase de francés”. “¡Ah!, “Los miserables”, está en la colección de Clásicos que le regalamos a mi papá”. César era un espíritu complejo, atraído por la lectura y la música, aunque sin ser un gran lector, como nuestro padre. Sentía inclinación por los temas de carácter espiritual, por el estudio de las religiones. El, que había estado interno en un colegio de curas era ahora masón, como el tío Enrique. Cariñoso conmigo, podía a veces, queriendo hacerse el gracioso, chocarme y hasta ser decididamente desagradable.

Frente a la ventana, pues, los dos hombres se detuvieron un momento. Sergio fijó la mirada en los cuadernos, me saludó y dió vuelta la espalda. Había algo de desamparo en su persona, no se mantenía derecho, como si su cuerpo le pesara. No sé a qué han venido a casa y tampoco busco averiguarlo. Seguramente entrarán al comedor a conversar y tomar unas copas de vino. Para mi hermano será un momento de descanso en esta larga tarde de primavera. Para Sergio será el comienzo de una serie de estaciones en un trayecto hacia el infierno. Cuando su cuerpo no resista más volverá a casa. Brutal, desesperado, insultante. La tía Pepa, su madre, con los ojos vacíos de expresión, lo mirará en silencio mientras él se dirige a su habitación, donde están su mujer y sus hijas.

¡Dolor aplastante en el silencio de la noche!

O bien él se sentará en un sillón del living y comenzará a hablar en un flujo de palabras, dando rienda suelta a todas sus amarguras: ese hombre, su padre biológico, que se desinteresó de él... y su mujer, y sus hijas y Alfonso, el padrastro. Si su madre ha entrado a acostarse la llamará

a gritos para exhibirse en toda su decadencia. Con su madre tenía una tranca enorme. Ella volvía, siempre volvía pidiéndole que se acostara, dándole quizás un café, observando ese rostro varonil y bien dibujado de su único hijo que la borrachera afeaba en esos momentos.

De muchacho Sergio era su orgullo: un adolescente buen mozo, inteligente, sensible, sería quizás abogado como su padre. Pero éste se perdió en un sendero que lo llevó a otra mujer, a otra familia. Un día llegó a la vida de Sergio una mujer mucho mayor que lo embrujó completamente y se lo llevó tras ella, hacia el sur del país. Cuando volvió era otro hombre. Su estrella se había apagado y el alcohol le envenenó el cerebro. Tenía sólo diez y siete años. En la familia todos lo querían y gozaban de su conversación cuando estaba sobrio.

-¿Pero, por qué no se sobrepuso, por qué no superó sus problemas? -pregunté a mi prima María de las Nieves.

-¡Quién sabe lo que hay en el fondo de una persona cuando ha perdido las ilusiones! A él le parecía que cada día se hundía más. A la tía Pepa no le perdonó nunca que lo fuera a buscar al sur y luego que lo hiciera casarse con la joven a la que él había engordado. Y ¿tú sabes? -agregó mi prima- hay cosas que no nos dijeron y que nunca llegaremos a conocer. ¡La nuestra es una familia de secretos!

...

Terminábamos con Angélica de traducir la lección de inglés cuando alguien golpeó suavemente a los vidrios de la ventana. Ignacio, sin bajar de la bicicleta, me sonrió, todo acalorado: "Te traje la invitación para la fiesta de los Bomberos de San Miguel. Octavio me confirmó que iría". Miró hacia adentro y saludó a Angélica. Me cuenta que alguien le prestó la bici y que debe volver de inmediato. "La invitación es una excusa, ¿sabes?, quería verte". No se atreve a besarme delante de mi amiga y se va.

Ignacio era un verdadero hijo de su barrio y un buen amigo de sus amigos. Era conocido en su callejuela y en la

arteria de San Miguel que desembocaba en la Gran Avenida. Justo en la esquina estaba la iglesia de la que él era asiduo. Por esos años yo ya no iba a misa y mis creencias religiosas se habían relajado, como un elástico usado. De mi familia, sólo las tías Iturriaga y mi papá eran católicos practicantes.

Además de católico, de salir con los amigos a tomar unas copas, Ignacio era bombero. El cuerpo de Bomberos, en Chile, estaba formado por voluntarios y por ese entonces, los bomberos de San Miguel celebraban sus doce años de existencia.

Mi hermano, como siempre que iríamos a un baile, tomó una ducha y se puso elegante y perfumado. En sociedad, Octavio era risueño y simpático y era raro que se negara a acompañarme a una fiesta.

Entramos en una sala grande y mostramos nuestra invitación. El lugar brilla de luces y las serpentinas ondulan en el aire. Hay un ambiente alegre y todo el mundo baila una música movida. De repente aparece Ignacio, notoriamente estrenando una chaqueta color crema y unos pantalones café oscuro. La ropa le va bien al cuerpo y destaca su silueta de anchas espaldas. Es algo más alto que nosotros. Su sonrisa, como siempre, es un ligero movimiento de sus labios finos pero dan expresión a un rostro claro, de nariz algo aguileña y bien formada y ojos de mirada dormida. Creo que esa noche me enamoré de él. No sé cuándo lo olvidé. Meses después ingresé a la Universidad y lo vi cada vez menos hasta que le pedí que no me buscara más. La vida nos desplazaba y yo no quise mirar hacia atrás.

Los últimos días del Liceo se acababan. Con las compañeras pasábamos de la excitación a la melancolía; de escribirnos mensajes de despedida en nuestros cuadernos a esperar con cierta ansiedad las últimas notas de los exámenes y mirar ya hacia las pruebas del bachillerato. Poco sé de lo que fue de todas esas compañeras. Judith, mi mejor amiga, quería ser dentista. Sólo una vez la encontré en la calle, muchos años más tarde, en uno de mis viajes a Chile. Estaba convertida en una bonita mujer, contenta de su vida. A Rosa Hernández, de quien yo admiraba su virtuosismo para el piano, la divisé algunas veces en el Pedagógico, cuando ella iba a encontrar a Enzo, su pololo. Se entrelazaban para caminar por los senderos arbolados del Instituto y estaban tan ocupados con ellos mismos que yo no osaba acercarme. Todas las otras amigas, las que me llamaban “literata” y me deseaban una feliz vida “dedicada al Cid y a Garcilaso”, todas desaparecieron de mi existencia.

Como corresponde a nuestra cultura chilena tuvimos nuestra fiesta de licenciatura secundaria con acto académico en el teatro del liceo y su coctel en los amplios comedores. Como ginda sobre la torta, tuvimos el baile final. Mi invitado, como pareja, era el primo Franklin, designado por mi papá por ser el varón joven de los Iturriaga. El primo, de ascendencia alemana por su familia materna, era un joven grave y si bien éramos buenos amigos no era la mejor pareja para una fiesta de despedida. Quería ser músico y lo fue durante años. No sé cuándo se convirtió a la filosofía y hoy es un hombre que vive solo en España, da seminarios, conferencias, escribe.

Yo vivía mi paso a la universidad en un efervescente torbellino interior. Me decía a mí misma “no importa si no llego a ser una escritora. Sólo deseo vivir, que mi vida no sea monótona ni ordinaria”. ¿Hay ángeles o espíritus en torno nuestro que escuchan nuestros íntimos deseos? Recuerdo que, desde el fondo de mi ser, yo anhelaba vivir

en una ciudad a orillas del mar. Mi habitación sin ventanas de la casa de Chiloé y mi ciudad natal, a los pies de una inmensa montaña, creaban en mí la necesidad del espacio infinito del mar o del desierto y del escape hacia el mundo exterior que da un ventana abierta.

Encontré cerca mío el oído atento de mi cuñado Washington que sabía percibir los balbuceos imperceptibles del alma adolescente. Estábamos en el hall de Chiloé y me observó con ojos penetrantes y cariñosos. ¿Qué hay Andreíta?, ¿ya somos estudiante universitaria? No sé cómo me encontré expresando en palabras la miel y la hiel de mi joven existencia: “creo que tengo la desgracia de no conocerme a mí misma, soy inestable, temperamental y nunca sé por dónde agarrarme. A veces me imagino que mi carácter es semejante al mar cuando éste está furioso. Sus olas suben en torbellinos tan altos que parecen montañas, pero luego bajan y se hunden formando abismos. Soy así: hay veces que la alegría se apropia de mí y entonces nadie dudaría que soy la muchacha más alegre del mundo; pero luego recaigo en un abatimiento tan profundo que hace de mí, ante los demás, una persona triste y amargada. Es una dualidad que existe en mí”.

-¿Qué le ha causado tristeza?, preguntó Washington.

-En el liceo escribí una composición para la fiesta de licenciatura. El profesor de filosofía, que era el encargado de seleccionar los trabajos dijo, delante de la clase, que no era yo quien la había escrito y fue otra niña que leyó su trabajo. Eso me causó un sentimiento de impotencia, de rabia, de tristeza.

-El profesor se equivocó. Lo importante es que usted aprenda a conocerse a sí misma. Y no es tarea fácil, puede tomar años, quizás una vida.

-A veces me pregunto cuál será mi destino en la vida. ¿Quién seré?, ¿viajaré a países lejanos?, ¿encontraré una causa para combatir por ella, para morir por ella?

-Basta salir de su casa, de su barrio para encontrar todas las desigualdades e injusticias de nuestra sociedad, usted misma ve pasar por su casa, de visita, gente que vive difícilmente. Combatir la oligarquía de los poderosos de este país es una buena causa de combate.

Calló un momento y luego agregó:

-Cada cosa en su momento; por ahora usted va a estudiar la literatura que puede enseñarle lo que es la vida como puede ayudarla a evadirse del mundo. No se preocupe, Andreíta, usted encontrará su camino, estoy seguro.

Mi cuñado era un hombre de talla mediana, bien proporcionada y buen mozo de rostro. Su cargo de Orientador en un liceo, junto a sus clases de historia le daban, a mis ojos, una autoridad indiscutible. Sus palabras me llenaron de contento y me sentí más segura de mí misma.

Washington y mi hermana Amanda, después de regresar de Ancud vivieron en Santiago algunos años, y desde hacía poco estaban instalados en Concepción de donde era nativo mi cuñado. La casa de Chiloé, sin embargo, continuaba siendo su puerto de amarre, su domicilio capitalino, a donde venían a menudo con sus cuatro hijos: Nahuel, Rayén, Adrián y el pequeño Marco Antonio que alcanzó a nacer en Santiago.

Mi hermana era tierna conmigo, pero nuestra gran diferencia de edad hacía que la tratara de usted y con respeto. Creo que eso estaba en la tradición de las familias de antes, por lo demás el tratamiento de usted era usual en mi familia, la prueba: mis padres se trataban de usted. Así pues, yo no supe lo que es pelearse con la hermana o prestarse los vestidos. Cuando yo ingresaba a la universidad ella ya tenía varios años de enseñanza y varios hijos. Recuerdo que un día me invitó al cine Metro donde pasaban la película "Semilla de maldad", con Glenn Ford. Cuando se escuchó la famosa música, rock around the clock, varios jóvenes en la sala se levantaron y empezaron a bailar en la oscuridad. Yo también me levanté a bailar y mi hermana, riéndose dijo: "qué locos son".

...

Un viento de libertad me empujaba a caminar, batiendo alas, por la avenida Macul, hasta la cuadra del siete, donde estaba el Institutot Pedagógico. Los cursos de tronco común se llevaban a cabo en anfiteatros llenos, con estudiantes de todos los departamentos de lenguas. El poeta y ensayista Roque Esteban Scarpa era nuestro profesor en Literatura Comparada. Los cursos de Psicología terminaban a las ocho de la noche. Salíamos de clase cuando la oscuridad de la noche se acentuaba bajo la espesa copa de los plátanos orientales. Nuestros pasos resonaban en la desierta calle.

Los pabellones de francés, inglés, castellano, psicología e historia y geografía se levantaban entre verdes árboles y plantas. Era un regalo para la vista. Por todos los senderos había movimiento de estudiantes y profesores. Descubrí este lugar con un sentimiento de fiesta. Pronto conocí gente y me hice de amistades. En esos primeros días conocí a Jaime Vadell quien, con su rostro relleno y sonrosado parecía salir de una adolescencia bien nutrida. No duró mucho tiempo en el Pedagógico. Cuando lo volveré a encontrar años más tarde, en Concepción, sus facciones habían adquirido un aire más anguloso y maduro y era un flamante actor del Teatro penquista. Fueron también mis compañeros de clase Juan Villegas, ensayista y profesor de literatura en Estados Unidos y Manuel Danneman. A este último lo encontré repetidas veces a lo largo de mi vida, en mis diferentes viajes a Chile. Seguí y admiré su carrera de investigador del folclore de Chile y profesor universitario. Fué él la primera persona a quien escuché hablar de la fiesta folclórica de la Tirana, en Tarapacá. Eramos todavía estudiantes y él partiría, en las vacaciones de invierno, a este lugar del Norte Grande donde se dan cita gran variedad de compañías danzantes, celebración que viene desde el comienzo de la Colonia.

Pronto se formó un primer grupo de amigas. Vivíamos todavía en la antesala de la verdadera vida, aquella que lograríamos cuando al cabo de cinco años de estudios nuestro título de profesores de castellano nos permitiría

lanzarnos al mundo del trabajo. Seríamos profesores de la lengua castellana, o español, y de las literaturas escritas en esta lengua.

Nuestra vida estudiantil, sin embargo, era movida. Estábamos de lleno entregados al modelaje de nuestra juventud, de nuestra mentalidad, a lanzar las líneas del camino que emprenderíamos más tarde. Algunas, como Parmenia, Fresia y Alicia encontraron o creyeron encontrar al compañero de su vida. Margarita no se manifestaba en este terreno y yo mariposeaba, dejando en cada flor algo de mi tranquila adolescencia y armando con cada rama que los otros me aportaban mi morada interior. Porque si bien el estudio de la literatura y la civilización es un magnífico puente al conocimiento de la persona humana, las relaciones con los demás en esa etapa de la juventud, en que el alma absorbe como una esponja, es otra grande y fecunda universidad.

¿Cómo se inició mi relación con Isaías, uno de los primeros que se sintió tocado por el espíritu de Pígmalión y entreabrió ligeramente mis ventanas al mundo exterior? Lo conocí en Viña del Mar, en la Residencial “La Montaña”.

Mis padres sintieron siempre un gusto especial por esta linda ciudad balneario a causa de sus calles amplias adornadas de árboles, sus jardines, sus playas y... su casino. Así, mi mamá se embarcó un día en la compra de un muy bien situado departamento, cerca de la Quinta Vergara y del centro de la ciudad. ¡Cuántas veces, durante años, mis padres se iban a pasar allí los fines de semana o temporadas más largas! Pero en los años de que hablo, cuando íbamos a Viña, íbamos a la residencial de la tía Clotilde.

Antes de casarse con Guillermina, la madre de Franklin, el tío Enrique había conocido a esta admirable mujer-coraje, que le dió dos hijos: “la Coty chica” y Alejandro, el retrato de su padre a diferencia de Franklin quien, alto y de ojos claros tiraba a ser heredero del linaje materno. Alejandro tenía los rasgos atractivos de su padre y el componente suave y agradable de su madre, aunque

al parecer, carecía del fondo sólidamente resistente y batallador de ella.

¿Por qué el tío Enrique no se casó con Clotilde? No lo sé. Por lo demás, las veleidades sentimentales del tío continuaron después de su separación con Guillermina, porque se casó con una buena moza chilena de ascendencia libanesa, a quien conocí cuando llegué con mi marido árabe a Santiago y el tío nos invitó a cenar en su casa.

Pero volvamos a Isaías. Unos años antes, en uno de mis veraneos en el fundo del tío Alejandro y la tía Toya yo había leído un libro de ambiente polaco que me había fuertemente impresionado. Recostada en una hamaca que colgaba entre dos robustos árboles y cerca del río Cachapoal, esta novela me transportó a una pequeña aldea, llamada Rawa, que estaba situada en la llanura de Varsovia y donde quedan todavía las ruinas centenarias de una vieja torre. La novela cuenta la historia de una familia judía, antes de la segunda guerra mundial. El contraste entre el ambiente oriental-judío de la familia y la áspera realidad de un país mayoritariamente católico fue mi primera percepción de un mundo dividido entre oriente y occidente. Pocos años después esta percepción será neta realidad al vivir en la China de los años sesenta, cuando ésta esgrimía agresivamente su separación del mundo occidental. Ya conocemos las cruzadas yihadistas contra occidente y la profundización de las grietas que parcelan todo nuestro planeta en este comienzo del siglo XXI.

Estábamos, pues, con mi mamá en el comedor de la residencial “La montaña” cuando vi a mi prima Coty conversando con un hombre que reconocí, por la foto de la portada, como el autor del libro “Un niño nació judío”. ¡Qué sorpresa la mía! Varsovia, los bosques de Rawa y el ghetto de Varsovia, todo estaba allí. Fue con este sentimiento de admiración, casi diría fascinación que me acerqué a él:

-No podía creerlo cuando lo ví, ¿usted en Chile?

Sonrió y vi la línea bien dibujada de sus labios.

-Hace ya más de veinte años que vivo en Chile. Cuando llegué, usted no había nacido todavía.

Eso era cierto. Isaías era veintitres años mayor que yo. Desde su primera frase quedamos unidos por un lazo lingüístico: yo y usted. Con una cierta elasticidad en su cuerpo delgado, Isaías no ocultaba, sin embargo, su aspecto de hombre serio y maduro. En los días que permaneció en Viña tuvimos ocasión de vernos varias veces. No le interesaba la política, sus temas eran el ser humano frente a la vida; la dificultad de existir; el poder de la inteligencia para crear, para subsistir.

-Tú eres inteligente y emotiva -me decía- tienes las armas para comprender el mundo. ¡Hay tanta gente mediocre en torno nuestro! Llevan una vida sin interés, sin conciencia de lo que es realmente nuestro paso por la tierra.

Nuestras conversaciones continuaron en Santiago. Se interesaba en la poesía y en el cine. Caminábamos por las calles del centro o por el parque forestal. Escribía una columna de crítica de cine para un diario santiaguino, por lo cual a menudo tenía entradas para ir a ver alguna película. Después del cine nos íbamos al Café Santos a tomar onces. El adoraba este momento, comía con ganas los pancitos y galletas que acompañaban al café y me interrogaba sobre mi comprensión de la película recién vista. La verdad es que nunca se me ocurrió comprar el diario donde escribía. Con escuchar su comentario me bastaba.

Era, desde luego, un batallador. Un hombre que avanzaba entre libros y cultura, haciéndose poco a poco un espacio en el panorama intelectual chileno. Tuvo amigos, no los escritores más conocidos, Neruda, Volodia Teitelboim, Alone, pero sí otros, gente de calidad, buenos escritores, como Andrés Sabella.

Había una paradoja en él: un orgullo feroz, frente a un porte y una sonrisa humildes. Una vez, muchos años más tarde, cuando le reproché su ausencia de posición contra Pinochet me respondió que olvidaba que él era

extranjero. Esta frase se me grabó en la mente, yo que desde los veintiséis años viví en diferentes países como extranjera. Es decir, te puedes dar a fondo a tu país de adopción, pero los otros no olvidarán que vienes de lejos.

No lo escuché nunca referirse a Polonia, salvo para decirme que casi toda su familia había muerto allá. Quizás, un cierto desapego hacia su país natal fue la razón que lo hizo adoptar rápidamente a Chile. Pero si en el planeta había un lugar hacia donde él miraría buscando la cuna de su estirpe, ese lugar sería Israel. No lo proclamaba y si yo fabulo un poco sobre esto se debe a algunas migajas que dejó caer en su conversación.

Una vez me dijo que pronto tendría un departamento en el centro a donde podríamos estar más tranquilos. Eso me confirmó lo que su actitud y sus miradas reflejaban desde hacía algún tiempo. Pocos días después caminábamos por la calle Compañía y pasábamos frente a una esquina donde un edificio estaba en trabajos de renovación cuando unos obreros al vernos gritaron: “¡Eh! suegro, ¿nos dejas salir con la chiquilla?”. Vi su gesto de molestia y comprendí la pareja desigual que hacíamos.

Los exámenes de mi primer año universitario se aproximaban y yo había acumulado muchos libros que leer y estudiar. Excelente disculpa para distanciarme de él.

...

En esos días que corrían tranquilos en la casa de la calle Chiloé mis padres ya tenían el considerable número de diez nietos. Mis recuerdos son vagos y dispersos. Recuerdo la pareja de primos juguetones que formaban Daniel y Adrián y el enjambre de niños que se reunían en la casa los días domingo. Eran los hijos de César, Amanda y Manuel. Los otros tres éramos todavía solteros.

Mi hermano César, que ya vivía con su segunda esposa en la Avenida Lazo había inscrito a sus hijos en un colegio de su barrio. Pero a veces las madrastras se parecen a los cuentos infantiles. El caso es que dos veces Fernando se

escapó de su casa y llegaba a Chiloé a refugiarse donde sus abuelos. Mi mamá era con él de una ternura infinita, pero el hijo descarriado terminó siendo internado en el Colegio San José, sin más derecho de salida que en las grandes vacaciones de verano. Recuerdo haber ido con mis padres a verlo, un fin de semana, llevándole frutas y golosinas. Fernando nos recibía serio y correcto y yo no supe adivinar toda la tristeza que siente un niño encerrado todo el año en un colegio.

El hermoso Gandhi era serio y reservado; todavía una de sus piernas conservaba el aparato ortopédico. Con Daniel, el pequeño, yo salía a veces y una vez lo llevé al Pedagógico, un miércoles por la mañana, cuando por el amplio espacio de los jardines se difundía música clásica, creando un ambiente de recreación y recogimiento.

Una tarde, nos encontrábamos con mi hermana en el comedor tomando nuestras acostumbradas onces, es decir, el té de las cinco de la tarde, cuando llegó de improviso nuestra “hermana” Rosa V. Rosa había crecido en nuestra casa. Había llegado con su madre cuando vivíamos todavía en la Avenida Chile siendo muy pequeña, aunque algunos años mayor que yo. Su madre se instaló en un altillo, al fondo de la casa, que era la habitación de la empleada y empezó a trabajar para nosotros. No sé si era su oficio o si mi mamá la había encontrado en el barrio donde estaba su escuela, y si por ayudarla la había traído a nuestra casa, lo cierto es que la buena mujer, Margarita que se llamaba, murió al poco tiempo dejando a la niña sola en el mundo. Mi padre se convirtió en su tutor y Rosa quedó con nosotros hasta que se casó. Con Juan crearon una familia numerosa y tras años de trabajo y lucha por no caer en la indigencia pudieron vivir en una casita de madera y ladrillo en una población de Lo Ovalle. Allí los encontré y asistí, muda de emoción, al ambiente de alegría que puede crear una familia chilena, con sus cantos y sus guitarras.

Juan era pintor de brocha gorda, como se dice. Fino de silueta, bajo y de porte derecho hacía buena pareja con la bonita joven que era Rosa, tal como la recuerdo:

de largos cabellos castaños, piel de un mate claro, labios algo carnosos y ojos de un dulce mirar. Hubiera podido ser enfermera, como ella me lo confió en una ocasión: “si me hubieran dado una educación, si su padre hubiera aceptado que yo estudiara para ser enfermera, como yo se lo pedía, no hubiera sido lo que soy, una mujer explotada toda su vida”.

La Rosa que teníamos ahora delante nuestro había perdido su belleza de juventud. Me ausenté un momento y al volver de la cocina vi a mi hermana pasándole algo. Comprendí que le daba dinero. Rosa fue para mí un sentimiento de culpabilidad por algo que yo no hice. Por herencia. Por indiferencia. Por impotencia. En mi vida conoceré otras causas de culpabilidad que las iré arrastrando con los años, como un coche de recién casados arrastra los tarros que le han colgado detrás.

...

Terminaba el primer año estudiantil y con Fresia y Parmenia nos encontrábamos en la Biblioteca Nacional para consultar los libros que estaban en nuestra bibliografía de estudios obligatorios. Si se trataba de memorizar nos íbamos al cerro Santa Lucía, a una cuadra de la Biblioteca, y allí, sentadas en un banco o caminando, entre risas y seriedad engullíamos todo lo que necesitábamos aprender. Si el programa estaba cumplido nos permitíamos, el sábado por la tarde, ir a escuchar música al Club de Jazz. Fue allí donde ellas encontraron a sus compañeros. Parmenia era bajita, de simpático rostro moreno. Fresia, sin ser coqueta ni especialmente atractiva, tenía un cuerpo de avispa que arrastraba las miradas masculinas.

Yo fui la primera en fijarme en Manuel. Era buen mozo, pero se desprendía de él un algo que me chocaba: una actitud de no estar ahí, de no mirar a nadie, de abandono e indiferencia. Le dije a Parmenia: “ese tiene facha de mafioso”. Por esta frase, ella no me confió su relación con él hasta que los ví personalmente. Esta unión fue un fracaso. No sé qué pasó con Fresia y su músico; ella no terminó los estudios como muchos otros de los compañeros que en

primer año llenábamos los anfiteatros. Alicia se casaría más tarde con su estudiante de leyes y formarían una sólida pareja de intelectuales.

Pero volvamos a ese primer año universitario cuando yo era sacudida por diversos estados de ánimo a la búsqueda de una tranquilidad interior. Mi relación con Isaías perdió su carácter mágico y algo se acabó lentamente, como olas que van a morir a una playa solitaria. Ciertamente, no dejé de admirarlo y de tener en cuenta sus comentarios si, por azar, le mostraba algún texto mío. Por entonces escribía poesía, pero sobre todo leía y me entusiasmaba con la literatura. Con cierta apetencia intelectual, además de mi propia lengua, estudiaba griego, latín e italiano. Con todo, todavía era una muchacha sin conciencia de la vida y sin visión de la historia y de la sociedad de mi país.

En el verano siguiente, en enero, me encontré otra vez viajando con mi mamá. Esta vez ella decidió que fuéramos al Sur. Hoy me pregunto: ¿qué la impulsaba a viajar y por qué no lo hacía con su marido? Ciertamente, mi padre era un sedentario empedernido y de viajar prefería hacerlo con la lectura. Tenía también su oficina y su rutina y no serían los imprevistos y las incomodidades de un viaje que lo harían cambiar. Creo, además, que no le molestaba en absoluto este espíritu nómada de su mujer como me sucedió a mí más tarde cuando mi marido aceptaba los continuos desplazamientos que yo hacía por razones profesionales o familiares. En nuestro caso, si en mí aleteaba un duende transhumante, en él no era un duende sino un verdadero motor que lo llevaba a recorrer, por razones profesionales, su país o algunos puntos del mundo.

No sé por qué a mi mamá le gustaba tanto viajar. Tampoco sé cuáles eran sus íntimos pensamientos. Ella no se confiaba a mí ni buscaba saber de mí. Nuestras relaciones eran epidérmicas, aunque en esa etapa de mi vida, sin problemas. Había una cierta complicidad: yo también adoraba viajar. Otro recuerdo: mi mamá, sentada, escuchándome tocar piano. Yo no fui muy adelante en el estudio del piano, lo dejé al entrar a la universidad, pero

me entregaba a la música con entusiasmo y sacaba de oído tangos y otras melodías que ella escuchaba con atención.

Partimos, pues, al sur. Un día de tren desde Santiago hasta Puerto Montt y luego, largarnos a conocer la ciudad, última urbe del Chile continental. Caminamos por diversos barrios, visitamos iglesias y cementarios, hablamos, mejor dicho, mi mamá hablaba con la gente. Nos paseamos por los muelles del puerto, curiosas de ese panorama al que, como buenas santiaguinas, no estábamos acostumbradas. El movimiento de las embarcaciones, de la gente; los olores, hasta el frescor del lugar nos eran desconocidos. Un barco que estaba arrimado cerca de un muelle atrajo las miradas de mi madre. Se acercó a un guardia que trabajaba en una caseta y a su pregunta éste le respondió: “ese barco zarpa mañana rumbo a Punta Arenas”. “Y ¿es posible embarcarse todavía?”, “averíguelo con la compañía, señora”.

Sí, era posible, sólo que tendríamos que aceptar compartir camarote con otras dos viajeras que iban a Puerto Natales. El detalle no tenía importancia. Telefonéamos a mi papá, abandonamos el hotel y nos embarcamos, felices como niñas chicas. En esos tiempos, cuando viajaba con ella no reservábamos hotel, no sabíamos cuánto duraría el viaje ni cuál sería exactamente nuestro itinerario. Había en eso algo de informal, de aventurero que crea en mis recuerdos un mundo que linda con lo irreal, con lo fantástico. Y fantástico fue también ese viaje por los canales y fiordos del Chile desmembrado.

Después de un plácido viaje en que reinaba un sereno y cordial ambiente entre los pasajeros, la vía acuática se fue angostando y los amplios horizontes del Golfo de Ancud o del Corcovado se redujeron a riberas cada vez más cercanas. La cordillera de la Costa iba muriendo lentamente dejando ver sus verdes faldas que se hundían en el mar y pronto nos encontramos navegando en un golfo sembrado de pequeñas islas, arropadas por sus verdes cipreses o coihues.

Hasta ese momento era posible hacer sobremesa por la noche. Alguien contaba algunos chistes o bien una de nuestras compañeras de camarote cantaba -y cantaría

toda la noche- si no venía otra persona a reemplazarla en el imaginario estrado artístico. Pero el mar cambió y el Golfo de Penas hizo honor a su nombre llevando al navío a moverse como un “barco ebrio” sobre las olas. Los pasajeros desertaron el comedor y a cubierta, algún mareado y pálido viajero buscaba aliviar su estómago para sentirse mejor.

Por fin desembarcamos en Puerto Natales donde se organizó un paseo a la turística cueva del Milodón, lugar que había sido el refugio de un enorme y prehistórico animal. Dueñas del camarote, mi mamá y yo continuamos viaje a Punta Arenas donde tuve la agradable sorpresa de encontrar, en el muelle, a un compañero del Pedagógico. No recuerdo su nombre, aunque sí recuerdo que era de apellido eslavo, algo así como Goic. Un muchacho grande, rubio, de ojos celestes y rostro alegre me hacía señas desde el muelle, como si nos hubiera estado esperando. Mi providencial compañero fue nuestro guía en los dos días que permanecimos en Punta Arenas.

Nos dijo que efectivamente era descendiente de los inmigrantes croatas que habían llegado a la región desde comienzos del siglo XX hasta la Segunda Guerra Mundial. “Somos un 30% de la población de esta ciudad, nos decía. Los hay también descendientes de españoles, italianos, alemanes, franceses y en cuanto a los chilenos, son los chilotes los que más han emigrado para acá”.

Punta Arenas es el resultado del esfuerzo de unos pioneros europeos y chilenos que desafiando al viento y al frío levantaron esta hermosa ciudad. Está frente a la Tierra del Fuego y es capital de la Antártica chilena y de la región de Magallanes. No es por nada que aun con chaleco de lana y caminando bajo el sol yo, como buena friolenta, sentía el aire frío agredir mi piel.

Por esta ciudad limpia y sin mendigos se impone una arquitectura neoclásica. Tuvo su tiempo de gloria cuando era puerto de escala de los barcos que pasaban del Océano Atlántico al Pacífico. Eso era antes del Canal de Panamá. Con todo, hoy día es una ciudad de prestigio. “Nuestro profesor Roque Esteban Scarpa es de aquí”, dijo Goic, “y aquí vive también Francisco Coloane”.

Lo cierto es que nuestro amigo sentía un enorme orgullo de ser de la región. Lo que yo digo: es admirable el sentimiento de apego que la mayoría de los seres humanos sienten por el lugar que los vió nacer. Ese amor es el impulso de las guerras de liberación, de la investigación de la historia, de la búsqueda del patrimonio y del desgarramiento que se sufre a causa del exilio y las deportaciones. En definitiva, los humanos seguimos siendo hijos de la Mama Pacha, la madre tierra.

...

A la entrada del nuevo año universitario dejé de lado las materias no obligatorias para mejor dedicarme a la especialidad de nuestra lengua. Empezaban los cursos de gramática, lingüística, latín y, desde el fondo de la historia nos llegaba la literatura medieval con el Mio Cid, los romances, Alfonso X el Sabio, el arte románico y todo un mundo del pasado que me fascinó. Poco a poco mi personalidad, como cogollo verde del fruto maduro que sería después, comenzó a cobrar ángulos más definidos; decididamente estaba atraída por el teatro y la escritura. Empecé a estudiar Mimos, en las horas vespertinas que me dejaban las clases del Pedagógico y empecé a escribir una novela corta: "Tres pasos hacia mí". De todo esto no decía nada en casa. Prefería que me siguieran viendo como la formal "hija de familia".

Por esos días conocí a Enrique.

En la Alameda, entre Estado y Ahumada, unos osados librereros habían instalado sus tenderetes de material ligero en un sitio que en un tiempo había sido la sede del Ministerio de Educación. Después que el edificio -que no conocí- fuese derribado y en vista de que el lugar quedó como una herida abierta en el centro de la ciudad sin que no hubiese señas de una nueva construcción, poco a poco se fue formando una callampita feria del libro. Colocados en forma paralela, unos al lado del otro, los librereros fueron dejando corredores por donde los curiosos o los aficionados al libro podían circular.

A mí me gustaba deambular entre esas casetas, me movía entre ellas como si formaran parte de mi aire personal, como si yo hubiera nacido para vivir entre libros. Más de uno me tentaba, pero finalmente compraba alguno en relación con mis estudios, es decir, autores españoles, chilenos o hispanoamericanos. Conversando con los vendedores supe algo más de la historia de este lugar. En un tiempo, a comienzos de los años 40, había sido centro de reunión de estudiantes del Instituto Pedagógico, cuando éste estaba todavía en la calle Cumming y de estudiantes de la Escuela de Leyes y de la Escuela de bellas Artes. Esta juventud de enérgico espíritu innovador quería crear una actividad artística que fuera permanente y estable. Fue así como decidieron formar un Teatro de Arte, base de lo que será el Teatro Universitario Chileno, el TEUCH.

“La primera función que dieron -me decía el librero- fue el domingo por la mañana del 22 de junio de 1941. Me acuerdo muy bien, porque yo estaba ahí, en el teatro Imperio, donde fue la primera función”. Mencionó algunos nombres de esos jóvenes artistas, entre ellos María Maluenda, Roberto Parada y Rubén Sotoconil. Yo no podía imaginar entonces la importancia que tendrían en mi vida estos tres artistas, sobre todo María Maluenda, por la iniciativa que tuvieron de abrir un concurso de obras de teatro.

Fue en esta feria del libro que se me apareció por primera vez la figura alta y delgada de Enrique. Se me acercó y al ver el libro que yo tenía en las manos “Discurso sobre las pasiones del amor” de Pascal, sonrió “¿le interesa conocer el arte del amor?”, “me interesa el autor” respondí algo turbada. Seguimos caminando juntos, comentando algún libro o autor y al separarnos me pidió que nos encontráramos, al día siguiente a las cinco de la tarde, en el Café Jamaica. Cuando al otro día llegué al Café, se puso de pie, me invitó a sentar y me ofreció el librito de Pascal con la dedicatoria “A la morenita de la Feria del Libro”.

El Café Jamaica quedaba justo en el ángulo de las calles Huérfanos con Estado; era pequeño, pero sus grandes ventanales permitían observar, a través de los vidrios, todo el movimiento de la calle que a esa hora era intenso.

No se presentó como un seductor, su mirada no se detenía largo tiempo en mí, sino que vagaba de una persona a otra, de alguien en la calle a algo en el interior del Café. Tenía algo de refinado, de hombre de mundo que sabía, con una sonrisa, mostrar que se interesaba en mi persona.

-¿Escribes? Yo también he escrito algunas veces y hasta fui periodista al volver a Chile. Volví hace tres años.

-¿De dónde volviste?

-Bueno, para empezar por el comienzo te contaré que estudié varios años en Estados Unidos hasta que un día me mandaron a la guerra de Corea. Conocí la vida militar, la violencia, el rigor y si bien fue una rica experiencia no estaba en mi carácter vivir aquello y soportarlo. Cuando todo acabó no volví a Estados Unidos, me fui a Italia. Allí conocí el arte y el amor; visité los museos del Renacimiento y conocí la desnudez de una bella italiana. -Me miró y yo quedé imperturbable.

Al lado de su historia, yo no tenía nada que contar: sólo sueños y tormentos de adolescente, pero su mirada supo calar en mi ser interior o simplemente yo era un espécimen de la mujer joven dentro de nuestra clase media tradicional, conservadora y católica. Después de dos o tres veces que nos encontramos en el Café Jamaica me invitó al cine, a la vermut. Como todos los cines del centro, la vermut empezaba a las siete menos cuarto. Con el noticiero y los dibujos animados la película empezaba a las siete y cuarto, lo que significó que a las ocho y media, cuando miré la hora y salté en mi asiento, la función no había terminado todavía. "¡Tengo que irme!", susurré, como una asustada cenicienta. "Espera un poco, ya va a terminar". "Imposible, imposible, a las nueve debo estar en casa". Me levanté y él, correcto, no protestó más. Me acompañó a la parada de micros y sólo hubo el tiempo de darnos una nueva cita. Pero mi miedo a la autoridad paterna había lindamente quedado al descubierto.

Es cierto que puede sorprender la libertad de que yo gozaba durante el día y el horario riguroso al que estaba

sometida al mediodía y por la noche. A la una de la tarde nos encontrábamos en la casa mi hermano, yo y los padres (cuando mi mamá no estaba en su escuela), algún invitado ocasional o aquellos que venían regularmente a almorzar, un día fijo de la semana, como el primo Quicho o el amigo de César, Ricardo Ramas. Este, que era tartamudo, alto, de gruesos anteojos llegaba siempre saludándome “¿Cómo está la guagua?”. Yo respondía irritada, “no soy una guagua”. Quizás era esta irritación la que le gustaba provocar. Al mediodía venía a menudo mi hermano César que adoraba escandalizar a mi padre con sus chistes verdes o sus conocimientos subersivos de religión. Mi papá, en el fondo se divertía con los chistes y toleraba las “herejías” de su hijo.

Así pues, yo no debía faltar al almuerzo; en aquellos años no existía la jornada completa, con funcionarios que llevan la comida al trabajo o salen a devorar un ‘fast food’. El almuerzo era abundante y daba tiempo a descansar después de comer. La cena era a las nueve. Las nueve quiere decir las nueve, no las nueve y cuarto. Si yo me atrasaba, mi padre me esperaba en la puerta de calle y, a veces, desde lejos lo veía pasándose frente a la ancha fachada de nuestra casa. Cuando eso sucedía yo llegaba hasta él desvanecida de miedo. No era su estilo gritar y menos golpear, pero su rostro era tan severo que impresionaba aun a mi hermano Octavio, que era puntual y no dormía fuera de casa.

La presión de la autoridad paterna, las obligaciones y la moral a que esta presión me sometían, restringían en mí la libertad de acción y de elección. Yo había querido estudiar ballet, después de un tira y afloja mi padre concedió que, en su lugar, estudiara piano. Sólo que ya tenía quince años. Por este mismo motivo estudié mimos sin que nadie en la casa lo supiera

Si bien mi papá imponía reglas de conducta, nunca impuso a nadie de la familia la práctica de la religión católica. Para él eso era algo personal, de la propia conciencia. Aunque hay que agregar que a mi hermana le exigió que pasara por la iglesia para casarse y a mí me pidió lo mismo.

Pena perdida, yo ni siquiera hablé de eso con el que ya era mi marido. Inevitablemente, mi insatisfacción con el molde en el que su autoridad quería formarme me llevaban a no aceptarlo todo -mi padre decía que yo era una rebelde- y a interrogarme sobre mis propias convicciones. La religión, pues, o ese vasto capullo de refugio, era por aquellos años una de mis inquietudes.

Cierto, había pasado años de mi infancia al alero de la iglesia católica. Mi papá, mis tías paternas eran católicos practicantes, yo hubiera podido, sin hacerme preguntas, seguir el mismo sendero. Pero yo me hacía preguntas y después se las presentaba al cura párroco. Este respondía: "Son dogmas, hay que creer, eso es todo". Me negaba a ser católica por tradición, "la fe del carbonero" como se decía. En realidad, estaba en un momento en que más que respuestas vagas necesitaba una base sólida para encauzar mi personalidad. La Biblia, lo que conocía de ella, me parecía un conjunto de fabulosas y tradicionales historias del pueblo judío. Creía en Jesús, pero no en la Trinidad. No tenía la fe. Mis tías, preocupadas por mi tibieza me repetían "hay que tener fe". Inútil de buscar por el lado de mi mamá. Era creyente, pero no practicante. Decía "no creo en los curas". Punto. Ahora me pregunto, divertida por mi propio sentido de la historia ¿No sería ese sentimiento el último vestigio de una línea morisca de la que ella sería heredera?: sus bonitos rasgos morenos, su costumbre de decir "En el nombre sea de Dios" (Bismillah) cuando salíamos de viaje y su gusto por hacer "panes de pascua" en cantidad, para Navidad, y luego regalar algunos hacían de ella una persona diferente de mis tías Iturriaga, a quienes podríamos calificar como las "cristianas viejas" de la familia.

Pero no nos vayamos por las ramas, mi crisis mística se apagó frente a mis otras preocupaciones y un buen día decidí alejarme de la religión. Se acabaron las misas, las confesiones, las visitas al cura párroco. Años después, al casarme con un hombre de religión musulmana, no practicante, no tuvimos problema en instalarnos en el mismo terreno neutro. La religión no era nuestra "taza de té".

...

Enrique me invitó a las tertulias que él tenía con algunos amigos en el Café Sao Paulo. El lugar era grande, algo sombrío, de forma rectangular. Me había dicho: "Tú caminas hasta el fondo, allí me verás". Me impresionó ese lugar atiborrado de gente, predominantemente hombres. El estómago se me apretó, pero ya no podía hacer marcha atrás. Empecé a caminar entre las mesas hasta que ví que me hacían gestos con la mano, desde el fondo. Cuando me acerqué el bueno de Enrique sonreía y acercando una silla me invitó a sentar.

-Esta es Andrea, estudiante en pedagogía y escritora en ciernes -me presentó.

Frente a los demás, Enrique destacaba por sus modales de cabecilla del grupo y su aspecto físico. Su cabeza de busto romano, coronada por cabellos castaños, su tez blanca, su nariz algo grande denotaban su pertenencia a una familia de alta burguesía con poco o ningún mestizaje con el pueblo originario del país.

Me miraba desde una cierta condescendencia Fernando, el abogado. Como Enrique, tendría unos treinta años pero ya mostraba una avanzada calvicie. "¿Así que escribes?", me preguntó. "En estos momentos me ocupo de una novela corta que tiene como protagonista una mujer joven", respondí.

Wilfredo, delgado, bajo, de un rostro poco agraciado. Mirándome sonrió burlón; no supe qué significado dar a su sonrisa. "Wilfredo, matemático y como todos nosotros, a la búsqueda de la existencia y de lo que significa en nuestra sociedad, vivir con autenticidad". Tiempo después comprendería que la burla y la ironía eran consustanciales con Wilfredo.

El otro de los tertulianos era Pedro, un pintor. Me saludó cordialmente y acto seguido continuó una animada conversación con Fernando. Pronto se olvidaron de mí y siguieron hablando entre ellos. Enrique me dijo en voz baja:

-¿Cómo te sientes aquí, entre nosotros?

Simulé asombro:

-Bien, ¿por qué sería de otra manera?

-Porque, querida, todo lo que no es permitido por tu casa te causa problema. No es malo tener problemas y no es malo tener miedo, sólo que hay que reconocerlo y hacerle frente. Ya diste muestra de valor en llegar hasta aquí, ahora tienes que plantearte por qué hay tantas cosas prohibidas en tu vida, por qué hay tantas cosas problemáticas que no te permiten ser lo que en realidad eres o quieres ser.

Wilfredo había aguzado los oídos y escuchado algo de nuestra conversación. Aprovechó para decir, en francés:

-“Nous pouvons devenir tout ce que nous choisissons d’être”: Sartre. ¿Conoces a Jean Paul Sartre, Andrea?

Conocía el nombre, pero no la obra de Sartre. No respondí; el ambiente se me estaba haciendo pesado.

-Mañana mi madre los invita a todos a almorzar. A tí también, Andrea -dijo Wilfredo.

No podía rehusar diciendo “no puedo”. Acepté y dije en casa que estaba invitada a almorzar con unos amigos. No dije qué amigos. Wilfredo vivía en un lujoso departamento del barrio Bellavista. Desde los ventanales del salón se veía el río Mapocho y más allá la verde mancha del Parque Forestal.

Vivía con su madre. Ella presidía la mesa, se ocupaba de servirnos, casi sin hablar y sin responder a las continuas observaciones desagradables de su hijo. Poco a poco la actitud de éste me empieza a molestar, ¿Cómo una mujer alta y buena moza pudo concebir un hijo semejante, con silueta de adolescente y rostro caricatural que se reía constantemente de ella? De pronto no lo soporté y le pedí que terminara con eso. Su respuesta fue una gran risa: “¿te crees la madre de la humanidad? o ¿eres la defensora de las mujeres?”. Lo peor fue que esta vez sí que la madre

habló, preguntándome “¿de qué te metes tú?”. Conclusión, almuerzo catastrófico, impresión que no logró cambiar la explicación que me dará más tarde Enrique: “es la venganza del hijo contra una madre tiránica y protectora que hizo de su infancia una pesadilla”.

En otra ocasión estábamos todos en la terraza de un restaurante y hablábamos de la novela corta que yo había enviado a un concurso literario. “Salió finalista, pero yo le hubiera dado el primer premio, dijo Enrique, tiene soltura y se mete en el interior de un personaje femenino”. Otra vez la actitud agresiva de Wilfredo:

-¿Qué sabes tú de crítica literaria? ¿Nos quieres hacer creer que una mocosa, recién salida del cascarón puede escribir con densidad de contenido, con maestría de estilo, mostrando experiencia de la vida?

No dije nada, nadie se alteró y el almuerzo siguió en un ambiente alegre. Después yo diría a Enrique: “¿Pero, por qué es tan desagradable conmigo?” y éste me respondió, asombrado: “no te has dado cuenta?, está enamorado de tí”.

Mi hermano Manuel se hubiera reído de buena gana si me hubiera visto entre esa banda de diletantes. Como sea, con ellos conocí una nueva sensibilidad, una manera diferente de vivir. Me aceptaron en su grupo, pero no éramos amigos. Yo era el otro sexo. No hablaban ni vivían como mis amigos del Pedagógico o como la gente de mi casa. No eran sus pocas referencias a Kierkagaard o a Heidegger que hacía de ellos unos existencialistas, era su propia pose frente a la vida, su negación o indiferencia de lo que era nuestro entorno social o tradicional. Sin embargo, con ellos aprendí algunas cosas, sobre todo con Enrique que me llevaba, a fuerza de críticas y empujones, a ir rompiendo y enfrentado mis miedos y mis dudas.

Con Enrique se creó una relación sentimental. No era amor; era afecto, por su parte, respeto o admiración por la mía. El fue, en un momento dado, el apoyo o la ayuda que necesitaba. Yo buscaba con toda mi alma saber qué es lo que bullía en mi interior, qué era esa fuerza que me

hacía buscar y rebelarme, saber qué era y encauzarla para poder realizarme. Desde luego que yo quería a mis padres, eran parte de mí, yo era parte de ellos; quería a mi familia, adoraba a mis sobrinos, pero sabía también que el ambiente de mi casa ahogaba mi personalidad, aquella que yo estaba tratando de construir.

Esto me lo confirmó Enrique. Lo invité a una de las fiestas de mi casa, un cumpleaños tal vez, no recuerdo. Había mucha gente. Lo presenté a mis padres y luego nos quedamos en un ángulo del hall, con un bocadito en las manos, callados. El observaba a mi papá. De pronto se nos acercó mi hermano Manuel con una copa de licor en la mano que ofreció a Enrique. En toda la noche fue el único de la familia que vino a conversar con mi invitado. Mi hermano, por lo demás, inteligente y observador, captó pronto de qué fibra estaba hecho Enrique y supo llevarle la conversación con tal habilidad que al poco rato los dos conversaban animadamente. ¡Ay, Manuel, Manuelito! Nunca te dí las gracias por la mirada atenta con que tú seguías mi vida. Me viste sola, en una esquina, con un hombre mayor que yo a mi lado y te acercaste. Después sólo me dijiste: “Es un hombre interesante, inteligente”; Y con un gesto muy tuyo, la mirada en ninguna parte, una sonrisa burlona en tus labios, agregaste: “¿Qué hace en la vida, fuera de filosofar y seducir a mi hermana?”. Y entonces me miraste y supe que no te gustaba.

Enrique, por su parte, también estimó a mi hermano, pero me confesó que la gente, la casa, mi padre los había sentido como un peso sobre él. “Tú misma estabas diferente, agregó, parecías inhibida, con gestos o miradas... no sé ¡y tu padre!, todo un patriarca de tiempos antiguos”.

...

Al tendernos en el suelo Ricardo, el profesor, nos dijo que nos abandonáramos completamente, que sólo tomásemos conciencia de nuestro cuerpo, los pies, las piernas, el tronco, los brazos, el rostro. Luego -dijo- no piensen en nada, dejen la mente vagar. Era el final de la clase de Mimos y un segundo después me levantaba, me iba

rápidamente al vestuario y sobre la malla negra metía unos pantalones, un tricot de lana y el vestón y salía corriendo del lugar, cuando la mayoría de los compañeros recién iban entrando a los vestuarios. Tenía el tiempo exacto para llegar a las nueve a la casa.

Pero en casa esa noche todo era calma chicha. Mis padres preparaban un viaje a Perú y Bolivia y desde luego, me dijeron, yo podía ir con ellos si quería. En esos años finales de los cincuenta la clase media chilena no viajaba con la facilidad de hoy. El transporte no estaba hecho para un turismo en masa, por lo que no creaba la costumbre de viajar. Ir a Europa era un acontecimiento y viajar a otro país americano, simplemente por turismo, no dejaba de ser una lujosa curiosidad. Mi madre tuvo ese capricho y esta vez mi padre la secundó. Lima, los Andes y el lago Titicaca, frontera con Bolivia, país adonde seguirían después.

-¿Vienes con nosotros, Andreíta? -preguntó mi papá.

Agosto era el mes de las vacaciones de invierno y al regreso, en septiembre, teníamos los exámenes.

-Tengo mucho que estudiar, papá, preparar los exámenes y hacer varias fichas de lectura.

Era cierto, como siempre se me había acumulado trabajo y además no quería perder mis clases de Mimos. Pero había otra razón: mi relación con Enrique me estaba causando problemas, sufrimiento. Era necesario encontrar una salida a esa situación y si viajaba, lo tomaría yo misma como un escape.

Para Enrique, mi rechazo de ir a su departamento era la prueba de que yo vivía bajo la presión social y el temor a la autoridad paternal. "No eres libre, querida. ¿Qué capacidad intelectual se puede tener cuando no se tiene ni la voluntad ni la conciencia de romper los muros de tu prisión?". Una pregunta me atormentaba: ¿es que mi cariño por él vale la pena para que me haga violencia a mí misma? La respuesta vino sola.

Me encontraba en la Biblioteca Nacional con Parmenia, Margarita y Fresia, sentadas en las escaleras que llevaban al segundo piso cuando vimos aparecer a Enrique, que atravesaba el hall de entrada.

-Ahí viene tu amigo, dijo Parmenia.

-¡Pero es mucho mayor que tú!, se asombró Margarita.

-A Andrea le gustan los viejos, rió Fresia.

-Tiene una facha de vago, ¡un vago pije, agregó Margarita.

-Es lo que es, respondí. Se da el lujo de no trabajar, porque su familia tiene dinero. Es un Larraín Valdés.

Enrique se acercaba con una sonrisa seductora.

-¿Qué hay, chiquillas?, ¿ya terminaron de estudiar?, ¿les puedo raptar a Andrea?

Y luego en la calle: "¿Qué quieres hacer?, ¿vamos a tomar onces por ahí o quieres descansar en mi departamento?". Sonrió, con esa sonrisa suya de labios cerrados y divertido por lo que iba a agregar: "Sólo descansar, querida, escuchar música, evadirnos. ¡No te voy a violar!". Su estudio quedaba a cinco minutos de la Biblioteca, solo atravesar la Alameda y entrar en una silenciosa callejuela. "Vamos a tu casa", respondí, cansada del círculo vicioso de mis negativas y sus frases burlonas: "burguesita, hija de su papá, vida intuitiva".

En el número 32 de la calle descendimos hacia un oscuro subsuelo y una vez la puerta abierta me encontré en una especie de cuchitril. Entramos a la habitación, apenas alumbrada por la claridad que venía de un pequeño patio. Enrique encendió la luz. Una cama en desorden; la mesa llena de libros, una taza con restos de café, estampas con reproducciones de pintura; una puerta dando al baño, otra a la cocina y completamente abiertas las que daban al patio interior:

-Disculpa el desorden, no pensé que vendrías.

Arregla la cama, lleva la taza sucia a la cocina y desde allí me dice "te preparo un café con leche. Me quedan todavía unos pancitos con chocolate". Vuelve, se deshace en sonrisas de atento anfitrión, arregla la mesa y enciende un tocadiscos. La música invade el aire, la habitación se transforma en el escenario donde unos bailarines se desplazan con gracia irreal. Chaikovsky, El Lago de los Cisnes. Lo único que importa ahora es la emoción del arte.

Tomamos onces mientras que Enrique me muestra un libro de pintura sobre Pierre Bruegel, el Viejo.

-No te imaginas hasta qué punto admiro a este pintor. La primera vez que vi uno de sus cuadros, en Nueva York, fue para mí una rebelación, y no ceso de buscar a conocerlo mejor. Es cervantesco, a propósito, ¿cuándo nació Cervantes?

-En 1547.

-Son del mismo siglo, pero Bruegel es anterior. Cierto, Cervantes es más estructurado, pero tienen algo de común en la mirada del mundo.

Fueron momentos maravillosos y regresé a casa con un inmenso sentimiento de paz que terminó bruscamente cuando, al entrar, Ofelia me dijo inquieta:

-Andreíta, siguen muriéndose las gallinas.

La última recomendación de mi mamá había sido "ocúpate de mis gallinas" y ahora el gallinero se vaciaba, ya ninguna ponía huevos, hasta se diría que el gallo cantaba triste por la mañana. Alarmada pedí a Octavio que trajera un veterinario. Este nos dijo:

-Se van a morir todas, anda una epidemia de aves. Cómanse las que aún están sanas. En esos días del viaje de los padres estábamos de dueños de casa Octavio y yo. Cuando regresaron nos fuimos al aeropuerto a esperarlos y con mucha parsimonia y tacto quisimos darles la mala

noticia. Tanto cuidado empleamos que mi pobre mamá fue llenándose de pánico pensando que había ocurrido alguna desgracia. Cuando supo que sólo se trataba de las gallinas exclamó: "Era sólo eso!". No volvió a comprar aves y pronto ese espacio pasó a ser un lugar de esparcimiento con una mesa de ping-pong. El patio era siempre un colorido de plantas en primavera, una parra preñada de uvas en verano y el lugar donde Ofelia sacaba agua de la llave para lavar alguna ropa. En invierno, me gustaba ir por la mañana temprano a romper con los dedos el hielo que la noche había depositado en el fondo de la artesa.

...

Los exámenes de septiembre pasaron y entramos en nuestro último trimestre del segundo año universitario. ¡Con qué gusto nos paseábamos por los senderos bordeados de árboles del Instituto Pedagógico! Ya no había el mismo encanto que en invierno de ir hasta el centro de la ciudad a vitrinear y a tomar un café. Comencé a fallar a mis citas con Enrique. Algo había cambiado en nuestra relación, sus burlas anteriores se habían evaporado como si algo hubiera nivelado nuestros valores respectivos. Su imagen perdía estatura a mis ojos. Recuerdo que un día después de una tertulia en el Sao Paulo, Fernando el abogado, se había ofrecido a llevarme a mi casa en su moto. Su elocuencia, tan discreta cuando estábamos todos juntos, se desató entonces en una cascada de críticas a cada uno. De Enrique me dijo: "¿Te ha dicho que escribe? Eso es falso, hace años que tiene un proyecto y no llega a escribir una línea. Es un frustrado". ¡Bravo por la lealtad y el compañerismo!

Fue con el fondo musical de la Pasionata de Beethoven que comprendí que la exaltación que me invadía en su departamento tenía por origen la música. En esa habitación pequeña la música vibraba y lo transformaba todo. Mi cuerpo se hacía ligero dándome un bienestar irreal. Viendo que él sentía lo mismo creía que nuestra fusión espiritual, nuestro bienestar común era el amor. En realidad, se trataba de complicidad. No estábamos enamorados. No había pasión, ni siquiera juegos eróticos entre nosotros.

Una vez él me hizo una extraña declaración: “Sabes que no soy hombre de acción, sino de reflexión. No comienzo el día diciéndome: ¿cuántas cosas tengo que hacer hoy? Salgo a la hora que quiero, voy donde quiero y veo a las personas que tengo deseos de ver. Tengo la suerte de poder vivir así, porque mi familia es adinerada. Cuando llegue el momento con mi hermano tendremos que gestionar los bienes familiares. El tiene un título universitario en Economía. Entonces viviré mejor que ahora, tendré un buen departamento, quizás viajaré. Tengo también proyectos literarios. Pero si en estos momentos pensara en casarme, con la única mujer que me casaría sería contigo”.

Me quedé callada. No supe qué decir, pero pensé que no me gustaría casarme con él. ¡Ah, no! Su vida actual o futura no tenía nada que ver conmigo. No me interesaba su mundo. Sentí uno de esos pequeños clic que, de pronto te hacen ver algo que hasta esos momentos no afloraba a tu conciencia. Seguimos viéndonos, cada vez menos es cierto, pero guardé su amistad hasta mi partida de Chile. Creo que siempre hubo entre nosotros un verdadero afecto.

...

Otra vez nos preparábamos para una fiesta en la familia: se casaba mi hermano Leonidas con la bonita reina de Quilpué. En cierta manera, esta ciudad de nuestros alegres veraneos de otrora había quedado incorporada a nuestra historia familiar, si bien es cierto que pocas veces después volveré por allí.

En 1951 mi hermano había decidido entrar al cuerpo de Carabineros como Aspirante a Oficial. Esto significa que durante los años de mi adolescencia él estuvo interno y que, al egresar de la Escuela como Subteniente, comenzaría una carrera que lo va a llevar por diferentes lugares a lo largo del país. Sus encuentros con los de Chiloé eran intermitentes, pero siempre alegres. Pasarán algunos años hasta que sea trasladado a alguna comisaría de Santiago, donde con el tiempo, llegará a ser Prefecto. Cuando se casó era Subteniente en la 9ª Comisaría de Viña del Mar.

Eran días felices para mis padres. Ya tenían el departamento de Viña, situado a dos pasos del centro y con acceso a todo lo que hace agradable la vida: el sol, las playas adonde mi padre llevaba a la chiquillería, las caletas de pescadores donde mi madre compraba sus pescados, la bonita fisonomía de la ciudad con su paseo marítimo y sus avenidas y mi hermano que vivía ahora ahí.

La fiesta del matrimonio se haría en Quilpué.

Mi mamá partió a Viña a preparar las piezas para el verano y a estar cerca de su hijo. No faltaría alguna tarde en que fuera al Casino, el que siempre le tomaba unos pocos pesos, causando la risa divertida de mi papá. No es que él no jugara, pero era tan timorato que si perdía, perdía dos chauchas; entonces prefería pasearse por esos salones iluminados y sentarse en el lugar de descanso donde había revistas y diarios.

Yo había aprobado mis exámenes escritos de Literatura Medieval y pasaba ahora los orales, con los profesores Antonio Doddis y Germán Sepúlveda.

Llegaron a Santiago los de Concepción. El sobrino mayor, Nahuel, era un hermoso adolescente de viva inteligencia y sensibilidad. El pequeño Marco Antonio, de grandes ojos castaños, me sonreía dulcemente. A Washington casi no lo veíamos, entregado a sus actividades militantes. Mi hermana decide ir a Quintero a ver posibilidades de arrendar algo para pasar el verano. “¿Por qué no se vienen al departamento de Viña?”, pregunta mi padre. Amanda responde, casi irritada: “Somos una familia de seis personas, papá, no sé donde entraríamos, ya habrá bastante gente ahí. Además, Viña es caro, busco algo barato, donde salir de excursión con mis hijos, como lo hacíamos con mi mamá cuando éramos niños”. Por sus últimas palabras corre un soplido de nostalgia. Pensaba en Melocotón, Valparaíso...

Quintero está cerca de Santiago. Mi hermana no había roto todavía con la región central del país a pesar de los hermosos lugares del sur que, claro, eran menos turísticos. Como sea, regresó de la costa decepcionada por lo caro que resultaba todo.

Con dos sueldos de profesores secundarios y cuatro hijos, había que ser prudentes con los gastos.

Llegó, pues, el día de la fiesta. Un hermoso traje claro destacaba los ojos verdes de Silvia. El novio lucía su uniforme de gala. De estatura mediana, muy moreno (“moreno moro”, como decía César), de figura esbelta y ágil, mi hermano tenía la sonrisa fácil y el carácter afable y cariñoso. Era el benjamín de los hermanos varones, por lo que todos lo llamaban “el Nene”. Yo era la menor de todos.

A Quilpué se fueron los invitados a la fiesta. Unos en tren, como mis padres, otros en un camión como César y sus amigos. Mi cuñado Washington dijo a la última hora que lo llamaban de Concepción por asuntos políticos (Mi papá que pregunta a Amanda: “y ¿qué pasa en Concepción?”, y ella “un compañero cayó a la cárcel”. Mi papá, ceñudo: “¿qué puede hacer él para sacarlo?”). La casa de Chiloé quedó unos días tranquila, sin la zalagarda de los nietos y con la ausencia de los adultos, dispersos en la calma del estío. Corría noviembre de 1956.

La fiesta se llevó a cabo en el jardín de la casa y bajo la parra. Mi buen Ignacio estaba allí. Algún tiempo atrás me había llamado por teléfono para pedirme que nos volviéramos a ver. Acepté. Después de los sombríos amigos existencialistas su compañía resultaba agradable. Un “zapatito viejo”. “Esta vez se acabaron los encuentros clandestinos, me dijo, llegaré a tu casa con la autorización de tus padres”. Mis padres lo miraron con buenos ojos y hasta se habló de matrimonio. Mis sentimientos eran más confusos que nunca, pero esa noche, en Quilpué, todo era música y alegría.

Yo estaba al lado de César y su amigo Pedro Lénin. En eso llegó Ricardo Ramas, llamado “el Parrita” por mi mamá, todo exitado.

-¿Quién es ese joven tan buen mozo?

Miré y vi que se refería a Ignacio, quien conversaba

animadamente en otro grupo. Con mi hermano nos reímos. Era algo curioso, pero ninguno de mis hermanos lo apreciaba verdaderamente; para mí, eso era algo sintomático.

- ¡Pero qué buen mozo es!

-Cálmate, le dijo César, es el pololo de mi hermana. Venga, Andreíta, vamos a pegarnos un buen tango.

Unas semanas después, antes de empezar mi tercer año universitario le diré a Ignacio que lo del matrimonio no podía ser: “no quiero casarme, no por el momento”. Esta vez desapareció para siempre.

...

Tiempo de vacaciones y de “dulce farniente”. Mis lecturas de entonces: “Docteur Chivago” de Boris Pasternak, “La Montaña mágica” de Thomas Mann, además de algo de Panait Istrati, autor favorito de César. Yo sabía que una vez que las clases comenzaran no tendría más lectura que la literatura del Siglo de Oro español y la Hispanoamericana, con el famoso investigador Ricardo Latcham y su ayudante Elena Martínez. Sólo que el sabio fue un profesor ausentista y Elena Martínez se enfermó y apenas asumió la mitad de sus clases. ¡Pobres cursos de literatura chilena e hispanoamericana! En realidad, esta materia tuve que estudiarla por mis propias investigaciones cuando comencé mi vida profesional.

Con mi hermana nos inscribimos a unos cursos de la Escuela de Verano de la Universidad de Valparaíso. Las dos teníamos el mismo placer de aprender. Entre el ambiente agradable de la universidad porteña y las humitas y el caldillo de congrio de la casa pasábamos unos felices días de verano. También participábamos algunas veces a las salidas de mi papá con sus nietos a las playas de Las Salinas o Recreo, donde junto a la playita había una piscina y un restaurante. Mientras el abuelito leía el diario, los nietos se divertían y no bien llegaba el mediodía les compraba un berlín y una bebida. ¡Felices tiempos de una familia todavía en crecimiento, sin tormentas en el horizonte!

Pero mi espíritu seguía atormentado. Me sentía sola con mis problemas religiosos y éticos. La llama de la fe no se había apagado totalmente, creía en Dios y lo sentía formando parte de mi existencia, pero al mismo tiempo culpaba a la moral religiosa de gran parte de las inhibiciones de la gente. Yo buscaba hacer conscientes todas mis acciones y enfrentar y vencer los tabus. Como decía Kierkegaard, lo importante es saber escoger, la elección es un elemento que determina la acción. “La libertad de escoger suscita en nosotros angustia y espanto”, decía. ¡Cuán angustioso es, en efecto, saber escoger cuando se tiene 20 años!

Margarita decía que yo era una rebelde sin causa. Con su mirada serena y su rostro de campesina bondadosa Margarita escuchaba mis humores y mis acciones. Nunca le pregunté, pero creo que era de familia obrera. En todo caso, era comunista. Un día me confesó que ella también escribía y me mostró un cuento, de cuatro o cinco páginas.

-¿Me lo puedo llevar a mi casa para leerlo con calma?, pregunté.

-Bueno, pero no lo pierdas. No tengo copia.

El cuento de Margarita me dejó pasmada. Además de una prosa rápida y sencilla, el tema estaba impregnado de vida. Los personajes eran reales, su historia se resumía a la dificultad de existir cuando se es pobre. Un existencialismo de otra laya.

Instintivamente me acerqué a los estudiantes que se distinguían por su militancia política. Esos que del bolsillo de su abrigo o de su cartera, sobresalía, bien doblado, el diario del partido comunista “El Siglo”. Como Guillermo Cisterna. Este, bajo y algo fuerte, de hermosos ojos castaños, era un comunista puro e idealista, como pululaban en la izquierda chilena de entonces, militantes a los que temía tanto el presidente Gabriel González Videla.

A la zaga de la cruzada anticomunista lanzada desde Estados Unidos por Truman y sus sucesores, Chile, con su presidente Gonzalez Videla lanzó también una campaña de

persecución contra los mismos que habían votado por él en las elecciones presidenciales. Ese verano en que yo estaba absorta en el mundo de “La montaña mágica”, González Videla descubría que Pisagua podía ser un buen campo de concentración y viendo que se preparaba una huelga general declaraba el estado de sitio y el arresto de los dirigentes socialistas y comunistas a quienes envió a Pisagua. Entre ellos estaba Volodia Teitelboim. Pablo Neruda comenzó su vida clandestina, escondido en casas de campesinos, de ingenieros, de abogados, de marineros; fue acogido en los campos y en las ciudades hasta que lo ayudaron a salir del país, por un paso desconocido de la montaña andina.

Pisagua se encuentra en el norte de Chile, en la región de Tarapacá, a 191 kilómetros del puerto de Iquique. Tuvo su tiempo de gloria cuando desde allí se exportaba el nitrato, una de las riquezas principales de Chile hasta 1930. Aun cuando terminó el auge del salitre Pisagua se había mantenido en pie con la explotación pesquera, pero hacia los años de González Videla el lugar había decaído completamente convirtiéndose en un caserío semi abandonado, donde penaban los fantasmas del pasado en las casas en ruinas. A este lugar aislado y de pocos habitantes fueron enviados los prisioneros políticos de 1956. Años más tarde, el régimen militar de Pinochet va a rehabilitar el lugar para hacer de éste uno de sus emblemas de violación de los derechos humanos.

Abrí los ojos al mundo que me rodeaba, del que conocía poco, pero que era preocupación del tío Enrique, de Washington, de mi hermano Manuel. El cobre estaba a bajo precio lo que creaba en el país una situación social y económica precaria. Vino una inflación galopante y una agitación social de la que se hacían eco los estudiantes del Pedagógico.

Cuando hubo la huelga de profesores Guillermo me dijo que una manifestación saldría desde Macul hacia la Alameda. “¿Vendrás con nosotros?”, “por supuesto”, respondí. En casa, esa noche, mi papá aconsejó a mi madre que no participara y a mí me prohibió que asistiera. Sin

embargo, participé, como ya lo había hecho en otras manifestaciones. Cuando llegamos al centro, para evitar a los guanacos, un grupo nos fuimos a la Plaza de Armas, donde manifestaban los profesores primarios. Pero, a poco de llegar se nos vino encima un imprevisto camión guanaco que regaba con entusiasmo a todo el mundo. Corrí a refugiarme bajo los portales donde me encontré frente a frente con mi mamá, con sus ropas algo mojadas. Por cierto, ¡no era ella que perdería la ocasión de manifestar su descontento con el gobierno! Volvimos a casa juntas y en el camino me contó algo gracioso que le había ocurrido:

- En una de esas, nos calló encima un paco gritando “váyanse a la casa”, mientras que agitaba su garrote. Cuando llegó hasta mí se paró de pronto y después, todo emocionado, dijo: “señorita Lidia”. Era uno de mis antiguos alumnos. Le dije, “¿Así que andas golpeando a los que te desarnaron?, ¿qué gobierno es éste que manda a reprimir a los profesores?”.

Yo, estudiante de la lengua castellana, no había oído nunca esa palabra, “desarnar” que no figura en los diccionarios y hasta el día de hoy no sé si mi mamá la inventó o si es usual en la jerga de los profesores; como sea, ella era aficionada a poner sobrenombres y conocía bien el rudo y hasta grosero lenguaje popular. Volvimos a casa en una micro súper llena. Le pregunte: “¿Y qué dijo el paco?”. “No dijo nada, se fue con la cola entre las piernas”. En casa, mi padre nos miró con desaprobación. Mi mamá, sin impresionarse, trató de explicarle las razones de la huelga. “está bien, Lidia, pero no hay que exponerse”...

En esos tiempos de mi vida universitaria el ambiente social era agitado en la mayoría de los países americanos. Strossner, en Paraguay, había llegado al poder tras un golpe militar que iría a comenzar una larga y feroz dictadura. En Nicaragua era Somoza que se imponía por la fuerza. Guatemala, Argentina, Chile eran teatro de manifestaciones callejeras y represiones gubernamentales. Desde el mundo nos llegaban los ecos de lo que sucedía en otros continentes: la nacionalización de la compañía del canal de

Suez por el joven coronel Nasser, en Egipto; la guerra por la independencia de un país del Africa del Norte: Argelia. Me explican que la cuestión franco argelina había sido llevada a la ONU. Fue entonces que Argelia apareció por primera vez ante mis ojos. Conocí también el problema de la cuestión racial en Estados Unidos y supe que nuestro mundo, la tierra, era un campo de guerra donde se enfrentaban dos bloques antagónicos: el imperialismo norteamericano y el bloque soviético.

Recuerdo bien el día que, sentados en un banco del Pedagógico, mi buen amigo Cisternas puso en mis manos un pequeño libro: "Manifiesto comunista". "Es para que comprendas mejor", me dijo. Yo tenía una conciencia netamente antimperalista, apoyaba las luchas por la libertad en Cuba, en Argelia y Vietnam. Podía manifestar y sufrir por la situación del mundo en que vivíamos, pero no era una activista. No se podía contar conmigo para tener la tarjeta del partido comunista o ningún otro o para ir a reuniones de partido. Nunca, a lo largo de mi vida me interesé en militar en ningún partido de izquierda, aunque apoyara completamente su causa.

...

Después de la novela corta enviada a un concurso y que ni siquiera tuve interés en recuperar, no había vuelto a escribir. Tenía imágenes en la cabeza de gente conocida; podía describir una variedad de rostros que habían dejado huella en mi memoria; pequeños hechos, como el sufrimiento de un animal vago o la luz amarillenta tras la ventana de una vieja casa me emocionaban, pero no sabía darle cuerpo a todo eso. Mis manos tenían la materia y buscaban dar la forma a la obra. En la universidad analizábamos textos literarios. Pero eso era teoría. Criticar o estudiar una novela no requieren la misma actividad creadora.

En un encuentro de escritores realizado en Concepción se discutió sobre la antítesis: literatura social y literatura imaginativa. En realidad, yo no me inscribía en ninguna de esas dos tendencias, no estaba capacitada para la primera, no me interesaba la segunda. Yo deseaba dar

densidad histórica al argumento de la novela. Si había alguna novela que había dejado huella en mí en esos años era la primera obra de Isaías “Un niño nació judío”, donde el denso fondo histórico encuadra la emotiva y humana historia de un personaje judío en los tiempos revueltos del antisemitismo.

En las vacaciones de invierno de 1958 asistí a un cursillo que daba Manuel Rojas sobre Redacción y Estilo. Después de la aparición de su novela “Hijo de Ladrón” y de su reciente Premio Nacional de Literatura, Manuel Rojas era el escritor del que todos hablaban en esos momentos. Se le consideraba un nombre importante en la literatura realista chilena.

Era un hombre sencillo y auténtico que hablaba sin palabras técnicas complicadas. En un comienzo me dió la impresión de un profesor de liceo, del primer ciclo de humanidades. Nos habló de la puntuación, “Se siente en los oídos el sonido de la entonación. Donde hay pausa, hay coma”. De la coma, punto y coma, pasó a la oración simple y la compuesta. Yo sabía que hablar de los valores formales del lenguaje era la mejor manera de desanimar a un novato. Pero en aquellos tiempos en que no existían los talleres literarios -los que después pulularon- Manuel Rojas va a ser un precursor en enseñar a ser un escritor. Captó toda mi atención cuando dijo que él mismo en un comienzo quería aprovechar sus experiencias, hablar de la gente que había conocido, pero el problema era ¿por dónde empezar? Lo natural es que el escritor aprenda de otros, decía, de sus propias lecturas, pero lo que enriquece su imaginación, es la observación. “Henry James no basó sus obras en una imaginación sin base real. Para escribir una novela norteamericana buscó un asunto norteamericano. Buscó un símbolo que represente este asunto. El asunto central, además, tiene asuntos satélites que lo enriquecerán”.

La importancia que Manuel Rojas daba a la observación de la realidad me recordó lo que decía el profesor Doddis acerca de Aristóteles y de su influencia en el arte y las literaturas medievales. Ya en el siglo IV A.C. Aristóteles

mostraba la importancia de la observación en la comprensión del mundo. Manuel Rojas agregó, como elementos fundamentales para formarse como escritor además de la observación: la lectura, la reflexión y el ejercicio mismo de escribir. Dio ligeramente elementos de técnica para terminar diciendo: "Escriba como usted piensa, siente e imagina". O sea, la vieja frase: "le style, c'est l'homme".

Los cursos universitarios llegaron a su fin. El quinto año tuvimos Didáctica con el profesor Marino Pizarro y práctica en un liceo (tuve la suerte de ser enviada al liceo donde estudié, el Liceo N°1). Luego hice la Memoria sobre la escritora española Elena Quiroga. En primer año, los estudiantes llenábamos el anfiteatro. Al final de los estudios éramos pocos y fuimos recibiéndonos uno a uno, gota a gota. El primero en tener su título fue Juan Villegas, que años más tarde trabajará en universidades norteamericanas. La segunda fui yo y, siguiéndome de pocos días, mi amiga y vecina Gladys Rodríguez. Gladys partirá con un contrato para trabajar en Venezuela. La invitación para trabajar en Venezuela, en realidad, me la habían hecho a mí. Salía recién de la sala donde había defendido mi Memoria cuando se me acercó un funcionario de la Embajada de Venezuela. "Señorita, me dijo, el gobierno del presidente Bettancourt está ofreciendo contratos a los profesores chilenos que quieran ir a trabajar a nuestro país. Estaría usted interesada en trabajar en Venezuela?". Respondí, sin pensarlo dos veces: "¿Por qué no?". Gladys, que había asistido a mi exámen y que ahora estaba a mi lado intervino para decir que dentro de poco ella también tendría su título. "Perfecto, agregó el funcionario, denme su dirección y haré los contactos pertinentes". Días más tarde recibí un telegrama invitándome a acercarme por la Embajada de Venezuela para tratar del contrato y del viaje al país caribeño. Como fue mi padre quien abrió el telegrama la noticia la recibió como una ducha de agua fría:

-¿Qué historia es ésta?, ¿Qué es esto de ir a Venezuela?

Le expliqué lo que había sucedido.

-Usted no irá a Venezuela, concluyó molesto.

El asunto para mí no tenía ninguna importancia y cuando Gladys partió le desee sinceramente buena suerte. Lo que le sucedió en Venezuela y a su regreso a Chile daría para contar otra historia. Por mi parte me fui al Ministerio de Educación a buscar un nombramiento. Allí, afichado en un diario mural se encontraba una lista con el nombre de todos los liceos, a lo largo del país, que necesitaban profesores de castellano. Saqué papel y lápiz y empecé a anotar mis preferencias para posteriormente, hacer mi solicitud de nombramiento. Mi único criterio era que el liceo se encontrara en una ciudad costanera. Seleccioné: San Antonio, Tomé, Valdivia y no recuerdo qué otros. Estaba en este entretenido ejercicio de geografía cuando se me acercó un señor bajito, moreno, algo por el estilo de Louis de Funès.

- Señorita, ¿tiene su título?

-Recién salido del horno, señor.

-Señorita, soy el Rector del Liceo de Rengo y me falta una profesora para un reemplazo de tres meses. Sólo para terminar el año: octubre, noviembre y diciembre. Si usted viene a hacer ese reemplazo no se arrepentirá. El lugar es muy agradable y la gente hospitalaria.

-Señor, he venido para presentar mi solicitud de nombramiento.

-Puede hacer esa solicitud, la respuesta no llegará hasta fines de diciembre o enero. Eso le permite trabajar en Rengo.

Acepté y esta vez mis padres estuvieron contentos. Así, mi primer puesto de trabajo fue Rengo. Maravilloso recuerdo de ese trimestre pasado en Rengo, ciudad tranquila y risueña, asentada en pleno valle central y rodeada de verdes campos de viñas que maduraban lentamente al sol primaveral. Entre unos colegas acogedores y un alumnado de gente sana y alegre, mi carrera en la enseñanza co-

menzaba con el mejor de los signos. Mientras tanto me salió nombramiento para ir a trabajar a la ciudad de Tomé.

En marzo partí hacia el sur. Mis padres, mis tías Iturriaga y mis hermanos César y Manuel me acompañaron a la Estación Central donde un tren nocturno me llevaría hasta la ciudad de Concepción. Allí me recibirían, al otro día, mi hermana y mi cuñado Washington.

Salí de la casa de Chiloé sin mirar atrás. Estaba feliz de volar con mis propias alas. En la estación mis tías lloraban mi partida. Quizás ellas presentían que yo empezaba a partir para siempre. Manuel se me acercó y me dijo bajito: "Qué suerte tienes: te despedimos hasta con llanto, gracias a nuestras lloronas de la familia". Desde el fondo de mi corazón hoy les digo: "¡gracias, queridas tías!".

La casa de Chiloé me dejaba partir. En mis maletas llevaba no sólo libros, sino también toda mi personalidad formada entre sus paredes. Cargaba sobre mis espaldas lo bueno y lo malo del carácter de mis padres: el coraje y la simbiosis telúrica de mi madre con el país; la búsqueda del conocimiento por medio de los libros de mi padre. Los caracterizaba, también, el individualismo con que cada uno vivía; el innegable sentimiento de clase, propio de nuestra clase social y que marcaría muchos actos de mi mamá y la dulce tendencia de él, mi padre, a olvidar la fidelidad conyugal. Nos correspondía a sus hijos asumir o rechazar lo que nos venía de ellos. Pero hay un valor que nos legaron y que yo transmití a mis hijos: la abnegación y el esfuerzo en el trabajo. Fueron dos personas que aún en la edad de retirarse a un tranquilo descanso una fuerza los llevaba a volver al lugar de trabajo hasta que el cuerpo, agotado, no soportó más el esfuerzo.

Partir a Tomé fue el gran salto. Esta pequeña ciudad era una hermosa caleta de vivos colores: los cerros que la protegían, boscosos y bajos, le daban un fondo verde, que las modestas casas de los trabajadores tomesinos salpicaban de todos los colores: verde, amarillo, azul. Por la parte baja corrían calles bien diseñadas y en el centro de la ciudad imperaba una hermosa plaza, como lo son en general las plazas de los pueblos de Chile. Las aguas azules del Pacífico iban a morir en una playita de fina arena, cerca de la cual se encontraba el balneario de El Morro y el Hotel Miramar.

Cuando con mi hermana fuimos a buscar una pensión donde instalarme tuve miedo en un momento de terminar en una habitación de este hotel. ¡Es que no encontrábamos nada! Por fin, tras mucho caminar, preguntar y buscar dimos con una casa, ubicada justamente frente al liceo, que arrendaba una pequeña habitación con ventana a la calle. La campana del liceo, con sus llamadas a clases o al recreo llegaba claramente hasta allí. Había también, según me contó el dueño de casa, otro pensionista: “Es profesor del

liceo, como usted. Posiblemente aquí no lo verá, sale poco de su pieza". Lo vi, en efecto, en nuestra primera reunión de profesores, celebrada a las nueve de la mañana de un día de marzo.

El rostro de mi hermana, al dejarme en esta modesta pensión, denotaba claramente descontento y preocupación. Se veía que el lugar no le había gustado. La acompañé a la estación ferroviaria, donde no debía perder el tren de las cinco de la tarde, pues no había otro hasta el día siguiente.

Volví contenta a la pensión mientras las calles y el pueblo se iban mostrando a mis ojos. Ya en la pieza empecé a sacar los vestidos de la maleta para colgarlos en un pequeño ropero cuando, de pronto, saltó del mueble un ratoncito de color claro. Chillé, como corresponde a toda jovencita llegada de la gran ciudad, y salí para llamar al dueño de casa. Este, de mala gana, tomó una escoba y buscó al animal debajo de la cama y por los rincones. No lo encontró. Fastidiado me dijo: "tanta historia por un ratón. No la va a morder" y se fue. Con los días me acostumbré a la presencia del animalito que tenía los mismos gustos que yo. En el hueco que dejaba la ventana, una especie de nicho, ordené una hilera de libros junto a otros objetos. Allí, sobre los libros, mientras yo leía a Molière estaba encaramado mi amigo el ratón.

...

Nuestra primera reunión de profesores se celebró a las nueve de la mañana de un día de marzo. Entré a una sala de clases por cuyas ventanas aparecía el verde oscuro de los cerros. Sorprendida, me encontré con más personas de lo que imaginaba, predominando los varones. Por cierto que fui una curiosidad al entrar. La señora Itala, la Inspectora General, a la que ya había conocido el día anterior, vino hacia mí y luego se dirigió a todos: "les presento a nuestra nueva profesora de Castellano". Sonrisas, saludos, frases amables. Una mujer sonriente, de grandes ojos negros, me invitó a sentarme a su lado y pronto empezó a referirse, con un poquitín de pelambre, a algunos de los presentes. De ella misma me dijo que era casada con un profesor

primario que adoraba tocar el arpa. “No -respondió a mi pregunta- no tenemos hijos”; se llamaba Emilia Meruane y era de ascendencia árabe.

Entró luego otro colega de Castellano. Moreno claro, abundantes cabellos castaños, de aspecto serio. Saludó a todos sin efusión y al ir a sentarse sus ojos se detuvieron un momento en mí. Luego se instaló sin hablar con nadie. “Ese también es colega nuestro; en total somos cinco profesores de Castellano” me informaba Emilia y agregó: “Es un tipo solitario y apático. Estudió en España y es doctor, creo que en Filosofía y Letras, aunque te contaré que con el ambiente de este liceo hasta yo me puse apática también. En un tiempo quise crear un diario mural y hacer alguna actividad cultural, pero al final me cabrié... la gente es buena, pero falta algo que nos motive”.

Al cabo de esperar unos quince minutos más, el tiempo que los diversos profesores fueran entrando, saludándose y buscando asiento, un señor bajo y rubio, aire bonachón y modales bruscos entró en la sala. Era Heriberto Stegmann, el Rector. Me acerqué a él, conversamos unos minutos, y me expresó su gusto de tenerme entre ellos. Sus ojos celestes mostraban sinceridad.

En eso llegó un profesor que destacó inmediatamente por algo que lo diferenciaba de los otros: ¡era elegante! Bajo, de porte erguido y de gruesos lentos oscuros, entró saludando al Rector y luego a todos con amplias sonrisas. En esa sala todos los varones vestían la uniforme tenida de la época: terno y corbata. Pero un algo de negligencia en el planchado o brillo en los pantalones denotaba que para algunos, la vestimenta era preocupación menor. El profesor que recién llegaba estaba como recién planchado.

-Atrasado, como siempre -dijo alguien.

-No podía traicionar su costumbre -dijo otro.

El hombre respondía a las bromas mientras se dirigía hacia el fondo de la sala, donde yo estaba. Al verme se detuvo, me miró y luego se dirigió a todos:

-¿Por qué no me dijeron? Si hubiera sabido que teníamos coleguita nueva hubiera sido el primero en llegar.

El Rector interrumpió las risas: "Tome asiento señor Ramirez, por favor. Queda abierto el Consejo de Profesores". Se habló de los horarios, que como siempre, los profesores residentes en el pueblo comenzarían a la primera hora, antes que los que venían de Concepción. Se habló de los resultados apenas honorables de los alumnos del último bachillerato. El Rector anunció que ese año se contaba con la participación del Liceo para la fiesta de la ciudad. El Rector me miró y dijo: "y nosotros contamos con los profesores de castellano para la organización de este evento cultural".

De pronto, Ramirez, el profesor de inglés, pidió la palabra:

-¿En qué están, señor Rector, los trabajos del nuevo Liceo ya que esta casa de material ligero donde estamos con un temblor fuerte se nos cae encima?

-Nos ocupamos de eso, señor. Ya informé al Ministerio sobre la tardanza de las obras.

-No estaría de más volver a escribir, dijo Emilia y otras voces asintieron.

Al terminar la reunión, salimos con Emilia al corredor y observé con gusto el movimiento de los alumnos en el patio y en los corredores. De pronto se acercó a nosotros nuestro colega de castellano.

-Vengo a desearle la bienvenida -dijo- y luego saludó a Emilia.

Más que indiferencia, como lo describía Emilia, tenía un aire de melancolía como si le faltara la fuerza de la vida o de la alegría. Yo lo había observado, cuando se habló del mal estado de la construcción del liceo: él estaba completamente ido. Arrendaba pieza en una pensión. Podía suponerse que no tenía ni casa ni familia en esta ciudad. Vivía solo. Me enteré después de que era poeta.

...

La Escuela de Teatro de Concepción en la calle Barros Arana existió. Yo estuve allí como alumna. Sucedió que ese gusto por el teatro, que era un vago sentimiento en mis años de estudiante, vino a tomar la forma de un deseo concreto cuando al comienzo de mi carrera de profesora el destino me llevó a la ciudad de Tomé, cercana a Concepción. Todo se desarrolló como escrito por una mano invisible

Recuerdo que mi hermana me había llamado por teléfono al Liceo, desde su propio liceo, para comunicarme que me había conseguido otro lugar donde vivir. "Hablé con una amiga, que es de Tomé, y consiguió que una buena familia te acoja en su casa, me dijo. Vendré a Tomé este fin de semana para ayudarte en la mudanza y para conocer a esa familia". Feliz, le respondí: "Cuánto me alegro, mi hija, estoy muy contenta".

Debo contar que yo llamaba "mi hija" o "hija" a mi hermana (residuos, quizás de juegos de mi infancia) y que esta conversación telefónica, que fue escuchada por uno de mis colegas dió origen a un cómico rumor según el cual yo tendría una hija en el liceo de Concepción. De ser así, la habría tenido a los doce o diez años, o aun antes.

El sábado siguiente, mientras nos encaminábamos a la casa donde me alojaría dije a mi hermana:

-Me enteré de que la Escuela de Teatro de Concepción comenzará pronto sus cursos. Me gustaría inscribirme para estudiar dramaturgia, ¿qué le parece?

Detuvo su paso y me miró:

-Haz lo que quieras, Andrea. Es tu vida. Podrás contar siempre conmigo, pero tu vida la diriges tú.

El rostro sereno de mi hermana expresaba firmeza y cariño.

-Cuando eras niña chica me ocupaba de tí, luego me casé, viví lejos. Cierto, compartimos poco tiempo una vida

común, una misma habitación en la casa de Chiloé, pero siempre te he tenido presente. Acuérdate de que insistí para que mi papá te sacara de las monjas lo más pronto posible, de lo contenta que estaba cuando tuviste el ballicherato y de que, en el Pedagógico, hablé con Elena Martínez, mi amiga de infancia, para que te ayudara si era necesario. No hubo necesidad, eras buena alumna, año a año yo sabía el resultado de tus estudios. Ahora que vivirás cerca y estás sola, puedes venir cuando quieras a nuestra casa. Somos tu familia, Andrea.

Tuve la impresión de que algo se anudaba en mi garganta. Ante mi hermana, sólida como un roble, no quise mostrar la emoción. Sólo dije:

-Gracias, m'hija.

Así, pues, instalada en mi nuevo alojamiento, junto a una familia de gente agradable y hospitalaria, empecé a viajar algunas tardes a Concepción para asistir a mis clases vespertinas de teatro. Dormía en casa de mi familia, que se había cambiado hacía poco de Coronel a Concepción y al otro día partía temprano, en tren, a reintegrar mi vida en Tomé. Eran 35 kilómetros que un trencito recorría bordeando la costa, tan cerca a veces que parecía que las olas, en sus días de furia, podían alcanzarnos. Yo era feliz.

Me encontraba en esa región de Chile, donde una naturaleza boscosa y de vegetación tupida sucede a los valles de la región central. Región de mineros del carbón y obreros del acero; de pescadores, marinos y obreros textiles. Allí mi vida entró a una nueva etapa, intensa en aprendizaje y en vivencias. El año 1960 marcará el comienzo de la década más movida de mi existencia.

Me tocó en suerte de ingresar a la escuela dramática del teatro universitario de Concepción en los momentos en que éste entraba en un proceso de estructuración con un programa de difusión y presentación de obras de teatro universal, pero teniendo sobre todo la preocupación de rescatar a los viejos dramaturgos chilenos e impulsar un teatro popular. La creación de la escuela dramática formaba

parte de este proceso de crecimiento del teatro universitario. El ambiente profesional era de gran calidad. Su director era Gabriel Martínez Sotomayor que fue también el profesor de Actuación. Mi profesora de dramaturgia fue Verónica Cereceda, actriz y dramaturga, que algunos años después partirá a Bolivia, donde realizará un notable trabajo de etnóloga. Eran actores del TUC, en esos años, Nelson Villagra que será considerado, con el tiempo, como el mejor actor chileno del siglo XX. Estaban Tenyson Ferrada, Shenda Román, Delfina Guzmán, Gustavo Meza, Jaime Vadell y otros cuyos nombres se me escapan en estos momentos.

Por cierto que el grupo de alumnos que nos encontrábamos a las seis de la tarde para nuestros cursos de teatro no podíamos imaginar que vivíamos momentos históricos para el teatro nacional con esta profusión de grupos universitarios y otros que fueron saliendo en esos años, a la búsqueda de una expresión que reflejara la realidad del país.

Eramos jóvenes y alegres y por primera vez oíamos hablar de Constantin Stanislavsky, uno de los creadores del teatro de Arte de Moscú y autor de los libros "Formación del Actor" y "La construcción del personaje".

Gabriel Martínez era un hombre amable, comprensivo, sereno que nos llevaba poco a poco en el aprendizaje del oficio. Recuerdo una clase en la cual nos pidió revivir una experiencia, concretamente, revivir la experiencia del asco. Un joven salió adelante y contó: "Viajé al norte de Chile y llegué de noche. Después de horas de viaje estaba cansado y tenía mucha hambre. Pedí de comer y me dijeron que en la cocina había un plato de comida. Fui y, a la luz de una ventana, vi un plato sobre la mesa; empecé a comer con la mano hasta que sentí movimiento en mi lengua. Encendí la luz y vi que era un cocido de un animal del desierto, una especie de rata que estaba invadido de bichos. Me dió tanto asco que vomité hasta el alma". Al recuerdo de esta anécdota, el aspirante a actor hizo un real gesto de asco.

-Bien, dijo Gabriel Martínez. Según Stanislavski el actor debe hundirse en la memoria del personaje, inte-

riorizarse en sus sensaciones y sentimientos y conocer o crearle un pasado. Si su personaje se encuentra en una situación de sentir asco, usted ya sabe lo que experimenta ese personaje.

A la salida de clases nos íbamos a una Cafetería que estaba cerca del Teatro a comer algo y escogíamos una o dos canciones en la máquina de música. Bailábamos con la energía y despreocupación de nuestra edad. Edith Piaf nos acompañaba a menudo con su "Milord", en esos cortos momentos en que el cielo parecía mirarnos complacido.

...

En las primeras semanas del Liceo tuvimos aún buen tiempo y sol, pero la playa que vi animada y llena de gente cuando llegué a Tomé, pronto se vió abandonada por los bañistas. El hijo de la amiga de Amanda que había conseguido mi nuevo hospedaje se ofreció para hacerme conocer el pueblo; fuimos una vez en bote desde la playa Miramar hacia otra pequeña y desolada playita. Me gustaba mirar a través de las transparentes aguas verdes la vegetación que se mecía indolente bajo la superficie. Mi amable guía informaba a la joven profesora sobre el trabajo de la madera que se realizaba en los bosques sureños. "Me encantaría conocer esos lugares", digo, recordando quizás "La Vorágine" de Eustasio Rivera. Me doy cuenta que él evita continuar con el tema, seguramente piensa que no calza bien en su zapato esa personita tan deseosa de preguntar y ver cosas, que una vez te pide de escalar por un cerro para ver mejor las multicolores casas de los obreros, o bien de acercarse a visitar la fábrica de paños tan famosa en todo el país.

Esa familia, la madre y el hijo que me ayudaron en mis primeros días en Tomé desaparecieron de mi memoria durante décadas, pero hoy recuerdo claramente sus rostros. Hubo personas que pasaron como estrellas fugaces por mi vida y no sabría ni siquiera resucitar su recuerdo. Otras, en cambio, se incrustaron con fuerza en mi memoria, porque fueron actores de diversos episodios que me tocó vivir en esos dos años. Una de esas personas fue Edmundo, mi colega poeta.

En una de esas tardes crepusculares de otoño me veo caminando con él por una playa húmeda y solitaria. ¡Qué tristes son las playas cuando se va el verano! El pueblo se había recogido un poco, se veía menos gente por las calles, excepto a la hora en que las oficinas abren y los alumnos, con sus uniformes azules van al liceo o los niños, vestidos con delantales blancos, van a la escuela. La playa, en su rincón, era maltratada por todas las mareas y no había sol que la ayudara a brillar. Dije:

-¡Qué agitado está el mar!

El respondió:

-El océano ha cambiado de piel; el litoral está borracho de espuma.

Luego señaló con su brazo estirado:

-Hacia allá está la isla Quiriquina y si subiéramos a una altura veríamos las luces de Penco o Lirquén.

Veo bien que el hombre está y no está a mi lado. No siempre es agradable para una mujer que la inviten a salir y luego la olviden. Sus ojos se evadían hacia el horizonte y callaba. Para devolverlo a la playa le pregunté:

-¿Es verdad que estudiaste en España?

-Después de graduarme en la Universidad de Chile tuve una beca para doctorarme en España... para lo que sirve mi doctorado en este lugar perdido.

Reservado, sin entregarse apenas, Edmundo hace cortas confidencias que delatan una intimidad indecisa y desencantada. Su alma guarda las sombras de los espesos bosque nativos, donde aún penan los espíritus ancestrales, esos mismos a los que él volvía la espalda. Porque, según decían las malas lenguas del Liceo, era un mapuche. Curioso, ¿verdad?, señalar como una tara la pertenencia al pueblo originario.

Por cierto, los profesores éramos una muestra de los

diferentes componentes del pueblo chileno: el Rector era hijo de inmigrantes alemanes; la señora Itala, descendiente de italianos; Emilia, descendiente de inmigrantes árabes; unos pocos descendientes de españoles o yugoeslavos, sin mezcla, como el inspector Soria. Pero en la mayoría había sangre nativa en pequeña o mayor proporción. Sin embargo, nadie lo reconocía y sonreían, disimuladamente, porque el apellido de alguien sonaba a indígena. Cuando salí de Chile y me vi en la mirada de los otros comprendí que afuera no hacen distinción en la cantidad de gotas de sangre indígena que uno puede llevar: somos todos indios. Entonces hay que asumir y reconocer que somos un país mestizo, en un continente mestizo. Y este mestizaje no tiene nada que ver con lo latino, sino con la hispanidad y los pueblos originarios, además de todos los aportes que produjeron las migraciones de los tiempos modernos.

Como sea, Edmundo con su silueta erguida y orgullosa, su frente alta y su nariz fina y algo grande era tan o menos mapuche que muchos de sus colegas. Y fuera quién fuera, ejercía una gran atracción sobre mí.

...

Verónica Cereceda era una mujer joven, de caminar pausado, cabellos largos y afable rostro ovalado. Usaba faldas largas, blusas o paletós sueltos. Durante el tiempo que fue mi profesora no sólo se ocupó en enseñarme la escritura dramática sino que buceaba en mi carácter y en mis ideas. Por supuesto que pronto descubrió lo que había hecho de mí la educación pequeño burguesa de la casa de Chiloé; educación de capullo, de encierro, de ignorancia de la realidad social del país.

Verónica, como todos los actores y actrices del TUC, era políticamente de izquierda y los había que eran militantes comunistas, como Nelson Villagra. Ella y los otros esperaban reflejar la realidad chilena a través de un teatro popular. Esperaban además interesar, por medio de este espejo artístico de su propia realidad a los obreros, campesinos, funcionarios, artesanos. Para esto contaban con obras chilenas que respondieran a este proyecto y buscaban formar a los futuros creadores del teatro chileno.

Verónica era cariñosa en su trato, pero enérgica en sus enseñanzas. “No se puede escribir teatro si no se conoce su propia sociedad. Para la lírica está la poesía, pero si quieres escribir teatro tienes que empezar por conocer la realidad del pueblo”. Eso coincidía con lo que yo buscaba: conocer la realidad de la gente y pronto mi vida en la región, sobre todo en Tomé, me darían materia de escritura.

En esos años, todo se vivía con gran intensidad detrás de los muros del elegante edificio del teatro de Concepción. Veíamos que el grupo de actores y profesores del teatro tenían sólidas relaciones humanas entre ellos lo que repercutía en beneficio nuestro. Yo, como futura dramaturga, debía asistir a todas las clases, las de actuación, expresión corporal y otras, además de la de escritura. En una de esas clases, nos hicieron escuchar “Las últimas siete palabras de Cristo” de Haydin. La música me transportó a años atrás: Ignacio, con las mangas subidas de su camisa blanca y el cinturón bien ceñido a su cuerpo delgado. Trabajaba frente a una mesa inclinada de arquitecto, en una habitación-taller que se hacía estrecha a causa de los muchos cuadros y objetos desparramados ahí. La música es plañidera, “como si se escuchara la voz de Cristo” dice Ignacio; lo recuerdo trabajando, mirándome, fumando y hablando.

Seguramente este recuerdo se sitúa en su casa, donde vivía con su familia. Una eternidad atrás. Un mundo que ya no existía. Pero el recuerdo se rompe, los alumnos están declamando en voz alta unos versos muy conocidos mientras exhalan el aire que respiran. Creo que era una clase de educación corporal y de la voz.

En la casa comento con Washington y Amanda, m’hija, mi entusiasmo por la escuela de teatro. Mi cuñado me habla de los mineros del carbón y de la historia de la región:

-Lota es una palabra mapudungun que significa “pequeño caserío”. Al comienzo de nuestra vida republicana la región fue comprada a los indígenas a causa de las minas del carbón que la tierra poseía en sus entrañas. Luego la Intendencia de Concepción se las vendió a Matías Cousiño

que se convirtió en un potentado económico. Gracias a estas minas se construyó el primer ferrocarril eléctrico de Chile.

-Si quieres uno de estos días vamos a visitar el parque y el palacio que esta familia Cousiño poseía en la parte alta de la ciudad, dice mi hermana. La parte baja, la de los obreros, es negra, triste y pobre.

Y así como en mi adolescencia conocí los fuertes españoles que existen en la isla de Chiloé, gracias a mi hermana, fue también por ella que conocí el Palacio Cousiño y la baja Lota. Por cierto, todo estudiante chileno conoce la obra de Baldomero Lillo "Subterra", que se estudia en el liceo; yo tenía presente los cuentos de este autor con sus descripciones de la penosa vida de los mineros. Ahora la literatura se mostraba a mis ojos.

...

El teatro festejaba esa noche el comienzo del año escolar. Música, baile, buen ambiente. Quizás Gabriel Martínez hizo un discurso; apenas recuerdo la alegre farsa del coronamiento de la reina de los chapetones. Se había elegido a lo mejorcito del elemento femenino de la nueva escuela. Me habían escogido a mí. Bailábamos en una sala de un piso alto del teatro y no sabíamos que horas después esa sala no existiría.

Hacía unas dos o tres horas que me había acostado, cuando, al despuntar el alba, el horror de una tierra convulsa e histérica despertó y estremeció a las provincias del sur de Chile.

Mi hermana me remecía para que me levantara. Yo no podía ni abrir los ojos. Mi papá que había venido ese fin de semana a visitarnos fue más convincente:

-No desespere así a su hermana, ha habido un terremoto y la tierra sigue moviéndose; ¡Ya, levántese!

Me levanté y miré hacia la calle; ya no se veían veredas, todo era ruina de muros caídos; donde nosotros, se había caído el muro posterior del patio. Sabremos después

que el terremoto fue de 9,5° en la escala de Richter. En las trece provincias del sur golpeadas por el sismo, más de dos millones de personas perdieron su hogar, fuera de las miles y miles que murieron. La desgracia volvía a golpear al país, situado en una falla geológica del planeta. Tierras costeras y bordes de ríos se hundieron en las aguas; se formaron nuevos lagos y algunos ríos cambiaron de curso mientras cerros y montañas se estremecían. La loca geografía de Chile es un eterno elemento de inestabilidad que pone a prueba la capacidad de resistencia del chileno.

Un terremoto se vive con miedo y desesperación. Ami padre, la tierra moviéndose lo destabilizaba completamente. El hubiera querido volver inmediatamente a Santiago, pero era imposible: la infraestructura de caminos y vías férreas había sido tocada, no había servicios telegráficos, ni teléfonos ni electricidad fuera de que tampoco hubo agua potable durante algunos días. No sólo no podíamos comunicarnos con Santiago ni Tomé sino tampoco con otros barrios de la ciudad para saber de los familiares de Washington o de los amigos.

Aquel 21 de mayo fue un día negro y funesto. Llovía sin parar y la tierra tenía constantes réplicas. No sé cómo mi hermana mantuvo el ritmo del hogar, pero al otro día, después de almuerzo, necesité salir un poco de la casa para respirar otro aire. Dije que iría a visitar a unas amigas. Ya no llovía. Caminaba por una calle central de Concepción cuando sentí que mis pasos no tenían soporte sólido, era como caminar en un barco que se mueve. Vi edificios inclinándose y gente gritando. Di la vuelta para volver a casa cuando siento que, violentamente, alguien se tira contra mí y me hace caer al suelo, un poco más lejos. Justo a nuestro lado cayó una estatua que adornaba lo alto de un edificio. Eran las tres de la tarde y otro terremoto de 9,6° en la escala de Richter nos golpeaba otra vez. Fue peor que el del día anterior, pues fue seguido de un tsunami que destruyó vidas, casas, puentes y arrancó de la tierra a pueblos y animales para lanzarlos a los fondos del mar.

Los movimientos continuaron durante algunos días

hasta que poco a poco la vida fue normalizándose. Venía el momento de contar los muertos y de sanar las heridas. El interior del Teatro quedó destrozado, inutilizable por lo que la Universidad cerró sus actividades; sólo había quedado en pie la fachada. Dos años después, gracias a los esfuerzos del Rector, D. David Stitchkin la universidad adquirió el Teatro Central del edificio Olivieri que, a partir de 1963 pasó a ser el Teatro Universitario de Concepción. Pero éste ya no lo conoceré, pues ya habré salido de Chile.

Conocí los esfuerzos de los actores y del director de la escuela para que el teatro siguiera dando funciones, en otros locales, y los alumnos siguiéramos con clases y aún participando en las representaciones. Pronto se entró en una práctica del oficio y meses después participaremos en un Festival del Teatro de Aficionados, que tendría lugar en Santiago.

El apocalipsis también cayó sobre Tomé. Supe que cuando el mar comenzó a replegarse hacia adentro, la gente se lanzó a correr hacia los cerros. La playita de mis paseos crupusculares y la costa ondulante por donde serpenteaba el tren regional se vieron cubiertas de agua. Numerosas viviendas fueron destruidas y cinco personas perdieron la vida.

A pesar de todos estos destrozos estábamos lejos del epicentro que había sido en la ciudad de Valdivia, a 330 Km. más al sur. Allí, según supe, hubo trabajos heroicos de técnicos, ingenieros y de la población para evitar que el desague del gran lago Riñihue, alimentado ya por otros lagos, se precipitara, como un torrente desbordado, hacia la ciudad y los pueblos ribereños.

Desde Tomé nos avisaron que debíamos ir a recoger mis cosas, pues el muro de mi habitación, que daba a la calle, había sufrido daños e incluso había una grieta. La familia había abandonado la casa y yo corría el riesgo de que me robaran lo poco que tenía. Este hecho me decidió a mudarme a Concepción. Así Tomé pasó a ser mi lugar de trabajo. La vida ya no era una fiesta; la felicidad tiene el aliento corto.

...

Somos hechos de materia frágil y mudable. Nuestro cuerpo, nuestra mente, todo va cambiando. Cambia también lo que nos rodea, las cosas envejecen, los amigos desaparecen y otra gente vive en el barrio. Ya no vienen las visitas de antes, las grandes fiestas se acabaron y mi mamá no organiza más los veraneos en las escuelas de Valparaíso o Quilpué. El tiempo ha pasado haciendo crujir los muros de adobe de nuestra casa de la calle de Chiloé.

Mis padres están muchas veces solos. Ofelia también se fue y ahora se ocupa de la casa la Cristina, una buena mujer. Ya no vive ningún hijo en Chiloé. Octavio se casó en 1957 y se fue con rencor en el corazón. A mis padres no les gustaba Cecilia, porque no era de nuestro nivel social. Ya lo sabemos, en Chile es cosa seria eso de la escala social. Mi papá decía: “la mujer te puede hundir o te puede ayudar a salir adelante”. Tuvieron mal ojo con Cecilia, porque va a ser una buena esposa y será ella la que ayude a Octavio a salir adelante: con el tiempo serán los adinerados de la familia. Se casaron tan discretamente que no tengo ningún recuerdo; es posible que no estuve con ellos. Sí estuvieron a su lado, Manuel y Nani, quienes fueron sus testigos.

Octavio no era persona que se detuviera a mirar a los que estaban al margen de su camino. Era recto e inflexible; ni sentimental como Manuel ni con tendencias hacia los temas metafísicos o espirituales, como César. El tema de la patria le era abstracto, lo contrario de Leonidas. Si había algo que lo apasionaba era la música, en especial la clásica. Recuerdo que en la primera casa que le conocí, muchos años más tarde, construyó unas habitaciones, en el patio, para poder aislarse, trabajar y escuchar música.

Pero volvamos al año 60, cuando mi padre fue a Concepción buscando la alegría familiar y se topó con el espanto, la destrucción y la muerte. Quizás se decidió a viajar porque la casa estaba sola o quizás, simplemente quiso ver a la familia. Mi mamá se obstinaba en seguir trabajando en Los Lirios, batallando contra el cansancio y los achaques de su cuerpo. Se sentía bien en su escuelita de

campo y en la casita de al lado, donde se alojaba parte de la semana. Además tenía con ella a Gandhi que ese año se había operado de la pierna y había perdido semanas de clases. La abuelita se lo había llevado consigo para que no perdiera el año escolar y aún había querido que Amanda le dejara a Rayén. “Déjeme a la niña” le suplicaba pero Amanda, que partía con su familia a Coronel no quiso saber nada de dejar a su hija. Excepto Fernando y Nahuel, que eran los mayores de los nietos, serán Gandhi, Inés y Rayén, de once años, los más grandes de la nueva generación de los Iturriaga; hasta el momento, ellos compartirán grandes momentos de su infancia, junto a los abuelitos, en la casa de Chiloe.

Manuel, fiel a la tradición, se iba los domingos con Nani y los niños a almorzar con los padres. Entonces Gandhi le contaba a Inés como era su vida en el campo: “Cuando llueve la abuelita me hace juntar agua”, “¿para qué?”, preguntaba Inés, “ella dice que el agua de lluvia es buena para la pierna, me lavo la pierna con esa agua”. Inés queda pensativa, ella quisiera conocer la casa del campo. “¿Y cómo es allá?”, pregunta, “es tranquilo, el camino es de tierra y los niños son buenos amigos”.

...

Llegué a esa pensión después de dos tentativas frustradas: una, cuando por error me metí en un hotel parejero, encontrándolo bonito y discreto y aun cuando la empleada que me recibió me decía “¿viene sola?, ¿él viene después? ”, sin comprender yo respondía “sí, vengo sola”. Fue necesario que la responsable del lugar, asombrada de mi increíble ingenuidad, me explicara que no era lugar para mí y me acompañara a la puerta. En el otro lugar solo estuve una semana, después que el dueño de casa me dijera que no tenía derecho a entrar en la cocina. ¡Felizmente no me prohibía el baño!

La pensión de la señora Margot era una sólida casa de dos pisos ubicada en la calle Barros Arana; el dato sobre esta pensión me la dió el propio hijo de la señora Margot, que era compañero de la Escuela de Teatro. Quedé en una gran habitación con ventanas a la calle; en cada ángulo había

una cama. Mis compañeras eran las hermanas Romo, una profesora y la otra funcionaria y Silvia, joven periodista. Nos entendíamos bien y hasta hicimos juntas alguna salida, a la playa de Lirquén, en un fin de semana asoleado. No era para bañarnos, sino para descansar al sol y esperar que volvieran los pescadores con mariscos y pescados frescos, que comíamos en el lugar. Desde Santiago mi papá me había enviado mi cubrecama de piel, la que trajeron de su viaje a Bolivia y me envió también mi radio. En cierta manera, en mi rincón junto a la ventana, recompuse mi propio “rancho”.

Eramos cerca de diez jóvenes sentados a la misma mesa. A la señora Margot le gustaba que comiéramos todos a la misma hora, eso simplificaba su trabajo. Alguien menciona a James Dean y su manera de ser diferente:

-Vivimos una época que va a enterrar el mundo de nuestros padres, tan formal y tan lleno de apariencias. Ustedes verán que vendrá una verdadera revolución de las costumbres.

La señora Margot, que de pie pasaba a alguien un plato de sopa, exclama:

-¿Qué le encuentran a nuestras costumbres? Vivimos con decencia y con espíritu cristiano.

-Lo que necesitamos es un Fidel Castro, que hizo una revolución para arrasar con todo lo malo en Cuba.

-¿Por qué? ¿Es que Jorge Alessandri es un dictador?

-No es un dictador, pero en este país hay una clase dirigente que sólo mira por sus intereses y los de las compañías norteamericanas, que son los dueños de nuestras riquezas.

-¡Ya salió el comunista!

Yo también participo:

-No puedes negar, Miguel, que éste es un país de grandes desigualdades sociales.

Llevo poco tiempo en Concepción, pero ya he aprendido a conocer la situación de pobreza y de humillación en que vive el obrero chileno. Las voces se elevan, la palabra comunismo abre las trancas a un torrente de frases cruzadas, sin que nadie escuche al otro. Se ataca al FRAP, la alianza socialista-comunista que en 1958 presentó a Salvador Allende como candidato a la elección presidencial. Para mucha gente ignorante el FRAP es el representante del bloque soviético, que descuartiza a los niños, los pone en conserva y los manda a los países del tercer mundo.

La señora Margot grita para imponer silencio, “¿no es posible conversar de otras cosas?”. Alguien pregunta: “¿Escucharon a Paul Anka en el concierto que dio hace poco?: you are my destiny... laralala, lala”. Paul Anka, Edith Piaf, Ives Montand eran nuestros cantantes de moda así como el chileno Lucho Gatica y el grupo The Platters. Eramos modernos y teníamos fe en que vendrían cambios en el mundo. En el teatro también se buscaban cambios, cambios sociales y políticos y dentro de estos cambios, Salvador Allende y el FRAP seguían siendo una esperanza.

...

En Concepción la lluvia puede caer con furia y sin interrupción durante horas y horas y el viento puede agitarse como un molino, dar vuelta tu paraguas, despeinarte, levantar tu vestido y alejarse agitando las ramas desnudas de los árboles. Al abrigo de un vagón de tercera clase de un tren atestado de gente me pongo a revisar, como puedo, las lecciones de literatura y gramática que debo dar ese día. A mi alrededor, mujeres con grandes canastas que van posiblemente a comprar mariscos y pescados para venderlos después; se ven también, obreros y profesores con destino a Lirquén, Penco, Bellavista o Tomé. Afuera, el mar agitado se acerca a lamer las ruedas del tren.

Me levanto a las seis y media de la mañana y soy la primera en ocupar el baño de la pensión. Llego al liceo, como siempre, a la hora del recreo después de la primera clase y estoy tan empapada de agua que cuando la señora Itala se lleva las manos a la cara al verme, me largo a reír divertida

con su expresión. Entonces me mira, cariñosa, y me ayuda a deshacerme del impermeable rojo. “Póngalo cerca de la estufa, me dice, a ver si ya está seco en la tarde”.

Ese día tenía mi primera reunión con los alumnos que iban a participar en la fiesta del Liceo. Soria, que había formado un coro en el Liceo y yo debíamos programar y dirigir los diversos números. Para empezar, como es evidente, se cantarían la Canción Nacional pero, decía Soria, no íbamos a cargarle mucho a la vena patriótica, crear un ambiente alegre, moderno con unas dos canciones chilenas, pero también caribeñas y norteamericanas. Ya teníamos unos alumnos de 2º humanidades para presentar un sketch y tres muchachos con pasta para lo cómico que interpretarían una especie de farsa. Un alumno de 6º, alto, de buena pinta, genial para hacer imitaciones prepararía un número en solo.

-Hace falta un cantante o una chiquilla que cante. ¿Hay alguien en el Liceo con buena voz?

Se miran, sonríen. Sí, hay alguien.

-Señorita, en 5º hay una alumna que canta bien, pero es tímida, no le gusta cantar en público.

No era alumna mía y ese día estaba ausente.

-¿No quieren acompañarme a su casa para conocerla?

Salimos más temprano del Liceo y nos dirigimos a la casa de la familia Pantoja. Ahí conocí a Cecilia. Algo bajita, de rostro fino y pelo corto, Cecilia quedó sorprendida y asustada de mi proposición. Su madre sonríe y dice: “canta lindo, señorita, pero no le gusta cantar delante de gente que no conoce... además que no sabemos si su padre estará de acuerdo”; y agrega “anda, Cecilia, cántanos algo”. Cecilia toma una guitarra y escuchamos una voz sólida, calurosa que se quiebra en los tonos más agudos al término de las líneas melódicas. Quedé encantada y se lo digo. Sonriendo me promete que vendrá a nuestras reuniones de ensayos.

Las cosas se precipitaron rápidamente. En la fiesta

Cecilia es una revelación, puede decirse que ella fue la estrella de la noche, medio Tomé la aplaudió de pie al final de la canción, "some of this days". Mi buen Soria había tenido la precaución de llevar un magnetófono y, grabación en mano, se presentó a la Radio de Concepción. La tomesina fue invitada a cantar a la radio penquista y Cecilia comienza a dar sus primeros pasos en su carrera musical.

En el ambiente profesoral no faltaban los comentarios "teníamos una artista y no lo sabíamos", "no es una alumna sobresaliente, si empieza a faltar a clases arriesga su año". Ramírez se quejaba "no se le ocurrió pedirme ayuda para la pronunciación... no es llegar y cantar en inglés".

Una tarde fui a la radio de Concepción a escucharla. Desde la sala donde la esperaba pude escuchar su voz cantando "Little doll". Soria, a mi lado me dice que se ha formado un grupo con otros cantantes, que se llaman "Los de Tomé" y que ya tienen promesa de que les grabarán un disco en la RCAVictor. Me parece que he puesto en marcha algo que no esperaba. Poco después aparece Cecilia. Nos abrazamos emocionadas. Le pido que no pierda más clases, que termine su año escolar. Mis palabras quedaron flotando en el bullicio del lugar y luego la vi partir con su padre y con Soria.

En el recreo largo de la mañana Emilia y yo conversamos, cerca del patio, "ojalá que esa chiquilla pueda salvar el año", digo. "Estás soñando. Soria y su padre se la llevaron a Santiago a conseguir contratos para la radio y creo que se va a lanzar sola. Los hermanos Fernández, del grupo Los de Tomé van a saltar".

-Pero, ¿en qué se mete Soria, y su trabajo aquí?

-Ahí también te equivocas, mi querida Andrea. Soria no es funcionario de Educación, está aquí por pituto y el Liceo le importa un comino. Ya encontró su gallina de los huevos de oro.

Más incisivo fue todavía Quintana cuando nos encontramos en uno de los nuevos minibuses que empezaban a hacer el recorrido entre Concepción y Tomé.

-Ya Cecilia no vuelve al Liceo. Está atrapada en toda una maquinaria de publicidad e intereses económicos donde tiene la batuta su padre. Pronto hará saltar a Soria y él y su hijo serán los agentes de su hija hasta que se interese por ella un verdadero productor musical.

Lo cierto es que pronto Cecilia cobró una popularidad enorme y se convirtió en la mayor estrella juvenil de esos años. Felizmente su repertorio se hizo más variado, con boleros, tangos, mambos, chachachá, además de los rock and roll. En mis cortos regresos al país descubría diversas imágenes de ella. Mi hermano Leonidas, conociendo nuestra historia común me decía: “dicen que tu alumna es alcohólica” o bien, “dicen que tu alumna es lesbiana, ¿cómo no se la ve nunca con un hombre?” ¡Pobre Cecilia! Era amada y desacreditada, alto precio para su estatuto de gran cantante “underground”.

Los años pasaron y el tiempo no se detuvo junto a ella, pero en mi mente, lejos de mi país, Cecilia continúa siendo la misma: una agradable chiquilla de sonrisa tímida y mirada profunda que cantaba con una linda voz. Me enteraba, por supuesto, de sus conciertos y giras por el país, de su alta popularidad y luego de su progresivo silencio, aunque sus canciones tienen todavía arraigo popular. ¿Qué fue de Cecilia? No lo sé. La vida ha pasado por ella como por mí. Cuando la conocí tenía diez y siete años y yo, veinticuatro.

...

Con el servicio de “liebres” o minibuses entre Concepción y Tomé la comunicación entre estas dos ciudades mejoró notablemente. Ya no se estaba dependiendo de los restringidos horarios del tren, además que el trayecto duraba menos tiempo. Ciertamente, era lindo viajar en tren, al borde de la costa, a los pies de los boscosos cerros, pero la vista de Tomé al llegar, desde la altura del camino y entre los árboles era y es un paisaje impresionante. Nuestro viejo tren circuló hasta el año 1985 y hoy día una magnífica autopista une las ciudades del sur.

Las liebres influyeron también en mi vida. Por aquellos días mi hermana me había hablado de un pequeño departamento que arrendaba una colega suya en la calle Lincoyán. Yo estaba a gusto donde la señora Margot, pero había el gran problema del baño. Como éramos muchos pensionistas, el tiempo de toilette por la mañana era rigurosamente contabilizado por la patrona. Para las duchas y una higiene más concienzuda había que tomar hora para la tarde. Como yo llegaba de Tomé con el tiempo justo para tomar onces y partir al Teatro mi turno de ducha caía los sábados por la tarde lo que no siempre me convenía. “El departamento tiene dos piezas y una salita, puedes irte con una de tus amigas de la pensión”, decía mi hermana. Hablé con Silvia, la periodista, que se entusiasmó de inmediato. El pago era razonable y teníamos un baño ¡solo para nosotras!, además de que estaba cerca de la parada de liebres. Y cosa importante: podía dormir unos veinte minutos más por la mañana.

Las liebres rompieron también un cierto ritmo pueblerino y tranquilo de la vida social de Tomé. Se podía ir más a menudo a Concepción, ir a un cine o ver, quizás una obra de teatro ya que el Teatro de Concepción había comenzado a dar funciones en la Casa del Deporte. Se podía, también, invitar a alguna amiga a un restaurante. Es lo que hizo el señor Ramírez, mi colega de inglés.

Era el tipo de hombre del que posiblemente nunca se enamoró una mujer. Bajo, aunque bien hecho, rostro algo redondo, nariz a lo Bourvil y gruesos anteojos de meope. Era feo, pero con cierta distinción en sus modales. Lo que le quitaba todo sex-appel era su modo de ser: casero, hombre de buena mesa y de mullida y caliente cama. Vivía con dos hermanas que se ocupaban abnegadamente de él. “Mis hermanas me deshumedecen las frazadas todas las mañanas”. La costumbre de deshumer las frazadas era típica de toda la región. Una vez quedé espantada cuando una señora amiga puso mis frazadas sobre la canasta que cubría el brasero y vi escapar en forma de vapor de agua toda la humedad que me cubría por la noche.

Pero al señor Ramírez no le bastaba la cama deshumedecida y el alto y suave colchón moderno. Quería llevar una mujer a su cama, quería casarse y este deseo que a veces olvidaba por la rutina de su vida se había reanimado al conocerme. Acepté sus atenciones sin pensar que me comprometían en algo, un almuerzo en el Club Social de Tomé, acompañarme en taxi para no perder el tren eran gestos que agradecía sin mirar en algo más. Después aprendería que cuando un hombre invita a una mujer a un restaurante está haciendo una inversión, salvo si se trata de un pago.

Los colegas notaban el cambio de carácter de Ramírez, lo que se prestaba a jocosos comentarios, más aun cuando él había perdido sus burlescas y agudas respuestas. Quizás por escapar de la mirada del pueblo tomesino se decidió un sábado por la tarde a tomar una liebre y llegar de improviso a mi nuevo departamento. No me esperaba tal visita, así que, cortésmente rechacé su invitación a comer, cosa que él aceptó a condición de que almorzáramos juntos la semana siguiente.

Y fue en el Club Social de Tomé que me encontré otra vez con uno de los prejuicios que la rancia sociedad chilena tenía por esos años, en lo que se refiere al mundo artístico del teatro o la danza. Eso ya lo había conocido años antes en mi casa de la calle Chiloé.

Ramírez pasó al ataque desde que nos sentamos a la mesa:

-Señorita Andrea, ¿me permite llamarla sólo Andrea?

Concedí, retirando suavemente mi mano, que él tocaba con la suya. Ofreciéndome los riquísimos pancitos calientes, hechos en el Club mismo, continuó:

-Voy a hablarle con toda sinceridad... ya van varios meses que nos conocemos y creo que es usted la persona que Dios ha reservado para mí.

Empecé a inquietarme y hubiera querido no estar allí.

-Andrea, en mi vida me he enamorado muchas veces, los colegas siempre me hacían bromas por eso, pero nunca he pensado seriamente en casarme. Ahora es lo único que deseo, casarme con usted.

-Por el momento, no pienso en casarme.

-Puede pensarlo. Nos casamos cuando quiera, mañana si gusta. Pedimos una semana de permiso, no le decimos a nadie y al volver, llegamos casados.

-¿Y las clases?, me burlé.

-¡Oh!, se recuperan. Le gustará mi casa, con dos corredores que se abren como brazos y al centro un magnífico jardín. Le gustará también mi familia, ¡ah!, pero no hay que decirles lo del teatro.

-¿Qué cosa del teatro?

-Que usted está metida en ese ambiente. Digamos que no lo encontrarían respetable.

-¿Por qué el arte va a ser poco respetable? No hay un ambiente más serio y donde se respete más a la gente que en el teatro de Concepción.

-No es lo que piensa la gente aquí y le aseguro que soy de los pocos que se atreven a ofrecerle matrimonio.

Hubiera querido estallar de cólera, pero me contuve. Bajé la cabeza diciéndome que fui una estúpida en aceptar su invitación. Cuando me calmé lo escuché murmurar:

-Andrea, ¿por qué no me quiere?

Me pareció absurdo continuar esa conversación. Antes de levantarme y salir le dije: No quiero saber nada con usted.

A Ramírez no le había dado mi nueva dirección,

posiblemente la encontró en la Oficina de Profesores. Pero sí se la había dado a Edmundo, era a él a quien hubiera querido ver llegar. Pero, ¿qué pensar de un hombre que te mira enamorado y te dice, en un suspiro, que quisiera verte fuera del Liceo y que, cuando le das tu dirección se hace esperar?, ¿Por qué no se mueve de Tomé? Recuerdo cuando le propuse que nos fuéramos un fin de semana a Chillán, a recorrer las calles de la vieja ciudad, cuna del Padre de la Patria, Bernardo O'Higgins y él no dijo nada. Su fibra patriótica no se conmovió.

Edmundo no daba explicaciones de sus ausencias ni hacía proyectos de futuro. Transgredía soberanamente los pasos del tiempo, con él no había ni pasado ni futuro. Sólo presente. Un presente que podía estremecer por la pasión de sus palabras o angustiar por la profundidad de su decaimiento.

...

Antes del verano, al final del año escolar, la dueña del departamento que ocupábamos con Silvia nos había pedido que partiéramos a fines de diciembre “¿hay algún problema?” preguntamos, “no, no, sólo que unos parientes de Valdivia vendrán a vivir a Concepción y yo los alojaré. Ellos perdieron su casa para el terremoto, ¿saben?”.

No nos tragamos la respuesta. Ya le decía yo a Silvia que la señora nos obsevaba detrás de las cortinas cuando pasábamos por el jardín hacia el fondo. Jaime, el amigo de Silvia, también periodista, venía a menudo y sospecho que partía a altas horas de la noche... si partía. Silvia decía “el pobrecito, lo hace por acompañarme”. Bajita, algo redonda, Silvia era cariñosa y maternal y sus gestos atentos y solícitos sabían enredar a la gente. Cuando yo llegaba de Tomé, con el tiempo justo para cambiar de cartera, tomar un café con leche y partir al teatro, ella ya había encendido la estufa y preparado las onces. No nos encantó esta separación, sin embargo, después, cuando cada una se fue a vivir en su mundo, apenas si nos vimos una o dos veces más.

Al terminar el año escolar partí a Santiago. Desde

que vivía en el sur había vuelto dos o tres veces a pasar el fin de semana con mis padres y era siempre la misma alegría con que me recibían. Viajaba en bus toda la noche y llegaba a sorprenderlos, a la hora del desayuno, cuando todavía estaban sentados en la cama leyendo el diario o tomando el café. No olvidaré nunca el rostro de los dos, mirándome con una enorme sonrisa y con alegres exclamaciones.

La casa se había hecho grande para ellos. Ya no tenían más compañía que la Cristina que ocupaba la pieza del fondo y la Herminia, una pariente política de la tía Ema, señora flaquita y de tímida sonrisa que a veces con su hija Gilda pasaba la noche en Chiloé o ambas acompañaban a mis padres cuando iban a Viña del Mar. No faltaba tampoco algún nieto, como Ghandi que se quedaba con los abuelos.

Con la fiesta del año nuevo la casa recuperó su bullicio y su animación. Por nada del mundo me hubiera perdido el ambiente de luces y fiestas de las calles del centro de Santiago. En mi vida, he visto la iluminación de luces y fuegos artificiales de muchas ciudades al llegar el fin del año. Pero en ninguna he sentido la emoción que esos festejos me producían en mi ciudad natal. Y como otras veces, mi mamá protestaba que por esas fechas tenía mucho trabajo aunque la ayudáramos Aurora, Nani, Amanda y yo. Mi papá tampoco no hubiera aceptado jamás que la familia no se reuniera en su casa.

Ese 31 de diciembre, don Próspero y doña Lidia presidían la mesa alrededor de la cual estábamos todos los hijos, menos Leonidas y Silvia. Mi hermano estaba ese año a la cabeza de la tenencia de Algarrobo y Silvia había partido a pasar las fiestas en Quilpué, a donde él llegaría el 31 mismo. Estábamos, pues, todos aún Octavio con Cecilia y sus dos hijos pequeños. Mi papá lo había especialmente llamado invitándolo a la cena del año nuevo: "Ya sabes que me gusta que nos juntemos todos en Chiloé para recibir el año nuevo". No faltaban, por supuesto, las tías Iturriaga y el tío Félix de la calle Santa Elvira; había una gran cantidad de niños como lo hacía notar César cuando, a los postres, abrió el capítulo de los discursos: "Quiero hacer un homenaje a

mis padres, el origen de esta numerosa familia, que debe aún crecer porque en esta pista de la vida son varios los que estamos en la carrera y aún tenemos en reserva a nuestra hermana soltera, la Andreíta”.

En realidad, mis padres son las raíces de una enorme descendencia compuesta de seis hijos, veintinueve nietos y no sé la cantidad de bisnietos. La vida dispersó por varios países a los hijos y nietos. En Chile, Bélgica, Argelia, Estados Unidos, Canadá, Francia y Venezuela formaron otras familias y otra descendencia. Desde nuestra alta montaña, los ríos corrieron hacia diversos mares. Pero en esa fiesta de fin de año de 1960 todos estábamos en Chile y los nietos mayores, Fernando y Nahuel eran ya unos apuestos adolescentes.

Manuel tomó también la palabra expresando su cariño por los padres y su emoción de que estuviéramos todos reunidos: “¡Qué bueno que estas fechas traigan a nuestra casa a los que no viven en Santiago!, me alegro Washington de que hayas venido con Amanda y todos los hijos de ustedes que ya son cinco, sino me equivoco. Me alegro, también, Andreíta de que estés aquí, debes saber que te hemos echado mucho de menos. En cuanto al hermano Leonidas tiene sus deberes que cumplir y comprendemos su ausencia”.

Siguieron algunos otros discursos hasta que alguien hizo notar que el periodista de Radio Cooperativa estaba, como cada fin de año, haciendo llorar a medio mundo con sus palabras de despedida al año que se iba: “Cinco, cuatro, tres dos, uno ¡Media Noche en Chile!” y la Canción nacional que se lanza a sonar mientras la gente se abraza emocionada. El tiempo se paraliza un segundo para grabar en mi memoria esos instantes.

¿Cómo pasó ese verano? Lo único que recuerdo es que estuvimos en Viña, mis padres y yo. Sol, mar, alguna caminata por las calles de la ciudad, siesta y Casino para ellos y yo con las obras completas de Ibsen bajo mi brazo.

Con mi papá, sentados en la terraza de Recreo, frente al mar:

-Mi mamá se ve cansada.

-También lo he notado. Camina lento y se achicó, ¿te fijaste?

-Es notorio.

-El otro día le dije: “¿cuándo va a terminar con su escuela, Lidia” y para mi sorpresa no me respondió como otras veces que trabajará mientras que tenga fuerzas. Esta vez me dijo: “Creo que pronto haré los papeles de la jubilación, para que manden otra directora allá. Ghandi salvó su año y se va con su padre, como debe ser”.

-¿Cree que se acostumbrará en la casa, sin nadie, ella que adoraba sus escuelas? Le daban una de tercera categoría y empezaba la pelea para conseguir leche para servir desayuno a los niños, para que abran un servicio de enfermería, y para aumentar el número de matrículas. Para que fueran los niños a la escuela se iba a las casas a hablar con la gente. Así conseguía que de tercera pasara a escuela de primera clase, ¿cómo acostumbrarse sin esa vida activa?

-Cuando llegan los achaques, mi hija, ya no se tiene deseos de trabajar. Yo también no voy como antes a la oficina, César se ocupa de ella.

Mi papá miró hacia el mar con melancolía. No quise preguntarle si todavía subía hasta la terraza del Santa Lucía. Pero no sólo ellos cambiaban. Un día fui al Sao Paulo por si encontraba gente conocida y allí estaban Enrique y Wilfredo, como si los hubiera dejado ayer. El rostro bien dibujado de Enrique había adelgazado notablemente, resaltando su nariz grande. Tenía una palidez enfermiza. Me dijo que había estado enfermo “nada grave” y en seguida me preguntó por mi vida en Concepción. Me largué a hablar de Tomé, de la gente, de la Escuela de Teatro y los cursos de escritura dramática, “cuando vuelvas a Santiago muéstrame lo que estás escribiendo” dijo. “Sí, claro, ya vendré por aquí”, respondo.

Soy persona de palabra y Enrique lo sabe. El que no tenía palabra era Edmundo. Me había dicho que vendría a Santiago y hasta me dió una fecha. El día señalado recibí un telegrama. "Imposible ir. Va carta". La carta nunca llegó ni tampoco una explicación. Decidí mandarlo al diablo y a mi regreso a Concepción, la escritura y los cursos de Verónica pasarán a ser mi preocupación fundamental.

...

Sentados alrededor de una mesa de madera hablamos en voz alta, aportamos ideas, corregimos una frase dando forma así a la Editorial del que será el primer número de nuestra publicación.

-Comencemos por condenar los llamados "ismos". Eso ya quedó atrás y es asunto de escritores viejos o poco representativos -afirma con energía Mónica.

-Digamos que nuestro grupo busca el conocimiento y la creación y en esta especie de suburbio cultural que es Chile la cantidad de trabajo que debemos afrontar es enorme -digo yo.

-Está bien, está bien esa idea -dice Nelson escribiendo rápidamente- pero, ¿cuál será nuestra orientación, nuestro modelo?

Elicer Araneda, el mayor de entre nosotros y a mi parecer el que escribía mejor dice:

-Escuchen amigos, escuchen lo que he traído para leerles. Es lo que dice Bertold Brech acerca de la verdad: "Para escribir hay que tener el valor de escribir la verdad, aunque se la desfigure por doquier. Hay que tener la inteligencia necesaria para descubrirla. Armados de valor y honestidad debemos ir a buscar el conocimiento y los métodos necesarios. Todos los que busquen escribir en nuestros tiempos deben conocer la dialéctica materialista, la economía y la historia...

-Si es así no vamos a escribir nunca -gruñe Mónica.

-Estoy de acuerdo por lo de la historia -digo yo.

-Escuchen, escuchen -grita Eliecer- lo que es importante retener es que se debe tener un método, saber hacia dónde vamos, lo que queremos hacer. No dejemos nuestra actividad en manos del azar. Debemos tener un método y saber lo que hacemos, porque nuestro trabajo, nuestra revista va a ser un arma, tenemos que decir la verdad acerca del estado de nuestro país y acerca de sus causas. Alguien sacará provecho de lo que nosotros digamos. Combatiremos con nuestros escritos. Eso es lo que hay que decir.

Nos quedamos callados. Eliecer nos había cerrado la boca. Eramos un grupo de alumnos del 2° año de la Escuela de Teatro que nos habíamos agrupado para formar un taller de jóvenes escritores. Al comienzo éramos varios y leíamos nuestros trabajos, pero poco a poco Rubén, Oscar y Jaime dejaron de asistir y quedó el núcleo de cinco personas que ya sabíamos lo que queríamos hacer. Dimos algo de publicidad a nuestra acción, recibimos una o dos invitaciones a hablar del proyecto y decidimos sacar una publicación con lo que escribíamos y hacíamos. Nos denominamos El Taller y nuestra modesta revista, escrita en sténcil, se la dábamos a Eliecer, estudiante en la Universidad que tiraba -no sé dónde- 45 ejemplares. Por suerte y para mi contento, quedó entre mis manos y durante todos estos años, el primer número con la editorial.

Nos reuníamos en “mi casa”. Así llamaba a la nueva pieza que había arrendado en una vieja casona compuesta de un corredor, largo como una vela, al que daban cuatro puertas, dos siempre cerradas, otra la habitación de María, la hija, y una última que era el centro importante de la casa: la habitación de la madre. Al fondo, subiendo por unas escaleras se llegaba a un pasillo, iluminado por la luz del día que se filtraba a través de las ventanas y al que daban tres habitaciones; dos cerradas con llaves, eran arrendadas como depósitos y la tercera, la del centro, pasó a ser la mía. Este lugar con vista a un patio abandonado y a los techos del barrio fue mi verdadera buhardilla bohemia, donde escribía y adonde llegaban mis amigos, con gran complacencia de

la dueña de casa y escándalo de su hija, la cincuentona María.

-¿Seguimos con la editorial? -pregunta Nelson, la mano con el lápiz en alto. Y luego agrega:

-Somos jóvenes y creo que lo que importa es lo que estamos haciendo en estos momentos, escribir y mostrar nuestra actividad. La literatura es importante para nosotros, pero no podemos darle todo nuestro tiempo. Durante el día unos trabajan, como Andrea y yo y otros, como ustedes tres, van a la universidad. Por la tarde tenemos nuestros cursos de teatro que nos orientan bastante en el sentido que el arte debe buscar comunicarse con la gente. Pienso que ése debe ser uno de nuestros objetivos: buscar la comunicación a través de nuestros escritos y, como tú dices Eliecer, hacer de ellos un arma.

¡Bravo!, dijimos, escribe lo que has dicho.

Nuestra editorial terminó con el siguiente párrafo: "Para hombres de la talla de un Alfonso Reyes, un Pedro Henríquez Ureña, un Jorge Luis Borges, la única fuerza que puede hacer de jóvenes como nosotros verdaderos artistas, es una vital ansia de perfección. No significa esto que debemos esperar que esta perfección llegue para emprender la comunicación con el público. El solo impulso de inspiración hacia ella, conferirá sentido de eficiencia a nuestro trabajo".

Fueron años en que, tanto en Santiago como en provincias se formaban grupos de estudios donde lo fundamental era la colaboración mutua para que cada uno de los integrantes alcance su propia madurez, tanto cultural como artística. Y éste era el sentido que tenía nuestro grupo.

...

Buscaban dar espectáculo y alegría a la gente, sobre todo a los que se hacinaban en las barriadas bajas y grises donde vivían los obreros o los sin trabajo. Pero no era un teatro

transhumante que se desplazara por los caminos buscando barrios bajos, aldeas o campesinos. Era un teatro sin techo, que formaba parte de la Universidad de Concepción por eso, después del terremoto, sus representaciones se dieron en la esplanada de la ciudad universitaria o en la Casa del Deporte. Guardo el recuerdo de un hermoso espectáculo que tenía mucho de poética fantasía, pero, no recuerdo su nombre. Los alumnos también participábamos y me veo vestida de verde, como en un ballet. Entre el público estaban Washington y Amanda. Hubo también la presentación de una pieza de Clifford Odets llamada “El Niño de Oro”, dirigida por Gabriel Martínez.

En los pasillos poco iluminados por donde entraban y salían los actores, estoy conversando un momento con Jaime Vadell. Pololeábamos desde hacía algún tiempo y para los demás hacíamos una bonita pareja. Era más alto que yo, de ojos claros, cabellos castaños y una sonrisa encantadora. Pensando en la persona que era yo entonces no comprendo porqué, siendo con todos comunicativa y habladora, aun cuando saltaba de la alegría a la melancolía, junto a él, inhibida, perdía toda espontaneidad. Lo curioso es que a él le pasaba lo mismo. Consecuencia: éramos una pareja fome, de relación aburridora, que bajo la apariencia no había ni profundidad ni podía existir la vida. Si vienen a mis recuerdos hoy esas experiencias sentimentales de entonces es para explicar mejor cómo pudo fascinarme tanto el carácter transparente y positivo del que será, pocos años después, el compañero de mi vida.

Pero volvamos a Concepción. Clifford Odets estaba en el repertorio del Teatro de Concepción por el carácter político y de protesta social de sus dramas. “Golden Boy” es de 1937, poco después que Estados Unidos viviera la depresión económica.

Los alumnos tuvimos también nuestra pieza que representar: “La Señorita Charleston” de Armando Moock. Un grupo de seis alumnos, entre los que querían ser actores o directores o dramaturgos, fuimos escogidos para llevar esta alegre y liviana comedia chilena a un Festival de Teatro

de Aficionados que se llevaría a cabo en Santiago. Un profesor de baile vino a enseñarnos el charlestón porque en ese entonces era un baile del pasado y ningún joven sabía bailar. Vino una costurera para vestirnos de época. Recuerdo lo mucho que nos divertimos con esta comedia hasta que partimos en bus a Santiago acompañados por Manuel Rodríguez, un administrativo de la Escuela.

El Festival se llevaba a cabo en el teatro Caupolicán, en el barrio de Avenida Matta. “Si por casualidad mi papá pasara por ahí y viera los anuncios de las obras, con las fotos expuestas en la calle, se llevaría una tremenda sorpresa”, me decía yo. Lo cierto es que todavía no le había dicho nada de mis actividades teatrales. No era por miedo, desde que salí de la casa de Chiloé mi padre no dirigía mi vida. Era, más bien, por no causarle un disgusto. Pero en realidad no había peligro, él no pasaba nunca frente al Caupolicán, salvo en Septiembre cuando llegaba el circo “Las Aguilas Humanas”, al que asistíamos todos encantados.

Yo no aspiraba a ser actriz. Tampoco tenía talento para eso. Quería ser dramaturga y lo más importante para mí eran mis clases con Verónica Cereceda que se desarrollaban los sábados por la mañana. Verónica no nos hablaba de dramaturgos descolantes de la época como Ionesco, Beckett o Jean Genet; tampoco mencionó a Jean Paul Sartre o Adamov. Nos habló, por el contrario de un libro llamado “Write that play” de Kenneth Thorpe Rowe, que años más tarde yo compraría en Shanghai.

La enseñanza de Verónica se dirigía a la escritura de un teatro realista y político y sus consejos de entonces me marcaron para siempre, si bien cuando las circunstancias de mi vida me obligaron a renunciar a la dramaturgia dejé también de ir a ver teatro, porque no me interesaban las obras de temas ligeros, sátiras sociales o hilarantes con que me encontré en el teatro francés o los cuadros abstractos, sin decoración o ambiente escénico del teatro argelino. Pasarán décadas antes de volver a sentir placer al ver una representación teatral.

Después de los principios teóricos y después de dos

borradores sin importancia, me lancé a escribir una historia que me afectaba profundamente, porque tenía relación con mi vida de Tomé.

...

La acción transcurre en una pequeña ciudad de la costa del sur de Chile. Tres cuartas partes del escenario está ocupado por una habitación que se ve en penumbras. A la derecha, levemente iluminado, hay un corredor que se pierda en la oscuridad del fondo y que está separado de la habitación por una pared semi oblicua donde se ve una puerta cerrada. En el momento de abrir esta puerta y encender la luz de la habitación el escenario quedará iluminado.

Por el fondo del corredor aparece el profesor Eduardo Cáceres, el arrendatario de la habitación. Se trata de una pensión. En el corredor se encuentra con Silvia, colega y amiga sentimental que lo estaba esperando. Ella explica que ha perdido el tren y le queda más de una hora para tomar el bus que la llevará a Concepción. En realidad, ella está allí porque no soporta la situación de desapego que él muestra con ella desde hace un tiempo y busca una explicación. Eduardo hace una serie de maniobras diplomáticas para hacerla partir. Silvia parte, justo unos minutos antes de que llegue Ana María, su otra amiga que viene regularmente a estar con él.

Eduardo, tranquilizado al creer que Silvia había partido, entra a la pieza y enciende la luz; ahora se aprecia todo el escenario. La habitación es amplia y confortable, pero no elegante. Al foro, una ventana desde la cual se advierte el panorama de los cerros titilantes de luces. Eduardo se sienta, bromea con Ana María y empieza a sacarse los zapatos.

Eduardo. -[...] ¿Cómo están “los ojazos de un rostro que yo sé, ardientes, raros y traviosos como dos cucharadas de café”... ¿hum?

Ana María. -(sintiéndose aludida, coge las zapatillas

de levantarse de él y va a ponérselas) deme su zapatón... lleno de barro, igual que tú...póngase las zapatillas, vamos...

Eduardo. -Lleno de barro, aquí uno vive hundido en barro... yo soy, Ana María, "profesor de un pueblo húmedo y frío, destartalado y sombrío", Machado lo dice... pero claro, Machado no supo que había otros pueblos como el suyo, donde uno pena y muere todos los días.

Ana María. -Y ¿quién es Machado?

Eduardo. -Un poeta.

Ana María. -No lo conozco.

Eduardo. -No importa. (Recita irónicamente) "Yo soy profesor de un pueblo húmedo y frío, destartalado y sombrío" y tú, querida, eres la amiga de un profesor de un pueblo húmedo y frío, como insiste Machado... yo hice mi memoria sobre él... pensaba ser profesor universitario, conocer a fondo la literatura de aquí, de España... ir allá... conocer, investigar y al volver... oye (suavemente) pero no esté arrodillada a mis pies, venga mejor a mis brazos (estira sus brazos hacia ella).

Ana María. -Si te hubieras ido no te habría conocido nunca.

Eduardo. -(Colocando una silla frente al sillón) ¿quieres que te cuente?

Ana María. -(Interesada) ¿Qué cosa?

Eduardo. -(Sentándose en el sillón y colocando los pies en una silla) Cuando me recibí, uno de los profesores examinadores me dio la mano y me dijo: "lo felicito, colega, tiene usted un hermoso porvenir", ¿sabes que edad tenía yo, Ana María?

Ana María. -Veintitres años.

Eduardo. -Mis cigarros, ¿dónde están mis cigarros?

Ana María. -(se levanta y los va a buscar al bolsillo de su vestón.) Aquí están.

Eduardo. -(enciende un cigarro) Sí, veintitres años. Entonces yo escribía versos, maravillosos versos de mi juventud perdida.

Ana María. -No me los has mostrado nunca.

Eduardo. -Ni sé donde los tengo, en Santiago, talvez. No quise quedarme allá. Hubiera podido ser ayudante de algún profesor, pero no le puse empeño... no me gustaba esa manera de abrirse paso. Y preparar un doctorado me resultaba largo.

Ana María. -¿Qué hiciste entonces?

Eduardo. -Tenía deseos de salir de la capital, conocer y convivir entre juventudes lejanas... dirigirlos, moldear sus almas y hacer de ellos hombres de valor, por eso solicité un puesto en el Liceo de Angol.

Ana María. -¿Por allá?

Ed. -Sí, quería ir lejos (irónico) como aventurero en busca de nuevos mundos... hacia la Araucanía (serio), en Angol trabajé activamente los dos primeros años.

Ana María. -(Va hacia la cocinilla) Voy a poner agua a calentar por si quieres tomar un café, ¿ah?

Ed. -(Concentrado en lo que está hablando) Pero después la vida empezó a repetirse; siempre lo mismo, siempre lo mismo y aquello fue como una angustia que me iba estrangulando; la vida era fácil, demasiado fácil, no había que estudiar, todo era rutina (Va alterándose). Pero yo me sentía caer, caer hacia un pozo insondable ¡bah! (hace un gesto como de rechazo y desagrado). Entonces concursé para el norte, para este puerto... (Mira hacia Ana María, calla un momento. Luego se levanta, va hacia la mesa, encima está su portadocumentos; lo toma y busca algo dentro).

Ana María. -(que acaba de encender la cocinilla). Te planché las camisas blancas, como tú las quieres: con el cuello y los puños almidonados. (Eduardo sin hacerle caso, sigue buscando. Ana María se vuelve a mirarlo) ¿Qué buscas?

Ed. -Me busco a mí mismo (irónicamente sentencioso) Hubo un filósofo griego que buscaba con un farol a alguien que fuera un hombre. Yo me busco con un espejo, pero mi espejo es sólo vidrio, no veo mi imagen.

Ana María. -(insistiendo) ¿No quieres que te ayude a buscar lo que necesitas? ¿Qué es?

Ed. -Papeles... tengo que escribir un discurso para el sábado.

Ana M. -¿Cuántos años cumple?, porque es el aniversario del Liceo, ¿no?

Ed. -Creo que cumple cerca de medio siglo. Tengo que averiguarlo bien mañana.

Ana María. -¿No lo sabes? y ¿Cuántos años trabajas ya aquí?

Ed. -Los mismos que te conozco, Ana María, para mi grandeza o mi miseria, (bromeando), te pusiste delante de mí apenas llegué. (Se para frente al armario de libros y busca) la Mistral... Machado, Neruda, siempre me apoyo en Neruda para los discursos tonificantes.

(Avanzando suavemente aparece otra vez Silvia, quien se ha cansado de esperar en el paradero. Se acerca en silencio a la puerta y se dispone a golpear cuando oye voces. Escucha y se va convenciendo que hay una mujer en la pieza de Eduardo. Baja la cabeza y parte).

Ed. -(Ha encontrado dos libros y vuelve a sentarse) Vamos a ver, ¿qué se puede decir de un liceo ruinoso y rutinario?

Ana M. -¿Quieres que te sirva un poco de aguardiente con el café?

Ed. -No, chiquilla, ¿para qué quiero aguardiente si te tengo a tí en mis brazos?

Llegan Saldivia y Vásquez, dos jóvenes de la Directiva de Alumnos del Liceo. Vienen a informar a Cáceres que

quieren hacer una huelga y dar más importancia a un movimiento que había comenzado como protesta por una mala nota general a todo un curso. Los alumnos piden al profesor su apoyo moral. Cáceres es un profesor respetado porque en clase sabe hablar bien sobre temas como buscar la verdad, luchar por los principios, tener constancia para vencer los inconvenientes, etc. Pero, en realidad, no tiene deseos de comprometerse.

Saldivia. -Además, señor Cáceres, no es sólo la nota uno por la que protestamos, cierto que eso significa una actitud prepotente hacia nosotros, pero en todo caso, es algo secundario. Queremos pedir más, por ejemplo... si tuviéramos un Liceo grande, acogedor donde estudiar... muchos alumnos viven en casas pobres, cuando llueve no tienen ropa adecuada para protegerse, llegan al Liceo con los cabellos, la ropa, los zapatos mojados y allí ¿con qué se encuentran?: con una casa oscura, un patio hecho un barrial y las salas mojadas. Esta es la verdad, ¿por qué no se preocupan más de nosotros?

Vasquez. -Sí señor, esta huelga tiene que hacerse, pero como el Rector paró la huelga que habíamos empezado, los alumnos quedaron asustados, sobre todo los del primer ciclo.

Saldivia. -Si usted les hablara, señor...

Vasquez. -Sí ¿Por qué no les habla?

Eduardo. -¿Hablarles de qué?

Vasquez. -Hacerles ver que no se resignen a lo malo... que luchen por la vida... eso que usted sabe decir.

Eduardo. -(Sonriendo condescendiente) ¿Así que ustedes creen que estoy con la huelga?

Saldivia. -Que esté de parte nuestra, que nos dirija.

Eduardo. -(Impaciente) Pero, hombres ¿cómo se les ocurre que voy a participar en una huelga estudiantil?

Saldivia. -No participe, señor, ayúdenos no más. Usted dice que una lucha y una causa dan sentido a la vida del hombre. Para mí ha llegado ese momento; voy a luchar por un Liceo mejor. Haga que los demás se sientan igual, señor, y seremos bastantes para luchar por el Liceo.

Eduardo. -(Lentamente) Sí, comprendo, se trata de algo noble... pero para mí sería un compromiso con todo el profesorado...

Vasquez. -Nosotros nos jugamos el quedarnos como alumnos o ser expulsados.

Ana María. -(Que ha estado todo el momento observándolos) El sábado es el aniversario del Liceo, ¿lo van a celebrar con una huelga? (Los tres se quedan mirándola).

Eduardo. -(hacia los alumnos) ¿Todo el Directorio del Centro quiere ir a la huelga?

Vasquez. -Sí, señor y están todavía en mi casa.

Eduardo. -(dudoso) ¿Se sacaría algún provecho?... no, decididamente no sería más que promover desorden, las cosas no se pueden violentar, ya se arreglará todo, ya habrá local nuevo, ¿o creen ustedes que el país no está atendiendo a esto?; también hay que tener paciencia, muchachos.

Saldivia. -Pero con la paciencia llevamos más de un año, después del terremoto.

Eduardo. -(Sin mirarlos) Buenas tardes, muchachos.

(Ana María se para y les abre la puerta)

Poco después llega Sánchez, profesor del Liceo, que vuelve de un viaje a Santiago.

Eduardo. -¿Cómo quedó el gran Santiago?, ¿Qué novedades traes? ¡siéntate!

Sanchez. -Santiago, magnífico como siempre; ¡eso sí que es vida! traigo sueño atrasado de tres días; vi las últimas novedades de los cines. Visité a Martínez, está como un

rey allá, hace clases en el Liceo 12 que funciona sólo en las mañanas, ja, ja... salimos una noche e hicimos recuerdos del año pasado, de las comilonas de por aquí.

Sanchez cuenta a Cáceres que los liceos experimentales de Santiago tienen el proyecto de utilizar la televisión "de tal manera que un profesor puede dictar una clase y ésta, ser escuchada por varias salas a la vez".

Sanchez. -No sabes qué proyecciones va a tener este nuevo adelanto para la Educación; cómo va a aumentar el interés del alumno por la materia que se está tratando y al mismo tiempo para el profesor será más estimulante.

Eduardo. -(Irritado) ¿Para cuál profesor?, ¿Para el de Santiago? Y para nosotros que tenemos que trabajar en una sala fría y húmeda, donde hasta se forman charcos de agua cuando llueve, como me pasó a mí esta mañana en el Primero F, ¿qué estímulo nos das?, ¿qué hablas de televisión cuando no tenemos laboratorio, ni gimnasio, ni biblioteca, ni siquiera una porquería de sala que sirva como sala de profesores. Hablas de televisión y me parece ridículo imaginarme uno de esos aparatos en nuestro liceo.

Esta noticia irrita a Cáceres y lo hace reaccionar poco a poco: "Vivimos hablándoles de los valores, la lucha, la verdad, la poesía, Machado, Neruda y cuando ellos nos traen la realidad a casa, cuando nos piden ayuda los hacemos salir porque nos quieren obligar a actuar y nosotros sólo sabemos hablar, ¡qué porquería he sido!. Pero nunca es tarde... (Se encamina hacia la puerta donde hay un teléfono en el pasillo).

Cáceres informa a los alumnos que participará con ellos en la huelga.

Fin del primer acto. El segundo acto transcurre a la mañana siguiente en el Liceo. Se escucha el bullicio provocado por los estudiantes que están agrupados en la calle. El escenario es una sala donde se celebra un consejo de profesores. Se produce un borrascoso cambio de opiniones en el que Cáceres trata de convencer a sus colegas que es

el momento de apoyar la huelga, puesto que está por venir el Inspector de Santiago. Esto podría mostrar al Inspector y al Ministerio de Educación, con sede en Santiago, los problemas que sufren los liceos de provincia. El Gobernador de la ciudad llama por teléfono al Rector y le sugiere que mande presos a los cabecillas de la huelga. Como el origen de la huelga era la nota 1 que la profesora de biología había puesto a todo un curso, el Rector le pide que anule esa nota. La profesora, tras mucho titubear y entre intercambios de opiniones con los demás (unos ganados ya a la posición de Cáceres y otros en contra) acepta de anular la nota. De esa manera, la razón inicial de la huelga ya no existe. El Rector se propone entregar a los alumnos dirigentes a los carabineros que ya están en la puerta.

Cáceres no renuncia a ayudar a los alumnos y decide acompañarlos a la comisaría. Dice “No creo que esto sea un fracaso todavía”.

...

Verónica aprueba la evolución del personaje principal y encuentra que el consejo de profesores está bien logrado.

-El personaje de Silvia no convence mucho, se la nota muy apagada y junto a la mansedumbre de Ana María hace de ese pobre Cáceres un don Juan de pueblo.

-No es mi intención –declaro.

-Tienes que estudiar más los personajes femeninos. En todo caso, el tema está bien expuesto. Otra cosa, Andrea, sabes que pedí a las autoridades universitarias la autorización para que asistas al Taller de Escritores de la Universidad, en calidad de oyente. Ayer recibí la respuesta.

Quedo pendiente de su mirada, hasta que sonrío y dice: “Estás aceptada”. Todo mi cuerpo se estremece de alegría. Tendré ocasión de conocer y escuchar a escritores conocidos -entre ellos Verónica- que hablarán del trabajo que realizan en el marco del Taller de Escritores: novelas, ensayos, teatro.

Con la llegada de las vacaciones de invierno me fui a pasar unos diez días a mi casa, en Santiago.

Al entrar al Café Sao Paulo recordé, divertida, los retorcionjes de tripas que tenía las primeras veces que llegaba a ese lugar. Veo varias personas en la mesa del fondo: una joven algo entrada en carnes, de mandíbulas cuadradas y expresión enérgica, a su lado, un hombre de ojos celestes y barba de pocos días y, por supuesto, los infaltables Wilfredo y Enrique.

Poco después me encuentro hablando con Enrique de los dos actos que ya tengo escritos.

-¿Los trajiste?

-Sí, puedo leerte algunos trozos.

Resulta que los demás quieren escuchar, que hay mucho bullicio y Wilfredo propone que vayamos a su casa. "No, dice Enrique, es lejos, vamos más bien a la mía". Pero el hombre de ojos celestes, que resultó ser pintor, dice: "Tengo mi taller a dos pasos de aquí, en Mc Iver. Tengo vino y cervezas. En algún puesto del portal compramos sándwichs y nos instalamos en mi casa". Nos vamos al taller del pintor donde les leo el primer y el segundo acto.

-Pero Andrea, dice Wilfredo con un sándwich de jamón y queso en sus manos, ¿de qué mundo vienes?, ¿cómo es posible que a la hora en que los jóvenes buscan hacer caer los tabúes sexuales y el poder patriarcal, que en Inglaterra y Estados Unidos los artistas declaran la soledad del hombre y lo absurdo de la vida...

-Wilfredo, lo interrumpo indignada, estoy hablando de la realidad de nuestro país. Es ceguera no querer ver a nuestro alrededor y mirar hacia movimientos que nos son ajenos.

-No tan ajenos, querida, dice Enrique. Existir es una faena difícil para toda la humanidad, son las circunstancias que cambian. Y en tu pieza hay combate y rebeldía, valores positivos. ¿Cómo termina la obra?

...

Mónica y yo atravesamos la plaza de Concepción gozando de los tibios rayos de un sol de fines de septiembre. No hablamos de literatura, aunque nos dirijimos a mi pensión para escribir algunas notas para la revista. Es el momento de confidencias, cuando uno cuenta sus cosas casi sin darse cuenta, porque algo pesa en el alma frente a la turbia opacidad de nuestros compañeros sentimentales.

-Tenemos las mismas ideas, las mismas ambiciones, pero un abismo nos separa; yo sé que si lo necesitara, Jaime me daría la espalda, digo.

-Con Carlos nos vemos a escondidas, es un hombre casado.

-No hay peor que las relaciones clandestinas, ¿hay acaso pasión entre ustedes?

-Ya se instaló la costumbre. Creo que lo dejaré antes que él me plante.

En el corredor encontramos a la dueña de casa, inmóvil en su sillón adorando al sol que le llega por una ventana abierta. Como siempre me saluda con cariño.

-Señorita Andrea, ¡No ha traído sus frazadas, se va a enfermar!

-Mañana domingo las traigo, prometido.

María, como siempre, me mira con curiosidad, sin decir nada. Ni mi hermana ni la señora Margot nunca hablaron de deshumer la ropa de cama, pero no me cuesta nada dar gusto a la dueña de casa y, a lo mejor, ¡es por mi bien!

Luego, en mi rancho, redactamos las noticias que saldrán en el primer número de nuestra revista. Para empezar, lo relacionado con el Taller de escritores de la Universidad, al que ya he asistido dos veces: "Interesante ha sido este año el trabajo que se ha estado realizando en

el Taller de la Universidad en teatro. Juan Guzmán lleva escrito dos actos de su obra que se titulará "Wutlitzer". Verónica Cereceda leyó en la última reunión el primer acto de la obra que escribe; la acción de esta obra transcurre en Coronel. Raúl Ruiz está escribiendo cuatro obras acerca de "escapismo", como él lo llama".

-Hablemos también de Jaime Valdivieso, digo, lo conocí en el Pedagógico, en Santiago. Acaba de terminar una biografía crítica sobre el novelista Carlos Sepúlveda Leyton, dentro del marco del Taller de escritores.

-Se puede anunciar la futura Escuela de Verano de la Universidad, de la que será director Gonzalo Rojas, dice por su cuenta Mónica, tomando nota de lo que hablamos.

En un momento de descanso Mónica me dice:

-Andrea, desde que fuiste a Santiago, no has escrito nada, ni para nuestro taller ni para tu pieza de teatro.

-Sí, respondo algo molesta. ¿No te pasa de tener períodos en blanco?

Pero es cierto lo que ella dice y pronto reacciono. Y vuelvo a escribir.

El tercer acto ocurre en el mismo escenario del primero. Están Eduardo y Silvia. Se les ve serenos conversando de los últimos acontecimientos y, de paso, Cáceres expresa su pesar por haber sido desleal hacia ella. Silvia, que se ve más fuerte que antes, sabe disimular la emoción que le causa saber que posiblemente Eduardo aceptará la invitación de un amigo a trabajar en un diario, en Santiago.

Silvia. -¿No crees que es como si huyeras?

-Eduardo. -(Molesto) ¿Huir?, no lo creo, pero en todo caso (alza los hombros) sería una victoria para mí. Dime, ¿crees que podré seguir trabajando con ellos como lo hacía antes?

Silvia. -Sí, mejor que antes.

Eduardo. -No, ahora deseo preocuparme de las cosas que nos atañen.

Silvia. -¿Y cuáles son esas cosas?

Ed. -Ya he sido remecido y no quiero por nada del mundo perder esto que ha vuelto a surgir en mí: el entusiasmo y no es este ambiente el que me motivará a trabajar con entusiasmo y optimismo. Desde un diario se puede denunciar lo que pasa aquí.

Entran los profesores Sanchez y Valenzuela y en tono ligero comentan lo ocurrido esa mañana en el liceo. Reprochan a Cáceres haber desaparecido después de la comisaría y no haber almorzado con ellos en el Hotel Miramar "Te perdiste una buena... ¡cholguitas con longanizas!" Hablan de la educación en el país, de la posibilidad de una huelga nacional por los problemas que se vive en todas partes.

Valenzuela. -Todo anda mal, ¡hum! si se ponen a hacer reformas de planes educacionales señores que no han tomado la tiza en su vida.

Llega Quiroga quien, con humor y divirtiéndose anuncia traer una buena noticia a Cáceres hasta que por fin, le dice "Pasé por la oficina del Rector, en el correo de la tarde llegaron algunos decretos y entre ellos un nombramiento para tí: "un nombramiento de 33 horas para el Liceo de Buin!" Eduardo Cáceres está feliz. Buin queda a una hora de Santiago, podrá escribir en el periódico y hacer clases "la síntesis perfecta", dice.

Luego busca crear un ambiente de fiesta e invita a sus amigos a brindar, pero es más bien un ambiente de melancolía el que reina. Valenzuela toma una guitarra y rasguea suavemente. En eso aparece Saldivia en el pasillo, quien viene a informar que los padres de los alumnos dirigentes han sido convocados por el Rector para anunciarles que sus hijos serán expulsados. Diálogo nervioso de los profesores que saben que el Rector puede hacerlo aunque se extrañan que esté actuando con tanta prisa, ¿Por qué esa medida tan drástica?, se dicen. Llega otro

alumno, Vasquez, quien declara que ha estado con su padre en el liceo y es un hecho que el informe de lo sucedido y la medida de expulsión de la directiva de alumnos partirán al Ministerio al día siguiente que coincide con la llegada del Inspector. Ya se ve, el Rector quiere mostrar que todo está en orden en el establecimiento y que no hay problema con los alumnos. Cáceres, Valenzuela y Quiroga deciden, por el contrario, ejercer presión sobre él y, al mismo tiempo, exponer al representante del Ministerio, lo que ha sucedido en el liceo en las últimas horas.

Han llegado otros alumnos a la pensión del profesor que pasan del entusiasmo (al ver que Cáceres se opondrá al rector) a la decepción, pues han sabido, por Silvia, que el profesor quiere partir.

Saldivia. -Me voy, ya es tarde.

Eduardo. -Y nuestro asunto, ¿no te interesa?

Saldivia. -¡Ya no es nuestro asunto!

Ed. -¿Qué sabes tú? ¿te he dicho que me voy? (ambos se miran en silencio, suena el teléfono, nadie se mueve).

Saldivia. - Así lo entendí.

(Ed. Cáceres sale al pasillo a responder el teléfono).

Eduardo. -Aló, sí, con él, buenas tardes señor rector. Sí, ya lo sabía, las noticias van rápidas, en efecto... ¿Haciendo las maletas?, no he decidido no ir... por supuesto, es una magnífica ubicación, yo había concursado hace algún tiempo y, ya ve usted, me vino a salir justo ahora, pero me quedo en este liceo. Por otra parte, ¿sabía que el inspector del ministerio llega mañana o pasado mañana? sí, por supuesto, ¡cómo no lo va a saber! Otra cosa, señor rector: varios profesores deseáramos que no se expulsara a los alumnos dirigentes... usted sabe, podría provocar una nueva huelga y quizás, hasta los profesores participaríamos. No sería un buen cuadro a presentar al inspector ¿no? Sí, yo también lo creo, hay que conversarlo con calma... Por supuesto, mañana temprano vamos a su oficina. Hasta mañana, señor rector.

(Cuelga.) A Saldivia. -Mañana conversaremos de “nuestro asunto” con el rector, ¿vendrá, señor Valenzuela?

Valenzuela. -(sonriendo) Por supuesto, y de aquí nadie se va, ¿verdad?

Eduardo. -(con entusiasmo) No. Un hombre no necesita cambiar de lugar para realizarse (va a buscar los vasos), se trata sólo de buscar el sentido de nuestra vida y vivirla plenamente (sirve), se oyen exclamaciones, risas) ¿Qué importan kilómetros más cerca o menos cerca de Santiago?

(Se inicia un brindis en un ambiente alegre). TELON.

...

La obra ya tiene forma y Verónica y los compañeros del curso la han aprobado. Alguien me dice que hay un Concurso de Obras de Avanzada, en Santiago. La fecha límite para entregar el manuscrito en cinco copias es dentro de una semana. Me largo a escribir a máquina el borrador y termino un día antes de la fecha en que se cierra el concurso. Imposible enviarlo por correo. Esa noche tomo un bus y me voy a Santiago, llego a la casa de Ruben Sotoconil, uno de los miembros del jurado y le entrego los manuscritos de la pieza llamada “En un pequeño puerto... profesor”. Otros componentes del jurado son María Maluenda y Roberto Parada.

Poco tiempo después recibo un telegrama invitándome para ir a Santiago a recibir el premio en el escenario del teatro Caupolicán. El telegrama llegó a la Escuela de Teatro y me lo entregó Manuel Rodríguez; lo leí en la calle y en una explosión de alegría me largué a correr por Barros Arana.

Mi obra obtuvo, por unanimidad, el premio único que en principio significaba la representación y la publicación de la pieza. Se acordó una mención única a la obra “Conflicto” que también debía ser publicada. Los autores de esta pieza eran Enrique Gajardo Velásquez y Miguel Littín. Este último

era en ese entonces estudiante de Artes Dramáticas en la Universidad de Chile, de Santiago. Con el tiempo llegó a ser un realizador de carrera importante con varias recompensas internacionales. Cineasta comprometido y escenarista de algunos de sus filmes es autor del tan conocido film "Actas de Marusia", realizado en México a donde llegó exiliado, después del golpe de estado de Pinochet.

Una infinidad de sentimientos me invadieron al haber sido agraciada con este premio: orgullo, satisfacción, pero también temor, ¿estaría a la altura de tal distinción? Con el premio, recibí la invitación de la embajada de Cuba, en nombre del gobierno revolucionario, para ir por un mes a conocer el país y su revolución. Partí, sin saber que no volvería hasta años después a Chile.

¿Cómo pasé esos días antes de partir, en febrero de 1962? Recuerdo las felicitaciones de algunas personas de Tomé, de mis amigos de Concepción, la alegría de mi hermana "ir a Cuba, ¡qué suerte tienes!" y la sonrisa melancólica de mi cuñado. Yo sabía que él hubiera querido también partir a Cuba.

¿Y en la casa de Chiloé, cómo recibieron la noticia? Asombro, alegría y por parte de mi papá mucha precaución. No olvidemos las opiniones circunspectas de la derecha chilena con respecto al gobierno de Fidel Castro. Mi papá, pragmático, se fue al Ministerio de Relaciones Exteriores y solicitó que la Embajada de Chile en Cuba enviara a alguien a buscarme al aeropuerto. Cuando lo supe, le dije que no había sido necesario hacer tal cosa, que los cubanos me irían a dejar en Santiago y me irían a buscar en La Habana. ¡Cómo tuvo razón mi padre! En el aeropuerto de La Habana solo me esperaba el embajador de Chile y no sé qué hubiera hecho yo, al encontrarme sola y sin saber donde ir, si no hubiera estado allí don Antonio Undurraga.

María Maluenda y Roberto Parada eran conocidas personalidades de la escena chilena. Ella era una hermosa mujer y a él, su imponente figura y su firme y sonora voz lo distinguían en cualquier escenario. Cuando me invitaron a su hogar me sentí impresionada; me trataron con afecto, con

naturalidad y me preguntaron por el trabajo que realizaba el teatro en Concepción. Junto a ellos estaban sus dos hijos, José Manuel y María Soledad, jóvenes adolescentes que se retiraron no bien terminamos de almorzar. Posiblemente irían a encontrarse con amigos en ese día de verano.

Por esos años, María Maluenda y Roberto Parada ya tenían una importante labor realizada, no sólo como actriz y actor sino también como recitadores de talento, intérpretes conocidos de los versos de Neruda. Pero, sin duda, la obra de más trascendencia fue la fundación del Teatro Universitario realizada junto a otras personalidades chilenas. Junto al teatro, María Maluenda realizó una actividad política y fue diputada por el partido comunista y luego por el partido de la democracia. Otra faceta de esta admirable mujer fue su incansable trabajo en la Comisión de los Derechos Humanos de la Cámara de Diputados.

Muchas de las personas de quienes he hablado partieron al exilio al llegar la represiva dictadura militar: Nelson Villagra, Miguel Littin, Verónica Cereceda. En cuanto a María y Roberto no partieron, sufrieron lo indecible en esos años de violencia y lo sufrieron en carne propia. En 1985, su hijo José Manuel, sociólogo, fue secuestrado y asesinado. Su cuerpo apareció en la calle al día siguiente, junto al de Santiago Nattino Allende y Manuel Leonidas Guerrero Ceballos. ¡Los tres habían sido degollados!

En ese hermoso verano del 62, la vida se mostraba alegre y serena. Cuando me despedí de ellos, María Maluenda me dijo:

-Hasta tu regreso de Cuba, ya nos contarás de allá y hablaremos de la representación de tu obra.

Por la segunda vez le daba la espalda a mi casa de Chiloé. Mis padres y algunos familiares me acompañaron al aeropuerto. No había la emoción de mi partida a Tomé, dos años antes, porque todos pensábamos que volvería dentro de un mes.

La felicidad con que partí sólo tiene su equivalente con el dolor que he sentido hoy, al descubrir, después de

tantos años, que todo este episodio con que comenzó mi vida de escritora no existe más que en mi memoria, no hay huella escrita en ningún estudio ni ninguna referencia al Teatro del Pueblo ni al Concurso de Obras de Avanzada, convocado, en 1961, por María Maluenda, Roberto Parada y Rubén Sotoconil. Sólo algunos recortes de la prensa de entonces. No queda nada. Los hechos que tuvieron realidad y vida son hoy un polvo gris que se filtra entre mis dedos.

Por primera vez estaba sola. Pero no era una soledad de ausencias o desamparo, era una soledad que me hacía fuerte, plena de vida y curiosidad.

Como si hubiera entrado en una nueva religión me sentía en fraternidad con las personas que me rodeaban: cubanos de energía inagotable que querían construir un mundo con la fuerza de su entusiasmo; argelinos recién llegados de una guerra anticolonialista, serios algunos, llenos de sonrisas y ojos brillantes, otros; intelectuales, poetas, militantes de izquierda de diversos países americanos que venían a conocer la revolución que se estaba viviendo en esta isla caribeña.

En el mundo, la Europa colonial se enfrenta a sus posesiones africanas y en América, la década comenzaba con el derrocamiento de Batista, el dictador cubano. Década de sentimientos idealistas cuando se creía que un viento de libertad arrasaría con la injusticia en la tierra. La humanidad da un paso adelante al enviar por primera vez, en el 61, un hombre al espacio. Se trata de Youri Gagarin, un soviético. Al final de la década el hombre llega a la luna y posa sus pies en ella. Esta vez se trata de dos norteamericanos, Armstrong y Aldrin.

Eran los años del Che Guevara y yo estaba en La Habana, en el Hotel de la Amistad llamado anteriormente "Habana Riviera". Magnífica construcción a la orilla del mar, piscina, salones, elegantes habitaciones, sala de música por la noche y un amplio comedor al que llegué, por la mañana a tomar el desayuno sin saber exactamente adónde dirigirme.

De pronto, llega a mi lado una mujer alta, cabellos rubios bien peinados, de unos treinta y cinco años que, sin saludarme, comienza a hablar: "vamos a ver, compañerita, ¿dónde te vamos a situar?". Era la misma que el día anterior, desbordada por una numerosa delegación de combatientes

argelinos que acababa de llegar, al mismo tiempo que yo me decía sonriente y muy tranquila que alguien debía ir a buscarme al aeropuerto y que no sabía qué había pasado.

Esta persona, a la que llamaremos Tamara me decía ahora:

-Mira, compañerita Andrea, para que no ocupes una mesa tú sola ya que hay tanta gente, te pondré con unos compatriotas tuyos, ¿no te importa?

No tuve tiempo de responder porque ya nos dirigíamos a la mesa donde desayunaban tres señores, los que me reciben con elegante cordialidad. Sentado frente a mí me sonríe Salvador Allende. Dos veces ya había sido candidato a la presidencia de la república y volverá a presentarse porque quiere hacer de Chile una democracia soberana, dueña de sus riquezas. Admirador de la revolución cubana y amigo de Fidel está convencido de que para imponer un gobierno socialista en La Moneda el camino no es la lucha armada, sino las urnas. Y lo logrará ocho años más tarde. Entonces su nombre adquirirá una estatura internacional: Salvador Allende será el presidente socialista latinoamericano que ha llegado al poder por el medio pacífico de las urnas y la unidad de los partidos de izquierda.

A mi derecha me saluda el escritor y político Volodia Teitelboim. Era un hombre conocido en la política chilena, hombre de intelecto e inquietudes literarias. Cuando lo conocí no había leído nada de él y al leerlo me sorprendió su vasta cultura y su conocimiento enorme del país que lo vio nacer y de su gente. Cuando en 1967 fui al Senado, en Santiago, a despedirme porque el destino me obligaba a salir para siempre de mi país, me miró a los ojos y me dijo "¿cómo se puede vivir lejos de Chile?". Pregunta que resonó en mi cabeza durante años y más aún cuando supe que la dictadura de Pinochet lo obligaba a vivir en el exilio, "¿cómo soportará vivir lejos de Chile?", me preguntaba. Pero a él no lo venció ni la dictadura militar ni la nostalgia. Desde su exilio moscovita, por la radio, en el programa "Escucha Chile", comentaba todo lo que se refería a personas,

resistencia y sucesos. Fue también director de la revista literaria del exilio llamada "Araucaria". Pinochet, que por decreto le quitó la nacionalidad chilena, podía prohibirle el regreso al país, pero no pudo impedir que su voz llegara a los hogares y que un día él mismo entrara clandestinamente al país, porque "Ver Chile desde fuera no es lo mismo".

Ami izquierda me saluda Rubén Azócar, notoriamente el mayor de los tres. Bajo, moreno, cabellos cenicientos, era profesor de Castellano y poeta conocido del lector chileno. Después de preguntarme quién era y por qué estaba ahí, Azócar, divertido, cuenta de un amigo suyo que había enviado una pieza al concurso donde yo fui agraciada. Mientras que habla de este candidato sin suerte, distraída, observo el comedor que efectivamente está lleno de gente, muchas mesas ocupadas por la delegación de argelinos. En una mesa frente a nosotros se encuentran tres hombres. Dos de ellos conversan animadamente y el otro, del que solo veo un bonito perfil, está callado y serio. Azócar ve pasar a alguien y lo llama "es un escritor cubano, me dice, se lo voy a presentar". El cubano se llama Fernando y saluda amistosamente a las personalidades chilenas. "Es una joven dramaturga, le dice Azócar, te la recomendamos para que le des a conocer La Habana". Con Fernando fijamos una hora para que él pase a buscarme y se va.

Mis compañeros de mesa han terminado de desayunar y se levantan. Yo miro otra vez hacia la mesa del frente donde el cuadro permanece el mismo: el buen mozo que se mantiene como una esfinge, sin apenas conversar, y los otros dos, metidos en una animada conversación. Mucho después me enteraré de que el silencio de la esfinge se debía a que sus compañeros de mesa hablaban en cabil, una de las lenguas de Argelia, que él no dominaba. Me levanto a mi vez. Al lado de esos hombres que quedarán en la historia de Chile, camina una chiquilla a la que un premio literario, hoy día olvidado, había lanzado fuera de su país.

...

El verano abrazaba a la tierra caribeña y el aire era transparente y dorado.

Vi la fisonomía de la ciudad con el escritor cubano, pero no me arriesgué a seguir adelante porque me informó que era tiempo de conocer al hombre cubano. Comprendí el sentido de sus palabras y preferí emprender otros contactos culturales. El hotel estaba repleto de invitados de diversos orígenes y entre ellos tuve ocasión de conversar con escritores hispanoamericanos. Roque Dalton era un joven salvadoreño de mi edad que estaba de paso por La Habana. Había estudiado derecho en Santiago de Chile y, amable, me ofreció unos poemas suyos. Poeta comprometido, su voz será silenciada violentamente, a los cuarenta años. Como en una bruma llegan a mi memoria el recuerdo de dos o tres personas más, pero no sabría decir sus nombres como el de aquel guatemalteco, grave, casi trágico que se refería a las cosas horribles que estaban sucediendo en su país, "están masacrando a los mayas", clamaba.

Pocos días después se me acercó Tamara:

-Compañera Andrea, tengo un problema. Normalmente nuestros invitados benefician de una gira por el país. Para tí, tengo que poner un auto, un chófer y un guía, pero al mismo tiempo tengo una delegación de ochenta hombres a los que pondremos dos buses, dos choferes y dos guías... Yo me preguntaba si tú aceptarías integrarte a la gira de los argelinos, en vez de hacer el viaje sola...

Tamara no continuó; le parecía enorme lo que acababa de pedir. Su rostro tenía una expresión cómica como si tuviera en la boca un manjar de mal gusto.

-Te aseguro, nuestro guía Roberto es un hombre serio y de edad. Le pediré que tenga todo el tiempo un ojo sobre tí.

Acepté y fue mi primer paso hacia Argelia. Mi vida, que era una línea recta hasta ese momento entró en una curva

y se desvió por otras rutas, insospechadas hasta entonces. En ese viaje, que nos llevó por la Sierra Maestra, Santiago de Cuba, Playa Girón, Camaguey y otros lugares Fethi y yo nos conocimos. En un comienzo nos buscábamos para conversar (en mi mal francés, porque él no hablaba español), luego la amistad se convirtió en una historia de amor. Conocí la transparencia, la sinceridad de su carácter y sus deseos de vivir. Después de seis años y medio combatiendo en una guerra contra el colonialismo francés, cada día de vida le parecía un milagro. Mi hermosa esfinge del comedor era un hombre sencillo, tierno y de gran coraje: supo enfrentar la vida y empezar de cero, con una mujer a su lado.

Su gran valor, que hizo de él un hombre diferente, fue su manera de verme y apreciarme. Yo era un ser autónomo, no me veía en relación a lo que él era o en relación a ningún referente suyo. Yo era parte de su nueva vida, como él ocupó el espacio de todo lo que yo había conocido antes.

Nuestra gira por el país comenzó con la subida a la Sierra Maestra, punto culminante de la isla que en el Pico Turquino alcanza cerca de dos mil metros. Ese había sido el refugio del Ejército Rebelde en su lucha guerrillera contra Batista; muchos jóvenes habían subido “al monte”, como dicen los cubanos, para entrenarse y mantenerse allí. Fidel, a su vez, dirigía las acciones militares a realizar.

Después de horas de viaje llegamos a este histórico y hermoso lugar donde nos esperaban con una succulenta y olorosa comida de varios cochinitos asados al palo. ¡El problema es que tuvieron que improvisar otra recepción porque no sabían que los argelinos, musulmanes en su mayoría, no comían cerdo!

-¡Hombre! ¡Qué pena los cochinitos! se lamentaba Roberto.

La situación internacional que se vivía en esos momentos caracterizada por la guerra fría que enfrentaba a las dos superpotencias, Estados Unidos y la Unión Soviética era, inevitablemente, mencionada por nuestra guía.

En la Playa Girón nos dijo:

-Lo que pasa es que el gobierno revolucionario, con la reforma agraria, atacó a la United Fruit Co.; esto y la nacionalización de las sociedades norteamericanas llevarán al Norte a lanzar sus hostilidades contra nosotros. La CIA preparó el desembarco en esta playa de mil cuatrocientos cubanos exiliados, armados por el gobierno de ese país.

-¿Y qué pasó?, preguntó Abdelkader.

-¿Que qué pasó? ¡chico! que derrotamos a los gusanos y Kennedy tuvo que asumir la responsabilidad de esta invasión fracasada.

En realidad, había más que eso. Estados Unidos había roto sus relaciones con Fidel Castro y había hecho presión para que Cuba, una de las primeras tierras que Colón encontró en el Nuevo Mundo, histórica y culturalmente ligada al resto de los países del continente, fuera excluida de la Organización de Estados Americanos (OEA). Al mismo tiempo, Norteamérica lanzó un bloqueo económico, que dura todavía, contra la pequeña isla. Pero los cubanos cantaban: "la sardina se comió al tiburón". En todo caso, todos estos hechos causaron que Cuba se volviera hacia el lado soviético y comenzara un régimen comunista en el país. Así pues, Cuba se encontraba en el centro de la crisis entre las dos grandes superpotencias.

Mis padres, en Chile, que leían todos los días el diario de la derecha "El Mercurio", tenían los ojos puestos en Cuba, esperando que pronto volviera al país. Los llamaba a menudo por teléfono, donde con la voz cortada por la emoción, apenas si podíamos hablar. Mientras tanto, en el Hotel de la Amistad, en La Habana, la vida continuaba su ritmo cotidiano: Tamara, desplegándose por todas partes para cumplir con su función, ahora con nuevos residente porque la delegación argelina había salido del hotel.

En el gran salón del Hotel no era raro entablar conversación con uno u otro de los invitados del gobierno cubano, algunos de paso, otros con idea de integrarse a

ese momento histórico. Fue así como un día se me acercó Osvaldo Dragún, conocido dramaturgo argentino de poco más de treinta años quien estaba, precisamente, buscando elementos para concretizar dos proyectos relacionados con el teatro.

-Me dijeron que eres chilena y que escribes teatro.

-En realidad, soy alumna en un taller de dramaturgia y en ese marco escribí una pieza. Soy también profesora de lengua y literatura castellana. ¿Y tú?

-Bueno, ya tengo escritas algunas obras, una sobre la invasión a Guatemala "La peste viene de Melos", ¿conoces la situación en ese país?

Conocía algo que lo había aprendido justamente en La Habana. Allí se aprendía de cada persona con la que se hablaba.

-Tengo un amigo uruguayo que ha sido encargado por Fidel de ocuparse de la creación de la Escuela de Artes Dramáticas. En realidad, el proyecto es fundar la Escuela Nacional de Artes, con la escuela de música, de danza, de artes plásticas y artes dramáticas. Mi amigo, que es actor, dramaturgo y director de teatro necesita profesores para su escuela. ¿Te interesaría participar en este proyecto?

¡Por cierto que me interesaba! Respondí afirmativamente y quedamos en encontrarnos con Ugo Ulive, su amigo.

...

La Escuela Nacional de Artes (ENA) se instaló en Cubanacán, Marianao, en el antiguo Country Club de La Habana, lo que había sido el campo de golf frecuentado por la alta burguesía cubana y ricos norteamericanos a la búsqueda de alegres días de ambiente tropical.

La planta baja del edificio central se destinó al comedor de la escuela y a la recepción y en el primer piso, que era el antiguo hotel del Country Club se hospedó

a los diversos profesores. Fui la primera en instalarme en ese lugar, después que Ugo Ulive me diera el curso de Literatura Dramática Española. Pocos días después llegó el cubano Héctor Antón Quesada, doctor en letras y hombre de vasta cultura y, al parecer, perteneciente a una acomodada familia de Camaguey. No recuerdo qué materia dictó pero era ciertamente un curso magistral, posiblemente relacionado con la cultura o el teatro cubano. Durante los días que precedieron a la inauguración de la Escuela tuve ocasión de hablar muchas veces con él.

De contextura fuerte, bajo, con anteojos, Antón me pareció, desde el primer momento, un hombre atormentado. No miraba de frente y una sonrisa indefinible vagaba en sus labios.

-Mi familia se fue a Estados Unidos. Todos se fueron. Mi mujer y yo decidimos quedarnos, tenemos un bebé. Cuando me otorguen una casa aquí en La Habana iré a buscar a Daisy. Mi mujer se llama Daisy. Y tú, ¿de qué país eres?

-Soy chilena, profesora y escritora. ¿En qué trabajabas?

-La verdad, chica, es que ejercí poco mi profesión de profesor, me he dedicado más bien a hacer estudios literarios, como un ensayo sobre José Martí y otro llamado "En busca de la poesía pura..." el título es más largo, ahí desarrollo apuntes filosóficos-literarios.

-Interesante.

-Sí, eso se publicó pero ya no me interesa. Lo que ahora quiero es conocer el hombre nuevo que forjará esta revolución. ¿Sabes? siempre lo he tenido todo hecho, no tuve dificultades ni me tocó resolver nada ni luchar por nada. Estaba asociado con mi familia en negocios, teníamos una gran ferretería, pero la revolución la intervino, por eso se fueron mis hermanos pero yo decidí quedarme. Quiero trabajar para la revolución, ella hará de mí un hombre completo, me enfrentará conmigo mismo. Creo que estamos

embarcados en un hermoso proyecto, ¿no lo crees? ¿estás contenta de estar aquí?

Me miró sonriendo. Su sonrisa me dolió.

Después de firmar el contrato con el Consejo Nacional de Cultura llamé por teléfono a mi casa. Comprendí la enorme decepción e inquietud de mi papá; había partido por un mes y ahora les decía que me quedaría un año.

-Tu mamá dice que escribas inmediatamente al Rector del Liceo, tienes que explicar que pides un año de permiso, todavía es tiempo porque no han empezado las clases. Tu mamá dice que te cuides.

Siempre sucedía así, por teléfono o por carta, mi mamá le decía a él lo que dijera o escribiera, en su nombre. Escribí al liceo, pero esa carta no llegó, o bien se perdió o bien llegó a manos de alguien mal intencionado que no la tramitó.

...

Otra razón para quedarme en Cuba fue Fethi.

Llegaba desde un lugar de la tierra marcado por la violencia y la guerra, guerra casi desconocida al comienzo porque oponía a un gran país, Francia, a su colonia alzada en armas. Lejanos ecos llegaban a nuestros países de América del Sur, fue necesario que el conflicto llegara a la ONU y la sangre corriera también en París para que tras siete años y miles de muertos y tras también un putsch militar de los franceses de Argelia que quisieron acaparar el poder y aun extender el conflicto a la metrópoli para que Francia abriera negociaciones entre su gobierno y el FLN (Frente de Liberación Nacional). Estas negociaciones pasaron de un fracaso a una reapertura y por fin se retomaron en marzo del 62, es decir cuando la delegación argelina no tenía todavía un mes en La Habana.

Los combatientes argelinos habían sido invitados por fraternales razones de solidaridad, puesto que la mayoría de ellos necesitaban cuidados médicos. Al regreso de la gira

por el país y tras un tiempo de hospitalización, chequeo y reposo los argelinos fueron informados de que podían volver al país o quedarse. Francia acababa de decretar el cese del fuego tras los acuerdos de Evian. Muchos, pues, volvieron a su país y otros aceptaron el ofrecimiento de que se les enseñaría el español y se les daría una formación profesional.

Fue entonces cuando Fethi y yo decidimos quedarnos en Cuba. El pasó a vivir, con sus compañeros, en Guanabo, un balneario cercano a La Habana. Unas casas abandonadas por los que se exiliaron en Florida fueron habilitadas para servir de escuela de lengua a los que acababan de dejar el uniforme militar. En tres meses de cursos intensivos salieron defendiéndose con su español, lo demás vendría con la práctica y la convivencia. Fethi se decidió por estudiar en el ICAIC (Instituto Cubano del Arte e Industrias Cinematográficas). Después de unos cursos teóricos pasó a ser Asistente de Cámara.

...

Durante su cursillo en Guanabo nos veíamos los fines de semana, sea él venía a Cubanacán y nos íbamos a la playa, sea yo iba a Guanabo y pasábamos el día bañándonos y jugando en el mar, como el día que pasamos horas entretenidos en flotar sobre un tronco de árbol. El lugar era solitario, luminoso, irreal. Todas las casas que daban a la playa habían sido abandonadas. Nada faltaba en el interior, ni los platos sobre la mesa, ni las camas bien hechas como si alguien hubiera hecho el aseo justo antes de la decisión de partir. Nos parecía que en Cuba el mundo comenzaba a existir.

También todo era nuevo e improvisado en esa Escuela de Teatro que se iba gestando al ritmo de una revolución que ya nada detenía. Después de Antón llegaron Irene, Mato y su mujer que era -si mal no recuerdo- doctora; llegó también Bernardo Galli, que se ocuparía de expresión corporal. Enseñábamos a los antiguos alfabetizadores, aquella juventud que se había dispersado por la isla en la campaña de alfabetización del pueblo cubano. Se les había

ofrecido beca en lo que quisieran estudiar y ahí los teníamos, chicos y chicas de diversas edades y condición social y de todas las regiones del país que habían escogido la carrera de teatro.

Todos vivíamos juntos en ese lugar de Cubanacán, como en un internado. Entre las grandes y lujosas casas cuyos dueños habán partido y el edificio central del ex-Country Club se extendía un ondulante campo de golf bordeado de palmeras y cañas. Los profesores lo atravesábamos para ir a dar las clases y los jóvenes, que vivían también allí, lo atravesaban para ir a comer. Por cierto que en La Habana se comía a la hora que en Chile tomábamos onces: las cinco de la tarde. Tasajo, remolacha, arroz con carne de vacuno en conserva y medallones de pescado era nuestra dieta diaria. No hay que olvidar que fuera de la Escuela existía la libreta de racionamiento que había comenzado hacía poco con el embargo de Estados Unidos contra Cuba.

De ese grupo de estudiantes salieron actrices como Mirta Ibarra y Myriam Lezcano. No todos consiguieron su sueño, como fue el caso de Mercedes Abreu con quien me escribí durante toda una vida.

...

Ese fin de semana Fethi había venido a Cubanacán, era su turno de tomar el bus entre Guanabo y La Habana y después, en otro bus, atravesar la ciudad hasta Cubanacán playas; desde allí había aún unos 300 metros a caminar por una avenida arbolada y extrañamente solitaria.

-Escribí a mi casa. Les dije que he encontrado a la que será la compañera de mi vida.

-¿Qué les dices de mí?, pregunto con cierta coquetería.

-Les digo que tenemos las mismas ideas... que eres chilena, que escribes.

-¿Nada más?

-No, responde serenamente.

Sus hermosos ojos, de color cambiante, me miran con cariño.

-Es todo lo que tengo que decirles.

-Mi papá me preguntó si eres francés o africano. A diferencia de tí yo te describo y como conozco su admiración por la civilización árabe, le dije que eras árabe con antepasados andaluces.

Su rostro está húmedo y brillante y el sudor le baja como rocío desde su frente.

-¿Nos vamos a la playa?, pregunto.

-Sí, pero hoy quiero invitarte a comer algo por ahí; tengo un poco de dinero.

“Un poco de dinero” era una fortuna para él. El gobierno cubano les asignaba una mensualidad hasta que empezaran a trabajar.

-Le pido también a mi hermano que me envíe mi certificado de nacimiento y los papeles necesarios para que la Embajada me haga un pasaporte. Cuando eso llegue podremos casarnos.

No sé cuántos días, cuántas semanas pasaron en que yo atravesaba el campo de golf para ir a dar clases y al volver, comía junto a los otros profesores y a veces nos íbamos a sumergir en la piscina. No recuerdo el tiempo que pasó en que, dos veces por semana, después de las cinco de la tarde, me iba al Seminario de Dramaturgos, organizado por Osvaldo Dragún, quien me había dado el curso de “Algunos elementos de gramática”. Este curso estaba dirigido a un heterogéneo grupo de cubanos de diversas edades y diverso nivel cultural que serían los futuros dramaturgos de la nueva realidad cubana.

Yo vivía en ese entonces inmersa en un ambiente dinámico y efervescente de formación teatral cuando recibí la llamada de mi padre:

-¡Mi hija, no escribiste al Liceo!

-Escribí, papá, escribí a comienzos de marzo.

A la casa de la calle Chiloé había llegado un sobre blanco con sello del Ministerio de Educación. Mi padre lo abrió. Con lenguaje lacónico se me informaba que se había abierto un expediente a mi nombre por abandono de puesto y que si no me presentaba a la brevedad posible debía atenerme a drásticas consecuencias profesionales.

Mi padre, angustiado, le muestra la carta a mi mamá:

-¿Qué le van a hacer?

-Que la echan, simplemente que la echan de la Educación. ¿Por qué tiene que estar tan lejos con esos comunistas?

-¿No era usted la que defendía a los comunistas?

Y luego me llaman por teléfono.

-Andreíta, mi hija ¡no escribiste al Liceo!

Por el tono de su voz comprendo lo que están sintiendo. Alcanzo a escuchar la voz de mi mamá “dígame que vuelva”.

-Andreíta, mi hija querida, ¡regresa a tu país! Hazlo por tu mamá que está tan inquieta. Vuelve, mi hija.

Cuando conté a Fethi lo que me sucedía respondió simplemente:

-Ya llegaron mis papeles. Nos casamos y partes a Chile.

...

Nos casamos. Eramos felices, nos creíamos los únicos habitantes del planeta. Ugo Ulive y los compañeros de la Escuela nos ofrecieron una colación y una luna de miel en el Saint Johns de La Habana.

Luego partí a Chile. Salir de La Habana o entrar no era faena simple. La compañía Cubanacán llegaba a la ciudad de México, desde donde los pasajeros embarcábamos a nuestro destino final no sin haber pasado antes, como estrellas de cine, por el objetivo de un desconocido fotógrafo. Supongo que era una manera de ficharnos, hoy día todo espionaje es más sutil. El trasbordo a la compañía chilena LAN significaba uno o dos días de espera, tiempo, por lo tanto, para ir a un hotel, caminar un poco por la ciudad o pasar el día visitando las pirámides de Teotihuacán, lugar que había sido, hace más de veinte siglos, la más grande ciudad de toda la América precolombina.

Y me encontré otra vez en el confín de la tierra, junto a la luminosa cordillera de los Andes, rodeada de mi familia que me acoge, me regala y que quiere todo saber. Era primavera en Chile, pero en mi recuerdo Cuba seguía siendo la radiante isla de sol y alegría.

La realidad era diferente. Dice una historiadora chilena, Andrea Quezada, que el antecedente inmediato de la crisis de los misiles es el muro que se levantó en Berlín en 1961. La crisis de octubre de 1962 es el enfrentamiento más peligroso de la guerra fría entre las dos grandes potencias del momento. Cuba había sido abastecida por la Unión Soviética de misiles balísticos con cabezas nucleares que podían llegar hasta Estados Unidos, como respuesta a los misiles que Washington había instalado en Turquía y que apuntaban hacia la URSS. Kennedy impone un bloqueo a la isla para impedir que lleguen más buques con misiles a Cuba.

Los diarios chilenos hablan del peligro de una guerra y veo que mi viaje de regreso se posterga. Mi problema con el Ministerio de Educación se resolvió en un día, disolviéndose como una burbuja de jabón. Tuve la neta impresión de que el problema no era el abandono de puesto, sino el hecho de estar en Cuba. "Puesto que ya no está en Cuba, el problema se acabó", me dijeron. Asentí, omitiendo de decir que volvería.

Estuve también con María Maluenda y asistí a

un ensayo de mi pieza de teatro. Me habló de algunos problemas económicos por los que pasaba el Teatro del Pueblo y yo no fui más lejos en querer saber si eso concernía la representación de mi pieza.

La semana de mayor tensión, según Andrea Quezada fue entre el 22 y el 28 de octubre con intensas negociaciones y preparativos de posible guerra. Recuerdo claramente una conversación que tuve con mi cuñado Washington, acerca de lo que había sucedido en el mar Caribe:

-¿Por qué cree usted que el peligro de guerra pasó? Norteamérica estaba preparada a lanzar una invasión sobre la isla y un avión de reconocimiento de Estados Unidos fue derribado por los cubanos. Estuvimos al borde de la guerra.

-Pienso que Kruschov como Kennedy no querían la guerra. Era una responsabilidad enorme.

-¡Exacto! La Unión Soviética aceptó desmantelar los misiles y Estados Unidos se comprometió a no invadir Cuba. El que ganó fue Fidel Castro que mostró que no estaba solo en su proceso revolucionario.

Pocos días después mi papá me llamó aparte:

-Andrea, no vuelvas a Cuba.

No era una orden. Un momento su rostro dejó ver la tensión que le causaba pedirme eso.

-¡Papá! ¿Cómo no volver si mi marido está allá?

-...

-No, no puedo dejarlo. Tengo que volver, pero quién sabe si después no nos vamos a Chile...

Regresé a Cuba apenas fue posible. En mi alma, teclas negras y blancas se mezclaron en una sinfonía imprecisa ¿Cómo se puede armonizar en un mismo gesto la alegría y el dolor?

En verdad, cuando se llegaba a La Habana se entraba a un mundo diferente, porque allí había una ebullición constante, pero al mismo tiempo la isla se encerraba dentro de sus propios muros. No supimos de James Bond ni del acontecimiento musical de los Beatles y posiblemente de saberlo no nos hubiera interesado. Cuando con Fethi íbamos al cine veíamos películas polacas, rusas o cubanas. Bailábamos la salsa, porque no bailar en Cuba hubiera sido anacrónico.

Fethi, que durante la crisis de los misiles se había incorporado a las Brigadas Internacionales (“fueron días muy difíciles, ¿sabes?, todos pensábamos que vendría la invasión”), iba ahora, con los milicianos de la Escuela, al corte de caña todos los fines de semana. El desafío era ese: mantener una producción alta de azúcar para conservar el comercio con la Unión Soviética. Cuba estaba sola frente al embargo norteamericano.

Yo leía literatura de las Antillas y me sentí fascinada por la novela del haitiano Jacques Roumain “Los Gobernadores del Rocío”. Empecé una adaptación al teatro y saqué tres copias: una la envié a María Maluenda y dos las entregué a directores de grupos teatrales cubanos; por supuesto, como me ocurría en esos años, ¡no guardé ninguna copia!. Las Brigadas Provinciales se interesaron y creo que la representaron tiempo después.

Corría nuestro segundo año de vida en Cuba. A los fuertes calores del estío sucedían los aguaceros que caían como cortinas de agua, inundando el campo de golf y suspendiendo las clases. Fethi ya trabajaba como asistente de cámara, desplazándose con el Icaic por diversas regiones de la isla y yo continuaba con mis clases. Vivíamos en un lugar idílico, rodeados de verdor y belleza cuando sentí que en mí se estaba gestando una nueva vida. En cierta manera, esto nos hizo pensar en nuestra instalación futura. ¿Chile?, ¿Argelia? Las dos familias nos escribían, reclamándonos, pero fue más fuerte el llamado de la madre de Fethi y, sobre todo, el deseo del combatiente de volver a su país. No tenía argumentos que oponerle a su legítimo deseo de ver a su

familia y a su país, después de diez años de ausencia.

Poco antes del nacimiento de nuestra hija supimos del suicidio de Antón Quezada. Profundamente apenada me fui caminando, con un andar pesado, por el verde tapiz del campo de golf hasta llegar a la casa que le habían atribuido. Me dolió ver a su mujer, valerosa y digna, y a ese niño que corría con pasos inciertos por la casa. Antón había renunciado a ser el “hombre nuevo” que la revolución proclamaba. No logró ser protagonista en un proceso que lo había desposeído de la esencia misma de su vida “pequeño burguesa” anterior. Su mujer partiría poco después a reunirse con su familia en La Florida.

Un día de septiembre conocí la felicidad de traer al mundo a nuestra hija Yasmina. Los telegramas y cartas volaron a Chile y Argelia. Anuncié a mi padre que nos iríamos a Argelia y que posiblemente después de un tiempo, iríamos a Chile.

Las cartas de regreso no tardaron en llegar.

“Mi idolatrada hija: Hemos recibido tus dos últimas cartas, tan noticiosas y tan definitivas en el curso que ha tomado tu vida. Se nos hace difícil contenernos, pensando que nuestra hija menor, la hija mujer, que causa tantas preocupaciones y cuidados, se haya desprendido en tal forma, que anda entre extraños, donde antes nadie la conocía, ni conocen a su familia y ahora se nos aleja todavía más. Pero no te aflijas, querida hija, el tiempo pasa y espero que en seis u ocho meses más, se vengán a Chile. Le encuentro razón a Fethi: él también querrá estar un tiempo entre los suyos, antes de alejarse más y me gusta la resolución de irse a Argelia en vez de renovar los contratos en Cuba. Solamente me preocupa que la situación internacional de Argelia empeore o que estalle otra revolución ya que parece que hay mucho descontento con el régimen actual”.

“Por aquí en Chile ha subido el costo de la vida y han subido los sueldos, claro que no en la misma proporción. El que más sufre es el pobre, el obrero; el profesional y el rentista se las arreglan. Esto es lo que desde afuera causa admiración, sobre todo en los países de régimen socialista, donde se trata de acortar las

diferencias entre el pobre y el rico. Ya ves tú que en nuestros países latinoamericanos la empleada doméstica es una esclava. Yo la he compadecido toda la vida y siempre he tratado de hacerles más llevadera su situación.

Ya empezó la campaña para la contienda presidencial. A Duran le han bajado los bonos. Creo que los pechoñitos le van a hacer la "cuchinada". En cambio Frei sigue en su trabajo a galope tendido. Parece que los demócratas-cristianos están triunfando en todo el mundo. Allende también le pega fuerte, pero parece que personalmente produce resistencia.

Como hace tiempo que tengo deseos de ir a Europa, si tu estada se prolonga mucho, no es raro que en abril o mayo nos larguemos por allá. Tu mamá está orgullosa de su Lidia Yasmína. Dice que se parece a tí. Todos han visto su foto. Nosotros estamos viajando los fines de semana a Viña. Allá el clima es muy agradable, tú lo sabes.

-Un cariño para mi nueva nieta y un abrazo para ustedes. Papá.

Mi hermano Leonidas me hizo sentir cercano el calor de la familia:

-“Este último tiempo en la casa se habla continuamente de tí, toda la familia está contenta con el nuevo miembro de la ya dilatada familia Iturriaga y por el hecho de tratarse de uno nacido en el extranjero el regocijo es mayor. También nos sentimos confortados porque tú te encuentras en perfectas condiciones.

Desde hace cho meses me encuentro trabajando en Santiago y espero que en unos meses más me han de ascender al grado de capitán. Mi papá espera celebrar este acontecimiento junto con tu llegada a Chile, en forma fastuosa. Veremos cómo será eso”.

Dos meses después salimos del país que había cambiado nuestras vidas. Dijimos adiós a nuestros compañeros de la Escuela y me despedí, uno por uno, de mis alumnos, magnífica juventud de los días románticos de la revolución cubana.

Destino: Argel, pasando por Praga y Paris. En aque-

llos años, con los cambios de avión, los viajes tenían escala y podían durar días.

...

¿Que le cuente cómo es este país? Querida tía Pinina, aquí todo es diferente. Sólo de pensar que estoy tan lejos, con tanta montaña, tierra y mar entre nosotras se me parte el corazón. Es tan lejos que aquí pocos saben dónde está nuestro país. No saben ubicarme en el mapa ni en su imaginación. Si fuera francesa sería más fácil, porque tienen la imagen de una francesa. De mí sólo saben que soy la "rumia", la extranjera.

Usted me dice que salude a la madre de Fethi en su nombre. No sé cómo podría decírselo, ella no me habla, tía, sólo habla con su hijo cuando él llega por la tarde, después del trabajo. Esta es la buena noticia: Fethi encontró inmediatamente trabajo en la RTA (Radio Televisión Argelina). Ahora está recuperando su piel de argelino, lo oigo expresarse en la lengua de su infancia con palabras que me son extrañas, pero entre nosotros seguimos hablando en español, es nuestro espacio privado, nuestra patria común.

El departamento es amplio y nuestra habitación tiene un balcón que da a una corta callejuela, frente a un alto muro. Cuando mi mirada se cansa de tropezar con ese muro envuelvo a Yasmina en su chal y salgo a caminar. No muy lejos hay un bonito parque llamado Parque de la Libertad. Me siento allí y observo a la gente. Ahora todo es plácido y aunque es invierno el cielo es maravillosamente azul. Pienso que hace menos de dos años todavía la guerra se ensañaba con este país y la gente moría en atentados de una organización fascista, la OAS, que no se resignaba a ser la vencida de la historia.

Querida tía, eso también hace de este país un mundo diferente al nuestro. Usted, mis padres, la gente mayor en Chile no han vivido en carne propia la guerra, aquí la gente ha convivido con la violencia y la muerte. Mi suegra, que es de su generación, vivió la segunda guerra mundial y la guerra de liberación reciente. Por eso a los argelinos los

encuentro graves, celosos de una independencia que les costó tan cara. Pero percibo, tras la mirada seria o curiosa con que me observan, un gran calor humano.

A veces me abrazo a mi hija, queriendo con ella abrazar a toda la familia. Dígales a todos que los tengo en mis pensamientos constantemente.

Y luego Fethi, al llegar del trabajo:

-¿Qué hiciste hoy?

-Lo mismo que ayer y los días anteriores: doblada en la bañera lavé los pañales de Yasmina, su ropita, tus camisas...

-Mi mamá, ¿todavía no te habla?

-Sucedió algo...

-¿Qué?

-Después de terminar las tareas domésticas y con la niña durmiendo me senté sobre la cama. La habitación, la casa, la ciudad entera estaban en silencio. Yo estaba sola, perdida, sin una voz cuyo acento suavizara mi soledad, sin una presencia conocida, sin el contacto de la mano tibia de mi tía Pinina, sin la mirada cariñosa de mi padre. Entonces la ausencia de ellos, de los que dejé atrás la sentí como un dolor físico y, adolorida, lancé un grito clamando. No llamé a mi papá, ni a mis tías ni a mis hermanos. Una catarata de lágrimas cayó sobre mí como en un pozo sin fondo y clamé, como una niña: “¡mamá, mamá!”.

De pronto, sentí que alguien me tomaba por los hombros y me abrazaba, calmándome. Era tu mamá...

...

Mi primera impresión de Argel fué, pues, desconcertante, difícil, inesperada, pero también la ciudad, la gente, el país entero me interesaron y me sedujeron. La ciudad me llegaba por todos los sentidos: olores y sabores, nuevos para mí, de la cocina de Habiba, canela, cordero en su salsa

de legumbres, pimientos asados, las entradas multicolores de tomates, aceitunas negras, huevos duros; el fragante café caliente de la tarde y los apetitosos pasteles de almendras y miel. Había en ese interior argelino un estilo tradicional de vida y una exhibición de valores propios que me inspiraron respeto, pero también desconfianza. Me pareció que si me descuidaba y me adormecía, terminaría sin más horizonte que las paredes de la casa de mi suegra.

Descendiendo por la suave ladera del lugar donde vivíamos y tomando las callejuelas o arterias que inevitablemente bajaban hacia el mar sucedió que, queriendo llegar a la calle Didouche Mourad varias veces me perdí, porque en mi mente las calles de una ciudad son paralelas y transversales como son las ciudades americanas fundadas por los españoles. Pero en Argel, una calle te puede llevar lejos de la que tú creías que sería su paralela. Sí, Argel también se me revelaba en su topografía, en sus calles sin árboles, en su magnífica fachada frente al mar y en las calles angostas y tan nuevas para mí de la Casbah adonde me llevó un día Fethi y aún pudimos ver el hermoso interior de la casa, gracias a la amabilidad de una familia que nos permitió entrar. Creo que en esos días comencé a querer Argel y su parte antigua, la Casbah.

Alguien puso en mis manos el primer libro de Assia Djabar y fue, también, mi primer contacto con la literatura argelina. Ya sabía que en Argelia no podría escribir teatro lo que confirmaba lo que me había dicho un escritor en Cuba: "Si te vas a Argelia se acabó el teatro para tí; escribe en otros géneros y sobre todo, no abandones el español, tu lengua materna". El verdadero duelo del teatro lo hice el día que mi cuñado Mohamed, a pedido de Fethi, me llevó a ver una obra de teatro a la Opera de Argel; era ésta una hermosa construcción de mediados del siglo XIX, ubicada en el Square Port Said y que hoy es el Teatro Nacional de Argel. A la salida de la función, mientras que caminábamos frente a la hermosa bahía de la ciudad comprendí que ese estilo de teatro me era ajeno. Hoy no recuerdo de qué pieza se trataba ni si era francesa o árabe.

Mohamed era el menor de los seis hermanos. Tenía veinte años, un corazón de oro y la mente llena de ilusiones. No vivía en permanencia con su madre, pero cuando estaba en casa podía contar con él. Testigo del rechazo que me mostraron algunas personas de su familia me dijo: “No temas, estoy a tu lado, soy tu amigo y lo seré siempre”. En efecto, fue mi amigo por el resto de su vida. Fueron sus cartas, escritas en nombre de su madre, que provocaron el regreso rápido de Fethi cuando empezaba a trabajar como camarógrafo en Cuba. Los rasgos de su rostro eran enérgicos, agradables, de bonitos ojos y cabellos negros. Una tuberculosis en la columna vertebral a los tres años impidió su crecimiento normal y deformó su espalda. Iba para ser un hombre grande y a pesar de la enfermedad tenía una estatura mediana y un paso ágil y natural.

Eran cinco hermanos y una hermana. Ella, Myriam, tenía mi edad, pero éramos dos mujeres jóvenes completamente diferentes. Dos culturas diferentes. Ella vivía en comunidad familiar, en una gran casa de Belcourt, con su marido, sus tres hijas y con su cuñado y su numerosa familia. Sobre ese ambiente, compuesto en su mayoría de gente joven reinaba la madre de los dos varones. Mi cuñada no era más que uno de ellos. El jefe de familia, el soporte económico era su marido, un comerciante de buena situación que, por entregar periódicamente un aporte al FLN fue víctima de un atentado en su propio local. Desde la calle, elementos armados de la OAS le dispararon por la espalda hiriéndolo en la columna vertebral. Kaddour no murió, pero quedó inválido de por vida. Por esta razón mi cuñada iba poco a la casa de su madre y en los pocos encuentros que tuvimos en ese tiempo tratábamos de conocernos:

-¿Sabes tejer, bordar?

-Hace años que no tejo y bordar no es mi ocupación favorita.

-Las mujeres con hijos saben hacer eso.

-No aspiro a ser como todas las mujeres con hijos; hay una llama en mí que me lleva a hacer otras cosas.

-¿Qué cosas?

-Me gusta enseñar, soy profesora y escribo.

No se lo dije, pero pensé que me asfixiaría de vivir como ella.

Ambas mirábamos en direcciones diferentes. Al cabo de un largo camino nos encontramos frente a frente, solas, con una vida casi hecha y nos reconocimos y nos estimamos. Por lo demás, siempre nos habíamos estimado.

Por cierto, conocí a otros miembros de la familia; algunos nos abrieron las puertas de su casa, como un homenaje al muyahid que había combatido en forma destacada en la revolución de Argelia y también como un gesto de hospitalidad y bienvenida para mí. Asistí al entierro de un tío paterno de Fethi y al matrimonio de uno de sus primos en Cherchell.

Alguien, no recuerdo quién, nos llevó en auto hasta la ciudad natal de Fethi donde vivían todavía tíos, tías y primos maternos. Sin apuro, nos detuvimos en lugares destacados de esta hermosa costa argelina, situada al oeste de la capital, lo que fue para mí un hechizo inmediato. Producto de esta salida fue un cuento titulado "El noviazgo", con elementos costumbristas y no podía ser de otra manera frente a una mirada nueva como la mía. Escribí, además, un reportaje sobre Argelia titulado "Fin de semana", que comienza con la descripción de Cheraga y de las posesiones del colono Borgeaud y su residencia La Trappe. Era ésta una verdadera ciudadela de 110 habitaciones contando los departamentos que habitaban los empleados franceses de la administración. En esta ciudadela había una iglesia, un hospital, un puesto de gasolina, un cementerio.

-Todo se ha convertido en una granja del estado administrado por un Comité de obreros agrícolas, me explicaba Fethi.

Continuamos viaje hacia Tipaza, mientras en el auto la conversación se salpicaba animadamente de anécdotas,

“ésta es la fuente donde se detenía mi padre cuando viajaba a Argel”, contaba Habiba, mi suegra, o “en lo alto de este pueblo hay un lugar boscoso de lo más agradable para pasar el día en pic-nic”. Habiba me daba la clave para entrar a ese mundo al enseñarme los nombres originales, es decir, en árabe, de las ciudades o aldeas que atravesábamos. Pero fue con Tipaza y luego con Cherchell que descubrí el pasado romano del país.

Mi reportaje descriptivo y entusiasta y el cuento los envié al diario “El Siglo”. Pero, ¡qué largas y difíciles eran entonces las comunicaciones! Mandar un sobre con textos literarios en correo postal -no había otro- de Argel a Santiago era lanzar una botella al mar. No respondían y sólo sabía de mis textos cuando un hermano o mi papá me mandaban el recorte de diario, imeses después! En esos años yo iba sembrando escritos que tardaban en dar frutos.

Fue necesario explicar a Habiba que mi deseo de trabajar iba más allá del deseo de ganar unos pocos dinares o de ocupar mi tiempo. “En la casa hay bastante trabajo”, respondía. Escuché a Fethi decirle “imma, ella hizo estudios para ser profesora; le hace falta eso”. Finalmente terminé dando clases de español en un Centro de Lenguas en el Bd. Telemny, al que llegaba subiendo una espinadas escaleras. Además me llegaron, no recuerdo cómo, dos alumnos para clases privadas en casa.

Mi primer trabajo como profesora en Argel fue un fracaso. Al cabo de tres meses de dar clases en el Centro y al ir una vez más a cobrar mi sueldo la secretaria me dijo que no perdiera más el tiempo, que el director había desaparecido y que todo eso se venía abajo. En cuanto a Lunès, uno de mis alumnos, lo único que recuerdo de él era su seriedad y su carácter reservado. Traía sobre sus espaldas un recuerdo amargo de los años pasados y quería partir a España. Ella, por el contrario, no dejaba de hablar de los horrores de la guerra para una mujer. No sé por qué quería aprender el español o quizás sólo quería conversar con alguien. En todo caso, los dos desaparecieron sin pagar los cursos, cosa que tomé con bastante filosofía, ¡no estaba yo para quejarme!,

al contrario, eso me permitía ir conociendo a la gente. Me convencí de que para integrarme al país y participar en la construcción de la nueva nación debía formar parte de su rodaje administrativo. Pero ni en el teatro ni en la educación, ¡todo tan nuevo! había lugar para mí.

Un sentimiento de desánimo empezó a invadirme. Cuando llegué a Cuba un mundo acababa de durrumbarse y nacía otro. Me solicitaron que participara y lo hice feliz. Del otro lado del océano, en Argelia, todavía se escuchaba el estruendo de la caída del colonialismo y había mucho que hacer, pero yo no veía la dinámica de construcción, ese afanarse colectivo por levantar un país nuevo. Cierta, años más tarde conocería con mi cuñado Omar y otros jóvenes cuadros el trabajo de gente competente por la nueva Argelia. Pero en los años de que hablo me hacía mal estar de brazos caídos y ver que mi horizonte se había reducido.

Fethi sentía también que el movimiento revolucionario se había apagado, “conozco gente que no está de acuerdo con la política de los dirigentes y los hay, incluso, que han sido encarcelados sólo por esto. Son hombres que han luchado contra el francés y ahora el enemigo es su propio gobierno”, me decía preocupado.

Algo opaco se estaba introduciendo en nuestras vidas y el deseo de cambio fue cristalizándose con los continuos consejos de Rodolfo, un amigo argentino: “La Embajada de China se interesa por profesores de lenguas”. “Yo no soy profesor”, decía Fethi, pero terminamos por ir a ver qué había de cierto en esos rumores.

Una carta de mi padre decía a Fethi: “Andrea nos comunica lo ambientada que se encuentra en un lugar que para ella todo era extraño. Por nuestra parte, también tenemos la esperanza de hacerles pronto un buen recibimiento en Chile”. Pero, partir a Chile era imposible, ¿con qué pagar el viaje? Mi mamá, por una vez que me escribía me dice: “todos los días nos acordamos de ustedes, cómo lo estarán pasando y cómo será la cubanita, Yasmina, que tenemos tantas ganas de tenerla aquí. Parece que Allende va a ganar, hay mucho entusiasmo, ojalá que estés tú aquí para las

elecciones. Yo con la compra de esta casa de Viña no tengo un cinco, en caso contrario te mandarí­a para que te vinieras pronto”.

Efectivamente, China estaba contratando profesores de lenguas extranjeras. “Es muy posible que usted pueda trabajar como camarógrafo”, dijeron a Fethi en la Embajada. Hicimos, pues, los trámites necesarios y cambiamos otra vez de rumbo; esta vez nos embarcamos para Shanghai, donde Fethi se vió, contra su deseo, convertido en profesor de francés.

...

El viaje a China era una aventura y un vago sentimiento de entregarse, a ojos cerrados, a la maquinaria que desde nuestro encuentro dirigía nuestros destinos. Sabíamos que teníamos todas las de ganar: conocimientos, contacto con un vasto país donde pasaban cambios interesantes y una entrada económica que aseguraría nuestros proyectos futuros.

En ese entonces el mundo era vasto y desconocido. Entre Argel y Shanghai tuvimos una primera escala en El Cairo, con noche y tiempo suficiente para observar, desde una altura, la silueta de las pirámides a lo lejos. Fethi hablaba en árabe y yo, andina de un país joven miraba con ojos curiosos la componente humana de la ciudad. Segunda escala en Riyadh, Arabia Saudita, sin salir del aeropuerto y admirando los grandes ojos de la gente oriental y luego, por cambio de avión, escala en Karachi, Pakistán; hacer noche en un hotel, callejear un poco y visitar una mezquita en cuyos amplios patios los creyentes se solazaban a la sombra de los corredores, sentados sobre esteras, mientras sus dedos hacían correr las cuentas de un rosario musulmán. Afuera, la ciudad se fundía bajo el calor ambiente.

¡Por fin llegamos a nuestro destino y fuimos recibidos por una imponente delegación de profesores y alumnos del Instituto! Nos encontramos en una inmensa ciudad de diez millones de habitantes, la Shanghai de entonces, por cierto, no la de hoy.

Desde Santiago, en mi casa seguían mi trayectoria. “Estamos en las antípodas, me escribía Manuel, podemos encontrarnos atravesando el interior de la tierra en línea recta”. La familia sigue viéndose a menudo en la casa de Chiloé y en el gran salón de la casona resuena el bullicio de los nietos. Leonidas, que desde hace un año ha sido trasladado a Santiago espera celebrar pronto su ascenso a Capitán de Carabineros. “Mi papá dice que lo celebraremos junto con tu regreso a Chile”, me escribía mi hermano, “dile a tu esposo que cuente conmigo para cualquier cosa que necesite. Espero que llegaremos a ser muy buenos amigos”. Mi hermana, aunque vivía en Concepción seguía en contacto con la familia y comentaba con los otros, con humor, el destino de esa hermana menor que andaba dando vueltas por el mundo: ¿cómo le irá por allá?

Me iba muy bien. Aquello era una vida intensa que ha quedado como un espacio luminoso en mi memoria: el río Suzhou y su confluencia con el Huangpu que veíamos desde la ventana de nuestro departamento; las clases en el Instituto de Lenguas Extranjeras y el grupo de profesores que ocupábamos los pisos once y doce del Hotel Shanghai o Shanghai Ta Cha; entre los profesores, la familia chilena de don Pedro Pacheco y la Sra. Albertina con sus dos hijos, Jimena y Alvaro con los que se creará una amistad que durará una vida.

Eramos un cocktail de nacionalidades: franceses, suizos alemanes, suizos romandes, alemanes, ingleses, australianos, colombianos, cubanos y chilenos, entre estos mi prima Gloria que respondió con entusiasmo a mi invitación y llegó a enseñar a la escuela de niños anexa al Instituto.

En Shanghai estábamos verdaderamente desconectados del resto del mundo. Nuestras conversaciones y relaciones nos permitían conocer algo del país dejado atrás, a todo el mundo le gusta contar cómo es su ciudad o qué ambiente político o social había en el país cuando salieron, pero de noticias frescas, ¡nada! Es por eso que hoy recuerdo con simpatía los esfuerzos desesperados de Alvaro por captar a través de las ondas de su radio alguna información

en inglés que se filtrara a través de los sonidos nocturnos cargados de parásitos.

Fue también en Shanghai donde cobraron mayor relieve las diferentes personalidades que Fethi y yo teníamos. A los ojos de los responsables del Instituto, yo, con mi título de profesora de castellano y socialmente de clase media era menos interesante que Fethi con su pasado de combatiente contra el colonialismo e hijo de una sociedad combativa y colonizada. Sus clases eran conversaciones de temas sociales o políticos, expresión oral que las llamaban; las mías eran los cursos tradicionales de la enseñanza de una lengua extranjera. Pero esta misma manera de verme como una intelectual me permitió dos cosas importantes para mí: formar un grupito de teatro y descubrir el Perú. En efecto, se nos pidió a algunos profesores dar un ciclo de conferencias sobre América Latina. A mí me tocó hablar sobre el Perú, país que conocía muy poco. Por cierto que mi colega Lu me trajo una montaña de libros sobre el tema y así resultó que en China ¡descubrí el Perú!

Pero para todos, nuestra mayor preocupación era conocer lo que sucedía en el país. Leíamos regularmente "Pekin Informa", traducido a nuestras lenguas: estudiábamos la historia reciente llenos de admiración por Mao Tse-tung y ya que en esas andábamos nos metimos a estudiar un poco de teoría marxista. Teníamos, además, la suerte de que los dirigentes del Instituto organizaban a menudo salidas a centros industriales o rurales o aún viajes a otras ciudades.

En realidad, vivir en China en esos años justo antes de la revolución cultural fue un verdadero regalo de la suerte. Esta experiencia me llevará, años más tarde, a escribir una novela "El Pabellón de la Grulla Amarilla", que publiqué en París y que salió luego en español en Santiago de Chile. Atrás quedaron algunos comentarios de la prensa y quizás, algún día, algún crítico curioso se recreará con el encanto exótico de la China anterior a su apertura al capitalismo y a los diabólicos países occidentales.

Comenzaban a sentirse los preludios al gran cam-

bio que significó la revolución cultural cuando nació nuestro segundo hijo, Karim. Meses después, el ruido ensordecedor del vendaval con que avanzaban los jóvenes “revolucionarios”, perturbaron el transcurso de las clases. El Instituto debió cerrar sus puertas, pero el Rector, que no veía quizás lo que se venía encima nos pidió a los profesores que esperáramos un poco, que no regresáramos a nuestros países.

Desde Santiago, mi mamá me pidió que volviera, porque estaba enferma. Entonces no tuve otro deseo que volver rápidamente a Chile. Ahora fuimos cuatro los que emprendimos el nuevo viaje, rumbo a Santiago.

¡Oh, cielos! Volvía a casa después de cuatro años! Partí sin mirar atrás, casi sin sentir los besos de despedida, oyendo apenas a mi mamá que decía “un mes pasa pronto”. Y no fue un mes, fueron años y no regresaba sola, una niña caminaba a mi lado dándome la mano y un bebé en su moisés era sostenido por Fethi. La cordillera a lo lejos, mi hermano Leonidas, Capitán de Carabineros que viene a nuestro encuentro aún en la misma pista, a la bajada del avión y estallo en lágrimas, ¡oh, cielos, mis padres, mi familia, volvía otra vez a ellos!

Yo no era la misma. Los países y la gente que había conocido, los acontecimientos vividos habían barrido el barniz provinciano de mi adolescencia. Santiago tampoco era el mismo. La ciudad no cesaba de extenderse hacia la precordillera y hacia las comunas periféricas. Ahora la habitaban cerca de dos millones de personas y el animado centro de la ciudad por donde yo adoraba vagar cuando era estudiante se ha convertido en un espacio para el comercio, los cines, los paseos peatonales y las actividades gubernamentales.

La ciudad y yo habíamos comenzado a cambiar simultáneamente. El año 1962, cuando yo partía a Cuba, Santiago preparaba la Copa Mundial de Fútbol, lo que dio lugar a obras de mejoramiento de la ciudad, cambios en el centro, en algunos parques y nuestro querido cerro San Cristóbal adquirirá el título de Parque Metropolitano.

En mi barrio noté inmediatamente la ausencia de algunos antiguos vecinos. Unos habían partido hacia los sectores orientales de Las Condes, Providencia o La Reina, otros habían muerto; la casa que flanqueaba nuestro muro izquierdo estaba deshabitada y comenzaba a caer en ruinas; por el lado derecho, la familia Bernal había partido, al igual que las Mardones, mis amigas de infancia y donde los Urmenetas la vejez se había instalado en silencio y recogimiento.

Era febrero. Fethi me dijo:

-Me doy como plazo hasta agosto para saber si nos quedamos o no. Si tengo trabajo, ya veremos...

-Todos están tan contentos. Mi papá nos dejó el departamento del patio, ¿viste lo feliz que estaba la tía Pinina cuando vino a poner las cortinas?

-Sí, nos han recibido muy bien.

-Mi mamá te adora y mi hermana dice que eres buen mozo como un artista de cine.

Fethi manifestaba serenidad y curioso interés por todo. Sonriente, contaba a los jóvenes de la familia las historias del desierto que había conocido tan bien en sus años de guerra. En la casa podó el parrón del patio, limpió el garage que estaba lleno de cachibaches y arregló y barnizó los muebles arrinconados allí.

Mi mamá estaba encantada: “¡qué inteligente es!”. Así fue, Fethi se conquistó a la familia, pero no dejaba de pensar en Argel.

...

Chile vivía intensos momentos de efervescencia política. Cuando estábamos en China, las elecciones presidenciales de 1964 habían opuesto a Eduardo Frei, demócrata cristiano contra Salvador Allende; el radical Julio Durán había sido descartado. Ya para las elecciones del 64 la CIA trabajaba a fondo para impedir el triunfo de Salvador Allende. La campaña de la derecha esgrimía su arma favorita: el temor, crear en la gente el miedo al comunismo, a la mano extranjera que venía desde la Unión Soviética y Cuba, con su plaga de horrores y paredones.

Ahora la izquierda se preparaba para la batalla de las próximas elecciones de 1970, formando un amplio bloque que abarcaría, además del partido Socialista y el Comunista, las nuevas fuerzas que habían surgido últimamente, venidos de la Democracia Cristiana; la Izquierda

Cristiana y el Mapu Obrero-campesino, además del MIR (Movimiento de Izquierda Revolucionario). En este último partido militaban mi cuñado Washington y mi sobrino Nahuel, joven poeta que soñaba “con el triunfo de una nueva sociedad por la cual han muerto miles de hombres”. Pero dentro de este bloque de izquierda llamado Unidad Popular no había la misma visión de combate: para Allende, junto a los socialistas y comunistas la opción era ir a las urnas y ganar con la mayoría. Para otros, el modelo era la revolución cubana, con su guerrilla y el Che Guevara como símbolo. Mi cuñado que estaba en el CC. del MIR y que desaprobaba la “línea aventurista” de una fracción del MIR, partidarios de la lucha armada, se marginó de este partido, colaborando ocasionalmente con ellos y observando la evolución del proceso político del país. “Cuando llegue el momento no iré a votar”, me decía, “primero, porque no creo que Allende hará lo necesario para romper con el pasado y segundo, porque no creo que el imperialismo norteamericano permitirá su victoria”.

Como ya lo he dicho, era presidente Eduardo Frei, representante del populismo burgués de la Democracia Cristiana, sistema con el cual los campesinos, los habitantes de las callampas de la periferia urbana, los Mapuche y, en general, los desfavorecidos no veían nuevos horizontes a su vida. Todo se mantenía en un “statu quo”, como si la existencia de pobres y ricos fuera un hecho fatal e inmutable. Así es la vida, así lo será siempre, pensaba la gente, resignada.

Algunos amigos, entre ellos Beco Baytelman habían ayudado a Fethi para que encontrara trabajo y ahora era camarógrafo en la presidencia. Fue Beco también que actuó en un monólogo que yo había escrito, no recuerdo para qué ocasión, en el Teatro Continental de la Plaza Italia. Sólo recuerdo que se trataba de un tema chino. Por mi parte, yo trabajaba, desde marzo, en un Centro de Educación de la Avenida Grecia. Es decir, a los pocos meses ya nos habíamos instalados en la vida chilena, pero Fethi estaba desorientado, no reflejaba la jubilación anterior que le había conocido en Cuba y China.

Una vez me dijo:

-¿Te das cuenta? Luché contra el colonialismo y ahora soy camarógrafo de un presidente demócrata cristiano, que, según dicen, es apoyado por los Estados Unidos.

Creo que el hecho de asentarnos cada vez más en el país le causaba el problema de no saber cómo sacaría los pies después para volver a Argel.

En la casa éramos pocos: nosotros, instalados en nuestro altillo del fondo del patio y abajo, en su habitación, mis padres. Las tías Iturriaga pasaban a menudo a vernos y de vez en cuando, las tías Lira, es decir, la tía Pepa, la tía Toya y la tía Estela. Yo iba a mis clases, llevando conmigo a Yasmina a quien la dejaba en la casa de una señora, abuela de un alumno, que se ocupaba de ella por el día. Herminia, que se había hecho indispensable en la casa, se ocupaba de Karim o bien acampañaba a mi mamá, cuando ésta iba a Viña.

Todo parecía seguir un curso normal, pero no era así. Ya desde hacía algunos años la salud de mi mamá declinaba. Las cartas que llegaban a La Habana y luego a Shanghai mencionaban sus dolores, sus problemas y los esfuerzos de su organismo por recuperarse. No se crea que ella era enferma de quedarse en cama, ¿qué iba a hacer ella en la cama? Se levantaba, se desplazaba por la casa y aún viajaba lo que le daba una apariencia de buena salud que no dejaba de tranquilizarnos a todos.

Por eso, cuando vi que Fethi se iba apagando encontré legítimo su deseo de volver a su país y me pareció natural que volviéramos a Argelia. En algún rincón de mi identidad femenina dormiría la tradicional creencia de que la mujer abandona a sus padres y a su hogar por seguir a su marido. En todo caso, nos habíamos embarcado en una vida común y yo no tenía ningún deseo de desembarcar sola. Sospeché que iba a perder muchas cosas, muchos acontecimientos de la vida del país. Me dolió alejarme de la familia, pero imaginé que mis padres seguirían ahí y que los encontraría cada vez que viajara a visitarlos. A los

31 años salía otra vez de mi casa y esta vez, yo lo sabía, la dejaba definitivamente.

...

Nuestra etapa de pájaros migratorios terminaba. Lentamente posamos nuestras alas en la ribera sur del Mediterráneo. A ras de tierra empecé a adaptarme a la vida argelina y se me fue formando una piel de mediterránea. Pero desde lo alto de un árbol, mis ojos miraban hacia el país acostado a los pies de la cordillera, hacia Santiago, hacia la casa de la calle Chiloé.

En ese tiempo no existía Internet y sólo usábamos el teléfono para las urgencias, los cumpleaños o Año Nuevo. La verdadera comunicación se llevaba a cabo con las cartas, largas cartas donde se contaba de todo, donde yo sentía las risas o el llanto del que escribía, mi papá, mi tía Pinina, mi hermana Amanda, Leonidas y menos asiduamente los otros hermanos. El correo de Argel funcionaba bien y mi buzón tenía siempre algún regalo para mí.

Conocí así la vida de mi madre, su pena de ver que los nietos que crecieron en nuestra casa no se sentían a gusto con sus vidas, que andaban dando bote, como se dice. Por otra parte, la familia seguía creciendo, Cecilia y Octavio habían tenido un tercer hijo, una niña, hermosa al parecer. Pero ya la cúspide de la parvada comenzaba a desintegrarse. El mayor de los nietos, Fernando se fue a Perú donde quedó unos meses para volver a causa de la muerte de Olga, su madre. Después de un tiempo volvió a partir, destino a Europa, con escala en Venezuela donde se quedó y donde vive hasta hoy. Mi mamá se quejaba de no tener noticias de él y si hubiera podido, habría partido a buscarlo. Años después Fernando convence a Gandhi de partir a juntarse con él; éste, con su título de Dibujante Técnico se decide también a partir. Parten también Vicente y Maya, hijos del segundo matrimonio de mi hermano mayor y se llevan con ellos a Sara, su madre. Por ese entonces mi hermano vivía con Juanita, su última compañera.

Era una migración económica, el impulso de buscar

mejores horizontes que los que ofrecía Chile en una época en que Venezuela, país rico en petróleo era el país de América del Sur con mejores perspectivas de vida.

Un día Daniel, a sus dieciocho años anuncia a mi papá que quiere partir, él también:

-¿Adónde quieres ir, chiquillo?

-Quiero irme a Valdivia, abuelito.

-¿Qué vas a hacer a Valdivia?, ciudad chica con un clima helado y lluvioso. No quisiste seguir tus estudios, busca una pega por aquí. Puedes vivir en nuestra casa, si quieres.

-Quiero partir, abuelito.

Mi padre frunce el ceño. ¿Qué más puede hacer por estos muchachos si no es ofrecerles casa y cariño? Luego agrega:

-En ese caso andate a Arica; tengo gente conocida allá, te daré cartas y un poco de dinero y te pagaré el pasaje. Lo demás, te las arreglas tú. Sabes la pena que le darás a tu abuelita.

En efecto, mi mamá, que estaba en Viña, volvió inmediatamente a Santiago, ya sea a disuadirlo o bien a despedirlo.

Como todo joven que parte de la casa, Daniel quiso poner una distancia entre él y su pasado. Pero doña Lidia no era mujer a perder así un nieto. A los tres meses de estar en Arica, me contó Daniel, le avisaron que una señora lo andaba buscando a través de la radio, “¿Se da cuenta tía?, toda la ciudad sabía que una señora buscaba a su nietecito, es decir a mí”. La abuelita salió con la suya, fue a verlo y se alejó en la misma habitación arrendada por él: el nieto en el suelo y la abuelita en la cama.

Lo que le encantaba de esa ciudad de Arica, puerto libre de eterna primavera, era que allí había un casino

adonde iba a veces acompañada de su nieto, joven alto, de buena figura y rostro agraciado. Los tres hijos de Olga y César heredaron la buena cara de sus padres.

Cuando dos años más tarde Daniel decide casarse con Rosita, bonita trigeña de veinte años, la abuelita, acompañada de Marco Antonio, hijo de Amanda, se larga otra vez a Arica.

“Fue un viaje larguísimo”, recuerda Marco, “me parece que fueron dos días”. En realidad, el viaje dura veintiséis horas, atravesando todo el Norte Grande del país y haciendo escala en Iquique. La abuelita llega a tiempo para comprarle un traje nuevo al nieto, azul a rayas, y para darle una buena lección de que, a pesar de estar ahora casado, tiene que terminar sus estudios secundarios. A la novia ni la mira. Es toda doña Lidia con ese gesto. Daniel sonríe, divertido “es mi abuelita, no te preocupes, ya te querrá”. El matrimonio se celebra a las 11 de la mañana y luego se sirve un breve coctel en casa de la suegra. La joven y patipelada pareja se dió unos días de luna de miel cediendo, graciosamente, su habitación de la pensión a los familiares que los habían honrado con su presencia.

Marco se iba a la playa y mi mamá se iba a comprar té y otras cosas a precios ventajosos. Mucha gente iba a Arica a comprar mercaderías importadas con precios libres de tasa, para revenderlos en Santiago. Recuerdo, en mi época de estudiante, haber visto gente allegada a la casa que llegaban a ofrecer bonitos vestidos o ropa interior que, desde luego, mi papá me compraba.

Fue así, pues, como mi mamá de 69 años, con anemia, presión alta y arterioesclerosis recorrió valles y desiertos en bus, con otro de sus nietos, para ir a Arica, ciudad frontera con el Perú, a 2051 Km. de Santiago. Son los años en que un autor colombiano va a hacer noticia con una novela que refleja una realidad diferente de América del Sur. Se trata de “Cien años de soledad”.

...

Yo no vi a mi mamá derrotada por la enfermedad. Vi su decadencia física, vi su cuerpo disminuído por el peso de los años. Su paso se hizo más lento y su rostro se adelgazó. Sus cabellos eran blancos desde hacía muchos años. La que comprendió que la cuesta abajo había comenzado fue mi hermana. De pensar que en esa casona mis padres estaban solos, con una mujer que se ocupaba de las labores domésticas más la compañía de Herminia, mi hermana quiso trasladarse con su familia a Santiago. Washington aceptó y partieron con sus siete hijos a la capital.

Amanda obtuvo un reemplazo en un liceo y concursó para trabajar en el Gabriela Mistral, liceo de gran prestigio en ese entonces. Mi cuñado, como buen profesor chileno, empezó a juntar horas por aquí y por allá, a la espera del resultado de un concurso al que había optado.

Mi padre estaba feliz de ver la casa otra vez animada.

-¡Qué hijos tan tranquilos tienes! Pensé que meterían más bulla, si hasta el pequeñito Jorge no hace mucho ruido. Y qué bien han distribuido las habitaciones.

-Son hijos de profesores, papá, en mi casa por las tardes hay un ambiente de estudio, además los mayores, Nahuel y Rayen ya van a la Universidad. Fíjese, papá que he soñado dos veces con la Andreíta, la veo despidiéndose de mí desde el barco.

Cierto, yo había partido en barco con mi hija Yasmina y Fethi partió en avión con Karim. Muchas personas de la familia fueron a Valparaíso a despedirme, pero mi hermana no pudo ir, por eso me veía en sueños. Era la segunda vez que yo iba a Europa en barco, la primera vez se trataba del viaje de final de los estudios universitarios y mi mamá había partido conmigo, ¡Cómo habría perdido ella esta magnífica ocasión de viajar y conocer! Puso el dinero de su reciente jubilación en este asunto, lamentablemente un ladronzuelo llamado Luisseti nos estropeó nuestra alegría

al robar el dinero de mi padre, quien nos acompañaba hasta Rio.

Con la llegada de la familia de Concepción la vieja casona se sintió rejuvenecer y recobró su ambiente festivo para los cumpleaños, aunque ahora celebrados en la intimidad de la familia con asistencia de todos los hermanos a quienes los afanes personales los mantenía a veces un poco alejados.

César, el hermano mayor, se estaba preparando para visitarnos en Argelia. Octavio, cuyo nuevo título de arquitecto le abría las puertas a una exitosa carrera que hará de él, con el tiempo, un hombre de excelente situación. Manuel, indeciso y escéptico frente a los amoldamientos de las diversas fuerzas de la izquierda se mantenía, expectante, al margen del partido socialista. Leonidas, perteneciente a una institución de policía con carácter militar cuyo lema es "Orden y Patria" lamentaba las manifestaciones estudiantiles que se producían en el centro de Santiago en protesta por el derrocamiento del gobierno de Perú y los baleos de estudiantes en México y Uruguay. Como hace años, cuando mi mamá y yo nos encontrábamos en manifestaciones parecidas y teníamos derecho a una buena ducha por parte del guanaco de los carabineros.

...

¡Pero Allende esta vez ganó las elecciones! Los escépticos de la izquierda, como mi hermano, como Washington, tuvieron que reconocer que en la euforia de esa campaña se habían cristalizado las esperanzas de amplios sectores de la población. Vienen las ceremonias del Te Deum Ecuménico en la Catedral y la del Congreso en la cual Frei transmite el mando al nuevo presidente y luego la gran parada militar en el Parque Cousiño. Mi papá me describía todo esto, agregando que mucha gente adinerada, ansiosa de salir rápidamente del país, se había ido corriendo a la calle Monjitas a hacer la cola para vacunarse. ¡Así es! En esos años había que tener el carnet de vacunación para viajar.

No sé cómo vive mi mamá este acontecimiento que en principio tenía que haberla llevado a manifestar su alegría en las calles del centro de Santiago, porque una fuerte infección de los riñones, causa de la anemia, la tiene postrada en cama. El último tiempo el cansancio y la enfermedad la llevaron a retirarse a Viña, acompañada de Herminia. Es allí que supo del nacimiento de su nieto Omar Adrián, en Argel, a quien no llegará a conocer. Me transmitió, con mi papá, que en pensamiento estaba a mi lado.

En Santiago, me explica mi cuñado Washington, Allende va definiendo paulatinamente su política con un sentido progresivo y muy pronto anuncia en un discurso la estatización de todos los bancos y el Ministro de Tierras declara que serán expropiados todos los fundos de más de 80 Hectáreas. Esto se agrega a la decisión que había tomado el Presidente de presentar un proyecto de reforma constitucional para nacionalizar el cobre. El país va hacia un socialismo democrático y soberano. Hay un movimiento de atraer a las potencialidades de izquierda y Washington es llamado para un cargo en el Centro de Perfeccionamiento del Magisterio.

Mientras tanto, mi mamá ha vuelto de Viña porque se siente muy mal y Amanda insiste para llevarla a otro médico y que otros exámenes sean hechos. Mis hermanos han llegado a Chiloé a ver a su madre y en el hall conversan sobre la situación política:

-El gobierno ha puesto banderillas a los tres toros enemigos -dice Washington- el imperialismo, con el cobre; la oligarquía terrateniente y la burguesía financiera.

-No deja de ser una situación peligrosa -comenta Manuel.

-Tenemos que prepararnos para la reacción, que no tardará en venir -responde Washington- Lo peligroso es que no veo movilización de masas. Allende nos ha sorprendido a todos. Ahora hay que saber defenderlo.

Y Washington que me escribe: “Andreíta, hay un hecho irrecusable y sólido: PARTIMOS ¡partimos hacia la revolución y el socialismo!

...

Mi mamá vuelve otra vez a Viña, dos horas en auto por el tunel “Lo Prado”. Ya no son esos viajes larguísimos de mi infancia cuando el camino subía y bajaba cuestas. La familia se moviliza para acompañarla, Nani, se cuñada Norma, Silvia, Leonidas; César y mi papá se iban el jueves o el viernes. Desde Santiago mi hermana insiste en que la traigan a Santiago, que hay controles que hacer. Ella respondía “¿Qué voy a hacer en Santiago?, aquí hace menos calor”. Cierto que el verano iba muriendo, pero marzo puede ser todavía caluroso.

Y fue otra vez su salud que la obligó a volver a la capital. Está tan mal que entra en Urgencias del Hospital de Carabineros a las tres de la mañana. Al otro día, sintiéndose mejor, se permite a la familia que entre y ella conversa con todos y se preocupa de que sean atendidos, ¡cómo si estuviera en su casa. Mi hermano Leonidas sonríe y dice: “está mejor”.

Pero no está mejor, la pasan al Pabellon de Recuperación donde no puede recibir visitas.

-Mi papá pregunta a Leonidas:

-¿Enviaste un telegrama a tu hermana?

-Justamente, me lo devolvieron por dirección equivocada.

Hacía algunos meses nos habíamos cambiado desde Birmandreis a Hydra; cuando nació mi hijo Omar ya vivíamos en Hydra y mandé la nueva dirección, pero no sé por qué razón nadie la tenía ahora. Mi hermana me escribirá días más tarde: “Dentro de nuestro dolor se agregaba la pena de que estuvieras tan lejos y no poder contactarte”.

Mi mamá se fue en un suspiro. Le falló el corazón. Yo

no supe nada, no adiviné nada. Por fin a alguien se le ocurrió enviar un telegrama a la Embajada de Chile y fue así como supe que mi mamá yacía ahora en su morada definitiva, en la sepultura familiar del Cementerio General que ella misma había mandado construir muchos años atrás.

La casa de Chiloé se vistió de luto. Su ataúd se expuso por dos días en medio del jardín de flores que formaban las coronas en la pieza contigua al comedor, habilitada como sala de velorio. En el hall se celebró una misa con asistencia de amigos y parientes y fue despedida en el Cementerio con las palabras de Inés Flores, dirigente de la Unión de Profesores de Chile y de César Godoy, combativo profesor de izquierda, a quien mi mamá había admirado tanto.

Ese día Fethi volvió a casa con el rostro sombrío: venía de la Embajada donde le habían anunciado la muerte de mi mamá; yo me sentía contenta, puse la música e hice dos o tres pasos de danza. El me detuvo y me dijo: “No Andrea, no es día para bailar”. Me lo dijo y entonces algo se rompió en mí, como si me hubieran arrancado una fibra desde lo más hondo de mi ser. A pesar de las palabras de simpatía de familiares y amigos un extraño vacío me rodeó: comprendí que nadie sentía su muerte por ella misma, nadie la había conocido. Sólo Fethi me acompañaba en mi dolor, sólo él podía evocar su persona, además de la imagen difusa de dos niños de seis y ocho años.

En Junio, al final de mi trabajo en la Universidad donde era profesora, pude por fin ir a Chile llevando conmigo al pequeño Omar.

...

Con mi madre se fue una etapa feliz de nuestra casa. Acontecimientos políticos, geofísicos y la muerte de mi padre, catorce años más tarde terminarán de horadar la unión familiar y la estabilidad de la vieja casona. En los primeros meses del nuevo gobierno mi familia vivía en la calma de días laboriosos y productivos y se dejaba llevar por la aparente tranquilidad del transcurso del tiempo.

Mi hermano Leonidas dejó su casa a mi sobrina Rayén, hija de Amanda, porque él, ascendido a Mayor, había sido trasladado a Arica. Rayén y su marido Héctor, jóvenes profesores son ya padres de un hermoso bebé. Adrián es un brillante alumno de Ingeniería de aviación y los otros pequeños habitantes de la casa de Chiloé cursan la Enseñanza Básica. Wáshington, por su parte, gana un concurso para enseñar Historia Universal en la Universidad de La Serena, al norte del país, feliz por las ventajas profesionales y económicas de este cargo que le permitirá, además, enseñar el Materialismo Histórico. Como buena heredera de lo activista que era mi mamá, mi hermana también participaba en marchas y reuniones solo que ella era realmente militante del partido socialista.

Era el transcurso de la vida tranquila de una familia chilena. En el extremo del largo país, en la puerta norte, se encontraba Leonidas a quien su trabajo lo hará recorrer toda la longura de su país. Yo me beneficiaba de eso con el relato que me hacía por carta de las regiones que conocía. Desde Arica me dirá: "He conocido casi todos los pueblos del interior, Putre, Visviri, Belén, Chapiquiña, etc. pero lo que más me impresionó es el Lago de Chungará, ubicado en el límite con Bolivia a 4600 mts. sobre el nivel del mar. Es enorme y sus aguas azulosas. De sus riberas emergen enormes volcanes cubiertos de nieve como el Parinacota, los Payachatas, el Sajama, etc. Es región de alpacas, llamas, vicuñas, patos, avestruces, burros salvajes, aguilas, etc". Mi hermano me hablaba de la gente, de sus costumbres, sus fiestas autóctonas, sus ritos, danzas que datan de la época incaica. Bajo el uniforme del carabinero había un observador etnólogo que escribía para la revista de su institución y que me pedía artículos sobre Argelia. Recolectó, también, algunas leyendas del desierto para una Memoria de DEA que yo dirigía con el tema de Leyendas del desierto chileno y argelino.

Pero pronto esta agradable calma terminó. En las oficinas de la presidencia de Estados Unidos una de las preocupaciones era hacer caer a "ese insignificante país" del sur del continente y a ese "hijo de puta" de Allende, como lo llamó Nixon.

El 11 de septiembre de 1973 el cielo cayó estrepitosamente sobre Chile. Hasta la gente que casi no salía de sus casas, como las tías, tuvieron miedo. La Moneda fue atacada e incendiada, muere el presidente Allende y hubo arrestos masivos tanto en Santiago como en el resto del país. La onda de choque se extendió desde la frontera norte hasta Tierra del Fuego. Esa larga franja era castigada por querer salir de la hegemonía del imperialismo norteamericano e ir contra los intereses del sistema conservador y financiero de la burguesía chilena. Se sabe hoy que un representante de esta clase financiera, Agustín Edwards, había partido a Washington para expresar al director de la CIA y a Kissenger que había que impedir la elección de Allende. Antes de que Allende asumiera sus funciones, en la Casa Blanca, en la capital de Estados Unidos el presidente de este país daba sus instrucciones para derrocar a un presidente sudamericano elegido democráticamente. ¡Qué asco!

Desde luego la reacción de mis familiares frente a estos hechos no es armónica. Adhiere al Golpe, por convencimiento y lealtad a su institución mi hermano Leonidas; Manuel mantiene una callada oposición, mis otros hermanos se callan también, convencidos en el fondo de que la Unidad Popular los llevaba a un abismo. Los efectos del Golpe los sufrirán en carne propia Washington y Amanda.

Para mi hermano Leonidas -que fue el único que me escribió directamente de Chile, pues otras personas me escribieron cartas tan codificadas, casi imposibles de comprender, o me hacían llegar mensajes por gente que salía del país- para Leonidas, el país con Allende estaba viviendo un sistema totalitario "con un paro que tenía a todo el país detenido y una insensibilidad del gobierno para buscar una solución y no la deseaba, lo único que quería era seguir ganando tiempo para continuar armándose". Mi hermano alude al plan Z, según el cual el gobierno entraba armas al país, y en las industrias se fabricaban armas y granadas para formar un ejército y provocar una guerra civil. Mi hermano cree en ese plan, más aún, cree haber tenido en sus manos documentos que lo confirmaban.

Hoy se sabe que no existió el llamado plan Z, supuesta maniobra del gobierno de Allende que consistiría en un autogolpe para imponer un gobierno marxista. Según los archivos desclasificados de la CIA el plan Z fue una falsa divulgación de ciertos círculos militares chilenos con el fin de crear el miedo y una guerra psicológica que justificara la represión y la brutalidad que siguieron al golpe militar. Después de septiembre de 1973 la CIA suspendió el financiamiento de las operaciones que habían llevado al país al caos económico y al descontento general.

En política todos los golpes son permitidos y la mentira es un recurso más para manejar a la opinión pública. Nada más difícil que conocer la verdad cuando los hilos son manejados desde el poder o desde una institución que se respeta. Muchas personas, como mi hermano, creyeron sinceramente en este plan y pensaron que debían defender al país.

En Argel, por cierto, no sabía nada de este famoso plan, pero sí recibí diversas peticiones de ayuda, gente que enviaba un papel con alguien que salía del país. Estos mensajes mostraban el miedo y el agobio que se vivía. Fue de una enorme tristeza saber que Margarita, mi compañera del Pedagógico, había sido detenida... en Arica. Parmenia, agobiada me pedía que hiciera algo por ella. Mi hermano Manuel también me solicitó por gente que él conocía y de todas estas personas sólo uno llegó a nuestra casa, su amigo Nahum Castro que fuera, en el gobierno de Salvador Allende, Director General de Ferrocarriles del Estado.

Cierto, Argel fue un país de refugio de decenas de chilenos; llegaban desorientados, adoloridos y en la capital argelina encontraban comprensión, solidaridad y, sobre todo, trabajo y techo.

Después del Golpe, algunos amigos que trabajaban en Argelia, los llamados Cooperantes Técnicos, Fethi y yo habíamos formado un Comité de Solidaridad con el Pueblo Chileno. Estaban, recuerdo, Antonio Cubillo, María Lecea, profesora española y varios franceses e italianos que trabajaban en un organismo llamado COMEDOR. Para

todas las actividades que se proyectaban se necesitaba dinero. Con tal motivo, Fethi ofreció que las donaciones se hicieran a su cuenta postal, no usada por él pues recibía su sueldo en una cuenta de banco. ¡No sabíamos en qué lío nos habíamos metido! Fethi estuvo detenido un día en una comisaría hasta que el embajador del derrocado gobierno de Chile pasó a declarar en favor de él. En realidad, nuestro error había sido el de crear un Comité sin la autorización del Partido FLN. Para ser breve, este impulso y esta gente pasaron a formar la base del llamado Bureau de la Resistance Chilienne que quedó, naturalmente bajo la protección del Partido. Fue este mismo Bureau el que ayudó a entrar en Argelia a numerosas familias chilenas. Cuando se hicieron cargo de él los mismos exiliados chilenos, yo me retiré, porque no me correspondía nadar entre dos aguas.

...

Desde que había llegado a Argelia me había dedicado a la enseñanza y a la investigación. El choque emocional que me produjeron los acontecimientos de Chile me llevaron a renovar con la escritura de creación. Mi novela corta "Por la sangre se escapa el alma", traducida con el título "Le Sang, l'Ame et l'Espoir", tiene defectos de estructura, traducción y edición, pero destapó toda la fuerza de una sensibilidad constreñida durante los últimos años en que mi vida había cambiado. Fue ese libro que me hizo ver que no sólo el profesorado y la investigación eran mis dominios, sino también aquello que en mi adolescencia y juventud había sido mi aspiración y mi evasión.

Volviendo a mi casa en Chile. Por cierto hubo disidencias con respecto al momento que se vivía, pero no desunión. Las diferencias ideológicas no impedían, en Chile, que los parientes se vieran, aunque sea esporádicamente, con el ceño fruncido o palabras irónicas. La que sufrió fue la familia de mi hermana. Washington fue detenido en La Serena y mi hermana, que solo unos meses antes había presentado sus papeles para la jubilación estaba ya sin trabajar. Ella se había acogido a la ley que reconocía a la mujer el derecho a jubilar con 25 años de trabajo, si tenía

cinco hijos o más y mi hermana cumplía estas condiciones. Sin trabajo, el sueldo se le redujo a la mitad y quedó sola a cargo de su familia y de nuestro padre, ya anciano, aunque todavía fuerte y con su propia entrada económica.

Aquel invierno del 74 fue triste y sombrío. Ya a mediados de mayo empezó a llover y la lluvia no cesaba de caer sobre Santiago. "Hace tanto frío, me contaba Manuel, que hasta ha caído nieve en la parte alta de la ciudad". ¿Te acuerdas, Manuelito, cuando yo era chiquilla liceana y tú llegaste una vez corriendo a buscarme a casa para que fuéramos a ver la nieve en el barrio de Las Condes y más allá aún, donde la ciudad empieza a subir por la cordillera? Pero en este invierno en que los diarios titulaban a grandes letras "Diluvio en todo el país" ya no tenías ánimo para ocuparte del tiempo. A tu oficina llegaba gente recurriendo al abogado para que los ayudara a salir del país. Llegó una mujer joven con su hijo pequeño que necesitaba la autorización del padre para partir. Sólo que el padre estaba desaparecido. Te fuiste al Juez de Menores para explicar que se ignoraba el paradero del padre. Me cuentas lo que haces, te duelen los miles de damnificados que ha dejado la lluvia, los 25 muertos, los 74 puentes cortados, carreteras deterioradas, edificios públicos inhabitables y cinco mil viviendas destruidas. ¡señor! ¿Era necesario agregar más sufrimiento después de la catástrofe política?

Mi hermana y otras personas se movilizaban para conseguir un país que acogiera a Washington o un ofrecimiento de contrato, condición para salir de prisión y del país. Nosotros con Fethi también presentamos su curriculum, que era imponente, esperando que le saliera algo en Argelia. Por fin la travesía del desierto para ellos se terminó a comienzos del 75. Desde Argel recibí inmediatamente una carta de Washington: "...Como usted está viendo, gratas novedades se han producido en la familia nuestra; regresé el 21 de diciembre en la madrugada y, en el mismo terminal de buses, pude abrazar a Amanda y a todos los hijos. Desde ese momento estamos gozando de la vuelta a la vida normal del hogar y, naturalmente, la Pascua y el comienzo del nuevo año están muy teñidos de felicidad

para nosotros. Una vez más me he complacido de que sea Amanda mi esposa, mi compañera en el hogar y en la vida al reencontrarla y al ver su obra: la conducción del hogar y la acción formativa sobre los hijos, ambas tan hermosamente realizadas contando sólo con sus fuerzas durante estos largos casi quince meses de ausencia mía. Igualmente, ver cómo los hijos han madurado, se han hecho más hombres sensibles, finos, enteros me llena de satisfacción y orgullo y me complazco en encontrar en ellos un rico contingente de valiosos amigos para mí, unidos por un sólido afecto que nace y se fortalece en la soberana autonomía personal de cada uno. También me ha sido placentero el reencuentro con don Próspero y ver su alegría, su salud, el vigor físico y mental prácticamente intocados por el paso de los años.

“La noche de Pascua la pasamos en casa de Rayencita, junto a los nietos y la noche de Año Nuevo acá, en Chiloé con todo el clan Iturriaga y la parentela bajo la augusta y patriarcal presidencia de don Próspero. Esa noche hubo recuerdos y brindis por usted, Fethi y los niños, así como por Leonidas y su familia, los únicos ausentes. Fue una hermosa noche muy grata para nosotros y creo que para todos los Iturriaga; a propósito, también estaba el Popito, hoy Fernando con el debido respeto, su esposa y su pequeña hija Sandrita. Con Amanda hemos ido a visitar a las tías cuya vida se desenvuelve sin sobresaltos y cuyo hogar es grato refugio efectivo.

“Volviendo a mi caso, mi situación es de libertad bajo fianza, con obligación de presentarme a firmar semanalmente acá en Santiago y siempre a disposición de La Serena hasta que se resuelva en definitiva el proceso. Por otra parte, la esperanza a que aludía Amanda en su carta anterior se va concretando y se me ha anunciado que en estos días debe llegar una invitación para mí de la Universidad Libre de Bruselas que me permitiría viajar y llevar luego a Amanda y los cuatro hijos menores. Esto que le digo es completamente independiente de la emoción con que leímos su carta, de lo que me conmovió (he vuelto con una hipersensible emotividad) percibir en su carta la cálida fraternidad suya y de Fethi, casi como si la oyera

hablar y los estuviese viendo... ¡Qué grato es sentir que no se está solo sino fuertemente unidos con ustedes! A Fethi le digo que me guarde la pieza que me tiene que, si no es permanentemente, es seguro que temporalmente la voy a usar... y muchas veces espero... ”.

Washington y mi hermana partieron a Bélgica ese mismo año. Rayen vivía todavía en La Florida, en casa de Leonidas, con su marido y sus hijos pequeños. Antes de partir Washington le dijo: “Mira Rayencita, quiero que tu madre se vaya tranquila, me gustaría que vinieras a vivir con don Próspero, para acompañarlo, después tú verás”. La vieja casona pasó, pues, a estar a cargo de tres nietos, hijos de Amanda: Nahuel, Adrián, Rayen y su marido Héctor. Dos estudiantes y dos jóvenes profesores. Poco tiempo estuvo la gente joven en Chiloé, Rayen y Héctor partieron a Bélgica, Adrián se casó y antes que el barco zozobre, Leonidas, flamante Coronel recién trasladado a Santiago se instaló en la casa con su esposa Silvia y los pequeños Patricia y Quenito. Tampoco quedaron mucho tiempo, un año quizás. Y llegó el turno de Manuel de hacer la mudanza. Mi padre me lo hizo saber con una carta: “...Empezaré como se empezaban todas las cartas en tiempos de mis abuelos: Espero que ustedes estén sin novedad, que yo por aquí estoy gozando de buena salud. Y así es, en realidad. Muy contento de tener en nuestra casa de calle Chiloé a Manuel, la Nani, sus cuatro hijos, a la Inés con sus dos guaguas y yo, en la pieza que da a la calle, mi habitación. La pieza que sirve de escritorio está lista para cuando venga alguno de ustedes.

Sigo yendo los jueves donde mis hermanas y le echamos una repasada a los ausentes. Supongo que mis nietos argelinos están convertidos en unos perfectos árabes y además en lingüistas. ¡Cómo me gustaría verlos!

Con un saludo especial para Fethi te abraza, Papá.

Mi padre ya tenía una edad avanzada. Acogió con satisfacción a su hijo Manuel y a su numerosa familia pensando que con él no había riesgo de que partiera pronto: ni exilio, ni traslado por razones profesionales. Más aún,

con él y su descendencia, estaba seguro de que siempre en esa casa viviría un Iturriaga. No veía que la vieja casona era un constante gastadero por el arreglo de mil y un detalles de mantención. Además, mi hermano se había echado sobre los hombros los gastos cada vez mayores de una persona en rápida caída hacia una situación de dependencia y hacia un deterioro de sus facultades mentales. Gastos que asumía solo como consultas médicas periódicas, despacho de recetas, y años después, la asistencia de una enfermera.

Pronto, mi padre ya no fue capaz de ir solo a pasearse por las calles que tan bien conocía del centro de la ciudad. Salía cuando Leonidas pasaba a buscarlo para llevarlo a almorzar donde sus hermanas los días jueves o para ir a dar una vuelta, entonces, "se diría que revive" me contaba mi hermano. El silencio y la soledad de su habitación no le pesaban; si venían ruidos del hall por la carrera de los niños pequeños de Inés, cerraba la puerta y encendía la radio, con un libro en la mano, sentado en su sillón cerca de la estufa. La melancolía la sentía cuando iba a almorzar con sus hermanas, veía entonces que estaban viejos y que planeaba sobre ellos el recuerdo de los muertos y los ausentes. Por eso se entregó a unos nuevos amigos, una pareja de estafadores que venían a buscarlo para llevarlo a distraerse y como vampiros le gastaban el dinero que andaba trayendo. Esto ocasionaba malestar y enojo entre sus hijos. Manuel respondía "¿qué se gaste su dinero como quiera!... además, le gusta estar con ellos... parece que son atentos y él se deja querer". Este dinero era su jubilación y la esporádica renta de la casa de la calle Pedro LU.

Toda responsabilidad de su oficina la había relegado en su hijo César. Ya por esos años muchas cosas se le escapaban de la mente. Así, por ejemplo, se dejó llevar por su hijo mayor ante un notario y firmó un papel sin darse cuenta que iba contra sus intereses. Pero el mayor problema en que se vio envuelto, cuando ya tenía noventa años fue un proceso que le entablaron los sobrinos de una antigua empleada.

Paulina pasó su vida en la oficina haciendo los más

diversos trabajos. Sonriente, humilde venía a prestar servicios y el jefe le daba un sueldo a fin de mes, sin considerarla formando parte del personal de contadores. Así fue como pasó el tiempo y la mujer cumplió treinta años de trabajo sin que se le hubiesen pagado las imposiciones. Cuando mi hermano mayor pasó a ser el jefe de la oficina decidió modernizarla, sacarle el polvo y comenzó por renovar el personal. Paulina fue despedida. Posiblemente ahí sus sobrinos descubrieron que la vieja tía no tenía jubilación y entablaron un proceso contra César. Pero legalmente César era empleado de don Próspero, era éste el empleador y el proceso cayó contra él.

A todo esto Paulina muere y la deuda era enorme. El fallo del juicio pide que se embarguen y rematen los bienes de la casa de Chiloé y de la Oficina de la calle Nueva York. Mi papá, adolorido por la reciente muerte de sus hermanas Mirthala y Emelina queda, prácticamente, indiferente al resultado del juicio.

Las diferencias ideológicas que se habían manifestado en el momento del Golpe de 1973 no habían roto la cohesión familiar. Donde crujió esta cohesión y se rompió causando rencor, enojos y amargura fue en este juicio de Paulina con el dinero que se debía pagar ¡Con qué aflicción, mi hermana y yo, seguíamos desde el extranjero la evolución de esta historia! Sinceramente, no sé en qué acabó este embargo, cómo lo arreglaron, aunque sospecho que cosas de valor salieron de Chiloé. Tal vez Manuel prefirió evitarnos los detalles penosos del asunto.

Cuando se viven días felices los movimientos del alma de un grupo familiar o social se manifiestan de una manera parecida. Pero en la tormenta de días difíciles surgen con agudas notas los relieves de los diversos caracteres. Aparecen entonces la esencia conflictiva de unos y egoísta de otros; aquel que por la concordia familiar busca modificar su propia iniciativa y aquel otro que no cambia ni un ápice en su posición inicial. ¡Bienaventuradas las familias que no tienen conflictos!

...

Una tranquila tarde de fines de verano la casa de Chiloé estaba entregada al quehacer rutinario de sus habitantes, entre ellos mi padre, cuando llegó el sismo. Como siempre, un ruido sordo, un estremecimiento de paredes, ruido de objetos que caen, lámparas que se balancean, un nieto que va a ver si el abuelito está bien. Mi papá, lívido, no se ha movido. Como es día sábado, Manuel y Nani, siguiendo el rito de la visita semanal que ellos hacían a la tía Pinina, se encontraban en la casa de la calle Santa Elvira.

Como dice Leonidas “ya debiéramos estar acostumbrados a que vivimos en un país de terremotos. Es una constante histórica”. Pero no, no se acostumbra uno a “los inclementes movimientos de la tierra”, a los estragos en ciudades grandes y pequeñas, a los destrozos en los pueblos y carreteras, a los largos rescates de la gente que queda entre los escombros.

“Todo el verano ha habido una sucesión de temblores que parece que nos salvarán de una catástrofe”, me escribía Manuel. Pero fue un mal cálculo, esos movimientos de poca intensidad culminaron en el sismo del tres de marzo cuando ellos jugaban plácidamente a la canasta con la tía y Aurora. Después de unos minutos interminables en que estuvieron refugiados en el marco de una puerta, el terremoto cesó. Aprovecharon para volver rápidamente a Chiloé. La calle San Francisco estaba llena de cúmulos de adobes y ladrillos y la gente, asustada, había salido a la calle. Al llegar a la casa vino otro remezón fuerte y Manuel y Nani se precipitaron a sacar al padre a la calle, donde lo sentaron bajo un árbol.

En las horas que vienen después de un terremoto las familias buscan comunicarse, visitarse, saber cómo se está. Por la noche nadie duerme bien, muchos desertan su propia casa. Al día siguiente Leonidas y Próspero llegaron a Chiloé, igualmente Alfredo y parientes de Nani, el teléfono sonó a lo largo del día.

Pasados los primeros momentos de angustia y después de comprobar que no había desgracia personal

los hermanos se enfrentaron a las graves secuelas que el sismo había dejado en la casa, ¡Era un hecho palpable: nuestra casona había envejecido! La muralla colindante con el sitio eriazo de la casa vecina había sido refaccionada el año anterior, pero ahora amenazaba con derrumbarse; la muralla del comedor también se afirmaba precariamente y había grietas en las piezas y en el baño. Reparar la casa sería un gasto enorme y continuar ahí, con los temblores que no paraban había producido en mi cuñada el deseo de salir escapando de esa casa, de arrendar en otra parte.

Mi padre propone que se pida un préstamo al Banco de Chile, ¿cómo es posible que su casa, en la que vivirá siempre alguien de la familia, esté ahora dando síntomas de flaqueza? Manuel comprende que el padre sufre con la sola idea de abandonar la casa y calcula un presupuesto de reparación. Si se obtiene un préstamo, más el arriendo del departamento de Viña que la familia no disfruta desde hace ya tiempo, se puede pensar en lanzar las obras de refacción. Pero uno de los hermanos se opone al préstamo, y ¡pum! regreso al punto de partida.

Manuel se decide a emprender solo el gasto de lo más necesario para vivir en la casa: afirmar las murallas y cambiar el techo. Mi padre duerme ahora en la pieza del escritorio y durante unas semanas vería entrar y salir a los obreros, oiría los golpes de martillos y el sonido tan especial de las carretillas sobre las baldosas del pasillo de entrada. Imagino que asistiría complacido a la cura de ese viejo cuerpo enfermo. Para distraerlo, a veces mi cuñada Nani llamaba un taxi y salían los dos a caminar por el Parque Bustamante. El paseo llevaba a la conversación y a la confidencia. En ese mundo terminal en que nuestro padre vivía, ¿había lugar para recordar a las hijas? Parece que ya hablaba poco de nosotras a quienes el destino había impedido de acompañarlo en sus últimos días.

Mi padre murió en junio de 1985. Una bronconeumonía derrotó las defensas de su cuerpo y lo mantuvo inconsciente desde las primeras horas de un día gris y frío hasta la tarde. Pero el día anterior había sentido que se

acercaba el final. Pidió que llamaran a su hermana Pinina, la última de todas las tías a estar en vida. Ella le tomó una mano, hablándole. Mi papá no respondió, pero unas lágrimas se deslizaron de sus ojos cerrados.

Más impresionante que el dolor agudo que atenaza a algunas personas al partir es comprender la angustia y la tristeza que oprime a quienes ven la muerte cercana.

Mi padre no murió solo, a su lado estaban Alfredo, Marco y Víctor, hijos de Manuel; una inyección le produjo un momento de lucidez que le permitió sentir la presencia y el calor cariñoso de las manos de sus nietos. Partió sin un quejido.

...

Manuel supo reconstruir toda la felicidad que esta casa podía dar. Para la joven generación de Iturriaga mantuvo las tradiciones de su juventud. Otra vez las fiestas de cumpleaños, las partidas de ping-pong, las visitas de amigos en una libertad que no había en nuestros tiempos. La casa, herida y llena de moratones sigue siendo “la gran casa” que ellos no podrán olvidar. “Recuerdo con nostalgia cada una de sus piezas y siempre le comento a mis niños que me encantaría vivir en una casa tan grande como esa”, me escribe Víctor, “cuando estábamos en el comedor era un gusto compartir en familia y teníamos la impresión que podíamos armar cualquier boche sin molestar a los que estaban en los dormitorios. En los peldaños de la escalera que llevaba al interior y a la cocina, donde en tiempos de los abuelitos hacíamos nuestras gracias, son los hijos de nuestra generación que hacen sus numeritos”.

La verdad es que la casa de Chiloé acogió a varias ramas de la familia y si todos tenían su manera de vivir algo se les pegaba del ambiente tradicional. El tiempo, mientras tanto pasaba, febril y enloquecido o bien con aires de eternidad. Ese año del 87 se presentó hinchado de acontecimientos. En enero volvieron del exilio Washington y Amanda, gracias a la apertura de Pinochet que permitía el retorno de un cierto número de exiliados. Imagino la

felicidad que sintieron al volver otra vez al país y al abrazar a sus dos hijos, Nahuel y Adrián que habían quedado en Chile. De los que partieron con ellos sólo regresó Oscar, hecho un flamante geólogo. Felices de encontrarse con los suyos, recién llegados partieron a saludar a la tía Pinina, por ese camino tantas veces recorrido de los habitantes de las dos casas: Chiloé, Marina de Gaete, San Francisco, Santa Elvira.

Ellos llegaban y otro sobrino se desgranaba de la piña: Eduardo, llamado el Lalo, hijo de Octavio, partía a Estados Unidos a la búsqueda de mejores horizontes. Eh, oui, por nuestra familia también soplaron vientos de aventura y rebeldía de los que no esperaban mejorar su situación en el contexto chileno. También desaparece Nahuel, el hijo mayor de Amanda, cuyo fallecimiento inesperado sumió a la familia en el desconcierto y el dolor.

En un momento de remanso tranquilo del mismo año Marco Aurelio, el más joven de los hijos de Manuel celebra su matrimonio con Viviana. ¡Quién diría que la casa, toda iluminada, se llenaría otra vez de gente, con una tía Pinina muy elegante testigo de Marco! No deja de ser singular que el matrimonio se llevara a cabo en un espacio absolutamente “chilote”, por llamarlo así. La ceremonia se realiza en el hall; la apetitosa comida, servida por los jóvenes parientes había sido hecha por Nani, la madre del novio, sin olvidar el aporte de aves del padre de la novia. La fiesta y la música terminaron hacia el alba. Al partir el último invitado la casa cerró la puerta a su última fiesta.

Y el tiempo corrió inmutable hasta octubre de 1988.

El 5 de octubre de 1988 es una fecha histórica para Chile y para Argelia. Por cierto que en Argel toda mi atención iba a lo que estaba sucediendo en la parte baja de la ciudad. En un momento dado de la mañana Karim, mi hijo, me llamó por teléfono desde algún lugar de la Plaza Primero de Mayo:

-¡Mamá! Está sucediendo algo grave, la calle está llena de gente desatada que rompe todo lo que sea del

estado, han incendiado un ministerio y se están enfrentando a la policía. Mamá, llama por teléfono a Amel, dile que no venga al centro, teníamos que encontrarnos al mediodía, dile que no venga, yo no logro dar con su teléfono.

Ahí supe que la manifestación que había visto desde mi balcón, en Val d'Hydra, no era una simple huelga de estudiantes, se trataba de un verdadero movimiento social que de Argel se propagará rápidamente a otras ciudades como Orán, Constantina, Tizi Ouzou, Annaba. El malestar social venía desde hacía algunos años y yo había escuchado en la Universidad que se preparaba una huelga. Fui una de las personas a quienes la violencia de esos días tomará por sorpresa. El ejército se enfrentó a los manifestantes, con un saldo que puede llegar hasta los 500 muertos. El resultado fue la caída del FLN como partido único y dirigente y, en consecuencia, la instauración del pluralismo político. Fue el comienzo de hechos que llevarán al país a la terrible década de los noventa en que Argelia, aislada internacionalmente, fue víctima de un intento de hacer del país un estado islámico.

En Chile, ese 5 de octubre, la gente no salía a la calle para manifestar sino para votar. Es el día del plebiscito nacional en que se debe decidir si Augusto Pinochet sigue o no en el poder, según el mismo dictador lo había previsto en su constitución de 1980.

Era un día cálido de primavera y en los lugares de voto había filas de cuadras y cuadras de gente que esperaba para echar su papelito en la urna. Después de un día de increíble tranquilidad por las calles, la gente entró a sus casas. Pero en los medios políticos de la oposición se vivía la nerviosidad de que el gobierno suspendiera la votación, sobre todo en un momento en que hubo un apagón de luces. Es que se veía desde el comienzo de los resultados un avance del NO. Más aún, los spots de quince minutos al que cada bando tenía derecho en la televisión había mostrado muy pronto que la franja del NO era superior en técnica, en filmación, en argumentos y sobre todo en música. Sacaron una melodía tan pegajosa con la frase "la alegría ya viene" que todo el mundo la tarareaba.

Mi hermano Manuel me escribía cartas con sobres blancos que en un ángulo lucía un arco iris. Ese fue el logotipo del NO que simbolizaba todos los colores de los partidos políticos del “no” : naranja para los “humanistas” ; verde para los “social demócratas” y “ecologistas”; rojo para los “socialistas”, azul para los “democratas cristianos” y amarillo para los “demócratas”.

En su carta, con su famoso arco iris, mi hermano me decía: Hemos visto por las noticias lo que pasa en Argelia y nos inquieta. Pero no puedo evitar que la alegría y el jolgorio lo llene todo entre nosotros. Al otro día del Referendum, cuando por la mañana me fui al centro, en la calle Ahumada fui encontrando a dos o tres viejos camaradas y nos abrazábamos, emocionados. No alcancé a llegar a mi oficina porque en pocos minutos se fue reuniendo un grupo de dos mil o más personas que espontáneamente se pusieron a cantar el himno nacional de una manera que se me erizaron hasta las cejas.

La alegría, por supuesto, se extendió a los otros hermanos, aunque nada supe de Octavio. Leonidas me dijo, imagino que con una media sonrisa, que estaba seguro que yo estaría contenta.

La verdad es que yo estaba más atenta con lo que sucedía en Argelia, donde los acontecimientos se precipitaban, con su cohorte de lágrimas, dolor y sangre.

...

Como cualquier familia que se respeta, la nuestra tuvo un tiempo largo y penoso para liquidar la herencia del padre. Tres propiedades de desigual valor y seis herederos. Hubo que ocuparse de establecer el desahucio de la casa y del departamento arrendado; del saneamiento de las tres propiedades; fijarles el precio y luego vino el problema de los que optaban por comprar, cuestión escabrosa que nos sumergió en trámites de cesión de derechos, reajustes, adjudicación y otros trámites jurídicos que se me escapan.

Recuerdo que cuando viajaba a Chile tenía el penoso

sentimiento de que se nos iba la vida en rencillas materiales. ¡Y cuánta razón yo tenía!

Finalmente Manuel compró la casa de Pedro LU y prácticamente la rehizo con reparaciones en el tejado, en el cielo raso de las habitaciones, un nuevo corredor en el patio y qué sé yo qué más. La casa quedó linda y mientras tanto Octavio se impacientaba esperando que desocupara la casa de Chiloé, de la cual se había hecho dueño.

El destino de esa herencia fue que no quedara en manos de sus compradores. Manuel había previsto mudarse a fines de abril del 90. Si yo creyera en los espíritus diría que la casa de Chiloé no lo dejó partir: pocos días antes de la mudanza, se sintió mal, sus bronquios ya no daban más y ya había hecho un primer infarto. Comprendió que la vida se le iba y como hombre de sentimientos a flor de piel que supo dar amor y necesitaba cariño, quiso partir rodeado de los suyos. Los últimos años se había debatido con los problemas de la herencia como abogado de la familia y tuvo más de un encuentro con sus hermanos. Rodeado de sus hijos pidió que llamaran a su hermano mayor, César y se despidió de él. Creo que, por sobre todas las querellas que los separó, a estos dos hermanos los unía un gran cariño fraternal.

César, que quedó copropietario del departamento de Viña (en asociación con otro comprador) perdió a su vez la vida unas semanas después del fallecimiento de Manuel en un accidente de auto en la carretera que lo llevaba, junto a Juanita, a pasar un largo fin de semana en Viña.

Octavio vendió la casona de Chiloé a CIDCOM, una empresa telefónica que inmediatamente la demolió para construir ahí una antena. ¡Cuántas lágrimas cayeron cuando la casa fue poco a poco vaciándose y luego, ruidosamente, la máquina la echó abajo! En ese espacio ya no queda más que el vacío... y una antena.

En cuanto a nuestra familia, se ha agrandado y se ha dispersado por diversos países, lo que nos da un cierto matiz internacional. Pero en la época de nuestros padres fuimos

una típica familia de la clase media chilena. Estuvimos dentro de la historia que nos tocó vivir, la de nuestro país y la internacional. Fuimos el grano que el viento dispersa para sembrar vidas en otras partes.

Clichy (Francia) 19/04/2014

